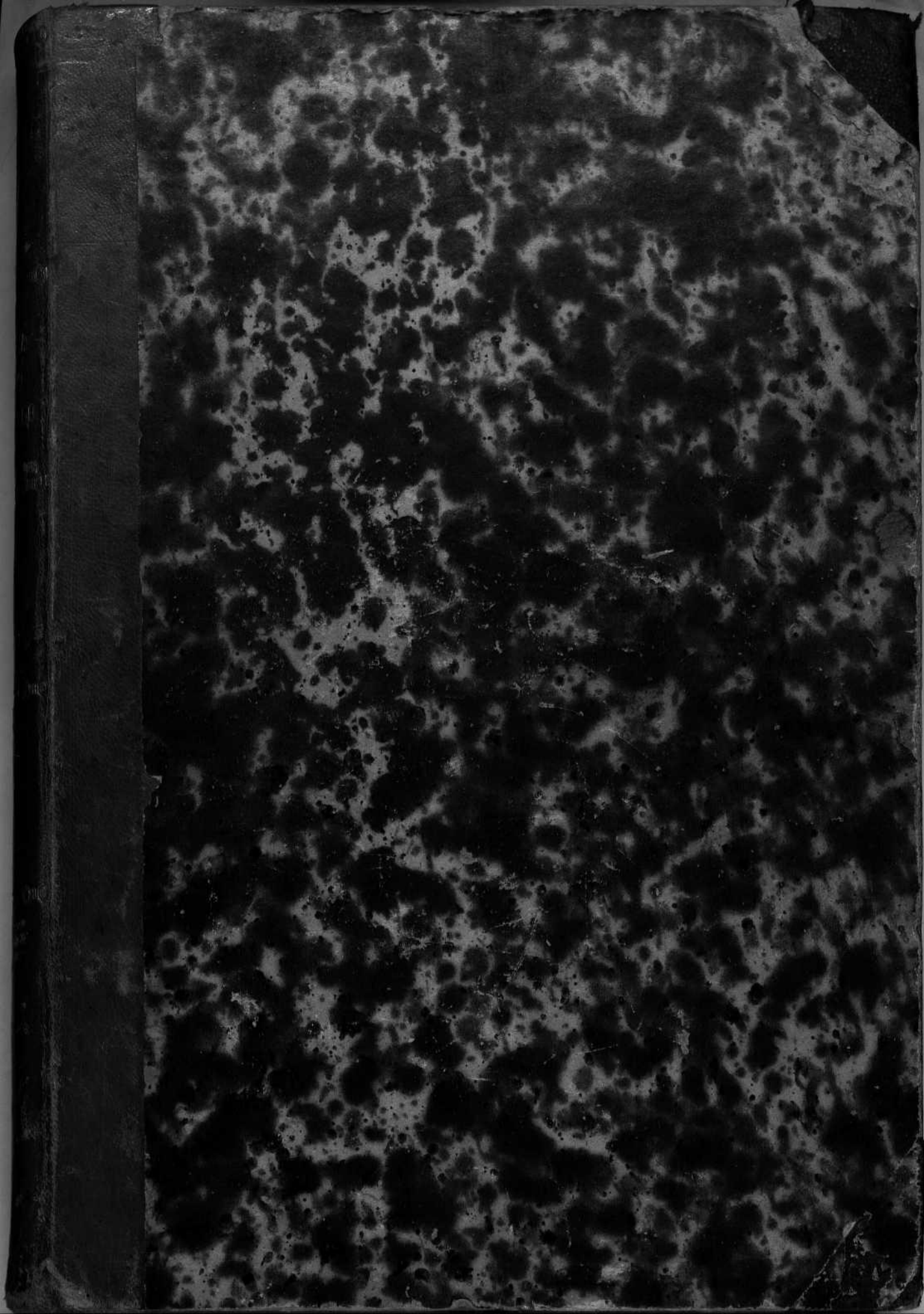






Historia del Coreo.

Historia del Comercio

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ DE ZARAGOZA.

Si la Historia del Coreo fuese una de esas obras que ocupan la imaginacion por breve espacio, y se conciben en un momento de inspiracion, hubiéramos escusado su dedicatoria, por no aparecer en ridiculo á la vista del público que juzga; mas como la publicacion á que aludimos está fundada en noticias adquiridas á costa de infinitos trabajos durante algunos años, es la razon por que la consideramos de importancia bajo cierto aspecto, y de utilidad para los aficionados á esta diversion tan puramente Española: en tal concepto nos hemos atrevido á dedicarla á V. E. de la manera mas espontánea. Dígnese V. E. aceptarla y es la recompensa que ambiciona su atento y seguro servidor D. B. A V. E. L. M.

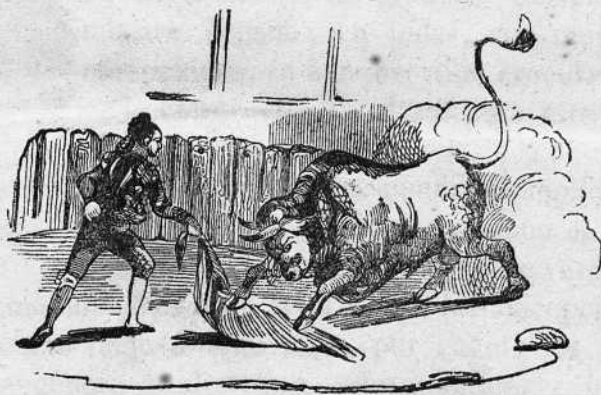
El Editor,

HISTORIA DEL TOREO,

Y DE LAS PRINCIPALES GANADERIAS DE ESPAÑA.

Obra ilustrada, popular y curiosa

Original de D. F. G. de Bedoya.



MADRID:—1850.

Imp. de D. Anselmo Sta. Coloma y Compañía, EDITOR,
Calle del Nuncio, num. 19, principal.

+

HISTORIA DEL TORREO.

Y DE LAS PRINCIPALES GASTRONOMIAS DE ESPAÑA.

Por D. JUAN DE LA CRUZ.

Original de D. J. D. de la Cruz.



MADRID:—1830.

Imp. de D. Antonio de la Cruz y Compañía, EDITOR.
Calle de San Juan, núm. 10. en Madrid.



DE ningun modo se comprende mejor, el desarrollo que ha experimentado la aficion á las corridas de toros, sino tendiendo la vista sobre las grandes poblaciones de nuestra España; en todas, con muy pocas escepciones, se han invertido crecidas sumas en la construccion de plazas para este género de espectáculos, y no queda duda de que este pensamiento ha correspondido cumplidamente á todos los que lo adoptaron como objeto especulativo. De tan indestructible verdad despréndense consecuencias muy favorables á la concepcion del pensamiento que vamos á desarrollar, por cuanto los apasionados á este género de diversion, son infinitos, y los mas, no escasos de la inteligencia que proporciona la constante asistencia á ellos, ya que no otra circunstancia particular. Sentado este principio, fácil es conocer la imperiosa necesidad que habia de una publicacion de la especie de la que nos ocupa, único medio de formar una idea precisa de la lidia y de los hombres que la regeneraron, constituyéndola en un arte regularizado al extremo que posible es.

Como verán nuestros lectores, es demasiadamente remota la época en que tuvieron principio estos espectáculos, si bien bajo otra forma y manera, pero el tiempo, que todo lo corrige, ha conducido á este arte al posible grado de perfeccion. Presentábase en otros tiempos un lidiador ante un toro, y de la casualidad únicamente pendia su vida ó la muerte; mas hoy, merced al que con sobrada justicia llámase arte, ha adquirido esta profesion seguridades muy notables, á favor de las cuales evaden el peligro los que á la lidia se dedican. Pero estos adelantos introducidos en el toreo no estaban reservados á una sola persona; así es que muchos de los lidiadores cuyas biografías nos proponemos publicar, han dado cada cual un paso mas inmediato á la perfeccion que hoy notamos, en ventaja de los que en el ejercicio les han sucedido. Esta circunstancia es en nuestro concepto la mas poderosa razon que existe, para que el público asista con entusiasmo á una diversion que en otra época esquivaba, por temor de presenciar cuadros lastimosos, que si no han desaparecido en su totalidad, ocurren al menos muy de tarde en tarde y por efectos de difícil combinacion.

Las razones que dejamos espuestas, son las que tuvimos presentes para dedicarnos á reunir antecedentes sobre esta materia, lo cual hemos conseguido á costa de algunos años de indagacion y de observaciones constantes, que con el mayor gusto trasmitimos, ambicionando por única recompensa de este trabajo, una buena acogida por parte de nuestros lectores. Si tal cosa conseguimos será una nueva muestra de la bondad con que nos distingue ese mismo público á quien de tantas consideraciones le somos deudor.





ORIGEN DE LAS FIESTAS DE TOROS.



LA HISTORIA
de nuestro país,
guarda un pro-
fundo silencio

con respecto al origen de estos espectáculos; á pesar de ello, asegúrase por muchas personas autorizadas, que los romanos, introdujeron en España la afición al circo, como nos lo demuestran los vestigios que aun se conservan en las mas antiguas de nuestras poblaciones, entre las cuales cuéntanse Toledo, Mérida, Tarragona, Murviedro y otras. Sucedieron á aquellos los godos, visigodos, alanos, etc., y durante su dominacion, se perdió en la península, si no la memoria, al menos la costumbre de estas diversiones, de todo punto ajenas al carácter de los nuevos conquistadores.

Los árabes ocuparon posteriormente la mayor parte del

territorio español, cuando la muerte de D. Rodrigo, último rey de la primera línea goda, y entonces los moros volvieron á introducir la afición al circo, si bien cambiando la forma de la diversion, y en lugar de las luchas de gladiadores y de fieras como acostumbraban los romanos, pusiéronse en práctica las lidias de toros, en las que ejercitaban su pujanza los primeros hombres de la nobleza musulmana.—Por mucho tiempo fué sostenida esta diversion entre los árabes sin alteracion alguna, y así se prueba por las fiestas que en el siglo quince tenian lugar, aun en los momentos de la postrer lucha con los cristianos, en el reinado de Abu-abdalla llamado el Chico, último de Granada.—Juegos de cañas, sortijas y fiestas de toros, eran las diversiones para que estaba destinada la plaza de Bib-rrambla, y en ella mostraban su bazarria los mas esforzados caballeros de las distintas tribus sarracenas.

La nobleza castellana que sostenia con los caballeros árabes una rivalidad sin límites, y por otra parte la influencia que sobre ellos tenía el espíritu de galantería dominante por entonces, fué causa de que muchos nobles se dedicaran á esta diversion para probar que nadie les aventajaba en esfuerzo y valor.

Distintas son las opiniones, relativamente á quién fué el primer caballero castellano que se lanzó á la lid; pero las mas justificadas, hállanse conformes en conceder este privilegio á D. Rodrigo Diaz de Vivar, apellidado *el Cid Campeador*. Muchas razones militan para abrigar la creencia de que este esforzado caballero figurase en primer término, toda vez que se trataba de probar gran corazon, y así ha debido tenerse presente por el inmortal D. Nicolás Fernandez de Moratin, que aprovechándose de una feliz inspiracion, describió en los siguientes versos la destreza de este bizarro campeón en la lucha que él mismo se buscara, y de la cual salió tan airoso como de otras tantas valerosas empresas cuyo resultado fuera tan brillante como satisfactorio.

Hé aquí la poesía á que aludimos, cuya insercion nos agradecerán nuestros lectores siquiera por su aventajado mérito y especial condicion.



Fiesta antigua de toros en Madrid.

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su cozo
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar
Por si la puede ablandar
El corazon de diamante.

Pasó vencida á sus ruegos
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Aja de Jetafe vino
Y Zahara la de Alcorcon,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo al camino
El moraícel de Alcabon.

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
Dos, cada cual mas hermosa,
Y Fátima, la preciosa
Hija de Ali el Alcadi.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas
Mostraron los amadores
Y en pendones y en preseas
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía

Y de lejos muchas de ellas,
Las mas apuestas doncellas
Que España entonces tenia,

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte asiligranó;
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafles y atabales
Con militar armonía
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verda grama
Nunca animales tan fieros
Junto al puente que se llama
Por sus peces de Viveros

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel día;
Y en la fiesta que gozó
La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril,
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil;
Después con Hamete cierra.
El temeron de Conil.

Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz,
Hecho un lazo por airon
Sobre la enhiesta cerviz
Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor
A la dama que servia:
Por eso perdió Almanzor;
El potro que mas queria.

El alcaide, muy zambrero,
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero:
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas, viendo se culparia,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometia,
Y sin que el rejon le plante
Le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado:
La embiste el toro de un vuelo
Cogiéndole entablado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrara,
El circo desocupando,
Y emplazándose se pára
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir,
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo,
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega
Hincó la rodilla, y dijo:

--Sobre un caballo alazano
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear un toro
Un caballero cristiano.--

Mucho le pesa á Aliatar,
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar,
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspense el concurso entero

Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro lijero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube:
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube,

Gorguera de anchos follajes,
De una cristiana primores,
Por los visos y celajes;
En el yelmo los plumajes
Verjel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza
Con recamado pendon,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion,
O á lo menos de venganza.

En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan,
El bruto mas generoso,
De mas gallardo ademan:
Cabos negros y brioso,
Muy tostado y alazan;

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis, con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Mas bella estampa de bruto
Ni mas hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor:
Los ojos que le veian
Lleva prendados de amor:
«Alá te salve, decian,»
Dete el Profeta favor.

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni se precia, ni se estima.

Las doncellas al pasar
Hacen de ambar y alcanfor

Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se pára
Y de mas cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice y suspira;

--Señora, sueños no son:
Así los cielos vencidos
De mi ruego y afliccion
Acerquen á mis oídos
Las campanas de Leon,

Como ese doncel que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.

Sin descubrirse quien es
A Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés;
Por donde se abrió despues
El cubo de la Almudena.

Y supo que fugitivo
De la corte de Fernando
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca,
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.--

La mora se puso en pié,
Y sus doncellas detrás;
El alcaide que lo vé,
Enfurecido ademas,
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero;
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro
Marcha al combate cruel,
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,

Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió:
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada,
Segunda vez acomete
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heroico atrevimiento;
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
Con ardiente resoplido.

La cola inquieto menea
La oreja diestra mosquea,
Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuánto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja estrago haciendo;

Ni llama así fulminante
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,

Como el bruto se avalanza
En terrible lijereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

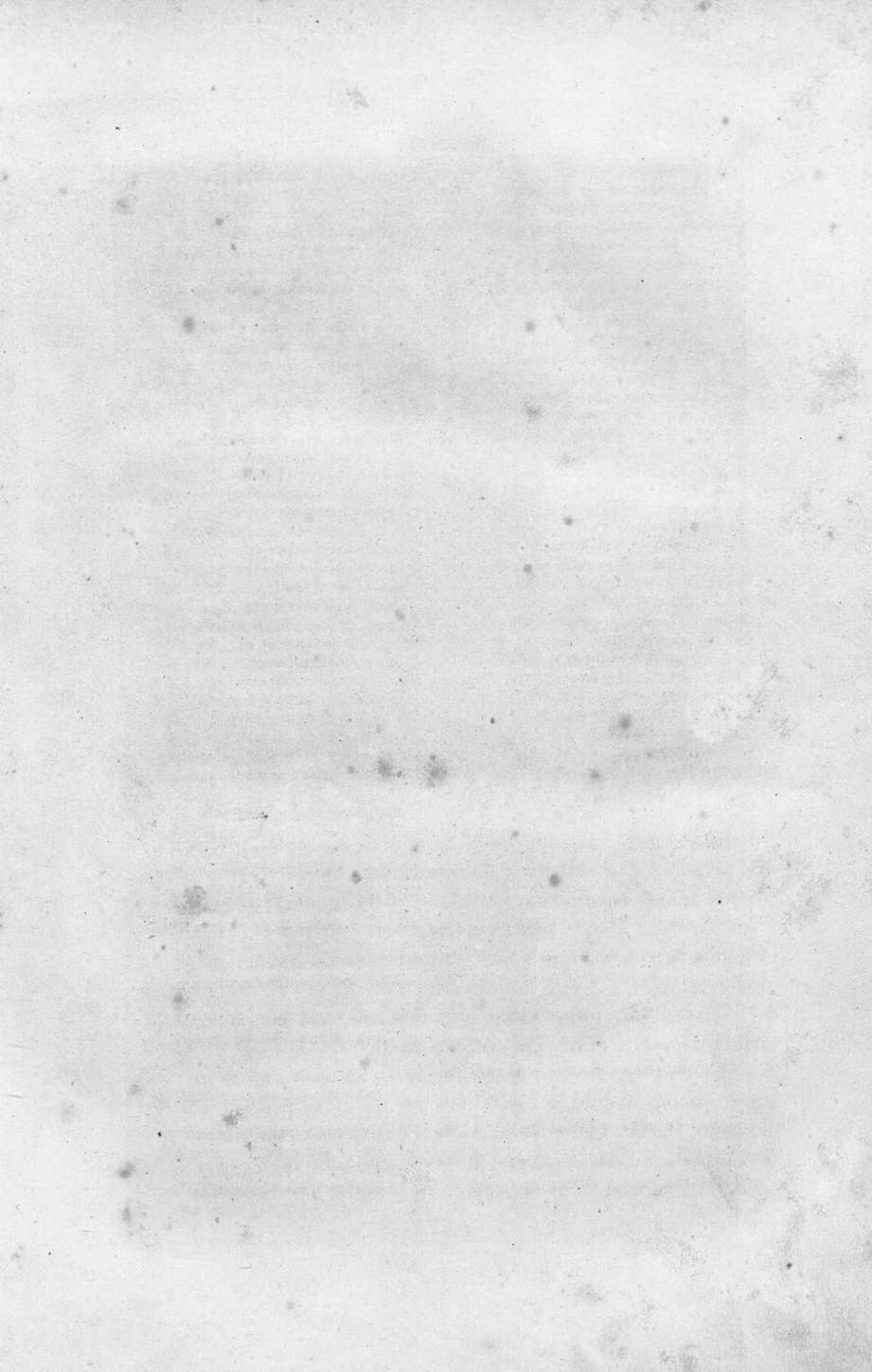
La confusa vocería
Que en tal instante se oyó,
Fué tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundia.

A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En la lanza le clavó

Y á los balcones llegaba.
 Y alzándose en los estribos
 La alargó á Zaida diciendo:
 —Sultana, aunque bien entiendo
 Ser favores escesivos,
 Mi corto don admitiendo,
 Si no os dignáredes ser
 Con él benigna, advertid
 Que á mí me basta saber
 Que no le debo ofrecer
 A otra persona en Madrid.—
 Ella, el rostro placentero,
 Dijo, y turbada:—Señor,
 Yo le admito y le venero,
 Por conservar el favor
 De tan gentil caballero.—
 Y besando el rico don
 Para agradar al doncel,
 Le prende con afición
 Al lado del corazón
 Por brinquiño y por joyel.
 Pero Aliatar el caudillo
 De envidia ardiendo se ve.
 Y trémulo y amarillo
 Sobre un tremecen rosillo
 Lozaneando se fué.
 Y en ronca voz,—castellano,
 Le dice, con mas decoros
 Suelo yo dar de mi mano,
 Si no penachos de toros,
 Las cabezas del cristiano.
 Y si vinieras de guerra
 Cual vienes de fiesta y gala,

Vieras que en toda la tierra
 Al valor que dentro encierra
 Madrid, ninguno se iguala.
 Así,—dijo el de Vivar,
 Respondo—Y la lanza al ristre.
 Pone, y espera á Aliatar:
 Mas sin que nadie administre
 Orden, tocaron á armar.
 Ya fiero bando con gritos
 Su muerte ó prision pedía,
 Cuando se oyó en los distritos
 Del monte de Leganitos
 Del Cid la trompetería.
 Entre la Moncloa y Soto
 Tercio escogido emboscó,
 Que viendo como tardó
 Se acerca, oyó el alboroto,
 Y al muro se abalanzó.
 Y si no vieran salir
 Por la puerta á su señor,
 Y Zaida á le despedir,
 Iban la fuerza á embestir;
 Tal era ya su furor.
 El alcaide recelando
 Que en Madrid tenga partido
 Se templó disimulando;
 Y por el parque florido,
 Salió con él razonando.
 Y es fama que á la bajada
 Juró por la cruz el Cid
 De su vencedora espada,
 De no quitar la celada
 Hasta que gane á Madrid.

Esta accion valerosa, hija de la bizzarria de aquel héroe, dió pábulo á que esta clase de espectáculos fuese recibido entre los demas caballeros cristianos con una general aceptacion, y sustituyese á los que hasta aquella época estaban en usanza.— Muchos fuéron los que desde entonces se distinguieron y no pocos tambien los que adquirieron una digna celebridad, por la destreza y singular valor que demostraban en las luchas, principalmente entre los cortesanos del reinado de D. Carlos II, en cuyo tiempo estas fiestas llegaron á su apojéo, y en el que se inventó la espinillera por un caballero de S. M. llamado D. Gregorio Gallo.— Sucedió á este monarca el rey Felipe V, quien desde luego dió á conocer la repugnancia con que miraba estos espectáculos, razon por la cual la no-





Lam. de J. Donon.

FRANCISCO ROMERIO

(1^{er} Matador de toros.)

bleza dejó de ejecutarlos: este suceso fué un mal para la grandeza y pompa de tales fiestas, pero hizo que la afición se generalizase tomando parte en ella las distintas clases de la sociedad.

Siguió el tiempo su invariable curso y ya estas funciones habian adquirido una popularidad tal, que el gobierno dispuso la construccion de algunas plazas á propósito en muchas ciudades del reino, destinando sus productos á objetos de beneficencia. El interes en semejante estado de cosas llamó al circo una clase de hombres atrevidos, que con su aplicacion y la esperiencia que adquirian, inventaron nuevas suertes y regularizaron un método, organizando una profesion de lo que antes no era mas que una prueba de estraordinario valor.—Cada vez fué experimentando este arte nuevas reformas; empezaron la suerte del arpon (palo como el de una banderilla), la de poner parches á los toros y alguna otra de este jaez, hasta que apareció como lidiador de á pié el célebre Francisco Romero, de quien trataremos seguidamente segun las noticias que nos ha sido posible adquirir.

Tal es en resúmen los primeros tiempos de estas fiestas, y antes de que las circunstancias constituyesen su metodizacion: tratemos ahora del primer lidiador de la época moderna, ó sea del que hizo del toreo una lucrativa profesion.

Francisco Romero nació en Ronda, aristócrata poblacion del mediodia, y sus padres, exentos de fortuna, se vieron precisados á aplicarlo á un oficio, siendo elegido el de carpintero de ribera: este jóven demostró desde bien pequeño una estraordinaria afición á sortear á las reses, en cuya faena se ocupaba los momentos de ociosidad y sin perjuicio de atender á su diario trabajo. Los caballeros maestrantes de la de Ronda, que se impusieron de la decidida afición de Romero, no titubearon en declararse sus protectores, razon por la cual se cuidaban de proporcionale novillos á propósito que aquel lidiaba con la mayor complacencia, resultando de ello la adquisicion de conocimientos especiales, reservados á una constante práctica. La razon que antes hemos manifestado, in-

fluiria en el primer lidiador de á pié lo bastante para dedicarse exclusivamente á torear; y en efecto, tardó poco en hacer una profesion de lo que antes era solo un simple divertimento. Sin mas elementos que los que la práctica le suministraba, introdujo Romero cuantiosas mejoras en la lidia de á pié, y cada dia inventaba una nueva suerte que le proporcionaba merecidos elogios y la admiracion general; pero la mas principal, y á la que debian rendir tributo todas las demas, era á la de matar los toros cara á cara con la ayuda del estoque y muleta: esta suerte, que desde luego se graduó la mas difícil y espuesta, necesitaba ensayarse con toda exactitud para instruirse de sus incidentes y evadirse con conocimiento del peligro; y Romero lo practicó con el mejor éxito, por cuanto seguidamente reclamó la ocasion de probarlo. En efecto, no hizo esperarse aquella mucho tiempo: los caballeros maestran-tes estaban interesados, y en breve anunciaron una corrida de toros, en la que el lidiador que nos ocupa debia hacer su primera salida y matar en los términos que dejamos indicado. Presentóse Romero en la plaza con un traje á propósito para la operacion que debia practicar, el cual consistia en calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas acolchadas de terciopelo negro, y no bien dejóse ver del público que ansiaba el resultado de sus proyectos, un nutrido y entusiasta aplauso resonó en cada uno de los ángulos del circo. No es fácil esplicar circunstanciadamente los preliminares de la operacion, despues de tanto tiempo trascurrido, y tratándose de un hecho que no quedó consignado sino en la imaginacion de los muchos que lo presenciaron, los cuales nos lo han delegado tradicionalmente, y desnudo por consecuencia de la importancia que real y verdaderamente debió tener. Contentémonos, por lo tanto, con saber que Romero realizó su proyecto en medio de los víctores mas completos y de la admiracion de los espectadores. Como es de suponer, continuó Francisco Romero en su nueva profesion, y cada vez avanzaba un poco mas en el ya arte de la lidia, si bien algunos comparten los descubrimientos y adelantos de este, con

un tal Manuel Bellón , á quien se le vió estoquear en Aljerciras y otros puntos , y del que no se tiene otro antecedente sino que era natural de Sevilla , y que su práctica en el capeo de reses la habia adquirido en pais africano , donde no se sabe por qué causa permaneció algunos años.

Despues de cierto tiempo en que estas cosas tuvieron lugar , principió Francisco Romero á inutilizarse para este género de ejercicio , porque la edad le privaba de la agilidad necesaria , que sin duda es uno de los mas indispensables elementos para el toreo , y vióse abrazar la profesion á su hijo Juan Romero , tambien natural de Ronda. Pasaron años , y segun se disipaban los recuerdos de Francisco Romero , en la misma proporcion se aumentaba el crédito de su hijo Juan , quien para mayor lucimiento de la fiesta habia creado cuadrillas de banderilleros y picadores que dilataban y hacian mas variada esta , aunque á mucha distancia de la regularizacion que despues experimentó.

A juzgar por lo que se desprende de la índole y demas circunstancias de este género de espectáculos , todos conven-drémos en que la aficion á los mismos habia de generalizarse con la mayor rapidez , puesto que así lo exigia el carácter de los españoles , predispuestos siempre á hechos de denuedo y bizarría. Este carácter natural por una parte , y la idea de atender con los productos de tales funciones á objetos piadosos por la otra , generalizaron las diversiones de toros en la mayor parte de nuestras grandes poblaciones , siendo Madrid una de las que mas se aceleró en proporcionarse lo necesario para que estas fiestas se realizasen , y á cuyo efecto fué llamado Juan Romero á la corte , donde le obligaron , por medio de una escritura , á lidiar y matar toros en las corridas que tuviesen lugar en todo un año , á las cuales asistió desplegando la habilidad de que estaba dotado , en términos sumamente favorables á su crédito que nada dejó que desear á los concurrentes. Esta circunstancia influyó lo bastante para que en los años posteriores continuasen las corridas de toros , y que para lidiarlas se contase ante todo con el mismo Juan Rome-

ro, que tan buenos recuerdos habia dejado en su estreno.

Por esta época, ya no estaba reservado á una sola persona el dedicarse á matar toros; y así fué, que bien pronto se presentó Joaquin Rodriguez (Costillares), á quien con justicia se le titula regenerador del toreo, y por quien principiaremos nuestra coleccion de biografías.

Hecho este compendioso relato de cuanto hemos podido indagar relativo al origen de las fiestas de toros y de las causas que motivaron la regeneracion de tal divertimiento, pasaremos á tratar de los mas acreditados lidiadores que sucedieron á los de que hemos hablado anteriormente, los cuales han conducido al arte de torear á la altura que hoy lo observamos.



APUNTES BIOGRÁFICOS.

Joaquín Rodríguez (Costillares).



LGO escasas son en verdad las noticias que existen respecto al lidiador á que aludimos : la distinguida reputacion de que gozó en sus primeros años de ejercicio , fué oscurecida luego por la justa fama de dos colosos toreros que la naturaleza abortó, de los cuales hablaremos en su lugar correspondiente. Desgracia fué ciertamente para Costillares la aparicion de Pedro Romero y José Delgado ; mas á pesar de que la memoria de sus triunfos se desvaneció muy pronto por las causas que ya hemos indicado, no por eso es menos digno de figurar á la cabeza de cuantos á esta profesion hánse dedicado. El lidiador cuyos apuntes biográficos bosquejamos , fué el regenerador

del toreo, y á nadie mas que á las suertes de su invencion se debe la altura en que este ejercicio hállase colocado: hoy se ejecutan muchas y con sobrada frecuencia, para evadir peligros considerables, que sin el auxilio de aquellas seria espues-tísimo el arte de torear.

A la aparicion de este hombre, célebre en la lidia, cono-cíanse algunas suertes de bastante utilidad, pero no de una ventajosa defensa; así es que el arte de torear, casi naciente por este tiempo, sufrió una estraordinaria revolucion que sir-vió para su completo desarrollo: no necesitamos otra razon para justificar la importancia de las suertes debidas á este hom-bre, sino fijar la vista sobre el tiempo que hasta hoy ha trascurrido, y notaremos que á pesar de esta circunstancia se conservan íntegras y en toda su estension, con beneficio de los que las ejecutan. Conocida era la de Francisco Romero de ma-tar toros frente á frente con la ayuda de la espada y muleta, y sin embargo de que esta última no tenia otra aplicacion que cu-brirse el matador con ella desde la cintura á los piés y propor-cionar la salida del toro con engaño, Costillares regularizó su manejo para que la muleta ampliase la defensa del matador, hasta el extremo de trastear á las reses, arreglarlas, y ponerlas en sazón para la muerte. Respecto á la manera de matar, no se conocia otro método que el de recibir á los toros armado con la espada; pero el que se aplomaba ó no embestia por resabios que habia adquirido, la sufría por el brazo de un profano, que á impulsos de una lanza larga á que daban el nombre de punzon, era cobardemente atravesado, con desdoro del principal obligado á practicar la enunciada operacion, con-forme á las reglas del arte. Tal era la costumbre en usanza por la época de la aparicion de Joaquin Rodriguez: este concibió un nuevo recurso para evitar que las reses sucumbiesen al ri-gor de una mano incompetente, lo cual debia reconocerse co-mo denigrativo á un matador de toros, y puso en práctica la suerte de volapies, que produjo el resultado que se an-siaba, evitando con ello la necesidad de apelar á los estraños del arte para ninguna operacion que compitiese á ese carácter.

Por este tiempo ya habia cambiado de faz la diversion de que tratamos, y se habian lanzado á picar toros á caballo, en iguales términos que se practica hoy, ciertos hombres forzudos y ginetes que bajo otra forma de como lo hacia la nobleza en época anterior, ejecutaban la suerte de vara larga, y Costillares en union de Juan Romero evitaban las contingentes desgracias con los quites que aun se conservan, de cuyo modo se valieron para aminorar los riesgos y regularizar la lidia colocándola en la senda mas susceptible de adelantos.

Estas son en resúmen las mejoras, que Joaquin Rodriguez introdujo en el toreo, las cuales le valieron una justa celebridad limitada hasta cierto punto por las causas que antes espusimos, pero que á pesar de todo no perderán jamás el resplandor de originalidad de que se hallan revestidas.

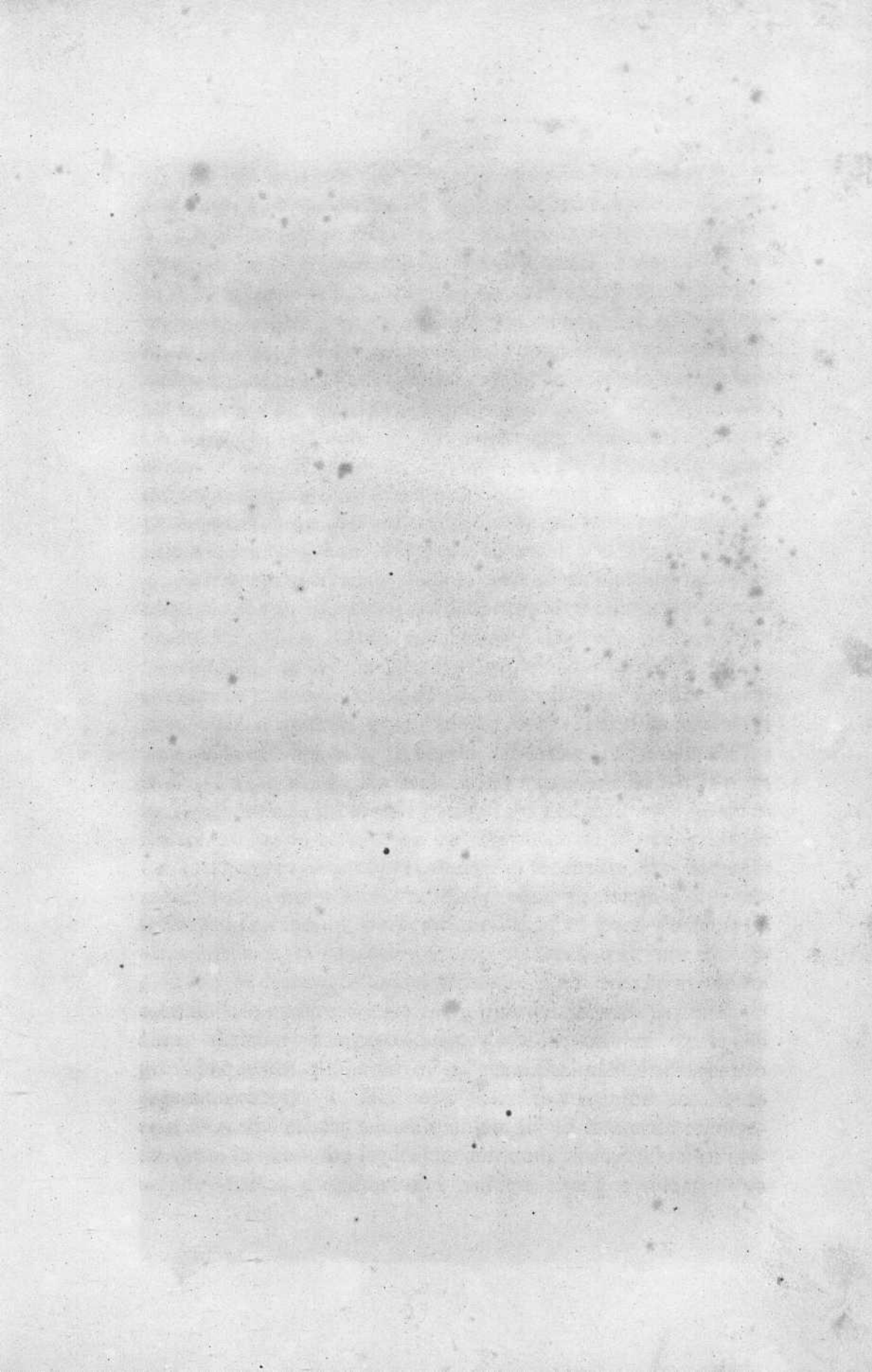
Una vez relatadas las razones que le dieron tan justo crédito, pasaremos á hablar sobre su nacimiento y educacion taumática.

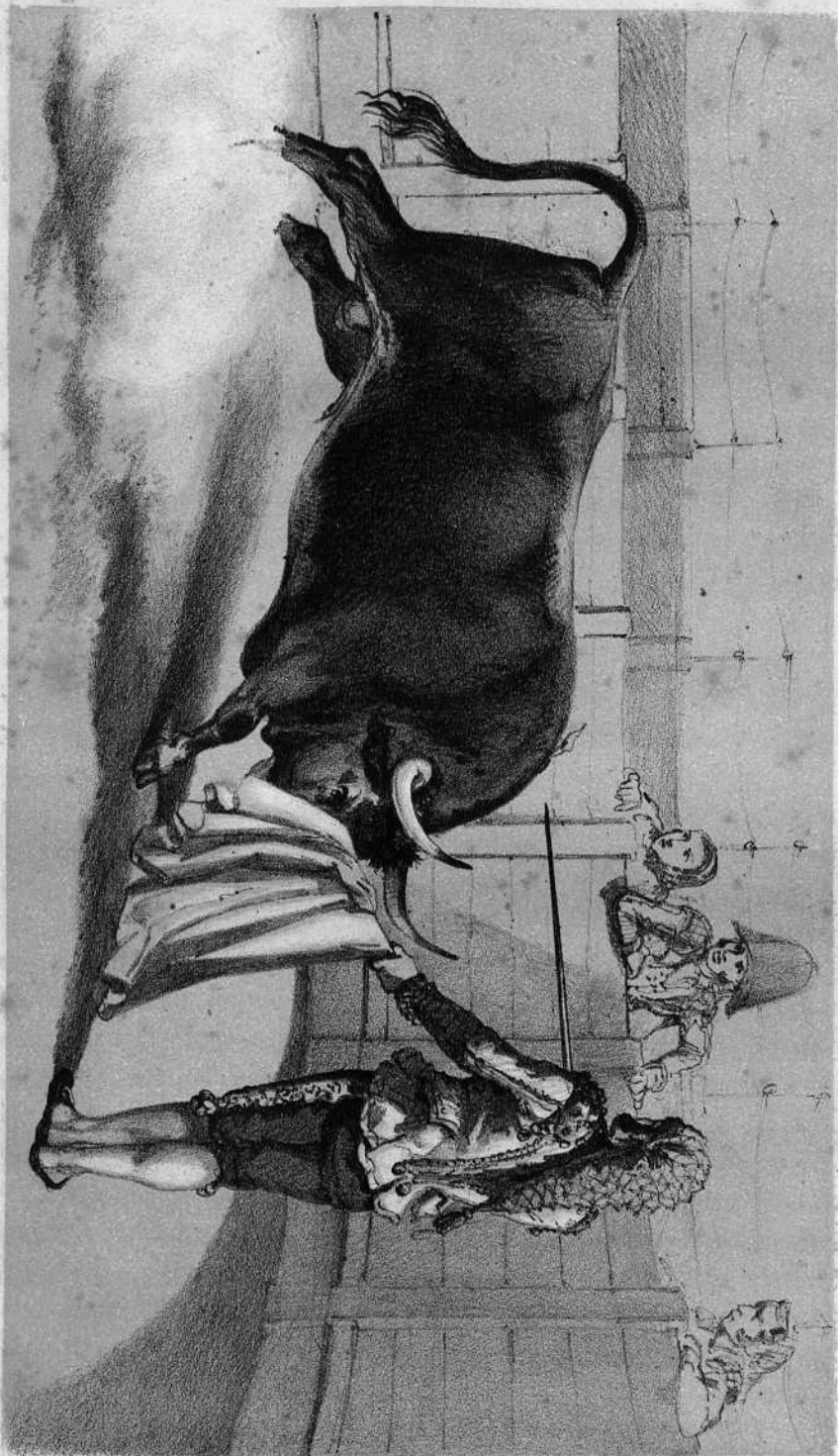
Joaquin Rodriguez (Costillares), abrió los ojos á la luz del mundo en esa deliciosa ciudad, antigua corte de treinta reyes, cuya encantadora ribera lame suavemente el caudaloso Guadalquivir: hablamos de Sevilla; la ciudad predilecta de los Godos y adorada de los árabes. En esta poblacion existe un barrio estramuros, conocido hoy por el de San Bernardo, cuyo reducido caserío solo forma un pequeño número de calles, y en él nació precisamente el aventajado torero de que hacemos mencion, á principios del pasado siglo diez y ocho. Hijo de operarios del matadero y sin recursos sus padres para dedicarlo á otras faenas fuera de aquel paraje, no tardó en tener aplicacion en el mismo establecimiento, donde á cada momento ejercitábase en torear á las reses que daban juego, de las que allí se dirigian para pasto del vecindario: esta circunstancia produjo que desde bien pequeño se familiarizase Costillares con el ganado vacuno y conociese sus instintos y propiedades, de lo cual debia sacar mas adelante un positivo y extraordinario fruto. Crecido que hubo Rodriguez en edad, y caminado á su desarrollo, fué adquiriendo tan decidida aficion por el toreo, que

bien pronto se aplicó á este ejercicio con exclusion de otro alguno, sin duda porque su corazon le vaticinaba ya los señalados triunfos que habia de conseguir con semejante profesion. Como sus conocimientos nada tenian de comunes, y la aptitud que le proporcionaban sus pocos años era tambien especial, de aquí resultó que bien pronto demostró lo que valia, y que no en valde habia luchado entre reses desde bien pequeño. Aquí podemos decir que tuvo principio la carrera artística de Costillares: ajustado desde luego con el carácter de matador de toros, se presentó en varias plazas del reino, en las cuales recibia las mas espresivas muestras de las simpatías que al público le merecia. A la vista de Costillares nadie espresaba otras sensaciones que las del asombro que les inspiraba el diestro lidiador: la exacta combinacion de las suertes que ejecutaba llamaron la atencion de un modo tal que ocasionaba cada una de ellas un entusiasmo particular é imposible que una pluma débil como la nuestra las describa con exactitud.

Así pasaron muchos años, y Rodriguez ya no era solo matador de toros, sino maestro de otros que ansiaban abrazar la profesion del toreo, los cuales le dieron despues honor por la reputacion que supieron adquirirse. Por este tiempo se le formó á Costillares un tumor en la palma de la mano derecha, que le privaba de estoquear, y por ello se vió precisado, bien á su pesar, á abandonar la profesion, de lo que se le originó una constante tristeza que aumentándose progresivamente terminó sus dias despues de poco tiempo, con el pesar de no haber elevado el arte de la lidia á mayor altura, pero con la satisfaccion de que su puesto quedaba dignamente reemplazado por los famosos Pedro Romero y José Delgado.

Aun pudiéramos, aumentar á estos apuntes, otras noticias de cierta importancia, si descendiésemos á tratar de otros estremos que, aun cuando relativos á Joaquin Rodriguez, son ajenos de nuestro propósito; pero con este ligero bosquejo, creemos cumplida la mision de biógrafos, toda vez que dejamos narrado los adelantos mas notables que respecto al toreo, se le debieron á este célebre y aventajado lidiador.





PEDRO ROMERO

Famoso matador de toros.



Pedro Romero.



TIERRA fecunda es sin duda alguna la que constituye ese bello y delicioso país de Andalucía: también lo es de gratos recuerdos para el que una vez estampó su huella en aquel suelo; y de escogidas inspiraciones para los que meditaron sobre las verdes y frondosas praderas. Pues en esta y á un extremo de la provincia que lleva el nombre de la gran ciudad de *Hércules*, existe una población llamada *Ronda*, la cual abriga en su espacio de diez y ocho á diez y nueve mil habitantes: situada en una elevada roca y á las márgenes del río Guadalabe, que toma el nombre de Guadiaro, ofrece un magnífico paisaje, cuya vista es capaz de entretener aun á los menos afectos á esos encantos maravillosos de la naturaleza: un horroroso precipicio, que el mundo conoce bajo el nombre de *Tajo*, divide la población en dos par-

tes, y para su comunicacion cuenta con dos magníficos puentes de piedra, cuya solidez y especial trabajo es de un mérito tal, que no hay inteligente nacional ó extranjero que no dedique algun tiempo en su exámen si una vez pisa el recinto de la ciudad. El temperamento reinante en esta poblacion es sumamente hermoso y saludable, razon por la cual hállase constantemente visitada por una infinidad de forasteros que la eligen para mitigar los rigores de las enfermedades que los aquejan, ó bien restablecerse de anteriores padecimientos. Tal es la ciudad de Ronda considerada bajo el punto de vista que la hemos examinado.

En esta poblacion, y en la mañana del diez y nueve de noviembre de mil setecientos cincuenta y cuatro, nació *Pedro Romero*, hijo de Juan y nieto de Francisco, de los cuales ya hemos hecho mencion. Los años de su infancia nada ofrecen que merezca esplicarse con particularidad, si decimos que recibió una muy modesta enseñanza, como era consiguiente á su cuna, y que desde bien pequeño desarrolló unas fuerzas herculeas. Llegado que hubo á los doce años, y deseoso Francisco de ocupar á su hijo en cosa que le fuese útil y lo separase del juego y entretenimiento propio á tal edad, le aplicó al oficio de carpintero de ribera, lo cual no disgustó á los muchachos sus contemporáneos, que esquivaban luchas con él, porque á todos vencía á cada paso, merced á sus dotes físicas. A poco de ejercitarse Pedro Romero en las faenas propias del oficio que habia adoptado, descubrió una destreza y agilidad tan extraordinaria en sus movimientos, que unido á sus naturales fuerzas, hacian de él un mozo de poder y de quien podia sacarse un gran partido á haberle dado una educacion gimnástica.

Entrado que hubo Romero mas en edad, y al paso que el tiempo cursaba su nunca interrumpida carrera, despertábase en Pedro tan marcada inclinacion al toreo, que mas de un disgusto dió á su madre por no quererle ocupar en otra cosa: ni los consejos mas bien entendidos de una madre cariñosa, ni las mas severas amonestaciones de la misma, tuvieron su-

ficiente poder para distraerlo de la aficion que al toreo tenia. Por este tiempo debia ejecutarse en la poblacion de *Los Barrios* una funcion de toros, y varios señores de Ronda comprometieron á Romero para que fuese á matar dos, á cuya exigencia accedió Perico, sin contar para ello con otros conocimientos que las breves y superficiales esplicaciones que en varias ocasiones habia oido referir á su padre. En efecto, provisto el visón torero de los útiles necesarios para ejecutar cuanto era de su deber á causa del compromiso que habia adquirido, asistió á la funcion y mató ciertamente los dos toros, sufriendo una cogida en el segundo, de la que le resultó hecho pedazos el calzon de *tripe* con que se adornaba, única gala que á la sazón poseía. Ciento veinte reales le fueron entregados á Pedro Romero por via de gratificacion en aquella especie de novillada, y esta fué la primer recompensa que recibió el lidiador que luego supo alcanzar tantos y tan señalados triunfos. Volvió á Ronda el improvisado matador de toros y su angustiada madre le hizo el recibimiento que puede calcularse, olvidando la conducta de su hijo con el placer de estrecharlo contra su seno: no obstante, amonestó á Pedro con la mayor severidad y aun espresó su decision en referirle á su padre, á la sazón en Madrid, todo lo que ocurría, inclusa la aventura del revolcon acaecido en la plaza de *Los Barrios*: Romero suplicó á su madre no lo hiciese, protestando solemnemente de que no volveria á torear, y con esto tranquilizó en cierto modo á la autora de sus dias. Poco despues que tales cosas sucedieron, proporcióñosele á Pedro torear dos corridas de novillos en Aljeciras, y olvidándose enteramente de sus anteriores protestas, se comprometió á matar dos cada tarde por la remuneracion de diez pesos cada una, lo que realizó con tan pésima suerte que fué cogido en ambas. Posteriormente, aunque en la misma temporada, fué tambien ajustado para matar dos novillos en una corrida que tuvo lugar en Ronda, para lo cual fué invitado por aquellos caballeros maestrantes, recibiendo diez pesos por esta funcion.

Por la narracion que llevamos hecha, podrán conocer

nuestros lectores que Romero no cejaba en su propósito, y que nada le importaba ya que su padre se cerciorase de su conducta, puesto que no se recataba de nadie. La madre lloraba en tanto los peligros á que su hijo se esponia, pero al propio tiempo rogaba por su vida al Todopoderoso, que es el único recurso de un buen padre cuando su autoridad no es bastante á separar á un hijo de la senda tortuosa que por su instinto se eligiera. Tal era la situacion de la esposa de Juan Romero al llegar el mes de noviembre del año á que nos referimos, época en la cual concluia este la temporada de toros en Madrid y regresaba á Ronda, su pais natal.

No bien hubo llegado, cuando fué instruido circunstanciadamente de la conducta de su hijo Pedro: recibió la noticia con notable tranquilidad y sin muestras de desagrado, postergándola al olvido por tres ó cuatro dias, cumplidos los cuales llamó una noche Juan Romero á su hijo Pedro, y con esa gravedad que los padres de entonces usaban generalmente entre su familia, le dijo estas palabras, que al mismo Pedro Romero le oímos referir distintas veces.

—¿Con que quieres ser torero, Periquillo? ¡Valla hombre!—

Pedro fijó sus ojos en el suelo, y nada se le ocurrió contestar, quizá por temor á la cólera de su padre. Juan, que adivinó cuanto por su hijo pasaba, se vió precisado á decirle:

—Respóndeme, chiquillo; ¿quieres ser torero?

—Sí, señor padre, dijo Pedro, eso no es ninguna deshonra; Vd. lo es, y yo quiero seguir la misma profesion.

—Pues mira, Periquillo, para ser torero se necesita ser muy bueno, ó no serlo; con que así mírate en ello; piénsalo esta noche y mañana me contestarás.

No se volvió á hablar mas palabra sobre este asunto la noche en cuestion, ni Juan quiso dilatar la tertulia por mas tiempo. Pidió de cenar, y despues de rezar lo que tenia de costumbre, se retiró á su lecho á esperar la salida del sol del siguiente dia. Todos los que pertenecian á la familia descan-

saron tranquilos, escepto Pedro que solo ansiaba la venida de la aurora, y cada momento que trascurria era para él un pesado siglo que entorpecia su carrera para privarle de un vehemente deseo en espresar á su padre lo que por conclusion habia resuelto. En tan penosa intranquilidad existia Pedro, cuando las campanas de la parroquia, que convocaban á misa primera á sus feligreses, le hizo conocer que el dia se acercaba: á este acto religioso concurría Juan diariamente, y cuando salió de su habitacion para este objeto, ya su hijo le aguardaba con impaciencia para manifestarle el resultado de su meditacion. Despues de dar los *buenos dias* y besar la mano á su padre en testimonio del respeto que le profesaba, le dijo:

—Padre, quiero ser torero, lo he pensado bien y estoy resuelto.

—Bien, hombre, bien: ¿y cuántos toros has matado? preguntó Juan á su hijo.

—Ocho novillos, padre.

—¿Y todos te han pegado? interrogó Juan seguidamente.

—No, señor, algunos no han podido cogerme, pero en dándome Vd. algunas lecciones, yo procuraré aprovecharlas para que no me enganchen.

—Pues bien, dijo Juan, deja que esté el animal delante, y yo te diré lo que has de hacer y de la manera que lo has de pinchar. —

Esta concisa narracion del padre infundió á Romero tan sin igual satisfaccion, que ya se consideraba con ella el mas aventajado de los toreros é invulnerable para las reses. Su alegría se la comunicó á su madre y demas familia, y acompañando despues á su padre á la iglesia se conceptuó el mozo mas afortunado de la tierra.

Era costumbre de Juan Romero, luego que concluia la temporada de la lidia en Madrid y regresaba á Ronda, celebrar anualmente una funcion de toros gratuita, por su parte, en accion de gracias por haber salido en bien aquel año, y el producto de ella lo dedicaba á las ánimas: tenia solicitado

el permiso para su ejecucion, y como le fuese concedido mandó anunciar en los carteles que su hijo Pedro le ayudaria á matar los seis toros que en aquella tarde debian lidiarse. Esta noticia fué bien recibida de todos, y tanto los inteligentes como los profanos, anunciaban un buen resultado de esta union, que debia proporcionar al visón lidiador los conocimientos que le eran necesarios para ayudar á sus facultades físicas y crear del todo un distinguido torero.

La tarde anunciada se presentó Juan Romero en la plaza acompañado de su hijo Pedro, y una salva de aplausos resonaron por todos los ángulos del circo: á tan espontánea manifestacion siguieron los vítores de los mas afectos, y entre una y otra demostracion de aprecio, ejecutaba Juan con las reses diferentes clases de suertes que aumentaban el entusiasmo de los espectadores. Por último, Juan Romero se encargó de dar muerte al primer toro para aleccionar á su hijo y que este adquiriese una sucinta idea de lo que era forzoso practicar. Esta fué la vez primera que el lidiador, de que hablamos, vió torear á su padre. Todas las demas reses que se lidiaron aquella tarde recibieron la muerte por la mano de Pedro Romero, escepto el cuarto toro, que por ser vicho de mucho *sentido*, se hizo el padre cargo de su defuncion.

Veinte dias despues se le pidió á Juan Romero que matase gratuitamente en una novillada que debia hacerse en el mismo Ronda, con el filantrópico objeto de aplicar sus productos á una obra que habia de ejecutarse en la iglesia: este no demostró ningun inconveniente, y por el contrario dió á conocer sus buenos deseos y suma complacencia en contribuir con lo que se le exigia; y teniendo lugar la corrida, Pedro Romero, con anuencia de su padre, dió muerte á los seis novillos que se lidiaron. Un lance desagradable pudo tener lugar en esta funcion lidiándose el cuarto toro, emanado de la valentía de Pedro para con las reses, pero el entendido Juan Romero libró á su hijo del peligro, haciendo un *quite* de bastante mérito, aunque no tan feliz como debia, pues el veterano lidiador sufrió una buena cogida. El cura remitió á

Pedro una onza por aquel servicio, que este rehusó y no quiso admitir, y de este modo concluyó el año de estreno en la profesion de torero que Pedro Romero habia abrazado.

Llegó el año siguiente y Juan Romero fué escriturado para matar tres corridas de toros en la plaza de Jerez de la Frontera, á la cual llevó á Pedro como su segunda espada, y aqui fué donde este vió por primera vez la suerte de varas. En la misma temporada acompañó á su padre á las corridas que se verificaron en algunas plazas subalternas de Estremadura y costa de Málaga, donde lidió en la misma calidad de segundo espada de Juan.

Cuando estas cosas ocurrian, contaba ya Romero diez y siete años de existencia, y á tal edad le acompañaban buenas formas, robustez, agilidad y una fuerza colosal cuyas cualidades reunidas hicieron concebir grandes esperanzas de este lidiador, que ciertamente no fueron defraudadas, porque cada dia se le notaban adelantos en su profesion.

Poco tardó Romero en conducir su fama tauromáquica por todos los ángulos de la península, recibiendo en todas las plazas los justos aplausos á que se hacia acreedor por el brillante desempeño de su ejercicio; hasta que tan merecida reputacion lo trajo á Madrid contratado: en la corte adquirió bien pronto las simpatías de todos los aficionados é inteligentes, porque veian en él á un lidiador consumado en cuanto al conocimiento de las reses, y que poseia un valor á toda prueba para ejecutar la suerte que mas reclamaba la condicion de los toros.

Descritas estas particularidades, pasemos ahora á designar cuáles fueron sus suertes mas favoritas y en las que mas se distinguió: con relacion á ellas diremos, sin temor de equivocarnos, que Pedro Romero poseia todas las conocidas en la *quileta*, con tanta perfeccion, que pocos le han aventajado: jamás huyó del toro cuando con ella adornaba su mano izquierda, y siempre hizo que la *res* obedeciese á su impulso, como pudiera hacerlo al freno el mas arrendado caballo; por ello libró su vida mas de una vez, evadiéndose de los riesgos en

que lo situaba su valor y confianza. Pero no era este sin embargo el motivo de su celebridad, ni la razon por qué debia adquirir la reputacion que tan justamente se le concede en el toreo: la mas principal, la de que por mucho tiempo no hubo ejemplo, fué la de liar su trapo y recibir toros á la muerte: nadie le aventajó en serenidad, ninguno le escedió en confianza, pocos *pararon tanto los pies*. Para confirmar mas y mas las justas razones que nos asisten al esplicarnos de este modo, referirémos algunas de sus máximas pronunciadas por Pedro Romero en Sevilla, cuando se le nombró maestro de aquella escuela tauromáquica. «El matador de toros, decia, debe presentarse al *vicho* enteramente tranquilo, y en su honor está no huirle nunca teniendo la espada y la muleta en las manos: delante de la *res*, continuaba, no debe contar con sus piés sino con las manos; y una vez el toro derecho y arrancando, debe parar á aquellos y matar ó morir.» Tales principios eran los que Romero recomendaba á sus discípulos; y por su parte los observaba con tanta rigidez, que infinitas veces se le oyó recomendarlo á los mismos cuando les enseñaba la suerte de matar toros *recibiendo*; en cuyos momentos se esplicaba de este modo: «¡Parar los piés, muchachos, y dejarse coger, que es la manera de que *los toros se consientan y se descubran bien!*» Estas palabras sumamente compendiosas, demostraban cuanto podia desearse, y mucho mas con la seguridad y confianza que eran vertidas por el maestro. Este fué su sistema, y sin disputa el mismo que le produjo á Romero la celebridad de que gozó, y la fama que corriendo pasará á la mas remota posteridad.

Las facultades físicas del lidiador que nos ocupa, fuéron ciertamente un elemento muy poderoso para su lucimiento; puesto que reuniendo las de alta estatura, lijereza y unas fuerzas hercúleas, contaba con las mas indispensables dotes; pero si el corazon, y la inteligencia del arte y de los toros no le hubiese acompañado, ¿habria conseguido tanta aceptacion y tan justo nombre? Creemos que no: su reputacion fué general, ninguno dejaba de confesar el mérito de Romero, y esta circunstancia hizo que trabajase en todas las plazas de

España, recibéndole el público con entusiastas aplausos.

Aunque mencionadas las proporciones artísticas de Pedro Romero, réstanos hablar de sus vastos conocimientos de los toros, en lo que ciertamente no era menos aventajado: infinitas pruebas dió de ello en distintas ocasiones entre sus mismos compañeros, á quienes siempre eran útiles sus advertencias, experimentando un funesto resultado cuando las desatendian.—Para probar esta verdad queremos recurrir á las cartas insertas en una obra que con el título de *Fastos Tauromáquicos* se publicó en esta corte por los años de mil ochocientos cuarenta y cinco, las cuales dan una idea clara de la maestría y conocimientos del lidiador, cuya biografía escribimos: dicen así.

«En el mismo año que mencionamos, y toreando Romero con el dicho José Delgado (Hillo), en la plaza de Sevilla, mató aquel un toro que correspondia á este, y que Hillo no pudo concluirlo en razon á una cogida que tuvo, de la cual resultó quedar imposibilitado por entonces, y Romero, con su acostumbrada destreza lo remató de dos estocadas, no sin encontrarse con bastante esposicion, tanto en los momentos en que empleó su capote para librar á Delgado, como en el que se ocupó de la misma operacion: *el vicho tenia buenos pies, y habia adquirido mucho sentido.*»

«En las fiestas reales que se practicaron en Madrid á consecuencia de la jura del señor D. Carlos IV, dispusiéronse corridas de toros, como era consiguiente, y Pedro Romero acudió á ellas como asimismo José Delgado y el inteligente lidiador Joaquín Rodríguez (Costillares), de quien ya relatamos lo conducente: presentáronse al señor corregidor de la corte, como jefe nato de este género de funciones, para que cerciorado de la asistencia de estos dispusiera lo necesario y procedente. Esta autoridad llamó una mañana á los tres lidiadores de que hemos hablado y les dijo:

—Señores, paréceme conducente, que en virtud á la igualdad de crédito que todos disfrutais como matadores de toros, no haya categorías entre Vds. en las funciones que se prepa-

ran, ni que se guarde el orden de rigurosa antigüedad, sino por el contrario, que se encargue de la direccion de la plaza el que le toque por fortuna.

»Los tres lidiadores que estaban en presencia del corregidor guardaron un profundo silencio, y la autoridad en cuestion continuó en la operacion del sorteo que habia preparado, el cual debia injustamente resolver quién de los toreadores aludidos era el cabeza en las fiestas que iban á tener lugar.»

Difícil seria deducir, despues de tanto tiempo, las razones que al corregidor asistieron para una determinacion tan contraria á la práctica hasta entonces usada: respetémosla por lo tanto, sin que por ello dejemos de calificarla de parcial, tal cual se deja conocer á la vista de todos.

Verificóse el sorteo y tocó á Pedro Romero el privilegio de ser en aquellas fiestas el primer espada de los matadores. Asi era lo probable, y aquí está demostrada la parcialidad. Veamos ahora las causas que á todo ello influyeron.

No bien húbose designado á Romero jefe de la lidia, cuando el corregidor tomó segunda vez la palabra, y le dijo:

—Supuesto que ha tocado á Vd. la suerte de representar á los demas lidiadores, y de titularse jefe de todos ellos en estas funciones, como primer espada en las mismas, deseo me espresese si se obliga á matar los toros de Castilla.

—Me obligo á matar todos los toros que pasten en el campo; fué la atrevida contestacion de Pedro Romero.

—Bien, contestó el corregidor.

Romero hubo de ignorar el motivo de la pregunta que hábasele hecho, ó mas bien quiso dejarlo de manifiesto, y dirigiéndose nuevamente á la autoridad, que con su lacónica contestacion no le habia satisfecho al parecer, le preguntó:

—¿Tendrá V. S. la bondad de decirme el por qué se me hace esa observacion?

El corregidor, que sin duda aguardaba tales ó semejantes palabras, sacó un papel y contestó.

—Esa observacion es hija de que el famoso Joaquin Rodriguez (Costillares), y el aventajado José Delgado (Hillo), han

solicitado por medio de este memorial de que se prohibiesen los toros castellanos.

—Pues yo los mato á todos, contestó Romero definitivamente.

Aquí cesó la conferencia habida, y por consecuencia á la conformidad de Romero, se lidiaron estas funciones toros de Castilla, á los cuales dió muerte el torero cuya biografía relatamos, segun así habíalo prometido: no terminó sin embargo este incidente de una manera agradable y satisfactoria. Un tal tío *Gallon*, encargado de encerrar las reses, soltó á José Delgado uno de estos toros, bien por equivocacion, ya maliciosamente, y llegado el último tercio de su lidia, tocaron á muerte, y Hillo se preparó para dársela. *El vicho habíase hecho de cuidado, y buscando defensa se pegó á los tableros que constituian el rincon del Peso Real.* Delgado fué en su busca con la valentía que le era tan natural, y Romero le seguia aunque á cierta distancia. Hillo desplegó su *trapo* para *pasarlo* en aquel sitio, y Pedro Romero, que conocia la desventaja del torero por el terreno que ocupaba, le dijo:

—Compañero, héchese Vd. fuera y sacarémos de ahí á ese vicho; mire Vd. que ese torillo es un tunante.

Delgado volvió la cabeza, y por única contestacion dirigió á Romero una mirada despreciativa, en la cual iban recopilados todos los motivos de queja que de él tenia á causa de los antecedentes habidos: Pedro Romero comprendió toda su fuerza y retiróse agraviado. Hillo deseaba colocarse en la suerte, pero antes de conseguirlo, el toro le arrancó, y el resultado de ello fué lastimoso, pues sufrió Delgado una cogida de la que salió muy mal herido. Romero voló á su socorro, pero en valde; ya estaba hecho el daño, y solo pudo serle útil para tomarle en brazos y conducirlo al palco de la Excm. Sra. duquesa de Osuna, á la sazón su protectora, y desde allí á la enfermería, en cuyas operaciones tardó un cuarto de hora: cuando Romero volvió á la plaza hallábase el toro en el mismo sitio en que causó tan desgraciado acontecimiento, y los demas espadas indecisos en acercarse al vi-

cho : luego que vieron á Romero tomaron aquellos sus estoques , pero este , que conoció la causa de tanta apatía , les dijo con su voz aterradora :

—Quietos , caballeros , quietos : despues de tanto tiempo ninguno se ha ido al toro , y ahora que me han visto quieren todos hacerlo. Yo lo despacharé.

Armó Romero la muleta , y provisto de su formidable estoque , se dirigió delante de la fiera , y colocado á una distancia regular , y á una de las veces que citó á la res , le arrancó aquella : Romero *le dió un cambio en la cabeza*, el toro se *revolvió*, y *liándole* este famoso matador , aguardó la investida ; el vicho no se hizo esperar , y quedó muerto en el acto de una *buená*, *recibiendo*, *por todo lo alto de los rubios*. Esta suerte valió á Pedro Romero muchos aplausos.

En la plaza de las Angustias , de Jerez de la Frontera , le mató Romero otro toro á Hillo , en razon á que este no pudo practicarlo por haber tenido una cogida , de la que le resultó una herida en la ingle , sin otros varios casos que ocurrieron de idéntica naturaleza.

No se crea que al esplicarnos del modo que lo hacemos llevamos la idea de rebajar en lo mas mínimo la acreditada reputacion del valiente y entendido lidiador José Delgapo (Hillo) ; lejos de nosotros semejante pensamiento : nuestra mision como biógrafos , se concreta á relatar los hechos notables de cada uno , sin compararlos con los de ningun otro ; así es que al ocuparnos de Pepe Hillo , por cuyo nombre era conocido del público en general , referirémos á nuestros lectores todos los valerosos hechos , que , de los infinitos ocurridos con aquel torero , hemos podido adquirir , y que ciertamente son de tan singular mérito , que no debe dejar duda en la justicia con que se le concede la celebridad de que gozó. Hecha esta salvedad , que á fuer de imparciales nos será permitida , volverémos á citar otros hechos notables del lidiador que motiva esta biografía.

Entre los lances de que Pedro Romero fué autor , y en los que justificó su serenidad , valor y conocimientos , mere-

cen figurar en primer término los que espresan las cartas siguientes, tomadas de la obra que antes hemos citado, y que con referencia á una funcion de toros ejecutada en la plaza de Jerez de la Frontera, dicen :

«Hoy ha estado felicísimo Pedro Romero, y ha hecho lo que no harian todos los matadores del mundo; ha muerto un toro que se habia hecho receloso y de sentido, y cuando iban entrando en el ruedo las mulillas para arrastrarlo se le dieron las voces de «*Romero: huye, huye;*» y en efecto volvió la cara y se encontró con un toro escapado que estaba entre puertas para entorixarle, y viéndose perdido si echaba á correr, determinó recibirlo á la muerte, y lo agarró tan bien, que acabó en el mismo instante que el que tenia á su espalda, y las mulas sacaron los dos á la vez, valiéndole muchos aplausos y obsequios.»

La segunda carta notable por su contenido, está fechada en Madrid á 17 de julio de 1789 y firmada por el pica-dor de toros Manuel Jimenez; dice asi:

«Esta tarde he podido quedar en los cuernos de un toro, y debo mi vida á la inteligencia y oportuno capote del maestro Pedro Romero, cada dia mas celebrado y admirado de sus discípulos y aficionados.

»El tercer toro me ha puesto en un aprieto: animal de mucha cabeza, de bastantes libras y rematando al bulto: tan luego como le cité me arrancó, y le puse una vara por cima del buguero; cuando sintió el hierro se creció, y recargando de nuevo, me tiró delante de la puerta del arrastradero, se levantó el caballo y me quedé tendido á la larga á cuerpo descubierto: Romero se hallaba á una distancia regular con el capote en la mano, y el toro puso la vista en mí sin embestirme, y solamente se alegraba cada vez que miraba á Romero, y de cuando en cuando lo hacia á mí, pero tan luego como lo advertia aquel le meneaba el capote, y volvía el toro á mirarle.—Esta disposicion del vicho era fatal, y mi vida corria un inminente riesgo, porque no partiendo á ninguno de los dos, y permaneciendo aplomado, le daba lugar

á dirigirse á cualquiera y haber una cogida: en esta confusion oigo la voz de Romero que me dice;—«*Tío Manuel, levántese Vd. sin cuidado.*»—Yo quise hacerlo, pero como estaba tan pesado tardé en verificarlo, y á seguida tomé barrera: Romero se fué retirando, andando para atrás, hasta una cierta distancia: el vicho se mantuvo quieto en el mismo sitio, y aquel no corrió no fuese que la fiera se volviese, y en vez de seguirle, diese conmigo, en cuyo caso no hubiera podido librarme, porque aun permanecía en el estribo de la barrera.»

La segunda carta la escribió un aficionado de esta corte á otro que residia en Cádiz, fecha veinte y tres de mayo de mil setecientos ochenta y cinco, y hablando del matador de toros de que nos ocupamos, por cierto con bastante dosis de entusiasmo, entre otras cosas le decia:

«Entren todos y salga el que pueda. Romero es el mejor torero del mundo; su muleta es de un mérito especial y de lo que no hay ejemplo: los toros de esta mañana, á pesar de ser muy bravos, los ha muerto con gracia y mucha maestría; pero le hemos visto hacer un quite al picador Carmona, que solo estando presente puede apreciarse cual corresponde: no obstante, como Vd. es inteligente, se lo espresaré con algun esmero para que se persuada de lo que vale esta cuadrilla con semejante jefe á la cabeza. Es el caso, que se lidiaba el quinto toro de la corrida, y el picador Carmona se hallaba preparado para la suerte, debajo del balcon del señor corregidor: el vicho desafiaba al bulto escarbando, y Carmona le obligaba en su terreno, en cuya situacion permanecieron dos ó tres minutos, hasta que por último, el toro le arrancó: sin perjuicio de que el ginete le agarró bien con la puya, el vicho era muy duro y empujaba, en términos que le derribó el caballo, dándole una caída á Carmona, de la cual resultó que este quedase tendido debajo de aquel, aunque sin lesion alguna. El torillo era pegajoso y remataba bien, por lo que no cesó de dar cornadas al jamelgo, levantándole enganchado en una de ellas: en estos momentos metió el capote Romero, y despegó á los dos animales, saliendo á la

carrera el caballo y quedando el toro aplomado. Carmona, que solo se habia cuidado de incorporarse para tomar la barrera, no atendió á la situacion que la res ocupaba; pero ya de pié, notó con sorpresa que su posicion era espuestísima, puesto que se hallaba colocado entre el toro y el capote de Romero: á este último, que le constaba la índole del vicho, y por consecuencia el riesgo infalible del picador, se le ocurrió en este momento el único medio de evitar la catástrofe que debia terminar aquella escena, y con una velocidad inexplicable se pasó el capote á la mano izquierda, y dando con la derecha un fuerte empujon á Carmona, cayó este de boca al suelo, y el vicho en su arranque no se encontró otra cosa que el capote de Pedro Romero que lo llamó al lado opuesto de donde el picador se encontraba. Este quite tan hábilmente practicado, y con la oportunidad y lijereza que exigia tan peligroso lance, no pudo menos que entusiasmar á los espectadores, que hasta entonces habian padecido una terrible ansiedad durante toda la escena que llevo relatada. Tan luego como el picador Carmona se levantó, dirigióse á Romero y le estrechó entre sus brazos como prueba del distinguido servicio que le acababa de hacer librándole de la muerte.»

Muchos hechos de idéntica naturaleza á los espresados, brillan en la vida de este célebre lidiador, consignados todos en documentos, que por su condicion espontánea, merecen entera fé y crédito; siendo ademas notorio que el capote de Romero ha salvado la vida á numerosos lidiadores de ascendrada reputacion, por lo que siempre mereció el título de maestro que todos le concedian. Así túvose presente, cuando en virtud de real orden espedida en veinte y ocho de mayo de mil ochocientos treinta, se creó en Sevilla la *escuela de tauromaquia*, de la que Pedro Romero fué nombrado maestro primer director.

Mencionadas ya todas las propiedades artísticas de este célebre lidiador, pasarémos á relatar las concernientes al hombre, en las que este buen torero no era menos aventajado. A un trato dulce y afable, reunia un corazon humano;

su comportamiento, caballeroso siempre, le hizo apreciable hasta en los mas elevados círculos sociales; sus maneras eran tan juiciosas y de tan buen género, como circunspecto en su trato; su principal cuidado era parecer bien á sus numerosos amigos, y no dar importancia al mérito con que hallábase dotado. En la plaza era sumamente cuidadoso para evitar desgracias, defensor de sus compañeros, y el primero en manifestar su parecer cuando en el *redondel* se encontraba algun toro de cuidado. Tales son en compendio las dotes morales del autor de estos apuntes biográficos.

Concluirémos manifestando que los lidiadores contemporáneos á Romero, le concedieron unánimes un extraordinario conocimiento de los toros, y en su mayor parte, si no todos, rindieron tributo á su inteligencia, segun así lo hemos demostrado. Ultimamente dirémos, que ajustada una minuciosa cuenta de los toros que mató Romero en las distintas plazas públicas donde trabajó desde los años de mil setecientos setenta y uno, en que principió á figurar como espada, hasta los de mil setecientos noventa y nueve, á que han podido alcanzar nuestras prolijas indagaciones, ascienden á cinco mil seiscientos, número bastante escesivo en verdad y mas que suficiente para probar de lo que era capaz, y de que se le pudiera juzgar con toda exactitud sin temor de aventurar un juicio equivocado, como pudiera decirse de quienes han limitado su carrera artística á un reducido período.

Terminado el último año del siglo anterior, cesó Pedro Romero en la lidia de toros, y dedicóse exclusivamente al cuidado de los intereses que habia sabido adquirirse, esceptuando el tiempo que dirigió la *escuela tauromáquica* de Sevilla. Así que aquella quedó disuelta volvióse Pedro á Ronda, donde permaneció por algun tiempo, al cabo del cual lo trajo á Madrid, un asunto propio, que ventiló brevemente; mas como quiera que los aficionados á toros de la corte, no conocian los mas, á este célebre lidiador, sino por la fama que habia disfrutado en su pasada época, y por lo que tradicionalmente adquirieron de pocos hombres antiguos que se titulaban testigos

presenciales de las proezas de Romero, hubieron de comprometerlo con tan especial habilidad, que el famoso y juvilado toreador, accedió á trabajar en una sola corrida, á la que asistieron con avidez, cuantos á este género de diversion tenian apego. Inútil seria explicar el recibimiento que el galante público Madrileño preparó al antiguo matador. Llegado que fué el dia de la corrida, todos preparaban sus negocios ú ocupaciones para no desaprovechar la hora del empiezo de la funcion. El empleado meditaba una disculpa legal para justificarse de la falta de asistencia, al punto de su destino: el comerciante paralizaba la accion de sus especulaciones: el propietario buscaba con ansiedad un lugar cómodo para estacionarse en el circo de la fiesta: el artesano, abreviaba la faena en que buscaba el sustento de su familia; y todos con el mismo afan se sacrificaban con la mayor satisfaccion, para asistir á una funcion que solo tenia de estraordinaria, la salida de Pedro Romero. Avanzó el dia y con él aumentose el entusiasmo de las gentes; pero una vez en la plaza, y dada la señal de los timbales, todos aguardaban la salida de Romero para admirarlo cual á un héroe que vuelve victorioso de mil conquistas. Presentóse este, y una continúa agitacion de palmas, fué el incesante movimiento que notóse en los concurrentes. El acreditado matador de toros contestaba afectado á tan elocuente muestra de aprecio, y estamos seguros de que en aquellos momentos habria querido tener la aptitud que en otras ocasiones, para emplear todos los recursos de agilidad y arte, con el fin de complacer á quienes tanta deferencia le tributaban y tanto aprecio les debía.

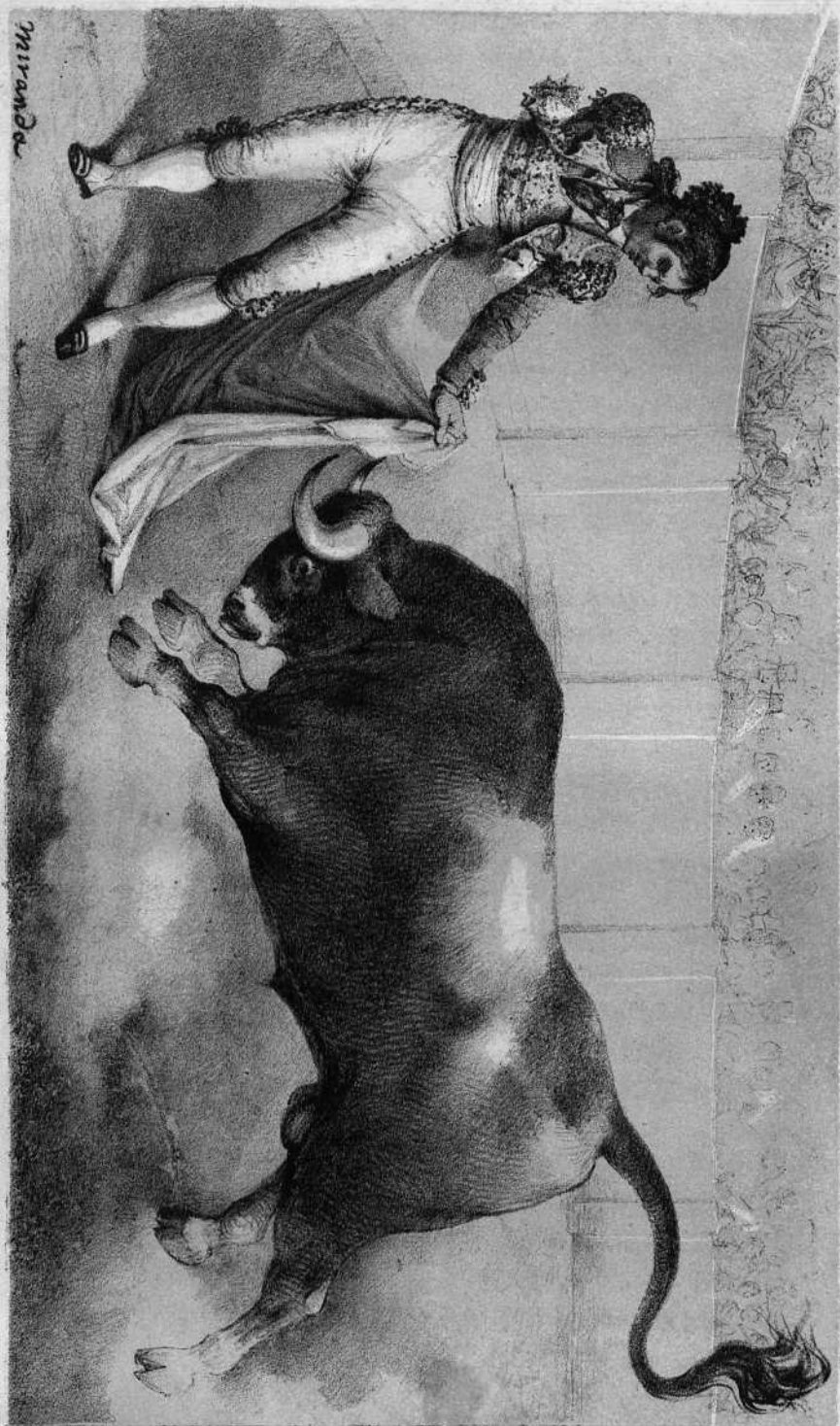
No pudo á pesar de todo, sino cubrir en cierto modo, el lugar que ocupaba. Dió muerte á los toros que le correspondieron, y aunque sin elementos ya, á una edad tan avanzada, viósele practicar esta operacion bajo los mismos principios que tanto recomendaba.

Despues del descanso consiguiente, á tan pesado trabajo, emprendió su regreso, á la ciudad que le vió nacer, y rodeado de su familia permaneció algun tiempo, hasta que en diez

de febrero de 1839, cerró los ojos á la luz del mundo, en medio del mas general sentimiento de sus discípulos y amigos.

Tarea difícil ha sido la confeccion de los mas aventajados hechos del lidiador Romero, á quien muchos llamaron *el torero de la fortuna*: no serémos nosotros los que le neguemos esa condicion de afortunado; pero sí aseguraremos, que unida su buena suerte á las extraordinarias dotes físicas con que contaba, y al gran conocimiento que poseia de las reses, se formó del todo un gran lidiador que nos ha dejado tan buenos como especiales recuerdos, que llegarán á la mas remota posteridad.

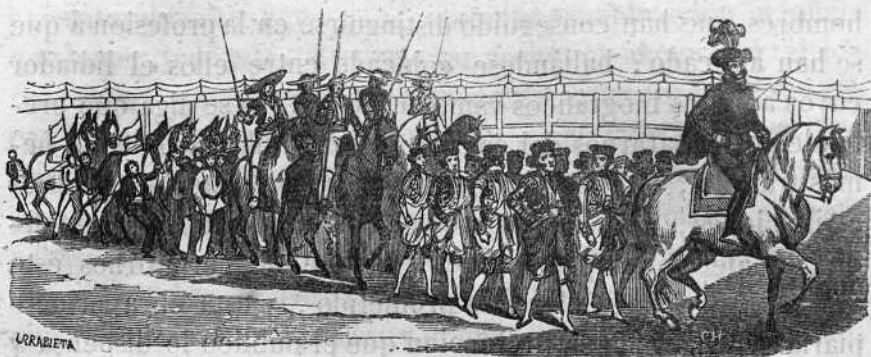




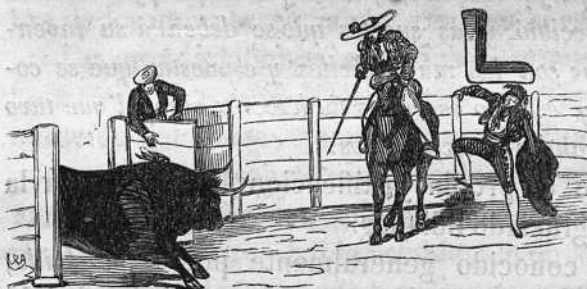
Lit. de J. Bonon.

JOSÉ DELGADO (HIJO)

siempre en una cumbre de su invención



José Delgado (Hillo).



INDO país de Andalucía; yo te saludo: Sevilla, Guadalquivir; yo los vendigo. Ciertamente que estas dos últimas palabras tie-

nen entre sí tan especial relacion; que al pronunciarse una sin otra, no dicen mas que el nombre de una ciudad ó un rio; pero estos mismos nombres unidos, esplican ya el tipo de lo bello y de lo ideal: con efecto no habrá uno, natural ó extraño á aquel pais, que no conserve de estas dos referidas palabras un recuerdo delicioso, si una vez tuvo la suerte de admirar sus encantos. Esta poblacion ha sido tambien la cuna de un sin número de

hombres que han conseguido distinguirse en la profesion á que se han aplicado , hallándose colocado entre ellos el lidiador cuyos apuntes biográficos vamos á relatar. No se diga que pretendemos separarnos del círculo de imparcialidad que nos hemos trazado , no ; jamás traspasarémos los límites de nuestras atribuciones , ni menos dejarémos correr la pluma á beneficio de afecciones particulares , porque de permitirnos este abuso , creeríamos faltar á lo prometido , y esta obra principiaria á decaer de la proteccion que el público le dispensa y no corresponderia á la benevolencia con que la ha acogido. Mas estas consideraciones tan justamente apreciadas , son precisamente las mismas que nos hacen advertir á nuestros lectores, que los apuntes que vamos á describir, pertenecen al primer torero del mundo; de cuya manera se ha considerado por todos los inteligentes habidos y existentes. No hace muchos dias nos lo aseguraba así el gran lidiador de la época, que hoy sufre á su vez en un lecho, los martirios que le ocasionaron su valor y confianza.

José Delgado , decia el célebre Montes; fué un torero de encargo, y mas general que cuantos se han conocido ; y no es necesario haberle visto para juzgar así de él ; no hay mas que fijar la vista sobre las heridas que recibió, y las suertes que se deben á su invencion , y notarémos que son las mas dificiles y espuestas que se conocen en el toreo ; y esto no es capaz de hacerlo sino el que tuvo mucho valor y muy grandes conocimientos.

Dicho esto como en propia justificacion , pasarémos á la historia de este desgraciado lidiador.

José Delgado , conocido generalmente por *Pepe Hillo*, abrió los ojos á la luz del mundo despues de mediado el siglo diez y siete , en la hermosa y pintoresca ciudad de que hemos hecho mencion , y en uno de sus barrios estramuros , al que los hijos del pais dan el nombre de *Baratillo*. Descendiente de una familia pobre , aunque honrada , é hijo de un artesano; no bien llegó á conocer el alfabeto , cuando su padre le destinó un lugar en la *banquilla* , con el fin de que en el ejercicio de zapatero se proporcionase el necesario sustento. Delgado

era naturalmente ágil, y no obstante su aplicacion al oficio que hemos indicado, despertó tan frenética aficion por el toreo, que á pesar de la prohibicion de su padre y del severo castigo que á cada paso le prodigaba, jamás abandonó su idea: enviabásele á un mandado del momento, y en vez de verificar su vuelta con la prontitud que su urgencia reclamaba, encaminábase al matadero, donde solo era conducido por su insaciable afan de bregar con las reses: distraíase su padre con alguna ocupacion cualquiera, y el niño, aprovechándose de ello, se escapaba á donde su desmedida aficion le llamaba, sin que jamás le impusiera el temor del castigo. Inútiles eran todo género de precauciones, pues su resolucion no conocia límites y por todo arrostraba. Sin duda una voz secreta le impulsaba, y á Hillo no le era dado corregirse. En su cabeza no existia otra idea que la de ser torero, como así lo demostraba hasta en los vulgares juegos, propios de su edad.

Algunos años pasaron en esta lucha continua, que Delgado sostenia con su familia, mientras creció y pudo adquirir la aptitud necesaria para torear: conseguido tal extremo, y provisto de cuanto debia apreciarse para la profesion de lidiador, no tardó mucho en vérselo figurar como tal, siendo el asombro de los que presenciaban y sabian apreciar su trabajo.

Un grande hombre habíase dado á conocer poco antes en la carrera tauromáquica, á quien sin disputa se debe la regeneracion del toreo, llamado Joaquin Rodriguez (Costillares), y bajo la direccion de este se colocó José Delgado. Increíble parece la rapidez con que el discípulo se impuso de las reglas que Costillares habia establecido en la lidia, y mas dudoso aun la perfeccion con que las ejecutaba, con espanto del mismo maestro, que, convencido de su especialidad, trató desde luego de utilizar la primera ocasion para hacerle figurar como su segundo.

En tal estado las cosas, pasó Delgado á torear á varias plazas del reino, entre las que se cuenta la de la corte, y como recibiera en todas ellas señaladas muestras de aceptacion, debidas á su mérito extraordinario, y de ningun modo á la parcialidad, bien pronto elevóse su crédito á una altura que ri-

valizaba con el de su maestro y con el del famoso Pedro Romero, su contemporáneo y compañero.

Difícil nos sería explicar el método de la lidia de Hillo, puesto que siendo un torero general que poseía todas las suertes conocidas hasta entonces, y algunas otras debidas á su invencion, siempre se le veía ejecutar la que mas reclamaba la condicion del toro, por espuesta y difícil que pareciese: es indudable que estas propiedades se encuentran rara vez en una sola persona, y de aquí la escelencia del torero, cuyos apuntes nos ocupan. A una voluntad de hierro unia un corazon á toda prueba; á un buen deseo agregábase el estímulo de su antagonista. Nada demuestra con mas exactitud la verdad de nuestra narracion, que las innumerables cogidas que tuvo y el número de heridas que recibió. ¿Cómo negar á José Delgado los conocimientos necesarios para distinguir la entidad de las suertes que practicaba? Y si esto es cierto, como no puede menos de creerse, ¿cómo comprender tantas cogidas? Ahí está demostrado su valor sin ejemplo, que no solo aventajaba á la inteligencia, sino que esta carecia por lo regular de fuerza para contenerle en los peligros.

Tal es nuestro modo de juzgar á José Delgado, respecto á sus cualidades como matador de toros, cuya opinion hemos consultado diferentes veces con los aficionados y profesores que le conocieron, y todos convienen en la misma clasificacion, que la consideran tan justa como imparcial.

Hemos bosquejado al lidiador, y ahora nos harémos cargo del hombre. José Delgado (Hillo) reunia á su buen trato social, una gracia particular, que le hacia apreciable entre sus infinitos amigos y conocidos, y aun entre muchas personas notables por su rango y gerarquía, que se disputaban la vez en tributar obsequios al torero: esta posicion, ciertamente envidiable, era la que disfrutaba Pepe Hillo, con mas el favor de todos los que valian en la corte de las Españas. Muchas personas cuéntanse en el número de sus mas decididos apasionados, y entre ellos al entonces duque de Osuna, que en repetidas ocasiones le prodigó sus favores.

Hecha esta reseña, volverémos á hablar del torero para dar cuenta á nuestros lectores de su desgraciado fin.

En la primera temporada de toros del año de mil ochocientos y uno, hallábase José Delgado (Hillo) de primera espada en la plaza de toros de Madrid, alternando con José Romero, escriturado en la misma, cuya época debia ser la última de la vida de aquel. Llegó la corrida del once de mayo, y el sétimo toro que en ella se lidió fué el que dió fin con este célebre matador. Las circunstancias ocurridas en este desgraciado lance se refieren de varios modos, pero ninguno nos merece mas crédito que el espresado por una carta que insertaremos íntegra, digna de figurar en nuestra publicacion, tanto por su contenido, como por las reflexiones que hace á cuantas importantes. Una rara casualidad ha hecho llegar á nuestras manos este documento, de tanta mas entidad, cuanto que creemos no existe de ella ningun otro ejemplar. Dice así:

«AMIGO MIO : En las fiestas ejecutadas aquí antes de ayer, estuvieron demasiado espuestos los toreros de á pié, y especialmente los estoqueadores, con varios toros, libertándose de ellos mas por un efecto casual y feliz, que por el de su notoria destreza, á causa de hallarse corridos anteriormente, y por lo mismo en el caso de no poderse burlar, ó sortear, por medio de los auxilios y reglas, que para conseguirlo son propios del arte, que con innegable crédito desempeñan los insinuados profesores.

Siempre que se han corrido toros de dicha clase, ha presenciado el público idénticas contingencias como nos lo recuerda la triste memoria de los muchos que han sido víctimas de ellos, y sobre todo la que acabamos de experimentar.

»Únicamente me propondré por ahora hablar del mencionado séptimo toro, que fué el que causó el terrible sacrificio, de que se hará la mas comprensible demostracion. Solo recibí tres ó cuatro varas, á las que entró siempre huyendo de los caballos, por ser para estos demasiado cobarde. Despues con mucha maestría le puso un par de banderillas el aplaudido *Antonio de los Santos*, y seguidamente le clavarón otros tres pares

Joaquin Diaz y manuel Jaramillo. Luego se presentó á matarle JOSÉ DELGADO: le dió tres pases de muleta, los dos por el órden comun (ó despidiéndole por su izquierda) y el restante de los que llaman al pecho; con el cual se libertó del apuro contra los tableros en que le encerró la mucha prontitud con que se revolvió el toro algo atravesado, de resultas de haberle dado el segundo pase, no hallándose puesto aquel en la mejor situacion.

»Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle; le tanteó, citándole, ó llamándole la atencion á la muleta (deteniéndose, y sesgándose algo mas de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro parado, y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario, ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el piton derecho por el cañon izquierdo de los calzones, y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca arriba. Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar, para conocer que en aquel lance debió quedar sin movimiento; es lo cierto, que careciendo de él, se mantuvo en dicha forma interin le recargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el ayre, y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho mas de un minuto, destrozándole en menudas partes cuantas contiene la cabidad del vientre y pecho (á mas de diez costillas fracturadas), hasta que le soltó en tierra inmóvil, y con solo algunos espíritus de vida. Esta la perdió enteramente en poco mas de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles á la piedad mas religiosa.

»Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado, á presencia de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente punto menos que inevitable el riesgo de perecer, á que se esponian, para quitar la fiera de la inmediacion á el ya casi cadáver (en un parage tan sin recurso en aquel caso como

es el de la puerta del toril) superó á esta prevision de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él, mudando con las capas la situacion del toro. Tambien lo emprendió, en cuanto le fué dable el celo de *Juan Lopez*, procurando ponerle una vara á caballo levantado. (A su ejemplo deben respectivamente ejecutarlo todos los picadores, siempre que estén en peligro sus compañeros, ó los de á pié, así como estos lo hacen á cada instante con aquellos; á cuyo fin es indisculpable en unos y otros aun el menor descuido y falta de tino, para preveer el resultado de las buenas y malas suertes).

»Inmediatamente José Romero tomó su espada y muleta, y usando del superior manejo que tiene en esta, y de la intrepidez que con aquella recibe los toros á la muerte, se la dió á la fiera de dos bien dirigidas estocadas, con todo el denuedo y serenidad de espíritu que acostumbra, y pedia lo árduo de la empresa, graduando las críticas circunstancias que le hacian multiplicadamente mas difícil.

»Muchos son los lances que pudieran individualizarse, en que constantemente dió pruebas nada equívocas de su sin ejemplar valor el héroe de esta trágica memoria, con singularidad despues de haber sido gravemente herido con veinte y cinco cornadas (en otras tantas hazarosas suertes) que repartidas en todo el cuerpo recibió en el discurso de su vida; pero en ninguna comprobó mas su gran presencia de ánimo, que en la última, en que con admiracion le vimos forcejeando sobre los brazos, apoyadas las manos al piton que le tenia atravesado, para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demas miembros descoyuntados, caidos, y hecho un objeto de la mas insignificable compasion. Esta se renovó en la mañana de hoy por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospital General, en que estaba depositado el cadáver, hasta la Parroquia de San Ginés, en que fué sepultado, y conducido con una laudable y edificante profusion, dispuesta por la gratitud de su amado discípulo é inseparable compañero ANTONIO DE LOS SANTOS.

»No hay documentos que mas impresion hagan para remedio de toda clase de infelicidades, que la representacion de ellas mismas, analizando sus causas para contrarrestarlas, y precaverlas en lo sucesivo con los antídotos que nos dicta la propia racionalidad. A la notoria de V. (unida á su estraordinaria pericia en el práctico y especulativo arte de lidiar toros á caballo y á pié), juzgo sea de la mayor satisfaccion darle una sucinta idea del fruto que deberia producir la fatal escena, que apenas me ha permitido detallar el acervo dolor con que á todas horas se presenta en mi angustiada imaginacion. Libre esta algun tanto de la afliccion que la agita me he puesto á meditar, que las corridas de toros no son otra cosa, que una especie de lucha ó batalla, que el valor de nuestros compatriotas tiene adoptada como por galardón del que les es característico; que bajo este concepto, y otros (que por consultar la brevedad omito) nos están permitidas lícitamente por la Potestad Suprema, en la inteligencia de que la de los Españoles, en virtud de su habilidad, constituyen remoto el peligro de sus vidas; y que no verificándose así con los toros de la enunciada clase; para salvar este género de violacion, para no infringir las Sagradas Leyes de la naturaleza, y para que con sobrado fundamento las gentes y naciones cultas no censuren de bárbara esta diversion, se hace indispensable apelar á los recursos que nos dictan la razon y la prudencia. Estos, pues, son el de prohibir en todo el reino, con las combinaciones que exige la importancia de la materia, que los criadores ó dueños de toros, que se hayan corrido dentro ó fuera de poblado desde que nacen, puedan venderlos, para lidiarlos en las plazas, á imitacion de lo que con notorio crédito de sus vacadas y aumento de sus intereses, ejecutan los Señores, *Gijon, Bello, Guendulain, Espinosa, Cabrera Vazquez, Marin, Trapero, los Gallardos y otros*. Que á los Asentistas, ó sus comisionados que los compren sin asegurarse hasta el último extremo de lo referido, se les castigue con el indicado rigor, que sin violencia (de la que será responsable su autor, sigan trabajando en las funciones donde metan toros, que desde luego conozcan (como es de

su obligacion) que no están sencillos, y sí desengañados de los objetos, ardides y medios con que los burlan, acometiéndolo por lo comun con aquel género de picardía, ó probabilidad, que les infunde su natural instinto, para hacer casi inescusable el peligro de los lidiadores.»

»Es evidente que á pesar de lo espuesto, podrá correrse algun otro toro, que por razon de ser viejo (esto es de mas de cinco á seis años, que es cuando están en su mayor poder y valentía), por demasiado cobarde, ú otra accidental causa, que se deba considerar comprendido en la clase espresada. En estos casos es muy consiguiente, que la sabia y superior prudencia de los magistrados que presiden las plazas (prevénidos indirectamente por el lidiador, ú otra persona de su confianza, que en realidad tenga todo el conocimiento necesario al efecto) le mande echar perros; en lo que no solo se evita el riesgo de las inapreciables vidas de los actores, sino es que al propio tiempo se divierte el público en disfrutar de unas luchas que le son de la mayor complacencia, y de tiempo inmemorial se han mirado como anejas é inseparables de las funciones de toros.

»Aunque para la muerte de los que van reprobados pudiera usarse del asta ó cuchilla, que llaman guadaña ó media luna, tiene entre otros inconvenientes, el de que cuando están distantes de las barreras, y no se les puede con las capas aproximar á ellas, es difícil y peligrosa la operacion de desgarrarlos, tanto para los que la ejecuten, como para los que es indispensable ayuden al efecto. A esto se sigue ser necesario asaetear los toros por las costillas con la espada, y despues acabarles de matar con la puntilla ó cachetero. Dichas maniobras son por lo comun dilatadas, y como á esto se agrega lo fastidioso que es ver dar vueltas por la plaza sobre los corbejones á un animal (que digámoslo así) se le ha asesinado con una especie de alevosía, opuesta al crédito de los toreros; no pueden menos los espectadores de mirar estos actos con desazon y repugnancia. La que los estoqueadores de primer orden siempre han tenido en consentir lo referido, es tal, que repetidamen-

te han representado, desistiéndose de trabajar antes que acceder á un tan mal recibido vejámen de su opinion; y como que aun cuando no deba considerarse así, siente el público del mismo modo que ellos, han sido en todas épocas atendidos sus recursos con el éxito que se han propuesto.

»Habiendo únicamente tratado de precaver el próximo riesgo de los lidiadores de á pié, nos resta el que con la misma concision lo ejecutemos de los de á caballo. Los propios sentimientos de humanidad y racional precision, que hablando de aquellos quedan significados, me impulsan á hacerlo de estos. Ya queda espuesto, y convencido hasta la mayor evidencia, que la esplicada diversion, ni es racional, ni lícita en los propuestos casos; y ahora añado, que en los trágicos que continuamente ocurren con los picadores, se hace mas indispensable su correccion. Es cierto que la costumbre de ver á cada instante caer, y sacar estropeados de entre las garras de la muerte á los picadores, nos hace mirar sin toda la sensacion que corresponde, el abandono de sus vidas, ni contemplar, que aunque pocos las pierdan en las plazas, son muchos los que de sus resultas no llegan á viejos, ó quedan lisiados ó enfermos. Y si por desgracia la espresada inconsideracion que nos conduce á estar como familiarizados en ser indolentes testigos de semejantes tragedias, no disminuye en modo alguno la esencia de ellas, ni la de los consiguientes cargos á que su presencia nos conduce, ¿por qué no hemos de buscar el urgente medio de moderar aquellas? Este es el de que por ningún respeto se consienta la salida de picadores aventureros, intrusos, de desconocida ó poco acreditada habilidad. Que los que se admitan se presenten en caballos de su entera satisfaccion. Que las púas de las varas estén proporcionalmente desnudas y sin los estre-mados topes, que imposibilitan la defensa de los hombres, y que en viendo que sin el inevitable riesgo de ser atropellados, caidos y hechos una miseria por los toros, no puede contrarrestarlos la habilidad y el poder, despues de habérseles puesto seis ú ocho varas, cuando mas, se mande banderillarlos.

»A escepcion de algun otro individuo de los pocos que

suelen infamarse en el hecho de precipitar á los toreros con abominables insultos , ó con indiscretos aplausos, en el acto de las corridas ; en sus concurrencias y tertulias ; y aun esparciendo cartas y relaciones , en que tienen la gran debilidad de no poder exagerar el mérito de los que llaman sus apasionados , sin vituperar el de los demas lidiadores , censurándoles generalmente lo que debian elogiar , ó por el contrario , en incalculable perjuicio de los mismos que su obstinada preocupacion y capricho celebran : repito , que á escepcion de los insinuados enemigos de la humanidad, la de todo el pueblo racional y culto desea , que el valor y la destreza de los lidiadores triunfe de la terrible ferocidad de los toros , como generalmente se logrará , haciendo el mérito debido de las precauciones manifestadas.

»Muy interesantes son , sin disputa , todas las reflexiones que van espuestas , si se atiende á su intergiversable esencia, y á la sinceridad y buen espíritu con que van producidas. Nadie, contemplo, que dejará de confesarlo así, aunque en el particular no tenga otras nociones que las generales , que inspira la racionalidad mas comun. Tampoco me persuado que á la misma se oculte otro de los puntos , en que con incomparable superioridad á los tocados , se debe fijar la atencion en honor de la humanidad. Esta clama por el ejeutivo remedio de que al público no le veamos en muchas corridas ser el objeto de la furia de los toros que saltan á los tendidos, y que aunque pocas veces , han subido algunas en distintas plazas á la grada cubierta y balcones. Para impedir estos dolorosos resultados deben ejecutivamente venirse todos los obstáculos que se puedan oponer, por mas dispendiosos é insuperables que parezcan.

»Si tanto en este punto, como en los demas espresados , y que covengan tocarse , se lograra la reforma que es de esperar , las obras pías y públicas , interesadas en los productos de las funciones , los multiplicarian con superabundancia en la mayor concurrencia de las innumerables gentes , que por no verse en los esplicados conflictos personales, ni mirar en los demostrados á los lidiadores, dejan de asistir á las corridas.

»Contestando á lo que la bondad de V. se sirve preguntarme en razon de lo qué me parece de las estocadas á toro parado, y aun cuando arrancan á desproporcionada distancia; como tambien en qué sostengo la opinion de ser utilísimo, que los lidiadores de á pié, igualmente que los de á caballo fuesen ambi-dextros? digo: que las estocadas á vuela-pies (inventadas por la refinada y original destreza de *Joaquin Rodriguez Costillares*, con el fin de que las clases de toros que se designarán, y antes se mataba de muchas estocadas con demasiado riesgo, en el dia se rematen con incomparable menos que cuando embisten, y con la prontitud que vemos) únicamente deben usarse con los que por cobardes, cansados, débiles, rendidos de las baras y banderillas ú otra inopinada causa, no parten, y consienten que el lidiador se les aproxime lo necesario al efecto, estando en la suerte que corresponde; en cuyo acto no debe detenerse en arrojarse á él, por las muchas y poderosas razones, que por no dilatarme reservo.

»Los toros en que no militan dichas circunstancias, deben estoquearse arrancados, y avanzado de mas ó menos retirado, segun lo pida la proporcion oportuna que se presente. En este supuesto, los que se hayan de estoquear así, convienen queden con el poder, que es útil pierdan punto menos que del todo, para verificarlo á vuela-pies. En los estoqueadores notamos, que unos los matan con mas lucimiento y facilidad de aquel modo, y otros de este. Penetrada por el magistrado dicha variedad, infiero hará la debida su docta trascendencia, para medir y disponer al indicado efecto cuanto debemos persuadirnos, dirigido á la mayor complacencia del pueblo, y á la seguridad y brillantez de los estoqueadores.

»Estos al propio tiempo deben cortar el abuso de las muchas capas; que por lo comun vemos arrojar; hacer quites y correr los toros fuera de propósito, enseñándolos á que traigan las cabezas altas, no obedezcan al engaño, le desarmen con incensantes derrotes, y en una palabra, les conviertan de sencillos en pícaros, reparados y detenidos para el estoque, banderillas y demas suertes. Al mismo tiempo conseguirán, que

libre la plaza de tantos objetos como distraen la atención de los toros, les partan sin la incertidumbre, que aumenta imponderablemente el riesgo de unos y otros lidiadores; y por último, se escusará el indecente tropel y confusion que causa el concurso de un gran número de operarios que deben existir entre barreras hasta que les toque el turno de su salida.

»Por lo que mira á las razones en qué fundamento las ventajas que produciria el que los lidiadores fuésen ambi-dextros, no es necesario otra prueba que la de reflexionar, que casi en todas partes de la plaza se hallarian en suerte, pues la que fuese mala á una mano, sería por lo general forzosamente buena para la otra; por lo que, ni los toros tuertos del ojo derecho, ni el estar picardeados ó resabiados por el propio lado, ni otros muchos inconvenientes que se tocan en el dia, se graduarían de tales por los que indistintamente usasen de ambas manos. Por hacerlo así, en lo respectivo á la suerte de banderillas *Sebastian de Bargas* y otros de los que componen las cuadrillas de esta plaza, no solo los ha constituido en la esfera de sobresalientes, sí tambien en la de trabajar con mucha menos contingencia que los que únicamente parean por un lado.

»En innumerables oficios y artes de mayor dificultad que el de torear (para lo que es la agilidad de ambas manos) vemos, que las ejercitan con igual manejo, sin embargo de que les interesa su individual provecho y seguridad incomparablemente menos que á el lidiador. Luego ¿por qué este no debia esmerarse en una adquisicion que tanto le interesa?

»No pudiendo olvidar las dolorosas consecuencias á que conducen unas desgracias semejantes á las mencionadas, creo firmemente, que si llegase el afortunado dia, en que los toreros reflejasen como deben, establecerian un Monte Pío para los que se retirasen, inutilizaran, y viudas y huérfanos de los que fallecieran; cuya fundacion es quizá mas urgente que todas las de su clase que hay creadas, atendidas las razones en que se han cimentado.

»Reitero á V. el inalterable deseo de que en todas distancias y situaciones me dispense preceptos en su obsequio.

Madrid 13 de mayo de 1801.—B. L. M. de V. su mas apasionado amigo y servidor J. T.»

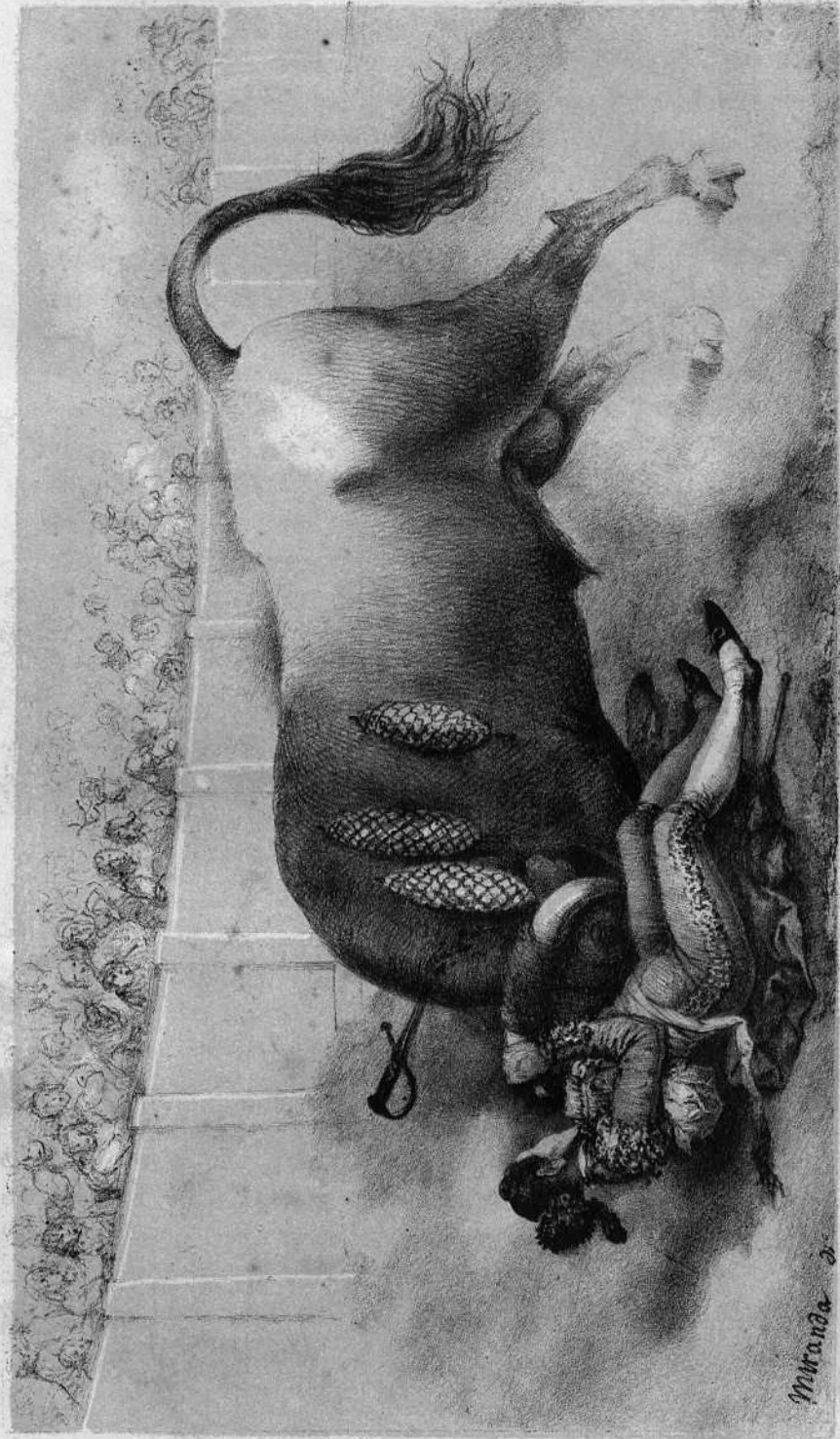
Concluirémos los apuntes de este desgraciado lidiador, copiando los cuatro sonetos y el epitafio que en el mismo documento se leen, contentándonos con lo espuesto; pues ¿á qué mas comentarios? Cuando una desgracia de igual naturaleza pone fin á la vida de un hombre, que cual este de que tratamos, era tan apreciado del público, el silencio es el lenguaje mas espresivo que usar se puede.

No dejarémos sin embargo de decir, que el toro que ocasionó tan cruel catástrofe, pertenecia á la antigua ganadería llamada de Peñaranda, y que la cabeza disecada, hállase aun colocada en uno de los salones de la Historia natural de Madrid, donde se observa con cierto respeto quizá por conservar la memoria de aquel desgraciado acontecimiento.

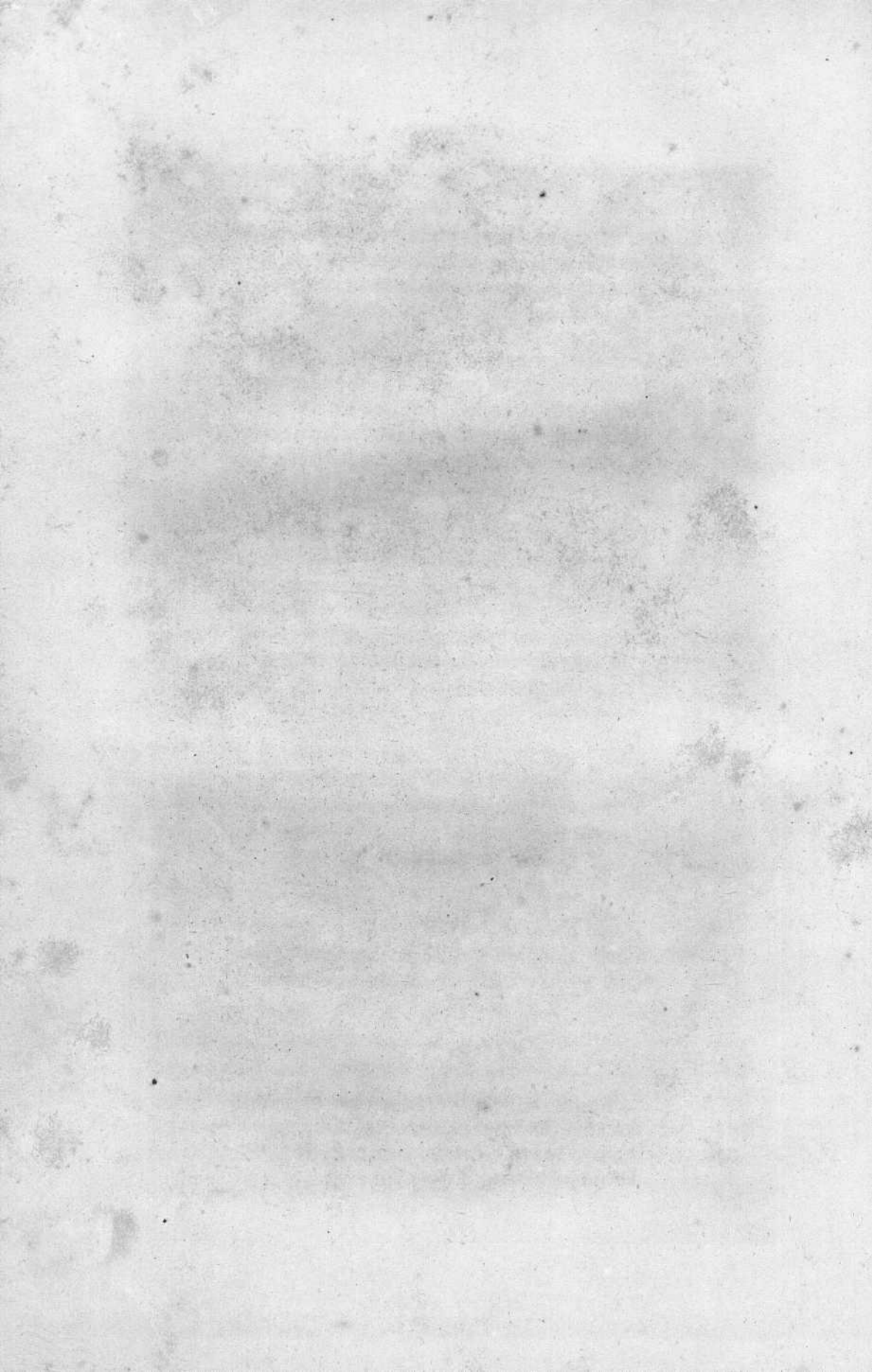
SONETOS.

I.

Se precipita al caudaloso rio
El nadador jugando con las olas,
Y del centro registra las mas solas
Alcobas de Neptuno sin desvío:
Adonde la olla, que el remanso oculta,
Le arrebatá, le lleva, y le sepulta
En su muy arenoso centro frio:
A este modo PEPEHILLO jugueteaba
Con los toros, burlando su brabeza,
A los unos rendia, y á otros daba
La muerte con ardid y con destreza;
Mas cuando menos su valor pensaba,
Le sepulta de un toro la fiereza.



JOSÉ DELGADO (HILLO)
en su última copida.



II.

Hombre , tanto en la suerte desgraciado,
Cuanto animoso en la difícil suerte:
¿Cuántas veces en brazos de la muerte
Te vió el espectador por arrestado?
Lidiador , que á las fieras presentado
Con arte , y gracia , osabas atreverte,
Despreciando el peligro de esponerte,
Por agradar á tanto apasionado:
¿Qué mucho que tu muerte yo temiera,
Si para tí guardaba yo mi gloria?
Escena tal , ¡ oh nunca yo la viera !
Mas no podré olvidar tu triste historia,
Que aunque postró tu vida horrible fiera,
Eterno vivirás en la memoria.

III.

Aquí yace , mortales , quien venciendo
Del feroz bruto la violenta saña,
Triunfó mil veces con destreza estraña
Víctores repetidos consiguiendo:
Murió por fin , al golpe mas tremendo,
Que en su cerco gentil miró la España,
Y aun viéndolo discurre que se engaña,
Y que no escucha el popular estruendo:
Vosotros , lidiadores , que animados
De aplausos necios , é intereses pocos,
A igual riesgo correis precipitados;
Dejad en el momento de ser locos,
Conociendo en tan trágica experiencia,
Que no hay arte á frecuente contingencia.

IV.

Aquel valiente toreador , que el pueblo
Aclamó justamente veces tantas,
A cuyo brazo diestro , é invencible,
Despojos abortó Tajo y Jarama;

Aquel , que á la cerviz mas fulminante
 De Jijon , Colmenar y Guadarrama,
 Vió rendida á sus piés, los que gloriosos
 En raudales de púrpura pisaba,
 Yace al golpe fatal de armada testa;
 No el miedo lo causó , sí la desgracia;
 Que si del gran ROMERO la fortuna
 PEPEHILLO, el animoso , disfrutára,
 Ni la fama de aquel fuera tan una ,
 Ni éste en la sepultura se mirára.

EPITAFIO.

Pasajero , aquí yace sepultado
 Aquel famoso HILLO , aquel torero,
 Que habiendo sido siempre celebrado,
 Tuvo al fin desgraciado paradero:
 Deten el paso ; míralo postrado,
 No celebres su orgullo lisonjero;
 Pues toda gloria vana desfallece
 Y el que busca el peligro , en él perece.





Gerónimo José Cándido.



SIENDO conveniente que demos principio á la biografía de este lidiador, en los términos que sus antecedentes reclaman; por lo tanto parécenos oportuno dar cabida á la reflexion que la misma experiencia dicta, la cual testimonia por su exactitud el principio de verdad en que la funda.

Es indudable que hay acontecimientos en la vida del hombre, de tan poderosa influencia para su porvenir, que parecen combinados de intento, con el fin de trazar á cada uno la senda de su existir. En vano nos esforzamos para colocarnos en otro término; escusada es toda lucha; siempre en el mismo terreno; todo sacrificio es inútil. Esta propiedad

del mundo , déjase conocer en la carrera de la vida de muchas personas , sobre cuyas vicisitudes fijamos la atencion , pasando las demas enteramente desapercibidas ; pero si en todas hiciéramos la misma observacion , en todas hallariamos idénticos resultados. Es una ley de la naturaleza y no hay medios hábiles de contrariarla.

El lidiador de quien vamos á ocuparnos nació para vivir de sus rentas, y no para agenciarse la subsistencia: nació tambien para habitar en regiones enteramente distintas de las propias á las que al ejercicio del toreo se dedican , y no obstante estas razones , trabajó para vivir , y necesitó abrazar la profesion que odiaba , ó por lo menos á la que ningun apego se le conocia. Y no se diga que por ser el ejercicio contrario á sus instintos pasó en él con ese desapercibimiento que inspiran las medianías : no , y mil veces no : el torero de quien vamos á hablar , fué tan notable en ciertas y determinadas suertes que pocos le han aventajado : discípulo tambien de un buen maestro , aprendió cuanto podia convenirle , y si no le aventajó , supo regularizar mas provechosamente los conocimientos que de aquel recibió , y organizóse un hombre especial en la profesion en que su destino habíale colocado. Escuremos sus antecedentes.

En la provincia de Cádiz , y á tres legas escasas de la capital , existe una poblacion con el nombre de *Chiclana* , cuyo vecindario ocúpase generalmente en la labor , por ser su terreno escesivamente pródigo aunque reducido en término. En esta poblacion , y en la tarde del diez y seis de abril del año de mil setecientos sesenta , nació Gerónimo José Cándido , hijo de José y de María Hernandez , labradores á la sazón bastante bien acomodados.

José Cándido , padre del que motiva estos apuntes , habia seguido la profesion de lidiador de toros , y sin haber podido conseguir jamas el título de notabilidad sino en teoría ; supo reunir , no obstante , una decente fortuna , la cual se aumentaba cada dia bajo la influencia de una bien entendida administracion. Esta circunstancia , unida á un escelente trato y á

alguna otra cualidad recomendable que Cándido padre poseía, fueron causas poderosas para que esta familia mereciese las mas cumplidas consideraciones por parte de las personas mas distinguidas de aquella villa. Colocado José Cándido en una situacion ventajosa, trató de metodizar su vida dedicándose esclusivamente al cuidado de sus intereses, de lo cual se ocupaba al nacimiento de quien biografamos. Sus amigos, como ya hemos dicho, eran varios y de lo mas escogido de la poblacion; contándose entre ellos el entonces corregidor de la misma, que en cumplimiento de espontáneos ofrecimientos, reclamaba la vez de tomar á su cargo la comision de tener en los brazos al reciennacido para su cristianacion. De esta conducta puede deducirse el aprecio y distincion que la familia de José Cándido merecia, y el lugar que ocupaba en la escala social de su pueblo.

Aceptada la proposicion del corregidor, y hechos los preparativos consiguientes, bautizóse al hijo de José Cándido, poniéndole por nombre el que figura por cabeza de estos apuntes. El padrino por su parte, desplegó la generosidad necesaria para quedar airoso en la comision que habia solicitado, y fué tanta y de tal naturaleza la suntuosidad y esplendidez con que se ejecutó la sacramental operacion, que aun hoy se recuerdan como un hecho notable algunas de sus particularidades, entre las que ocupa un preferente lugar la de que se arrojaron al aire grandes sumas en monedas de oro y plata, desde la iglesia parroquial á la casa del reciennacido; costumbre antiquísima, y que se conserva intacta en las poblaciones del mediodía.

Crióse Gerónimo José Cándido con el mimo y cuidado que era consiguiente á la posibilidad de sus padres, quienes tenian recopilado su cariño en él, por ser el único fruto de benediction con que el Supremo Hacedor habíalos favorecido. No descuidaron á pesar de ello la educacion del niño, y buscáronle desde bien pequeño un abonado preceptor que encargóse de dirigirle é instruirle mas regularmente que los autores de su existencia, los cuales nunca hubieran podido darle mas que

una cristiana enseñanza que era lo posible á la capacidad de aquellos. Así continuó Gerónimo hasta la edad de ocho años, en que la muerte arrebató á sus padres, quedando desde esta época al esclusivo cargo de un tutor, que abusando de la autorizacion propia de este título, descuidó su educacion, permitiéndole ademas los goces naturales á la edad que hemos citado, que en buen principio, como todos sabemos, deben economizarse y limitarlos á un estrecho círculo.

Bajo la influencia de este género de escesos, tan conocidamente perjudiciales á la niñez, aumentáronse los años de Gerónimo, llegando ya á contar catorce: aquí crecieron las necesidades del párvulo, y hubo precision de satisfacerlas. Reclamó del tutor la posesion de un buen caballo, la de vestidos de majo, y algun otro objeto de lujo á que por entonces concretó sus exigencias, por ser á las que propenden los naturales de aquel pais: con esto adormeciéronse por entonces sus pretensiones; pero al paso que avanzaba en edad, aumentábanse sus atenciones, para las que el tutor facilitaba lo necesario por cuenta de lo que de Cándido administraba. Semejante conducta debia precipitar á Gerónimo en un malestar, del que no era fácil defenderse, pero sus ojos se cerraban á tan funesto porvenir, y solo atendia á los goces del momento. En poco tiempo se hizo dueño el tutor de lo que á su tutelado habíale pertenecido, y el jóven Cándido se encontró en una posicion triste, que caminaba rápidamente á su empeoramiento, aumentándose mas y mas segun corrian los tiempos.

No nos detendremos en calificar el proceder del tutor por no parecernos de este lugar, y porque tambien lo consideramos ageno de nuestra incumbencia; y si referimos estas particularidades es por considerarlas de utilidad, toda vez que fuéron origen de que el motor de estos apuntes, abrazara por necesidad una profesion que en otras circunstancias no hubiera pensado en ella sino por pura distraccion y pasatiempo.

Cándido se aproximaba ya á la edad de los diez y siete años y en aptitud de raciocinar sobre su porvenir; conoció sus pasados errores y trató de corregirlos, pero este remedio venia

demasiado tarde, y solo podia ser provechoso para cuando Gerónimo volviese en otra ocasion á poseer algo ; por entonces carecia de todo , tan en toda la estension de la palabra, que no contaba ni aun con los medios necesarios á la subsistencia.

En tal estado, y como el náufrago que por salvar su existencia , busca su apoyo en una débil tabla, así resolvió Cándido dedicarse á la profesion de lidiador. Necesitaba un protector para ayuda de sus intentos , y aquí fue donde la suerte se le mostró propicia , puesto que halló dispuesto á este objeto el mas á propósito de cuantos hombres hubiera podido buscar, el cual llamábase D. José de la Tijera, bajo cuyo amparo colocóse Gerónimo. Este caballero , rico, generoso y sumamente aficionado al toreo y á las personas que del mismo ejercicio dependian , no descuidaba la colocacion de su protegido, ni menos le omitia las esplicaciones precisas para instruirle, aunque superficialmente, de las indispensables al torero. Cándido las escuchaba con la atencion que inspira el vivo deseo de aprender , y mientras disponíanse los preparativos para el estreno del nuevo lidiador.

El espresado D. José de la Tijera conservaba íntimas relaciones de amistad con el célebre matador Pedro Romero, de quien ya tratamos anteriormente , y exigióle á este de que tomase á su cargo la educacion tauromáquica de Cándido, incluyéndole desde luego en el número de los de su cuadrilla, á lo que aquel escelente espada no puso inconveniente. Hicieronse los vestidos con que Gerónimo debia practicar su primera salida , costeados en su totalidad por el susodicho protector , y á poco tuvo efecto esta bajo los mejores y mas felices auspicios. Tanto el favorecedor de Cándido como su maestro Romero quedaron complacidos enteramente del comportamiento del visón lidiador , y ambos tambien reconocian en él facultades físicas nada comunes y altamente adecuadas á la profesion que se habia elegido.

No fuéron defraudadas las esperanzas de los que así opinaban , porque cada dia que Gerónimo salia á la plaza daba testimonio y una nueva prueba de sus adelantos en el arte de

torear: esta razon ocasionó que antes de poco tiempo figurase como media espada de Romero, á cuyo puesto le elevó, correspondiendo Cándido tan dignamente como pudiera desearse. Su crédito tauromáquico crecia con extraordinaria rapidéz, y en cada una de las funciones en que prestaba trabajo, acreditaba mas y mas la justicia con que se le tributaba.

Romero miraba estos triunfos como propios, y solo eran motivos de bien entendida satisfaccion para quien como él, era, digámoslo así, el que mas habia contribuido para colocar á Cándido en la situacion que ocupaba. Cándido por su parte, vivia agradecido á Romero, y solo disfrutaba cuando la ocasion le proporcionaba un medio de prestarle utilidad á su maestro. Con este motivo, y de esta mutua correspondencia, creóse entre ambas espadas la mas estrecha y perfecta amistad, en términos que muy poco despues de estas glorias de Cándido, contrajo éste matrimonio con una hermana de Romero, siendo este último el mas decidido protector de semejante enlace.

Pocos años duraron los goces de esta union: la hermana de Romero murió desgraciadamente despues de una larga y penosa enfermedad.

Siendo general la justa reputacion que Cándido disfrutaba, fué ajustado para trabajar en la plaza de esta corte, donde á su presentacion, supo adornar su frente con nuevos laureles, y de triunfo en triunfo, alcanzó el de merecer los favores y deferencias de las personas mas notables y distinguidas, y aun del mismo monarca, que en mas de una ocasion, le demostró su benevolencia. Esta posicion eminentemente ventajosa, que Cándido poseia, trahia su origen en la conducta que desde luego habíase trazado, á la cual acompañaba un trato afable y sencillo, y enteramente simbolizado con su cualidad de honrado. Las relaciones íntimas que Cándido sostenia en la corte estaban limitadas á seis ú ocho personas, de bastante distincion por sus nacimientos, los cuales le dispensaban sus amistades hasta con orgullo, porque á todo se habia hecho acreedor, por sus acciones caballerosas y finos modales.

De esta manera, pasó el primer tercio de la vida del lidiador que nos ocupa, quien concluidos sus compromisos de contrata en Madrid, regresó á Andalucía, donde poco despues contrajo segundas nupcias, de cuyo matrimonio tuvo varios hijos. En aquel pais trabajó por espacio de algunos años, con tan brillante éxito, como de costumbre tenia, y era consiguiente á su habilidad y conocimientos. Ya por esta época resentíase Cándido de un calambre en la pierna derecha que le postraba hasta cierto punto; pero este inconveniente para la lidia, suplíalo la mucha inteligencia de aquel torero, que por ello hízose solo, matador de muchas estocadas, aunque todas en regla y de acuerdo con el arte. Aumentóse el dolor, y ya el lidiador aparecia defectuoso, en términos que á otro no le habria sido posible continuar en el ejercicio; mas Gerónimo desplegó los recursos y maestría de su mano izquierda, con cuyo auxilio, y armado de la muleta, trasteaba y preparaba á la muerte aun á las reses que con mas *sentido buscaban su defensa en los tableros*. De este modo manejábase Cándido en estos tiempos, y solo por dos ocasiones experimentó la falta que tenia de agilidad. La primera cayó al suelo delante del toro en el momento de estoquearle, y solo llevó un *rebolcon*; mas la segunda recibió dos cornadas en igual *suerte*, las cuales le privaron de torear por dilatado tiempo.

No le pareció bien á Cándido continuar en Andalucía, y dispuso su regreso á Madrid, donde viósele trabajar con sentimiento á causa de la penalidad con que lo practicaba, consiguiente á su enfermedad: en tal estado, no faltó persona, de las muchas que se honraban con la amistad de este lidiador, que se dedicase á aconsejarle su separacion del toreo, y el completo abandono de una profesion, que podia proporcionarle la muerte en la mejor ocasion. No desatendió este consejo el sugeto que motiva estos apuntes; pero presentábasele una gran dificultad, y era, sus únicos y exclusivos recursos para atender á la manutencion de su numerosa familia. Sus amigos prepararon vencer este inconveniente, y con la conformidad de Gerónimo dieron principio á diligenciar lo con-

veniente al fin que se proponian. Corrian por entonces los años de 1824, y los interesados en el bienestar de Cándido, figuraron una solicitud de aquel, dirigida al monarca, en la que le imploraba sus favores. Fuéle presentada por una persona de no escasa influencia, y el resultado no dejó de ser bastante satisfactorio, puesto que se le destinó de visitador ó cabo principal del resguardo montado de San Lúcar de Barrameda. En diez de junio del citado año de 24 recibió Cándido el nombramiento, que aceptó sin repugnancia, y en esta fecha abandonó para siempre la profesion en que tantos triunfos habíase adquirido.

Llegado que hubo al punto de su destino y encargado de las atribuciones concernientes al mismo, notóse en su desempeño que no habia nacido para él, mas obligado por la imperiosa necesidad continuó desempeñándolo, disfrutando el general aprecio de todos, hasta que se le ocupó de real orden en la segunda direccion de la escuela Tauromáquica de Sevilla, de cuyo establecimiento era primer jefe el célebre Pedro Romero, segun ya hemos manifestado.

Ordenada la disolucion de aquella escuela, volvió Cándido á San Lúcar, continuando en su anterior destino, hasta la muerte del Rey Fernando VII, en cuya época fué separado, sin saber hasta ahora el motivo que produjo semejante resolucion.

De los antecedentes que nos ha sido posible examinar, hemos deducido que Cándido no quedó cesante hasta esta última época, y que su asistencia á la escuela tauromáquica fué una comision especial que se le confirió, sin duda en consideracion á su buen crédito; así es que de una certificacion de D. Domingo de Torres, director de rentas provinciales, librada en nueve de abril de mil ochocientos treinta y cinco se lee: «Que los documentos presentados por D. Gerónimo José Cándido, para la clasificacion del sueldo que le corresponde por sus años de servicio aparecen de abono diez años, dos meses y ocho dias; por lo que le pertenecen dos mil quinientos treinta y tres reales once maravedís anuales.»

Esto , no obstante , quedó sin efecto , á consecuencia de que posteriormente se dispuso por punto general , que los cesantes no percibiesen haber ninguno , mientras no contasen mas de doce años de servicios , y Cándido por ello quedó privado de este recurso y enteramente pobre , sumido en la mas angustiosa situacion.

Descritas las particularidades de la vida de Gerónimo José Cándido , examinémosle como lidiador. Era hombre de muchos conocimientos y sabía aprovecharlos : examinador de las reses , precavia cuanto déjase conocer en las reglas del arte , y recomendaba el escesivo cuidado , sin tolerar distracciones á cuantos con él trabajaban. Como matador de toros , éralo en general de muchas estocadas y cortas , origen quizá de su escaso valor : en el capeo y manejo de la muleta fué siempre excelente ; *galleaba* tambien con sobrada maestría , y comprendia el quite de la suerte de vara , con la exactitud que nosotros la concebimos : colocado siempre muy próximo al estribo izquierdo del ginete , aguardaba la res para meter el capote cuando la necesidad lo exigiese ; y finalmente , Cándido , en concepto de los aficionados , era todo un torero de habilidad y conciencia.

Atravesó toda la escala gradual del ejercicio , y siempre fué digno de que le mirasen los aficionados con cierta especialidad reservada solo á los que saben distinguirse. Como chulillo fuéron sus propiedades tan aventajadas , que jamás metió su capote en valde para hacer conducir la res al puesto conveniente : como banderillero se excedia á los deseos de todos , respecto á que era muy *fino* y muy *largo* , y cuanto mas dificultades ofrecia un toro , ya con relacion á su instinto , bien por las propiedades que le habian hecho adquirir durante los períodos de la lidia , con tanta mas facilidad se le veia á Gerónimo colgarle siete ú ocho pares de banderillas en un brevísimo tiempo , y metiendo los brazos para esta operacion de una manera admirable. De lo espuesto podremos deducir sin gran trabajo , que Cándido fué una notabilidad en el ejercicio , incomparablemente mas aventajado que ninguno de los de su época.

Tales son los títulos que se le conceden respecto á estos particulares. Pasemos ahora al hombre, y á dar cuenta al mismo tiempo de la última época de su vida, tan triste como desgraciada en verdad.

Gerónimo fué hombre de unos sentimientos inmejorables; nació, como dijimos antes, para ser muy rico y no para agenciarse la subsistencia. Fué generoso hasta el extremo de que le podamos acusar de dilapidador; no se aprovechó jamás de las cuantiosas sumas que supo ganar en su profesion, ni de las que le proporcionaron su último destino. Era hombre poco considerado para su familia, y perjudicial á veces, sin que nunca se le reconociesen vicios capaces de desacreditarlo. Finalmente, no formó juicio jamás sobre su porvenir ni el de sus hijos, y por esta causa no les legó mas que los sufrimientos propios á una completa pobreza.

Mereció en todas ocasiones el aprecio y consideracion de cuantos le trataron, y aun hoy conserva algun amigo, que recuerda su nombre con el sentimiento de que no exista. Humano y caritativo, tambien lo fué Cándido de una manera exagerada, y esta cualidad tan de su natural carácter, no fué la menos poderosa para que en el último tercio de su vida se viese colocado en tan difícil situacion.

Veamos ahora el fin de este lidiador. Exento de recursos en Andalucía despues que le dejaron cesante, determinó volverse á la corte, quizá con el ánimo de que sus afectuosos amigos de otro tiempo le favoreciesen, mas á su presentacion, el número de estos era bastante reducido, y economizaban sus generosidades. Pocos fuéron los que no desmintieron el aprecio que Cándido les merecia, pero estos no eran bastantes á cubrir por entero sus necesidades; y en medio de las penalidades que se desprenden de este género de vida, permaneció algunos años en Madrid, hasta que agoviado por la desgracia y sus padecimientos dejó de existir en esta villa y corte, el dia primero de abril de mil ochocientos treinta y nueve, á los setenta años de edad, dejando en el mayor abandono á su esposa é hijos, que aun lamentan el descuido de un padre que ja-

más dió muestras de recordar los deberes que semejante título le imponía, para legarles una regular fortuna, proporcionada al mucho dinero que durante su vida pudo guardar.

Ademas de lo espuesto consérvanse tambien otros recuerdos de bastante importancia, respecto al diestro Gerónimo José Cándido, que no queremos dejar en el olvido, y por lo tanto vamos á consignarlos en la presente publicacion. Aludimos al sistema de vida que adoptó durante el tiempo que dependió del arte de torear. Su principal afan en esta época, consistia en la regularizacion de suertes, para simbolizar estas con las propiedades del toro con quien se debian practicar; así es que jamás se le pudo acusar de que hubiese empleado recursos contrarios al vicho, ni hubo ganadero que pudiera lamentarse de que sus toros lucian mas ó menos de lo que en realidad habian merecido. A cada res le proporcionaba los medios que mas en consonancia estuviesen con su bravura, y por ello daban todas, un agradable juego, que resultaba en beneficio general de los propietarios del ganado, y de los espectadores que concurrían á la fiesta.

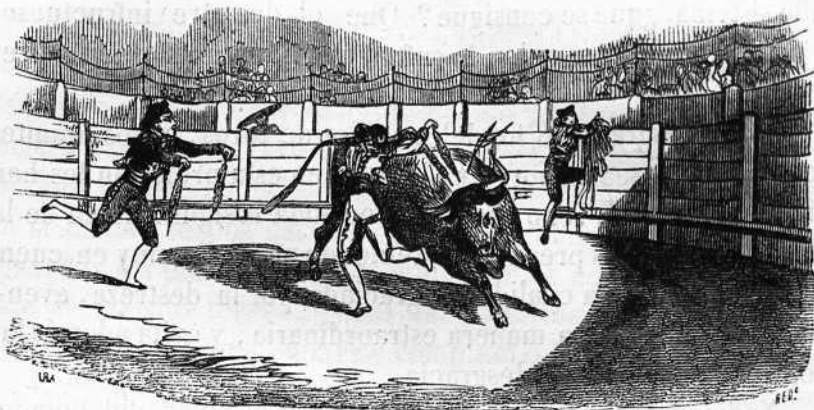
Concluirémos manifestando que en la fecha ya citada y en una casa modesta, situada en la calle de Santa Brígida, y marcada con el número 25 de gobierno, exhaló el postrer aliento, desde donde se le condujo al cementerio de la puerta de Bilbao á depositar sus restos, á cuyo punto, asegúrase con algun fundamento que ciertas personas, allegadas al difunto Cándido unas, y por puro recuerdo de amistad otras, marchaban diariamente á contribuir con sus rezos al bien de su alma. No podian testimoniarle el aprecio que le habian profesado de otro distinto modo, y este era el único medio posible á la situacion que cada uno ocupaba.

Despues de estas muestras de estimacion, y obligados por la imperiosa ley de la necesidad, desuniéronse las personas que componian ó habian compuesto su familia, y con aplicacion cada uno á un objeto distinto, procuráronse el sustento necesario, sin desmentir ninguno la crianza que de aquel padre habian adquirido.

Tristísima es por cierto la narracion con que damos fin á estos apuntes biográficos, pero propuestos á consignar las particularidades de los que utilizamos á este fin, no hemos querido abandonar al olvido estas circunstancias, que muchos habrian podido interpretar en perjuicio de este lidiador, con menoscabo de su sobresaliente mérito, pues es notorio á todos, que un matador de toros que durante la época de su trabajo, mereció un regular concepto, se le considera con recursos cuantiosos, para atender á las necesidades que puedan ocasionársele en el último período de su vida.

Omitamos mas pormenores, y concretémonos á lamentar tales propiedades, perniciosas hasta un extremo indeterminado, y que tanto influyen en el empeoramiento de algunas familias que ocupan hoy una contraria posicion á la que les pertenece.





Francisco Herrera Guillen.



CUANDO teniendo apenas, el tiempo que necesita el valiente para apreciar el riesgo, se encuentra precisado, en ciertos y determinados momentos, á encargar al arrojo el oficio que compete á la prudencia; bien está el atrevimiento en el torero: pero cuando se desatiende esta virtud, porque equivocadamente se hace consistir el pundonor en el desprecio al peligro, dejando al arbitrio de la casualidad el mérito de aquellos hechos, y abandonando la vida al azár; el osado pasa á ser temerario, y entonces apenas tiene en su desgracia, derecho alguno á la compasion. Y por la observancia de este erróneo y mal enten-

dido sistema, ¿qué se consigue? Que el desastre infructuoso, lejos de acreditar á quien lo sufre, mortifica á los que lo presenciaban.

Por el desgraciado fin del matador de toros, cuyos apuntes nos ocupa, deseáramos, que los que en esta profesion les han sucedido, fueran, si no prudentes en toda la significacion de la palabra, al menos precavidos; teniendo para ello muy en cuenta, que esta última cualidad, agraciada por la destreza, aventaja el crédito de una manera extraordinaria, y evita además las contingencias de una desgracia.

Nadie desconoce, que el esfuerzo muscular del lidiador es impotente, cuando se vé acometido por la fiera, y que de ningun modo alcanza aquel á parar el golpe que le descarga su enemigo, quien reúne condiciones físicas infinitamente mas superiores, y al mismo tiempo hállase dotado de cierta intencion natural, que se refina y aumenta proporcionalmente, al paso que experimenta castigo. El aficionado á esta clase de fiestas, por exigente que sea, comprende que la destreza y el arte, regularizado con el bien entendido valor, son los elementos que únicamente pueden eludir el ímpetu feroz del animal que se lidia: el inteligente mide la entidad de la suerte por el riesgo que el diestro supo evadir; y el espectador en general, propuesto solo á divertirse, aplaude con inesplicable satisfaccion, la cautela que le proporciona los goces que fué á buscar á la fiesta. Quisiéramos por estas razones hacer entender al torero, que el público reconoce en el lidiador que acertadamente se resguarda ó precave del peligro innecesario, digámoslo así, al valiente, que reservándose para mejor ocasion, fia á su criterio, la apreciacion del riesgo á cuya superioridad no quiso sucumbir; y que mira con sobresalto al osado, ó ya al temerario que sofoca sus instintos de conservacion, bien porque irritado con la fiera, la mira como á su enemigo personal, ó ya porque mas rígido consigo mismo que lo son sus jueces, siente á su espalda un descrédito mayor que el enemigo con que lucha.

Este era el temple del acreditado lidiador que procuramos

describir. Francisco Guillen, era valiente, entendido, decoroso, entusiasta de su reputacion, gallardo, y querido de las damas; y sabiendo apreciar justamente sus favores, nunca les mostró descolorido el rostro, sobre el cual reflejaban sus encantadoras miradas; ni pudo permitirse que su figura apareciese en la huida, menos garvosa de lo que él la apreciaba en el aguardo. Así podremos decir, sin temor de equivocarnos, que este aventajado torero, jamás dió muestras de verse atacado por el mas leve temor á una rés: completo lidiador, banderilleaba sin haberlo aprendido; picaba sin ser caballista ni conocer por principios la entidad de la suerte; y finalmente mataba toros con la ayuda de su inimitable mano izquierda, de una manera pasmosa; y todo esto ¿á quién es debido? á su extraordinario valor; á la apreciacion que de sí mismo tenia.

Bástenos lo espuesto como introduccion á la presente biografia, y pasemos á referir los antecedentes de este célebre lidiador.

Nació Curro Guillen en la villa de Utrera, provincia de Sevilla, y á siete leguas distante de la misma capital, por los años de 1788. Fuéron sus padres, Francisco y María del Patrocinio Rodriguez, naturales ambos de la mencionada Sevilla, de los cuales heredó Curro la aficion al toreo, puesto que su padre fué segundo espada en la plaza de Madrid y otras del reino, y su madre, hija de Juan Miguel Rodriguez, matador de toros tambien, prima de Joaquin Rodriguez Costillares, y hermana de José María y Cosme, afamados banderilleros, y suplentes de espada en distintas ocasiones.

A la edad de cinco años pasó Francisco Guillen á Sevilla, donde los padres variaban nuevamente su domicilio, y apenas se estacionó en esta ciudad, empezó á dar curso á su extraordinaria aficion al toreo. Las sillas de su casa, sirviéronle de objeto para practicar sus primeros ensayos, y á pesar de su corta edad, ya se le veia regularizar los pases de muleta, con cierta propiedad, que denotaba lo que en adelante debia valer. De esta sencilla operacion, pasó á complicar sus juegos, destinando una silla para toro, y rodeándose con las demás, las cuales

representaban para él, el público que lo observaba: aquí ya se colocaba en posición de favorecer á los picadores, ya metiendo su capote con la oportunidad que era necesaria, ó bien capeando y haciendo recortes y otras mil suertes de utilidad, segun creía conducente á la situación que en su fantástica imaginación habíase colocado el vicho y el supuesto picador: seguíase despues las suertes de banderillas, y Guillen las clavaba sin interrupción, procurando hacerlo de la manera mas difícil en su concepto, terminando el primer período de la lidia, con varios recortes que figuraba, con el ánimo de acortar de pies á la rés, y predisponerla á la muerte. Resonaba en sus oídos el eco del clarín que ordenaba la muerte del toro, y despues de tomar la muleta y una espada de madera, que al efecto poseía, ejecutaba la operación de la manera mas breve y airoso, no sin haberse antes dirigido á brindar la muerte del vicho á uno de los ángulos de la sala, á las personas que en su juicio le observaban. Por último, tomaba el supuesto estoque del paraje donde habíale clavado, y saludaba á las paredes, como en contestación á los aplausos que en sus oídos resonaban; concluyendo por enderezar con el pié la tizona que habíale servido para sacrificar á la víctima. De este modo hacia Guillen sus ensayos diariamente, como si alguna voz secreta le anunciase las glorias que en la profesion de lidiador debía alcanzar mas adelante.

De mas edad, hacia Guillen que sus amigos supliesen á las sillas, y con ellos organizaba ya una función completa, estableciendo picadores, banderilleros y demás; reservándose siempre la dirección, ó ganándola con su puño si encontraba oposición, para no menguar desde esta época, el renombre que le estaba destinado. Ya aquí hacíase la fiesta mas variada, pues á cada paso veíasele ejecutar una nueva suerte, cuya invención era propia, las cuales le valian aplausos y consideraciones de los demás muchachos, que siempre le cedían el puesto reservado á la inteligencia que cabe á semejante edad. Ya por entonces aparecía Francisco Guillen como notable, si no para el público en general, que aun desconocía la exis-

tencia de este, al menos para quienes observábanle en esta clase de juegos, que eran los únicos á que se prestaba.

Graciosas son las tradiciones que tenemos de los entretenimientos tauromáquicos del lidiador de quien tratamos, cuya relacion sucinta sería muy dilatada, y nos haria detener mas de lo que es posible: baste lo dicho para formar una idea de sus antecedentes, que creemos bastantes; en atencion á que sus hechos mas principales, serán espuestos cual corresponde á su notorio crédito, que con justicia adquirió, y que consignaremos para que pase á la posteridad; sirviendo de utilidad á los que se dedican al difícil arte de torear.

Si Guillen se hubiese dedicado á otra profesion de las que queda un recuerdo perpétuo, por la perfeccion de una obra que supo el artista construir, Francisco Guillen se habria indudablemente immortalizado, segun los recuerdos que dejó en su primera salida al toreo, tanto en el concepto de lo satisfecho que el público quedó, como la tierna edad con que contaba. Quince años no cumplidos tenia, cuando Guillen se estrenó en la plaza de Llerena, matando dos toros con la propiedad de un consumado lidiador. Pero este primer trabajo emprendido sin conocimiento de su madre, no se crea que Curro lo solicitó demandando favor, ni del modo que parecia consiguiente á su situacion de aprendiz, no; presentóse cual otro que descansando sobre sus pasados triunfos, está satisfecho de sí propio, y no permite que nadie valúe su trabajo: así fué, que lejos de ello, apareció con cierta importancia agena del que se encuentra en su caso, y no como quien deseando ejercitarse deja la retribucion de su trabajo á merced de sus valedores: ajustóse por una decente cantidad, con la cual sorprendió á Patrocinio, que al ver en su falda las primicias del toreo, lloró mas y mas tiernas lágrimas, que las que habia derramado por el hijo querido cuyo paradero antes ignoraba.

Este primer paso, practicado en los términos que dejamos referido, sirvió de mucho para su crédito, pues ya se le miraba, aun por los mismos lidiadores, con cierta deferencia propia al que se lanza á un ejercicio, principiando con aceptacion

por donde otros concluyen, sin dejar mas idea que la de su nulidad.

Tambien contribuyó la conducta atrevida de Curro, que tal nombre debe darse, á que varias personas de alguna importancia, se declarasen sus protectores, y le proporcionasen ocasion de aventajar su fama: entre ellos citarémos al rico propietario Don Joaquin Claravon, coronel del regimiento de Barbastro, de guarnicion en Sevilla á la sazón; este caballero le preparó á Curro una corrida de toros en la susodicha capital, para la cual le regaló una magnífica espada, adornada con insinuantes moños, y un capote de seda, cuya circunstancia llamó la atencion del público que acudió con avidez á la fiesta preparada. Los pocos años de Guillen, su gentil presencia, y el acierto de las estocadas que dió en aquella tarde, le granjearon tan numerosos y entusiastas aplausos, que su reputacion se elevó á una altura eminente; terminando este tributo al mérito, con la conduccion del nuevo matador de toros, desde el circo de la funcion á su casa, en medio de inesplicables vítores, interrumpidos por el ruido de una banda de música militar, que su protector habíale dispuesto, para hacer mas memorable el dia de su estreno en la lidia.

No desconocia Guillen que estas muestras de aprecio eran un pesado impuesto, más que á su gratitud, á su inteligencia: comprendió tambien que reclamaban de él un gran lidiador, y considerándose un visón afortunado, quiso hacerse su mismo maestro, fundando en el matadero de Sevilla la escuela práctica donde debia aleccionarse bajo su propia direccion. En este establecimiento permanecia Curro, adelantando en el arte cuanto era posible, á quien como en él simbolizaba la inclinacion con las dotes físicas: ambos elementos marchaban de comun acuerdo, y de este modo se familiarizó con el ganado en unos términos que consiguió conocer todas las propiedades adherentes á las reses: lidiaba todos los dias dos ó tres horas, y de esta ocupacion, como de lo mucho que se acercaba á los toros, llevaba con frecuencia señaladas muestras en los jirones de su capa.

Con tales ejercicios íbase desarrollando la musculatura de Guillen en unos términos, que bien pronto adquirió una fuerza hercúlea, en la cual fiaba su intrepidez, y perfeccionó las formas, que sabía lucir en sus naturales movimientos alentados, y en sus posturas de modelo tan arrogantes como airosas.

La justa celebridad que Curro disfrutaba poco tiempo después que esto tuviera lugar, produjo que fuese llamado á diferentes plazas de provincias, donde mató con el arrojo é inteligencia que le era tan natural, fundando uno de los motivos de su crédito, en no huir jamás del toro.

No solo desempeñaba Guillen el cargo espuesto de matador, sino que tambien banderilleaba con una destreza extraordinaria, y queriendo ser completo en su arte, picó por primera vez un toro en la plaza de Cádiz.

Llegada que fué para Curro la edad de veinte y cuatro años, pasó á Lisboa y mató en seis corridas para que fué contratado: viéronle los portugueses con inesplicable entusiasmo, y aun lamentáronse de que el linage de Guillen no fuese trocado por media docena de sus sonoros apellidos: escusamos decir cómo le mirarian las portuguesas, que en la gallardía y gracejo del lidiador español, comprendian claramente el idioma universal del alma, que con tanta propiedad esplica este atributo esclusivo de la nacion que nos vió nacer y que tan difícilmente pueden apenas traducir de la gravedad de sus compatricios.

Luego que Curro Guillen concluyó su compromiso en la capital del vecino reino, regresó á Sevilla, donde á su llegada supo la prohibicion de las corridas de toros, cuya disposicion fué debida al príncipe de la Paz. Volvióse entonces á Lisboa, y continuó allí su ejercicio con idéntica aceptacion de como habíalo poco antes practicado, porque cada vez se notaba en su método un nuevo motivo de admiracion, hijo de su acostumbrada intrepidez y maestría.

Al hablar de la primera estada de este célebre lidiador en Lisboa, depusimos algun tanto, sin mengua de la verdad, la se-

riedad que nos hemos trazado en estos apuntes , no sin justo motivo , pues sabedores de muchas escenas en las que nuestro personaje representó el mas principal papel , habidas en la capital de la nacion Lusitana , y precisados á publicar las finezas que le granjearan su mérito y cualidades , no podiamos menos de apuntar el agasajo que de aquel bello sexo mereció el torero en cuestion , cuando contenido en los límites de la buena crianza , solo aspiraba á la estimacion de las lindas ; pero cuando ya mas galan miraba Curro el simple aprecio de las damas como un gaje baladí , y comprendia lo que agravia á una beldad compasiva la timidez del individuo á quien se dedican , nos abstenemos de entrar en su conducta privada , y en obsequio de aquellas , correrémos un belo sobre estas particularidades del gallardo lidiador. Bástenos lo espuesto y sigamos la ilacion de sus vicisitudes.

Permitidas en España de nuevo las fiestas de toros , volvió Guillen al pais , y en la primera temporada en que se le vió lidiar , ejecutó en su profesion prodigios de valor y destreza que conserváronse impresos por mucho tiempo en la imaginacion de los aficionados. Corrió el tiempo y llegó la aciaga época de la guerra de la independencian , por la cual contratóse Curro en Madrid por unas corridas , y en una de ellas que hízose memorable , picó cuatro toros en competencia con Luis Corchado.

Pasó á Cádiz despues , y en la misma temporada picó otra corrida de toros de Cabrera , con igual intrepidez que si hubiera sido esta su fundamental profesion.

Vuelto á Sevilla , y siguiendo su antigua costumbre , mató un gran número de toros en aquel matadero. Este motivo de diversion para el lidiador de quien tratamos , le convidaba á hacer mas parada en aquella ciudad , y dió lugar al suceso que vamos á referir.

En Ajeza , paraje inmediato á Sevilla , punto á que los naturales llaman el *tablar* , un toro de diez años , huido de su ganadería , habia adquirido la costumbre de dormir en el agua , saliéndose al amanecer á difundir el terror en las campiñas inmediatas , donde perseguia á toda persona que divisaba. El vicio

de aquel vicho y la bravura que se le concedia , fuéron objeto de diferentes conversaciones en varios círculos , y mas principalmente entre los toreros. Un dia refirióse en presencia de Curro , que con otros de su ejercicio hallábanse en la puerta de la carne , y todos creyéronse capaces de sortear aquel toro , no faltando quien se brindase á darle castigo para auyentarlo de aquellos sitios : Curro guardó silencio y la conversacion fué variada , sin que se tocase mas en algunos dias. Pasados estos , y visto que nadie daba pruebas de haber satisfecho el compromiso , dirigióse Guillen una noche al paradero del vicho , entró con su caballo en el agua , y no pudiendo conseguir que el toro se moviese , salió á la orilla , rodeóse la brida á la muñeca y se echó á dormir. Alerta Curro al amanecer , vió salir al toro y dirigirse hácia él : preparóse para sortearle , y puesto en la suerte con su manta , le empezó á capear. Media hora invertiria Guillen en cansar á la res , que furiosa cada vez mas , esforzabase en engancharle con el asta ; pero visto que no podia conseguirlo , despues que rendida le faltaron pies , se echó en tierra con la lengua fuera , de cuya situacion aprovechóse Curro para cortársela , lo cual consiguió mancornando al vicho antes para evitarle los medios de defensa. Provisto Guillen del testigo de su triunfo , se retiró de aquel lugar , marchando seguidamente á su casa.

Uno de los comprometidos , se encaminó la misma mañana á ver al toro desde una prudente distancia , mas hallándole , con gran sorpresa suya , en aquella inofensiva postura , se acercó y le cortó la cola , retirándose inmediatamente y ansioso de ostentarla entre sus camaradas.

Hízose entre los toreros demostracion del nuevo trofeo , y Guillen con calma , demandó los pormenores del lance. Al supuesto héroe , aunque no tenia corazon para ejecutar aquella obra , no le faltaba talento para pintarla con tan vivos colores , que la reunion se disponia á concederle el lauro. Curro le reconvino entonces por la falsedad , y sacó para mayor prueba la lengua del vicho en cuestion. Todos quedaron admirados de la explicacion que le escucharon y miráronle con el asombro propio

á grandes y difíciles hazañas, quedando confundido el charlatan.

Descritas estas particularidades , concernientes al lidiador en general , tratarémos ahora de sus elementos particulares y del método especial que tanta y tan distinguida reputacion le hizo adquirir.

Nacido Curro Guillen para torero , no desconocia el partido que podia sacar de sus naturales dotes: corpulento , ágil, forzudo y de un valor á toda prueba, contaba con los medios de dar á su espada una impulsión mas que suficiente , para quedar airoso en todas las suertes que el toro se le colocase: perito en el arte comprendia que una estocada bastaba para dar la muerte al vicho, y que esa deberia ser la primera , porque de este modo conciliábase la facilidad y el lucimiento; por lo mismo , animoso é inteligente , aprovechaba el momento oportuno para despacharlo de un golpe mortal. Tan repetidas fuéron las ocasiones en que á la primera estocada dejó Curro tendida la res á sus piés, que ya aquel tino parecia casi instintivo , y tenia cierto carácter providencial de imposible esplicacion. Innumerables y á cuan mas entusiastas eran los aplausos que por ello recibia.

Las circunstancias particulares ocurridas despues de esta época con el lidiador de que tratamos , muévenos á referirlas si no en su totalidad, al menos en determinadas corridas, que hicieron objeto de pública conversacion por bastante tiempo, en razon á la bravura del ganado lidiado en ellas.

Habiendo vuelto Guillen á la metrópoli de Andalucía , y siguiendo en su empeño favorito de asegurar la muerte del toro en la primera estocada , le alcanzó un vicho , y sufrió una cogida, de la que resultó gravemente herido en el muslo , y arrancada una oreja de un pisoton de la res. Preparábase otra función igual, respecto al ganado, que la anterior, donde debiera matar Curro Guillen, pero como su larga y penosa curacion no le permitia trabajar, instó á Lorenzo Baden, para que le sustituyera: este respondió que no se determinaba; Guillen al escuchar semejante contestacion, saltó de la cama, pidió sus vestidos, presentóse en la plaza , y no obstante su debilidad y

el embarazo de los vendajes, mató de ocho estocadas los ocho toros de la tarde.

Otra de las heridas que Curro recibió, fué á consecuencia de su natural propension de obsequioso con las damas, al quitarle una divisa á un toro en la plaza de Zaragoza, la cual habíasela pedido por antojo, un linda aragonesa.

Pasó á Madrid despues de estos acontecimientos, y en esta plaza lució su estraordinaria habilidad para descabellar los toros: este ardid era un adorno á su profesion, y en él no solo un recurso para concluir á las reses moribundas, sino tambien una dificil suerte que ejecutaba, hasta en los primeros pases de muleta, con una oportunidad y acierto admirables.

En esta temporada, que fué la última que lidió en la Córte, proporcionáronsele varios lances del ejercicio, que contribuyeron á aumentar su reputacion ya general y casi Europea.

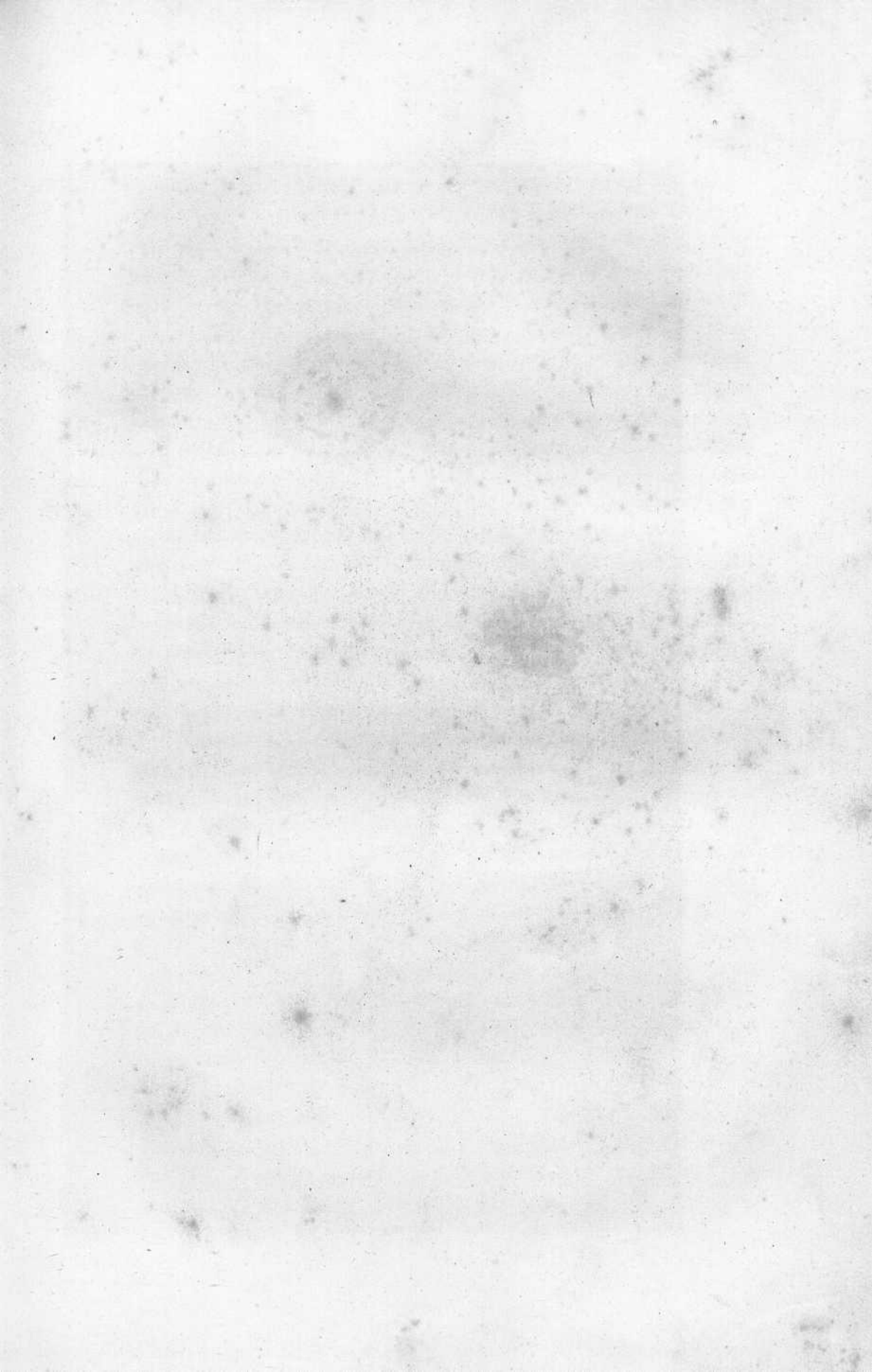
Citarémos tambien, ya que de sus condicionas como lidiador hablamos, la aficion que mas dominaba á Guillen: esta reducíase á conocer las reses en sus terrenos, y persuadirse de sus cualidades, sorteándolas sin el auxilio de burladeros y en parages escabrosos, en lo cual gozaba infinitamente, si atendemos la frecuencia con que concurría á las dehesas destinadas á criaderos de ganado. En Castilla concurrió en distintas ocasiones, y siempre que sus compromisos no se lo impedian, y en estos puntos dejó recuerdos de hechos de valor que practicó en muchas ocasiones; refiérense algunos de cierta importancia, que no decimos, porque ya creemos que con lo espuesto, habrán podido nuestros lectores, formar una idea exacta del torero, que hemos descrito. Por ello concluirémos relatando el último período de su vida, de la manera concisa que debe ejecutarse, cuando se trata del fin de un hombre, cual el de que hablamos, que sin haberlo conocido, inspira simpatías, y hasta interés en su favor.

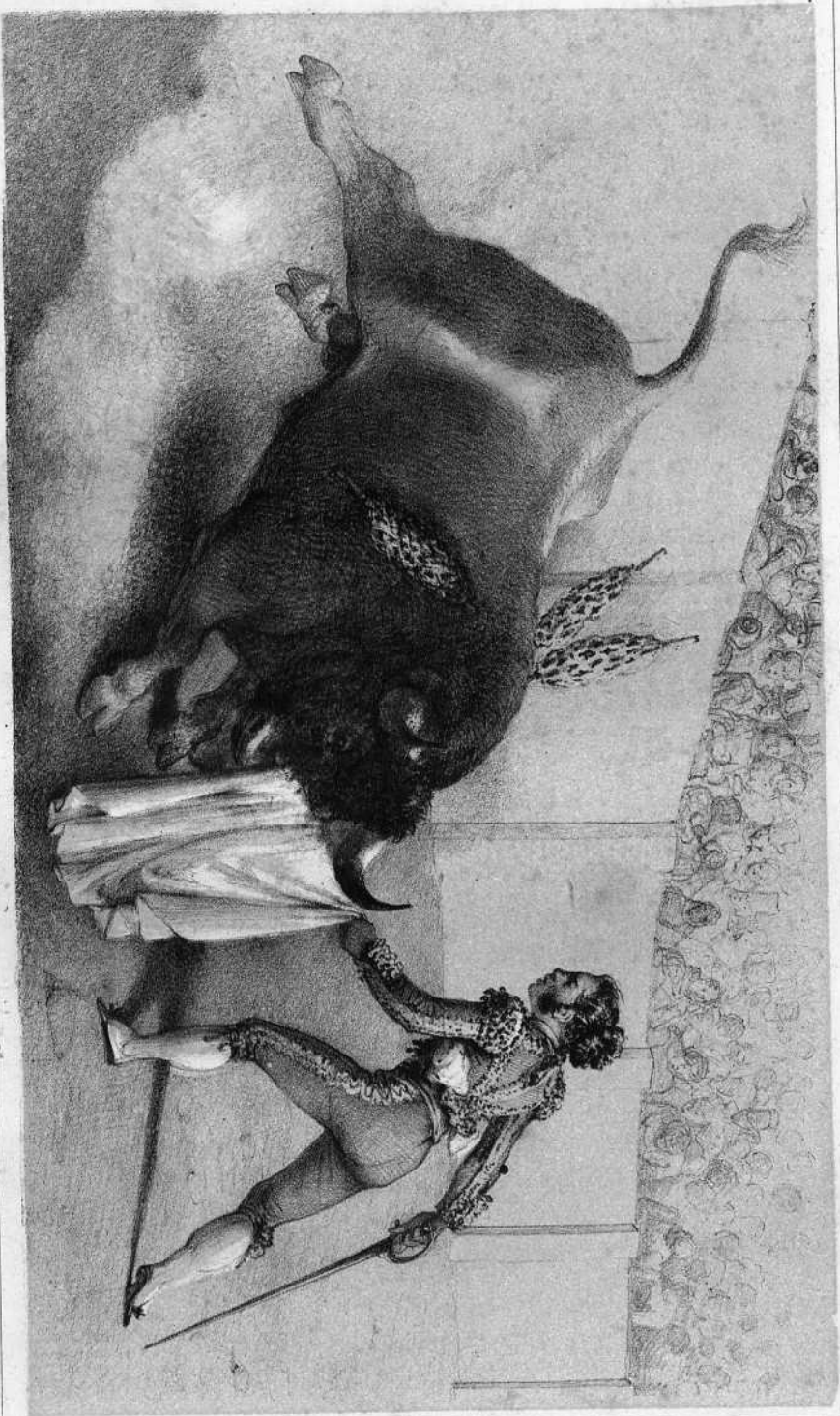
Regresado Guillen por última vez á Andalucía, trabajó algun tiempo en las distintas plazas de toros de aquel país, y últimamente fué contratado para la de Ronda en una corrida que debia tener lugar el dia 20 de mayo de 1820. Este fué el

último día de su existencia. Presentóse á la funcion lujosamente vestido como tenia de costumbre, y corriéndose un toro de Cabrera, cuya casta era la mas recomendada, por esta época, hallábase Guillen descuidado, atendiendo á lo que le decian desde un tendido: el toro que se lidiaba dirigióse á él, y como le viera Juan Leon, banderillero entonces de este célebre matador, le gritó, «¡Fuera, señor Curro, fuera!» Guillen que jamás habia cejado de su propósito de no huir, volvió la cara para sortear la res que así pensaba atacarle, pero esta habia ganado mucho terreno, y no dió lugar sino á defenderse con hábiles recortes, que Curro poseia como torero consumado: por algunos momentos estuvo dudosa su salida, que tal vez habria sido feliz con otro vicho de menos sentido que los de la citada casta, pero cuando á aquel faltáronle los recursos, el toro se le hechó encima, y *tomándolo en la cabeza*, le dió tan atróz cornada, que Francisco Guillen quedó muerto en el acto.

Ignórase si este suceso causó en aquellos momentos á los espectadores consternacion por el desastre ó irritacion por la temeridad; es lo cierto, que pasados los primeros impulsos de las pasiones, por que cada uno encontrábase dominado, todos sintieron una desgracia tan lamentable como inoportuna y sin tiempo, cuyo sentimiento aun se conserva por muchos que lo presenciaron. Su falta no pudo reemplazarse tan brevemente como creíase, pero algunos de sus discípulos, de quienes trataremos tambien, acreditaron muy pronto la fuente donde recibieron las lecciones necesarias á tan difícil como espuesta profesion.









Antonio Ruiz (el Sombrerero).



ÁSE conocido y aun se conoce por este nombre en España á un lidiador, que existe, y que hoy se ocupa en administrar por sí, los intereses que su profesion le legara. De bella figura, continente grave y atento con los que le dirigen la palabra, ha procurado pasar su vida en un continuo aislamiento, del que ha resultado cierta independendencia, así pública como privada, que creemos no se haya interrumpido jamás. Su amistad ha parecido siempre limitada á un corto número de personas, y superficial hasta cierto punto; pero no por ello ha sido objeto de crítica, ni menos se le ha acusado de adusto. Una consecuencia inalterable en este método de vida, lo ha podido salvar de toda acriminacion, y solo se le ha considerado bajo un aspecto que

en nada le perjudica: agréguese á esta particularidad, su recomendable conducta, no desmentida en ninguna época; y esta constancia fielmente observada, ha producido el respeto mas completo hácia su persona. Los que al ejercicio del toreo pertenecen, le han apreciado sin detenerse á analizar las causas; los estraños á la profesion, le consideran sin conocerle á fondo; de modo que puede asegurarse sin temor de incurrir en falsedad, que Antonio Ruiz supo colocarse desde luego en una posicion especial, que fielmente examinada tiene mucho de filosófica, y que para continuar en ella, ha necesitado una constancia á prueba, sostenida por una virtud tampoco limitada.

Este célebre lidiador, cuyas particulares propiedades hemos insinuado, no deja tambien de ofrecer cierta rareza en la adopcion de un ejercicio, que le era enteramente desconocido durante los años de su infancia, y contrario á la aplicacion que sus padres le habian dado desde luego: contentémonos ahora con esta observacion, siguiendo la relacion de sus antecedentes, y en ellos encontraremos motivos mucho mas poderosos, para llamar la atencion de nuestros lectores sobre la estraña consecuencia que de los mismos se desprende. Antonio Ruiz, recibió siempre una educacion de todo punto ajená á la profesion de lidiador, y ademas, cuando se pudo apercebir de que aquella existia, ya los padres le habian hecho comprender, que la manera de asegurar el porvenir con cierta independendencia propia de los artesanos que como ellos poseian algo, era la decidida aplicacion al trabajo: esta buena crianza, debió haber causado las primeras impresiones de Ruiz, con relacion al ejercicio por que debia decidirse, pero lejos de suceder así, permaneció fluctuando en la mas completa inaccion hasta que la casualidad le proporcionó los medios de conocer el aprendizaje de la ocupacion que mas se adaptaba á sus inclinaciones. Muchos fuéron los obstáculos que á cada paso se le presentaban para conseguir sus intentos, pero todos los venció con una firme voluntad. Escuchémos la historia de su vida.

En la ciudad de Sevilla, y por los años de 1783, exis-

tia en una calle de la misma capital, llamada de *Tintores*, una modesta fábrica de sombreros, la cual pertenecía á un honrado matrimonio que trabajaba sin descanso para agenciarse la subsistencia: el marido cuidaba con esmero de aquel establecimiento, mientras la mujer atendía á los quehaceres domésticos de su casa. En esta época dió aquella á luz un niño á quien pusieron por nombre Antonio, que es precisamente el lidiador cuyos apuntes relatamos. Le criaron sus padres con el esmero que les era consiguiente á su posibilidad, y procuraron darle la mejor educacion, infundiéndole sanas y escelentes inclinaciones. A los diez años, Antonio habia adquirido los conocimientos que constituyen la primera educacion, y su padre, deseoso de que se fuera útil á sí mismo, le colocó de aprendiz en la fábrica de sombreros de que hemos hablado, con el ánimo de que poseyendo un oficio tuviese siempre una segura y decorosa dependencia. Poco progresaba Ruiz en el oficio á que se le habia dedicado, pues sus instintos le llamaban á otra profesion, que hasta él ignoraba, puesto que desconocia los espectáculos de toros y la manera de ejecutar estas fiestas. Sufria por ello frecuentes reconvenciones de sus padres, pero nada adelantaban en su mejoramiento, respecto á que una vez pasadas, no volvía ni aun á recordarlas.

Creció mas en edad, y en ella ya se le permitía alguna libertad, y el acompañarse con otros amigos, los cuales hubieron de orientarle de lo que hasta entonces ignoraba, con relacion á las corridas de toros, y del punto donde se aprendía este ejercicio. Con este motivo, le impulsó la curiosidad, y hallada que hubo una ocasion oportuna, dirigióse al matadero, y vió por primera vez un toro suelto, y un hombre en su presencia sorteándole de varios modos con la ayuda de una capa, concluyendo ileso de aquella lucha sostenida por bastante tiempo. Inesplicable nos parece la sensacion que Ruiz hubo de experimentar á la vista de aquel cuadro que por primera vez se presentaba á sus ojos: no dirémos mas, sino que desde aquel momento fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron para separarle del matadero, á cuyo punto se dirigía siempre que

le era dado burlar la estraordinaria vigilancia de sus padres. Esto prueba claramente que aquella ocupacion, á juzgar por el despego que manifestaba á cuanto se le proponia, era la única que se acomodaba á los instintos de Antonio, y la que buscaba antes sin antecedente ni noticia de ella, mostrándose por lo tanto indiferente á la que su padre le habia dedicado.

Aficionado al matadero en los términos que dejamos dicho, no dejaba Ruiz de aprovecharse de los descuidos de su familia, con el fin de dirigirse á aquel establecimiento, cuya conducta le valió muchos y grandes sinsabores, proporcionándose los á la vez á sus padres, que opuestos á ello de un modo particular, no economizaban ningun género de castigo, con el ánimo de separarle de la senda que el aprendiz de torero se habia trazado. En valde seguian los padres de Antonio la conducta expresada; en valde tambien utilizaban recursos de otra condicion; todo era inútil y todo se estrellaba en su constante decision.

En esta pretension continuaron los padres del aficionado lidiador por algun tiempo; mas convencidos de la ineficacia de sus esfuerzos para hacer perder á nuestro jóven la resuelta inclinacion que demostraba, le abandonáron á ella finalmente. En este caso, se dedicó Ruiz con mas amplitud al toreo, y aumentándose progresivamente su aficion, adelantaba con rapidez en conocimientos, logrando por este medio ser admitido á torear en varias plazas, con el carácter de banderillero.

Sea porque su aficion le condujo á un extremo de perfeccion incalculable, bien por que sus facultades contribuyeron á ello, es lo cierto, que muy luego se hizo un excelente banderillero, llegando á merecer por último el título de sobresaliente. No fué breve la época en que Ruiz se concretó á esta parte del toreo, pero siempre correspondió al buen crédito que merecia; y al mismo tiempo era elegido generalmente para ayudar con su capote á ponerle al matador el toro en suerte. Pocas veces se separaba Ruiz del toro, que en el último

tercio de la lidia, era trasteado para la muerte, y siempre fué su capote el que mas dispuesto se hallaba cuando la necesidad lo exigia. Estas escelentes cualidades unidas á sus buenos deseos de adelantar cuanto le fuera posible en su profesion, produjeron que se inclinase á matar toros, lo cual principió á ejecutar con algunos que los espadas le cedian, para adiestrarle en esta suerte, con el aplomo y la precaucion que de suyo exige tan arriesgado lance.

Despues de haber practicado esta operacion en distintas ocasiones con algun lucimiento y aceptacion, quiso figurar como medio espada en las plazas mas principales, y como para ello se valiese del acreditado y justamente célebre Curro Guillen, este le mandó anunciar como tal en los carteles, y en la plaza de Sevilla, se le vió salir con este carácter en el año de mil ochocientos ocho, bajo la direccion del matador á que antes aludimos.

Tampoco desairó á su favorecedor entonces, pues el público le aplaudia con entusiasmo, porque demostraba ciertos elementos de mucha importancia, que útilmente aprovechados daban una consecuencia ventajosa y poco comun. Estas consideraciones movieron al mismo Guillen á que muy luego le hiciese figurar, alternando como otro espada, en cuya época, ya mas exigente el público y con la necesidad de habérselas con un compañero como Guillen, se vió precisado á trabajar con un esmero y perfeccion, que hasta su mismo favorecedor, digámoslo así, le aplaudia.

De este modo cumplió Ruiz su primera década de matador de toros, y el resultado fué de inmensas ventajas á su crédito, que ademas de aumentarse considerablemente, corrió, á noticias de muchos, que despues le ajustaban para ciertas plazas del reino, donde prestaba el cumplimiento que podia exigírsele.

Cuando tales cosas ocurrian, no podemos asegurar que Antonio Ruiz fuese un lidiador consumado, tanto por que no llevára el tiempo de ejercicio que necesitase para reunir las indispensables cualidades que dan este título, cuanto porque aun

no lo habia demostrado , quizá por falta de ocasion , pero de todos modos se le reconocia muy buenas disposiciones , y unas excelentes facultades físicas que denotaban muchas esperanzas en su favor. Atolondrado hasta entonces , cuando la res exigia por su condicion el auxilio de especiales recursos , no se le veia utilizarlos con oportunidad , y de aquí la falta de lucimiento; mas esta condicion debia sufrir un cambio en el *Sombrerero*, luego que la práctica le colocase en su verdadera posicion , y esta era la falta única que se le atribuia en esta época de su vida artística , entre los inteligentes y personas de mas competente autorizacion en la materia.

La exactitud que habia en las opiniones de los que reconocian en Ruiz grandes elementos para llegar á ser aventajado lidiador , lo vino él mismo á desmostraba en breve: siguió cuidadosamente la escuela de afamados toreros , que en esta época lucian sus grandes conocimientos y mas principalmente , la del distinguido Guillen , y pronto corrigió sus defectos haciéndose notable , si no por su completa igualdad con aquellos diestros , al menos alternando de una manera digna para no quedar desairado entre la habilidad y maestría de los que procuraba imitar.

El concepto general que supo adquirirse , fué estrordinario , y siempre correspondió á su crédito , pues todos le concedian el título de torero concienzudo.

Luego que la continúa práctica le dió á Ruiz el complemento de los necesarios conocimientos para perfeccionarse mas y mas en su ejercicio , adquirió otro nuevo método de lidiar , no de menos lucimiento que el anterior , aunque sí con mas aplomo y maestría. Siempre procuraba colocar la res en la suerte que mas se adaptaba á su condicion , sin eludir por eso el aprovechamiento de la primera ocasion que se le presentase , en cuyo caso no titubeaba en ejecutar la operacion que aquella reclamaba. Estas cualidades tan propias de él , le hicieron recomendable á la vista de los numerosos aficionados que se declararon sus adictos ; pero impasible siempre , jamas alteró su sistema por merecer un puñado de palmas mas ó menos numerosas. Convencido de lo que el ar-

te de torear es en sí, no se excedia del círculo que aquel le trazaba; porque en otro caso habria podido pagar caro el atrevimiento, como la experiencia se lo habia demostrado en distintas ocasiones y personas. A Ruiz se le concedia una escelencia privativa, que solo pertenecia á su método y condicion; y para dar una idea mas exacta de este lidiador y cual compete á nuestra mision, analizaremos sus dotes físicas y morales, con la aplicacion conveniente de las mismas, y con ello demostraremos evidentemente el mérito con que estaba adornado.

Ruiz era, como hemos dicho, excelente matador de toros, porque ademas de su presencia esbelta y poderosa, reunia como mérito artístico, muy buena muleta y de bastante defensa; á sus conocimientos nada comunes, se agregaba un cálculo seguro para la verdadera aplicacion de ellos: *se embraguetaba* con los toros y daba muy buenas estocadas: elegia siempre la muerte que cada res merecia, y lo único que constituia su desgracia para aminorar el lucimiento y prestigio que de todas estas cualidades pudo haberle resultado, es que daba muchas estocadas generalmente hablando. Tal defecto, si así se le quiere llamar, le esplicaremos nosotros de esta manera. Antonio Ruiz poseía todas las buenas cualidades de un matador de toros, pero quizá por su mucha inteligencia se menguaba su valor, y en la última suerte no aparecia el mismo que en las primeras, temeroso sin duda del peligro que tan exactamente debia él mismo conocer. Una de las circunstancias que mas le recomendaron, fué la consiguiente á su serenidad con respecto á la suerte de varas. Seguro como el que mas en los quites, no habia picador por temeroso que fuera, que no saliese á los medios si veia á Antonio Ruiz colocado á corta distancia del estribo izquierdo de su caballo.

Es verdad que en la época de su apogeo en la lidia, no escasearon los picadores de buen crédito, contándose entre ellos algunos muy sobresalientes en mérito, como eran Antonio Sanchez, conocido por Poquito Pan, el cual ademas de su conocida habilidad, merecia el título de gran caballista; Cristobal

Ortiz (de Medina Sidonia); Juan Mateo Castaños (de Veger); Juan Pinto (de Utrera) y otros no menos notables; pero si estos acreditados picadores de toros no hubieran contado con un capote tan eminente como el de Ruiz, quizá se habrían sujetado y eludido algunas suertes de las que produjeron el crédito que disfrutaban. Mas no está reducido á esta sola cualidad el mérito del lidiador cuyos apuntes biográficos nos ocupan: si su capote se conceptuaba aventajado y oportuno, debemos deducir tambien, que sus conocimientos sobre las reses debian ser extraordinarios, pues que preveía generalmente los resultados que aquellas habian de producir, hallándose siempre dispuesto á evitar los que originasen desgracias. Esta razon en nuestro concepto, hizo que los inteligentes le reconociesen como lidiador concienzudo.

Pasemos ahora á hablar del banderillero, antes que á la clase de matador llegase. Durante el tiempo que Antonio Ruiz perteneció á la de banderilleros, no permitió que ningun otro le llevase ventaja, escudado quizá con sus facultades físicas. Fué sin separarnos de la verdad, el mejor de su época, y hasta podemos asegurar, que dominó esta suerte cual ninguno, pues en ella no halló nunca dificultad alguna que se opusiera á sus designios. Su capote era tambien considerado como el de mas utilidad, y la importancia que se le atribuía, no era precisamente la propia á su clase, sino la que se le concede á un torero profundo que *empapa* ó *distrae* á la res, segun conviene á la situacion en que se halla colocada. Esta suerte de correr toros, que á la simple vista aparece como de ningun mérito, es una de las mas esenciales, si en ellas se lleva un objeto determinado y acsequible; así es que Ruiz, perteneciendo á esta clase, desplegaba su capote, siempre bien, siempre en regla, y últimamente, siempre con felices resultados.

Su mérito respecto al capeo y suerte de gallear, era así mismo eminente y airoso al propio tiempo, pues lo habia aprendido con toda perfeccion, y con este auxilio y el de su natural gallardía, lo ejecutaba con un lucimiento tal, que pocas veces dejó de recibir aplausos cuando lo practicaba. No era me-

nos seguro en la suerte de los caballos , segun así lo hemos ya manifestado ; pero á todo contribuia su serenidad y grandes conocimientos. Algunos lances hemos escuchado de boca de antiguos aficionados , con referencia á este lidiador , y todos ellos demuestran la opinion justa que sobre el mismo se tiene formada y dejamos espuesta.

Hay una circunstancia especial en este torero , que creemos oportuno mencionar : redúcese á manifestar , que si bien fué uno de esos matadores de toros que el público admite sin muestras de desagrado , y en su trabajo no halla opiniones que le perjudiquen en lo mas mínimo ; tampoco era uno de esos , que al pisar el circo son saludados por una salva de vítores y palmadas : nosotros á fuer de imparciales , segun lo hemos ofrecido , esplicarémos las causas que á ello influian en nuestro pobre juicio : Antonio Ruiz , que ademas del aislamiento en su trato , carecia tambien del adorno que ciertas suertes reclaman , para producir esa especie de entusiasmo en los espectadores que tan significativamente denotan con nutridos aplausos , no sacaba de su ejecucion este partido , á pesar de que para el concepto de los inteligentes , las practicaba con la perfeccion y maestría mas consumada : esta razon y la constante circunspeccion de su carácter en la plaza , y en sociedad , hacian aparecer á este lidiador con unas pretensiones que no existian , sino como propiedad de su génio. Si al Sombrero le hubiesen tratado los mismos á quienes repugnaban estas cualidades que se le atribuian , de seguro habrian cambiado de opinion , y en vez de la prevencion que les inspiraba , le hubieran dispensado sus amistades , porque su trato es enteramente opuesto á lo que de su aspecto se deduce. Su desgracia nace de esta equivocacion , si desgracia puede llamarse , el no haber aventajado en reputacion á muchos de sus contemporáneos que supieron adquirírsela con menos elementos que este lidiador. Otra consecuencia de no menos funestos resultados , le produjo esta condicion : se hizo hasta desgraciado en la plaza , y no habia funcion en que no tuviese que lamentarse de algun nuevo incidente desagradable , no en toda su signifi-

cacion, pero que al menos era motivo para despojar á Ruiz del lucimiento propio á sus conocimientos y facultades. Contaba no obstante con un crecido número de personas que se titulaban sus amigos, y especialmente en la plaza de Sevilla, lo demostraban con bastante frecuencia. El natural interés que inspiraba Antonio Ruiz, por su gentileza y buena presencia, hacia que fuese bien recibido del público que asistia á las funciones donde él era ajustado: no podemos decir que toreó en todas las plazas del reino, pero en las que lo hizo, aseguraremos en honor á la verdad, que dejó buenos recuerdos.

Pasemos ahora á esplicar lo que de este célebre matador de toros ha llegado á nuestra noticia, con relacion al último período de su vida artística, epoca en que ya no reunía la agilidad que tan indispensable es para el lucimiento de las distintas suertes que á cada momento se presentan en el espuesto y difícil ejercicio de torear; á cuya postracion contribuía un desgraciado acontecimiento que le ocurrió con su espada al despedirla el toro en un derrote, hallándose Antonio como encargado de su muerte, á corta distancia del vicho: este arma que el animal arrojó, fué á caer de punta sobre Ruiz y le atravesó una de las partes mas delicadas de su cuerpo, cuya circunstancia le ocasionó la particularidad de que fuese despojado, sino en su totalidad, al menos en mucha parte de su mérito: no obstante, continuó en la misma profesion y no desmintiendo sus propiedades en términos que aun por entonces no habia desertado de las filas de Ruiz, ninguno de sus adictos, en su mayor parte inteligentes aficionados.

Nos hallaríamos en los años de 1834, cuando Antonio Ruiz vió menguarse sus facultades físicas, y temeroso sin duda de que por esta causa pudiera ocasionársele la muerte si continuaba en el ejercicio de la lidia, concretóse á prestar atencion á sus intereses que puso en movimiento, y regularizó de una manera conducente, dedicándose al acopio de varios artículos de consumo, con especialidad el del aceite, con lo cual vive en una completa independencia, y con la tranquilidad del que no conoce enemigos de ninguna clase.

Al adoptar este la resolucion de separarse del toreo, se infiere que debió meditarlo detenida y profundamente, si fijamos la atencion en su conducta posterior; jamas ha hallado ocasion oportuna de volver á ejercitar su profesion, ni menos ha accedido á los compromisos que sus amigos le proporcionasen. Nada le ha podido obligar á presentarse en este género de funciones con el carácter que una vez dejó de existir para el. Esta consecuencia inalterable, es una cualidad tan propia de Antonio Ruiz segun lo hemos manifestado, que si hubiera tenido necesidad de faltar á ella por una de esas circunstancias imprescindibles, se le habria visto en un estado de escesiva violencia, solo por alterar su propósito. Tal firmeza de carácter recomienda al que la posee de una manera especial, y no solo le granjea aprecio, sino consideraciones difíciles de destruir.

Hemos incluido en la biografía de Ruiz como lidiador, algunos apuntes de su vida privada como particular, no porque lo creíamos preciso para dar mas importancia á su merito taumáquico, sino porque en el Sombrerero, aparecen unidos estos extremos con una igualdad especial, que constantemente marcharon en perfecta armonía.

Es evidente, que al adoptar este buen torero la resolucion de vivir enteramente aislado de toda sociedad y con abstraccion completa de lo que al ejercicio á que correspondió pertenece, de la manera que hemos dicho y con tan singular firmeza, debe asistirle alguna prevencion, pero esta, si existe, es un misterio que nadie ha podido penetrar.

Cuenta Antonio Ruiz el Sombrerero en la actualidad, la respetable edad de 67 años, pero su método de vida, y las buenas costumbres que siempre ha observado le conservan en muy buen estado de robustez, sin haber borrado el tiempo, los rasgos de belleza que siempre poseyó: dedicado al cuidado de sus intereses, no tiene representacion en el torbellino de la sociedad, pero este sistema le favorece bastante, y le permite hacer algunas limosnas á los necesitados que imploran su compasion, con lo que disfruta y encuentra una satisfaccion.

Difícilmente se le puede obligar á seguir una conversacion de toros, ni menos que conteste á ninguna pregunta que tienda á la averiguacion del mérito de algun espada, ya de la presente ó pasada época. Es hombre, en fin, que no se lamenta, ni se le oye la mas leve queja de las personas que hayan procurado ofenderle; para Ruiz nadie le ha hecho mal; todo lo ha olvidado; y si esto no es exacto y abriga alguna prevencion con determinadas personas, es un misterio que nadie ha osado penetrar.

De algunos años á esta parte, se ha separado tambien de la sociedad de sus mas caros amigos, que siempre lo son, cuya consecuencia, honra tanto á aquellos como á quien la motiva.

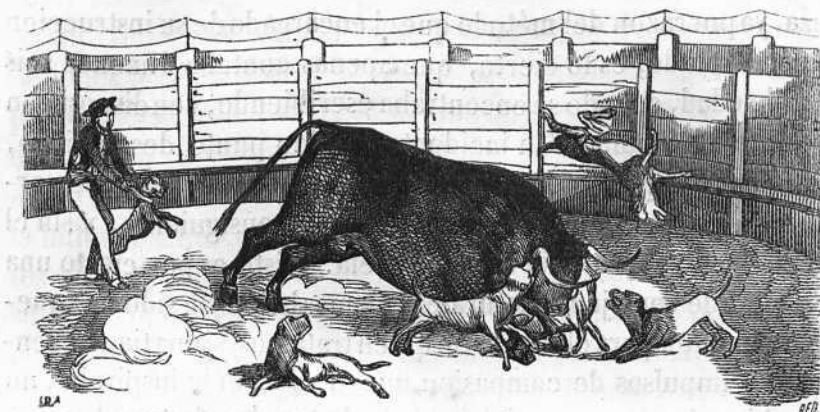
Estos son en resúmen los apuntes de Antonio Ruiz (el Sombrero), tan exactos como nos han permitido las circunstancias tomarlos, de las personas que mas profundamente le conocen desde sus mas tiernos años. Aun vive en la capital de Andalucía que le vió nacer, y en su existencia están interesados muchos que del mismo dependen. Consérvesela Dios en buen hora.







JUAN GIMENEZ (EL MORENILLO.)



Juan Jimenez (el Morenillo.)



AL vez correrian los años de mil setecientos noventa y cuatro, cuando nació en la ciudad de Sevilla el lidiador de que vamos á ocuparnos en los presentes apuntes biográficos.

Fué bautizado en la parroquial de San Pedro de aquella capital, y en el mismo barrio se crió hasta la edad de cinco ó seis años.

Poco prometen los de la infancia de Juan Jimenez, para que nos detengamos en hacer un minucioso relato de esta primera época de su vida: aplicado por sus padres á una escuela de educacion primaria, empezó á conocer el alfabeto con bastante rapidez, bien debido á su natural vi-

veza, ya por razon del método que el encargado de su instruccion tenia adoptado; es lo cierto, que apenas contaba Jimenez seis años de edad, cuando se encontraba escribiendo, y en disposicion bastante adelantada. Un incidente de todo punto desgraciado, vino á paralizar la enseñanza de Juan, pues en breve tiempo perdió á sus padres, quedando huérfano por consiguiente, y sin el único recurso que en el mundo poseía. Triste es por cierto una situacion de semejante naturaleza, y mas lo habria sido en aquellos momentos para el sugeto de quien tratamos, si una tia, cediendo á los impulsos de compasion que su sobrino le inspiraba, no se hubiera hecho cargo del cuidado de tan desafortunado niño; pero esta no habia meditado quizá, el grave peso que sobre sus hombros hechaba, y bien pronto se resintió de él, notando los gastos escesivos para su posicion, que la educacion de Juan le ocasionaba: en consideracion á ello, dispuso que este fuese separado de la escuela, dejándole con los escasísimos conocimientos hasta entonces adquiridos, tan importantes en su esencia, como todos sabemos, que constituyen la mas principal de las necesidades del hombre. Tampoco habia limitado esta señora sus proyectos, á la resolucion que hemos dicho; eran mas bastos: queria ademas, con el ánimo de que su sobrino le fuera menos gravoso, que se aplicase á un oficio de fácil ejecucion y breve aprendizaje, para que cuanto antes se agenciase en él la necesaria subsistencia. Fué elegido el de zapatero, y seguidamente se le impuso á Jimenez de la medida últimamente tomada por su madre adoptiva, el cual la escuchó con la impasibilidad propia del que no piensa obedecer: no obstante, se le buscó maestro, se le hizo concurrir á su presencia, asistió Juan algunos dias á la tienda, pero no se dedicó á aprender lo que ciertamente era ageno de sus instintos. Semejante conducta, unida á una desaplicacion especial, llamó la atencion de la tia, que no economizaba medios de castigo para obligar al huérfano mas y mas á sus proyectos: esta circunstancia dió margen á que Jimenez eludiese la vista de su tia, y para conseguirlo sin la contingencia de poder ser hallado por aquella, encaminábase á la puerta de la carne donde pasaba los dias escuchando lan-

ces y suertes del toreo, que los dedicados á esta profesion referian. Impulsado Jimenez por la curiosidad que estas conversaciones le infundieron, se acercó al establecimiento conocido por *matadero*, y como en él se adiestrasen algunos lidiadores, ejecutando suertes con las reses que al mismo eran conducidas; Juan se decidió á practicarle tambien, seducido quizá por la influencia que esta ocupacion ejerce sobre la generalidad de los niños y jóvenes. Su tia en tanto, le buscaba con afan, no solo por indagar su paradero, sino con el ánimo de precisarlo á seguir en el oficio de que hemos hecho referencia, lo cual no pudo aquella señora conseguir, por que Jimenez se separó de ella para siempre, mudando su domicilio al barrio que aun en el dia se conoce por el de San Bernardo. Nada mas natural en un niño que cual este habia perdido el cariño de sus padres, que tomar grandes resoluciones cuando una mano tirana le oprime, obligándole á seguir una senda contraria á sus instintos y afecciones: en esta ocasion quedó probada tal verdad, pues, no habiendo cálculo para meditar sobre el porvenir, se arrojó á lo que primero se presentó á su imaginacion. Su idea dominante era huir de quien sin justicia le prodigaba castigos, y á este impulso obedeció sin consideracion á ninguna otra razon de utilidad ni conveniencia.

Despertó Juan tan decidida aficion por la lidia, que no procuraba otra cosa que la salida de un becerro pequeño, para ocuparse en torearlo de la manera mas adecuada á su temprana edad. Poco tiempo pasó en que el atrevimiento de Jimenez lo condujese á torear todo el ganado que entraba en aquel establecimiento, pues su osadía caminaba de acuerdo con la habilidad que adquiria en la constante práctica. Quizá los pocos años y su contestura naturalmente endeble y delicada, produjo que los demas lidiadores parasen la vista en quien con tan escasos elementos se aventuraba á lo que el aprendiz de quien tratamos, y por esta razon era objeto de aprecio, sin que por ello nadie le pidiese esplicaciones sobre su situacion ni se declarase su favorecedor. En la ocupacion que hemos descrito, y guiado por sus propios instintos, permaneció Jimenez el dila-

tado tiempo de cuatro años, al cabo de los cuales contaba este doce de edad, y ya la fortuna, saciada hasta cierto punto de serle contraria, quiso mostrársele propicia, con la amistad de Curro Guillen, que hechizado de verle tan jóven, y toreando con cierta perfeccion, le propuso llevársele á Portugal, á cuyo punto se dirigia aquel célebre lidiador para cumplir un compromiso de varias corridas de toros para que habia sido contratado. Jimenez accedió gustoso, y Guillen le presentó en aquella capital sin ajuste alguno, y solo con el ánimo de que se soltase completamente en la lidia. No fué Jimenez muy económico en practicar distintas suertes á los toros que se corrian, con la aprobacion de Curro que le dirigia en ellas, por lo cual dió motivo á que el público le cobrase un decidido afecto, hijo del asombro que experimentaba, á la vista de la ejecucion del niño en las complicadas y difíciles suertes que practicaba á cada paso. Con este motivo se hicieron proposiciones por parte del asentista de la plaza, para que Jimenez matase un becerro cada tarde, y Guillen accedió (midiendo las facultades de Juan), con tal que la res fuese de dos años. Anuncióse la salida del improvisado matador, y provisto de una muleta propósito para su talla, y del mas ligero berdugillo de Guillen, mató Jimenez tres becerros en tres tardes diferentes, segun lo habia ofrecido, recibiendo en todas ellas infinitas muestras de aprobacion, por el público que lo admiraba, y la retribucion de media onza cada tarde que el empresario cedió á su favor, siendo este el primer dinero del toreo que Jimenez percibia. Dos años consecutivos asistió Juan á las corridas que se ejecutaron en la capital del vecino reino, y siempre dejó muy buenos recuerdos de su estado, merced á la proteccion que le dispensaba el acreditado Guillen. Concluido el tiempo expresado, volvió Jimenez á España, y su primer ajuste formal, ó sea por cantidad convenida, fué el que realizó en el pueblo de Trigueros, en el cual se comprometia á torear las distintas corridas que debian tener lugar, matando ademas un toro en cada una de ellas, para cuya operacion se le unió con igual obligacion, un hombre de bastante edad, llamado Manuel Correa, el que no

solo dejó de ayudar á Juan en el trabajo que se preparaba, si no que á pesar de haber tenido precision de matar Jimenez los toros que á aquel correspondian, hubo de partir con él la mitad de lo agenciado en las funciones, sin que por ningun título lo hubiese merecido.

Por esta época atravesábamos el año de 1814, y en el mismo estuvo este lidiador ocupado en torear por los pueblos de Andalucía en las funciones que se le presentaron, entre las cuales, mató un toro en el Castillo de la Guardia, poblacion distante ocho leguas de la capital de Andalucía, tres toros en la villa del Arahál, y otros en varios puntos.

Llegó el año de 1815, y ya Jimenez ansiaba una ocasion de manifestar sus adelantos en la lidia, que en esta época se le presentó, verificando su salida en la plaza de Sevilla, ajustándose de media espada; siendo primera el aventajado Gerónimo José Cándido, y segunda José García (el Platero), tambien matador de algun crédito. Existia en Sevilla por este tiempo la antigua costumbre de lidiar un toro en los encierros, el cual sufría la muerte despues por el media espada, y Juan Jimenez, que con tal carácter se habia contratado, fué el encargado de esta operacion por el tiempo de tres corridas que abrazaba su ajuste, lo cual practicó á satisfaccion de cuantos á este acto concurrieron. Aquí creció en cierto modo la reputacion del lidiador cuyos apuntes bosquejamos, y con la ayuda de esta circunstancia determinó pasar á Madrid donde á la sazón queria justificar el crédito que se le concedia. Provisto de una eficaz recomendacion para Juan Nuñez (Sentimientos), se trasladó Jimenez á la corte, donde llegó por la época de carnabal, en que se ejecutaban novilladas con dos toros de muerte que Sentimientos mataba; mas en un periódico oficial llamado El diario de Madrid, apareció el anuncio en el n.º 38, correspondiente al martes 7 de febrero de 1815, que decia: «Por indisposicion que padece Juan Nuñez (Sentimientos), no puede matar los dos toros de la fiesta de hoy, y lo verificará en su lugar Juan Jimenez, natural de Sevilla, nuevo en esta plaza. Lo que se noticia al público para su inteligencia.» En esta tarde se lidiaban un

toro de la vacada de D. Antonio Calleja, vecino de Fuente Saucó; y el otro de D. Ventura Peña, de Madrid: con este ganado se estrenó Jimenez en la plaza de esta corte, y no fué por cierto en dicha fiesta menos afortunado que lo habia sido en el pais que abandonaba. Acreditado ya con tan buenos antecedentes, fué ajustado al siguiente año en la misma plaza de Madrid, en clase de media espada y banderillero del referido Juan Nuñez, segunda espada aquella temporada, y primera el célebre Francisco Guillen. El aventajado lidiador que motiva estos apuntes, cumplió como requería su obligacion, sin que nada hubiese de notable ni digno de mencionarse con especialidad, puesto que tampoco su posicion era llamada á otra cosa. Llegó la segunda temporada de este mismo año, y Jimenez marchó á Valladolid en union de Francisco Guillen, con el fin de ayudarle, y matar el toro que tan acreditado lidiador le designase, mediante á que aquel se hallaba en esta época herido en un brazo, de resultas de las funciones celebradas en Salamanca. Jimenez cumplió como siempre.

Concluido el año diez y seis, y llegado el de 1817, fué llamado á torear Guillen en las plazas de Valencia y Zaragoza; y como quiera que recordase este lo satisfecho que Jimenez habia dejado al público ante quien habia trabajado el año anterior, no vaciló en ajustarle con el carácter de banderillero y media espada, no obstante acompañarle en el mismo concepto, el lidiador Juan Leon, de quien Francisco Guillen era decidido protector. Juan Jimenez cumplió como siempre, y mereció vítores y repetidas muestras de la aceptacion con que el público le distinguía.

Pasada la época á que aludimos en nuestro párrafo anterior, continuó este torero en el ejercicio de su profesion, progresando con una rapidez extraordinaria, hasta que en el siguiente año, ó sea el de 1818, le condujo su buen crédito á que fuese contratado en compañía del matador de toros Francisco Hernandez, conocido por el Bolero, para matar un toro por la mañana y dos por la tarde, en la plaza de Pamplona. En esta ciudad dejó muy buenos recuerdos, pues sus facultades

por entonces, simbolizaban con el valor, y de estas cualidades no podia menos de resultar una ventaja inmensa para quien las poseyese reunidas. En este caso se hallaba el lidiador de quien tratamos al acercarse el año de 1819, época en la cual habia adquirido Juan Jimenez cierta posicion en su ejercicio, que por no descender de ella, veíase precisado á desechar algunos ajustes que en razon de su buen crédito se le proporcionaban, tanto por que estos no correspondian á su condicion y al carácter que representaba, cuanto por que la retribucion del trabajo para que era buscado, tambien aparecia en inferior escala á la que Jimenez ocupaba: en consideracion á todo ello, se concretó por algun tiempo á torear en ciudades subalternas, y en alguna que otra funcion extraordinaria, de las que tenian lugar en la plaza de la corte. Aquí adquirió Jimenez su completa reputacion, si así podemos llamar al interés que generalmente inspiraba á los aficionados á este género de espectáculos: fiel ejecutor de las suertes que los toros reclamaban, las ponía en práctica con una serenidad y maestría admirables, sin que ninguna esposicion, por grave que fuera, bastase á contenerle en los peligros propios del ejercicio. Con semejante método, creóse un partido numeroso, que no solo le servia para sostenerle á una altura privilegiada, sino que hacian correr su fama por todas partes, generalizando y dando una idea mas ó menos exagerada, segun lo reclamaban sus cualidades artísticas, y las simpatías que á cada uno habia inspirado.

Este es el resultado que producen las voces que dicta la passion cuando se trata de un hombre que depende de el concepto público; y aunque Jimenez no se encontraba en el caso de los que han sido favorecidos por la opinion que les haya tributado un puñado de amigos ó adictos, no obstante, se vió obligado á poner de su parte cuanto cabia en el círculo de la posibilidad, para no desmerecer ni desmentir lo que de él se propalaba.

Incidentes mas ó menos desnudos de fundamento organizaron por esta época dos partidos entre los aficionados al toreo: los unos se declararon por el lidiador de quien tratamos, y los

demas daban la preferencia á otro matador, de quien tambien hablarémos, no menos digno por cierto de figurar en nuestra publicacion, por la especialidad de su mérito. Obstáculos de alguna consideracion se presentaban á cada paso para aventurar la opinion de cuál de los dos matadores de toros era el mas perfecto y consumado lidiador; ambos poseian condiciones sumamente dignas de aprecio, y los dos ribalizaban con una igualdad poco comun, á lo que contribuia eficazmente la identidad de escuela que poseian. En semejante lucha existian los acérrimos partidarios de uno y otro torero, al presentarse el año de 1820, en el cual ya, el de que hacemos mension, figuraba como primera espada en muchas plazas de primer orden, contándose entre estas la de Zaragoza, para la que estaba contratado el célebre Francisco Guillen por esta época, y por razon del desgraciado acontecimiento de su muerte, recayó la eleccion en Juan Jimenez, quien trasladado á aquella capital, lidió las corridas que se ejecutaron en la misma, llevándose á Gerónimo José Cándido como en retribucion de los muchos favores que de este aventajado matador de toros tenia recibidos.

No desmintió Jimenez el crédito que por entonces se le atribuia, pues ademas de haber estado feliz en estas funciones, demostró los recursos artísticos con que estaba adornado en distintas ocasiones que la cualidad de ciertos toros le precisaba á ello.

Distintos ajustes se le presentaron este año, y en todos correspondió satisfactoriamente: al siguiente se le buscaba con afan, y avenidos en el contrato, lidió en la plaza de la corte con inesplicable satisfaccion de los concurrentes. En varios años posteriores fué tambien contratado Juan Jimenez, sin perjuicio de lo cual, toreó en distintas plazas de provincias, y hasta últimamente en la de Sevilla, su pais natal (por cierto con sobrada desgracia). Lastimado en esta corrida de toros, en la cual alternaba con el referido Gerónimo José Cándido, y restablecido totalmente de su cogida volvió á lidiar en la 6.ª, 7.ª y 8.ª con desmedida aprobacion del pú-

blico, y terminada la temporada de toros, regresó á esta corte nuevamente donde desde luego fijó su residencia.

Despues de tales ocurrencias, y al acercarse la próxima época de este género de espectáculos, fué buscado por distintas empresas, y como prefiriese la de Madrid por convenirle así al método que se habia impuesto, se le vió lidiar aquel año en los mismos términos que tenia de costumbre, y sin desmerecer de la justa reputacion que se le otorgaba. Algunos años tambien, despues del que tratamos, toreó en la referida plaza de la corte alternativamente, con el motivo de aprovechar otros ajustes que con ventaja le eran propuestos para provincias; por ello reúne escrituras que justifican haber recorrido todas las plazas habilitadas hoy para las funciones de toros. Omitirémos mencionarlas una por una, para no molestar demasiadamente la atencion de nuestros lectores, basta lo dicho para considerar, que Jimenez ha trabajado ante todo el público de España, en diferentes épocas y repetidas ocasiones.

Bosquejada la historia de la vida tauromáquica de Jimenez, nos ocuparemos ahora de las particularidades de cada una de sus épocas segun la escala gradual del ejercicio. Durante sus primeros años, se hallaba dotado de una agilidad extraordinaria, que le preservó en mas de una ocasion de que los toros le señalasen: comprensivo en cuanto cabe, producto quizá de su desmedida aficion por la lidia, le bastaba una advertencia, para no olvidarla jamas, y utilizarla siempre que las circunstancias lo exigían: aplicado desde bien pequeño al toreo de capa, por razon de que sus facultades entonces eran nulas para otro extremo, lo aprendió con notable perfeccion, y supo sacar despues de aquella habilidad un distinguido provecho, haciéndose, en fin, notable por la defensa de su capote, en la que cada dia adquiria mas y mas seguridades.

Pasemos ahora á la clase que á esta sigue en categoría, conocida por la de banderillero: lo fué Jimenez mas fino que largo; pero con la ventaja de hacer á ambas manos, ó sea

de los dos lados, nunca se quedó rezagado de sus compañeros, y por el contrario prefiriendo las suertes difíciles á las de menos esposicion, fue muchas veces aplaudido por las personas de inteligencia: su capote no hizo jamas adquirir resabios á las reses, y siempre dispuesto á la voz del matador que le ocupaba, no se hacia esperar, ni menos entorpecia las suertes: en una palabra, no estorbó jamas en el *redondel*.

Como matador de toros, fué corta la época de su apogeo ó bien la en que demostró que ninguno le escedia; pero aquella pasó como una tempestad borrascosa, que deja siempre señales de destruccion: así ocurrió con Jimenez: las desgracias que sucedieron á este lidiador en breve espacio, hubieran inutilizado á otro torero de menos recursos; pero este contratiempo hubo al fin de producir sus efectos naturales, y se le veia á Juan Jimenez luchar con su incapacidad, y si permaneció en el ejercicio, fué solo debido á la bondad de sus cualidades artísticas y á su no escaso valor. Mejorado últimamente, volvió á hacerse notable; y guardando la alternativa que exigian sus padecimientos, pasó considerado del público, y aun con cierta apreciacion que aun despues de entrado en edad ha sabido conservar.

Dos épocas distintas ha tenido Jimenez en su carácter de matador de toros; hemos hecho mencion de ellas sin esponer ciertas particularidades de mucha entidad por su condicion, y aquí las clasificaremos en obsequio al nombre del lidiador que las motiva.

En la primera década, que tambien podremos dividir en dos partes, suprimiremos los extremos de que ya hemos hablado, á lo cual llamaremos ensayo; pero respecto á la segunda parte de aquel tiempo, nos detendremos en clasificar lo especial y notable que á Jimenez pertenece. Su muleta llegó á perfeccionarse de una manera admirable, y no le faltaba mas que práctica para llamarse un aventajado lidiador y general como pocos. Despues que se colocó por su trabajo en el término que antes decimos, adquirió cierto aplomo, inteligencia y arte, que con dificultad podrán hallarse reunidas tantas circunstancias y

de tal valía y recomendacion. La vida artística de Jimenez , ha sido bien conocida del público , y este podrá juzgar la imparcialidad que nos guía en nuestro relato.

Tampoco dejó de hacer alguna invencion de conocido interés , que no queremos pasar en silencio: se le debe una suerte de bastante utilidad , que aun cuando no generalizada , ni puesta en práctica , demuestra sin embargo que puede ejecutarse con notable aprovechamiento. Hablarémos de ella detenidamente , y en los términos que su entidad reclama.

Se conoció en España hace algunos años , á un ilustre caballero , escesivamente aficionado á las fiestas de toros y afecto por consecuencia á los que á este ejercicio se dedicaban , el cual hubo de adquirir conocimientos prácticos de bastante importancia , que unidos á los teóricos que se habia proporcionado con las muchas ocasiones en que pudo discurrir sobre difíciles suertes que á lidiadores consumados vió practicar ; reunió este un caudal de observaciones , que aplicadas con acierto , formaban el complemento del arte de torear : este mismo sugeto las esplicaba con sobrada exactitud y por tal razon se le reputaba , con justicia , persona muy entendida en la lidia , y autorizada su opinion hasta un punto indeterminado. Juan Jimenez habia escuchado á este señor , como á un oráculo , cuando trataba sobre materias de toreo , y mas principalmente sobre la utilidad de que los lidiadores en general fuesen ambidestros , de lo cual podrian sacar una inmensa ventaja , siempre que la res fuese imperfecta ó se entregase á algunas suertes contrarias á la mano derecha del diestro. De estos sabios consejos , tomó Jimenez un tanto , y supo detenerlo en la imaginacion , hasta que se le presentó una ocasion de realizarlo en los términos siguientes. Se hallaba este matador de toros ajustado en la plaza de Madrid , y en una de las corridas que tuvieron lugar , le tocó un toro boyanton y sencillo en los pases de muleta , pero que al liar , se terciaba y colocaba en situacion difícil , y que prometia un desgraciado incidente: Jimenez comprendió que era llegado el caso de ejecutar lo que en tantas ocasiones se le habia recomendado , y como contase con va-

lor suficiente para ello , no titubeó en cambiarse la espada y la muleta , y mudando de mano ambos muebles , le dió una estocada al bicho que en breves momentos dejó de existir. Innumerables palmadas y continuados vítores , resonaron por todos los ángulos del circo , y no faltó quien reputase esta suerte como una de las de mas entidad , siquiera por lo poco usada en ninguna ocasion. Visto por Jimenez tan buen resultado , volvió á practicarla en distintas ocasiones y plazas , repitiéndola siempre con el mas brillante éxito.

Espuestas ya las cualidades artísticas del lidiador cuyos apuntes biográficos hemos bosquejado , pasaremos por conclusion á formar el juicio crítico que este matador de toros nos merece. Bien pudiéramos reducir este á dos extremos, como son el de buena escuela, y bastante valor; pero lo ampliaremos diciendo, que sus medios de defensa en la lidia han sido causa sin duda de que aun lo veamos con desenvoltura ante un bicho, no obstante sus limitadas facultades físicas.

Reducido Jimenez á torear en estos últimos años, aunque en corto número de funciones, pasa su vida circunscrita al trato que le proporcionan la amistad de determinadas personas, y entregado al cuido de su familia é intereses, que en realidad no son muchos, aunque bien administrados. Es apreciado de cuantos tienen ocasion de conocerle, y siempre deja recordar alguna accion caballerosa que le distingue y eleva.

Réstanos solo una cosa que esponer en obsequio, tanto de este como de otros diestros, que aventajados en sus buenos tiempos se han hecho acreedores á suerte distinta de la que disfrutaban en la actualidad: es indudable que los conocimientos que supieron adquirir respecto á las reses, durante el tiempo en que ejercieron la profesion de lidiadores, son infinitamente mayores y de mas notable importancia para dirigir la crianza de una ganadería, que la simple idea rutinaria de un hombre de campo, que jamás discurrió ni inventó mas método que el traído de sus antepasados: por ello creemos útil que los propietarios de reses sometiesen al cuidado de estos hombres la direccion de sus ganados, en lo cual no practicarían sino lo que

mas conveniencia produciria á sus intereses. Es verdad, que sobre este particular parece difícil tratar con exactitud la cuestion, porque la circunstancia mas leve influye en la mejora ó empeoramiento de los toros, pero de todos modos, creemos que la intelijencia y pericia de estos diestros, analizarian las causas que hoy aparecen como un misterio quizá, porque sobre ellas no ha hecho esperimentos persona alguna autorizada por sus cualidades. Al esplicarnos así, no aventuramos la opinion sin admitir otra que diste de la nuestra, ó sea mas ó menos modificada; pero nos hemos decidido á manifestarla, en la persuasion de que esta sería la única manera de que el ganado correspondiese á las exigencias del público, que se hallan hoy mucho mas elevadas que nunca.

Otra aplicacion tambien de conocida ventaja, debia dárseles á estos antiguos lidiadores: aludimos al servicio que podrian prestar como asesores de los presidentes en las plazas de primer órden, para señalar á cada res el período de la lidia que reclamaba por sus condiciones, en lo cual notamos hoy un procedimiento poco conforme al estado de las fiestas, como no puede menos de suceder siendo profana á aquellos extremos, la autoridad á quien compete esta atribucion. Tenemos un acopio de antecedentes, que esplanaremos en el lugar correspondiente de esta publicacion, para robustecer en lo que cabe esta idea, de la cual se han ocupado antes algunas personas que merecen las mayores consideraciones por el acierto con que tratan las cuestiones del género tauromáquico.

Hemos emitido nuestro parecer sobre esta materia, dándole el simple carácter de reflexiones, para que surtan el efecto que se estime conducente por quien corresponda, y caso de que sean consideradas de alguna apreciacion. Otras nos reservamos de mucho mas interés, que á su debido tiempo, y en la parte conducente de nuestra publicacion, esplicaremos detenida y concienzudamente, para que este género de fiestas adquieran la completa metodizacion que exige la importancia que hoy han llegado á merecer.

Despues de semejante salvedad, pasaremos á ocuparnos de

la circunstanciada esplicacion que se necesita hacer de esta época del toreo, para demostrar, como es necesario, las diferentes personas que mas han figurado en la lidia durante este primer período, tanto en la parte correspondiente á los matadores de toros, como así en la de banderilleros y picadores, que como es consiguiente, nos darán el completo conocimiento de cuanto puede conceptuarse de utilidad, al fin que nos propusimos.





ESPLICACION CIRCUNSTANCIADA

DE LA

REGENERACION DEL TOREO.



GRAN cosa es el análisis de los acontecimientos en una obra histórica que, cual esta, debe dejar consignados todos los hechos interesantes del toreo: gran cosa es tambien el trabajo invertido en el exámen de documentos que hayan manifestado tales antecedentes; pero esta penosa faena queda completamente retribuida, si se consigue inspirar al público el interés que afortunadamente ha llegado á merecer la de que se trata. Por eso procuramos con todas nuestras fuerzas recompensar dignamente á tantos favores, y en prueba de ello emprendemos la siguiente explicacion.

Queda dicho que hemos dividido el toreo en dos épocas,

segun así nos parece apropiado, y de ellas queremos hacer la debida clasificacion para mayor inteligencia de nuestros lectores: cada una de estas épocas tiene en realidad diferentes décadas, que tambien esplicaremos detenidamente, y con ello lograremos demostrar de una manera conforme á la capacidad de todos los aficionados y de los ajenos á esta diversion, quiénes fueron las personas que durante este periodo se distinguieron mas en cada una de las partes en que la lidia se subdividia. Podrásenos acusar de inexactos en la division que hemos hecho, pero como esta no afecta en nada, ni al arte ni á las personas que á esta profesion se han dedicado, no tuvimos dificultad en practicarlo sin fijar la consideracion de la época, y sí ateniéndonos únicamente al interés que de este modo podamos inspirar en favor de la publicacion. Tambien parece esta conducta disculpable, cuando se trata de una obra que el público la ha acogido con señaladas muestras de aprecio, porque en ella podrá encontrar noticias exactas de la historia y vicisitudes de la lidia. No queriendo nosotros defraudar semejantes esperanzas, hemos suspendido las biografías de los lidiadores, para continuarlas despues que hayamos cumplido con unos de nuestros mas principales deberes, que en las presentes circunstancias se reducen á demostrar esplicita y terminantemente, las diversas y variadas vicisitudes de lo que hoy llamamos arte de torear.

Por los apuntes biográficos que dejamos consignados, hemos conseguido el recuerdo de los mas aventajados diestros de la época señalada, y aunque faltan algunos no menos acreedores de figurar entre estos, como quiera que las nociones particulares de aquellos adquiridas, no correspondian al objeto de nuestro propósito, preferimos concretar su tratamiento en lo respectivo á la vida artística, cuya hora es llegada.

De lo espuesto en la parte que titulamos *origen de las fiestas de toros*, vendrán nuestros lectores en conocimiento, que desde la aparicion de Francisco Romero, la lidia se trazaba una senda de regularizacion, que mas adelante debia perfeccionarse con las lecciones que la práctica suministrase á las distintas personas que á semejante profesion se dedicáran. Vióse esto

cumplido al cabo de poco tiempo, y desde entonces podemos decir que se aseguraron completamente esta clase de funciones; pues no es extraño que se hubieran visto fenecer en su nacimiento y con la rapidez proporcional á la índole del pais, si desde luego se presentasen desnudas del interés que han inspirado los buenos diestros. Á estos se deben en todas épocas el sosten de la aficion, y que hasta nuestros dias haya llegado, adquiriendo cada vez mas simpatías, merced á la regularizacion del arte y á las notables mejoras que ha experimentado desde que Romero dió en él su primer paso.

Con sobrada razon pusimos á este diestro á la cabeza de los matadores de toros que constituyen la primera época, ó sea la infancia del toreo; á él se debió la primera prueba de matar los toros pie á tierra, con la ayuda del estoque y muleta, cuya manera se desconocía hasta entonces, y de aquel lo aprendió su hijo Juan, lidiador tambien de algun crédito, y á quien se debe el adorno de estos espectáculos con picadores de vara larga, y con cuadrillas de banderilleros y chulillos.

Algunos fueron los que por entonces se dedicaron á esta profesion, ocupando cada uno un lugar en la carrera que emprendia, y con la aplicacion que mas se adecuaba á sus instintos, circunstancias y facultades físicas: muchos resultaron ineptos para el ejercicio de torear, y pronto abandonaron la nueva ocupacion; pero otros reuniendo las cualidades que eran de necesidad, continuaron en la lidia acreditándose progresivamente, hasta llegar á distinguirse y merecer un puesto en el aprecio y consideracion pública.

Despues de los Romeros Francisco y Juan, en quienes habia mas valor que conocimientos, y mas facultades que arte, como no podia menos de suceder, atendiendo al escaso tiempo que este ejercicio contaba de organizacion; esta imperfecta y sin toda la indispensable defensa que despues adquirió, se distinguieron los matadores Miguel Galvez y Joaquin Rodriguez, conocido vulgarmente por Costillares, primeros espadas ambos pero mas antiguo el Galvez que este último, por cuanto aquel fué segundo de Juan Romero en las funciones que en la plaza

de Madrid se ejecutaron por los años de 1769. Ningunas noticias hemos podido adquirir del matador de toros Miguel Galvez, pero creemos no haya sido adocenado, respecto á que alternaba dignamente con los que mas crédito disfrutaban en la época á que aludimos. Tambien se conocian ya por este tiempo picadores de toros de alguna fama, así como banderilleros y chulillos, pero practicado un resúmen de los antecedentes que hemos podido examinar, resultan ser los mas aventajados, con respecto á la clase de matadores, los que ya hemos insinuado; á la de banderilleros y parcheros, Antonio Palacios y Juan Bueno, naturales de Andalucía, y á la de chulos y capoteadores, Bernardo Chavó, Juan de Apiñani, Pedro Palomo, Alejandro Vazquez, Juan Amonte y Diego Ferrer, como así se demuestra por la preferencia que se les daba. Del mismo exámen aparece, que entre los picadores habia dos clases de reputaciones, una privilegiada y notable, en la que figuraban los nombres de Fernando de Toro, D. José Daza, José Ramirez, Juan Misas y Manuel Alonso, y otra que no le faltaba buen crédito, pero que distaba algo del que disfrutaban los ya espresados, y en ella figuraban los nombres de Antonio Galiano, Pascual Brey, Sebastian Vicente Gonzalez, Mateo Bosa y Juan Misas (hijo). A tal número podrémos hacer subir los mas aptos lidiadores de los primeros tiempos del toreo. Veamos ahora la justa razon del crédito de que gozaban: en los jefes de cuadrillas ó sean los matadores, habia como espusimos, mas facultades que arte y mas valor que conocimientos; pero esta profesion se encontraba en los primeros años de su nacimiento, al menos para aquellos hombres de quienes hemos tratado, y no es extraño de que adoleciesen de la cualidad de imperfectos, puesto que no habia elementos para otra cosa. No debia, sin embargo, dilatarse mucho la época en que la lidia sufriese mejoras de extraordinaria importancia; hasta entonces se desconocian muchas suertes de utilidad y lucimiento, y en breve apareció un hombre, que desde luego que abrazó el ejercicio, procuró su regeneracion, y lo consiguió, hasta un extremo de que no ha habido otro ejemplo.

Los banderilleros que á tales matadores de toros corres-

pondian, no pueden titularse ni aun medianos, comparativamente á lo que despues se ha adelantado en estas suertes, pero no obstante, esplicarémos lo que por entonces se practicaba: el diestro se colocaba sesgado á la situacion de la res, y arrancando á un tiempo procuraban pasarlo en la carrera, en cuyo momento le clavaban una banderilla ó rehilete, que con tal nombre se conocia este útil, guardándose ó defendiéndose el cuerpo con un capote que colgaba generalmente del brazo izquierdo del diestro, cuya mano ocupaban en esta faena. Tambien se hacian notables en esta época los que clavaban dos banderillas á la vez, una con cada mano, pero siempre por un lado, segun las trazas ó agilidad del diestro. Los chulillos, cuya única mision era la de correr los toros de un punto á otro del circo, se distinguian mas ó menos, segun la distancia en que citaban, y pocos en realidad eran los que sabian empapar al bicho para hacerlo obedecer con el capote. Los picadores de vara larga, nombre privativo que se daba á estos hombres para distinguirlos de los rejoneadores, se consideraban por sus fuerzas naturales, y por la firmeza con que se sujetaban á caballo, en mayor ó inferior escala: no dirémos por eso que este género de suertes las ejecutasen los ginetes de quienes antes hablamos desnudos de interés, no; habia en aquellos diestros cualidades muy recomendables, y en su práctica lo demostraban de la manera mas terminante. Picaban en los rubios, aunque sufriendo el empuje de las reses en los tableros; buscaban las suertes con valentía, y últimamente, trabajaban con conciencia, dando al arte todo lo que era concerniente á sus exigencias. Es verdad que en esta fecha, no se habia introducido el abuso que despues hemos notado respecto á la calidad de los caballos, y siendo aquellos infinitamente mas poderosos que los de hoy, garantian con alguna mas seguridad las vidas de los que los utilizaban. Sobre su remedio hablarémos algo en su lugar correspondiente y despues que nos ocupe el juicio crítico de estas fiestas, en el que serémos todo lo pródigos que el asunto reclama por su natural condicion.

Hasta aquí la clasificacion exacta de los lidiadores que com-

pusieron la primera tanda del toreo, desde la época en que mudó de faz é hízose una profesion lucrativa. Á esta siguió otra compuesta de hombres, que como los referidos, debieron su nacimiento al pais del mediodia de España, que secundando á los que habian trazado antes el camino, imitaban lo que de ellos aprendieron, y no dejó alguno, no solo de igualar, sino aventajar á aquellos en reputacion, consiguiendo ventajas en el arte, que se tuvieron en mucho, como así nos lo ha demostrado la experiencia.

Joaquin Rodriguez (Costillares), media espada á la sazón, de Juan Romero y Miguel Galvez, fué la especialidad llamada á constituirse en gefe de la segunda tanda de los lidiadores, y éste no pudo hacer mas que rejenerar el toreo en unos términos que le produjo la inmortalizacion de su nombre para con todos los que profesan simpatías y afecciones á este arte. Y es exacto: no puede menos de confesarse que este célebre y distinguido diestro, elevó el toreo á mas considerable perfectibilidad de la que podia calcularse, teniendo la habilidad y el tacto necesario para colocarlo en la verdadera senda que debia ocupar para producir el interés que á la generalidad ha inspirado.

¿Y cómo negarle tampoco á Costillares esa superioridad que se desprende de sus invenciones? ¿Qué conocimientos, qué valor, qué cualidades, en fin, no se debe conceder á quien encontrándose el ejercicio del toreo desnudo de toda defensa, supo metodizar este con perfecta regularizacion, consultando la ajilidad, la fiereza, las armas y todas las demas circunstancias que concurren en un toro, y los inferiores elementos de un diestro? Todo lo tuvo en cuenta Costillares, y su instinto quizá bastó á formar las convinaciones mas exactas, para que las suertes de su invencion pudieran practicarse, si bien con riesgo, no con el que exijia la diferencia de proporciones que hemos dicho. Hoy aun, y despues del tiempo trascurrido, se utilizan con frecuencia las suertes debidas á este tan aventajado torero, lo cual equivale á decir que supo organizar un método del mayor y mas extraordinario interés. No limitó tampoco Joaquin Ro-

driguez su maestría á lo que es propio de los matadores de toros, se extendió tambien á perfeccionar la suerte de banderillas, y enseñó el método de parearlas, por difícil que fuera la posicion de la res: alguno que otro diestro de su época de los correspondientes á esta clase, fuéron bajo su direccion banderilleros de los dos lados, ó sean de ambas manos, y por ello consiguieron un distinguido crédito, debido á la fiel ejecucion de las observaciones del maestro. Mejoró asimismo el manejo del capote, y lo enseñó á los que se habian constituido sus discípulos, sacando de ello un eminente partido, cuya influencia ha sido conducida hasta nuestros dias por los que despues le han sucedido. La defensa que Costillares supo dar á la muleta era asimismo otro poderoso elemento reservado á su especialidad, que con notables seguridades le evadia de las complicadas y difíciles esposiciones que de suyo tiene el ejercicio de torear. No es nuestro deseo de encumbrar á Joaquin Rodriguez el que nos mueve á espresarnos tal cual lo hacemos, es el exámen de sus antecedentes como lidiador, es la idea perfecta que producen sus invenciones, la conviccion en fin de cuanto arrojan sus hechos en la mas concienzuda imaginacion.

Otros diestros, cuya antigüedad databa de anteriores fechas á la aparicion de *Costillares*, y que se habian creado una buena reputacion, quedaron oscurecidos desde entonces, porque este era el coloso de la época del toreo, el regenerador del arte, el jefe por último de la profesion de lidiar: cuéntanse en el número de los referidos, á un tal *Potra* de Talavera; al célebre caballero extremeño Godoy, quien jamás percibió por torear mas retribucion que la de satisfacer su aficion; al fraile de Pinto; al del rastro; á Lorencillo, maestro que fué de *Cándido*; á Melchor y á Martincho: estos hombres no tuvieron suficiencia para competir con el génio de *Costillares*, y sus nombres no volvieron á escucharse sino con la indiferencia propia á las medianías: no habia razon para ello, mas todo fué producto debido á la especialidad de *Joaquin Rodriguez*, cuyo génio supo anteponerlo á cuantos hasta entonces se habian dedicado á la lidia de reses bravas. De distintos modos mataban toros los su-

getos que dejamos mencionados, y todos merecian del público diversas opiniones, unos en sentido favorable al diestro, otros en concepto desventajoso; mas *Costillares* respetando la suerte de *recibir*, tanto por las dificultades que ofrece, cuanto por lo airosa é importante, inventó la de *volapiés*, de todo punto precisa para las reses que llegan aplomadas al último tercio de la lidia, ó para las que pinchadas mas de una vez, buscan su defensa aconchándose á los tableros, y se inutilizan para aquella primera: con este procedimiento, uniformó este torero las opiniones desunidas antes, regularizó el gusto, organizó un método que todos admitieron con muestras de aprobacion, porque se recomendaba por sí propio, y últimamente, estableció bases para que esta profesion perdiese el carácter de bárbara y osada, y adquiriese lo competente á un arte. Para tan colosal desarrollo, era preciso una escuela práctica donde demostrar las ventajas que semejantes invenciones poseian, y pronto vimos un número de hombres que constituidos discípulos de *Costillares*, vinieron á probar el excesivo mérito del maestro. Dígalo el público si recuerda al famoso José Delgado (Hillo), consúltese la opinion que otros tambien merecieron, y de este modo deduciremos la verdad.

Baste lo dicho para formar la idea justa y verdadera de los primeros tiempos de la lidia metodizada, y ocupémonos de los que bajo la direccion de *Costillares* trabajaban por este tiempo, ó sean de los que mas consiguieron aventajarse en la época de su apogeo, y mientras no osó nadie disputarle la primacía en la lidia, Escaso en verdad era el número de esos hombres á quienes aludimos, y así debe concebirse, pues para seguir sus instrucciones y practicarlas tal como las recomendaba, era preciso reunir cualidades escepcionales, y estas no es fácil se hallasen depositadas en todas las personas que pretendian seguirle. No obstante, sus banderilleros, pudieron llamarse perfectos los que componian su cuadrilla generalmente, y le acompañaban á cuantos puntos se dirigia á torear, y eran Bernardo Asensio, José Delgado, Miguel Arocha, Francisco Garcés, Gerónimo Maligno, Alfonso Caraballo, Vicente Estrada, Francisco Maligno,

Juan Herrera, y otros tambien de no menos reputacion que figuraban en el mismo concepto, los cuales elevados por entonces á la clase de matadores de toros, se vieron precisados á retroceder porque la experiencia les demostró que no contaban con elementos para merecer en tal puesto una buena reputacion. Tambien sobresalieron en la época de Costillares como notabilidades, los picadores de toros Sebastian Varo, Juan Ortega, Diego Lozano, Francisco Gomez, Manuel Rendon, Juan Marcelo, Gil García y Felipe Lerma. Estos fuéron los mas distinguidos diestros de la época en que Joaquin Rodriguez capitaneó la lidia ó era llamado jefe de ella, por la superioridad que todos le reconocian.

Corrian por entonces los años de mil setecientos setenta y tres, y conocíase ademas de este y de los demas lidiadores de quienes hemos tratado, otros varios que pretendian la sancion del público, con el objeto de ver si podrian alcanzar un crédito que ansiaban: presentáronse en la lidia al costado de Joaquin Rodriguez, y bien pronto recibieron desengaños: uno de estos diestros se llamaba Antonio Ramirez y el otro Antonio Campos, y ambos desistieron de medir sus fuerzas en lo sucesivo con el famoso Costillares, cuya reputacion aventajaba á la de todos. En los años posteriores, viósele á este buen torero dispensar proteccion á Sebastian Jorge, conocido por el Chano, y como demostrase su incapacidad en el año de 1774 que se hallaba como de segundo de aquel, fijó la atencion en Julian de Archa, y tambien se vió obligado á desistir. Corto era en este caso el número de los que restaban capaces de corresponder á la idea de Costillares, la cual se concretaba á encontrar un diestro con elementos suficientes para hacerle su segundo; mas padecia una gran equivocacion: el mas moderno de sus banderilleros era bastante á saciar los deseos del maestro, y nadie fijaba la vista sobre él. Hablamos de José Delgado, de ese tan afamado y valiente como desgraciado lidiador. Hallábase en efecto formando parte de la cuadrilla de Costillares, pero ni sus compañeros ni el mismo jefe, habian podido creer que José (Hillo) fuese capaz ni dispuesto á ocupar aquel lugar. Ultima-

mente, le fué hecha la proposicion, y como la aceptase con todas las consecuencias que de la misma se desprenden, fué renovado su ajuste, y de la clase de banderillero que ocupaba á la de media espada que era á la que ascendia, pasó en 20 de junio de 1774, en cuya fecha se presentó á lidiar en una corrida de toros que en la plaza de Madrid tuvo lugar. Nada dirémos del cumplimiento de Delgado en aquel dia, nada de lo mucho que el jóven prometia; el resultado manifestó bien pronto el gran acierto de la eleccion. En efecto, el arte de torear ganó un hombre en este dia, que hasta hoy no se ha conocido quien con justicia pueda disputarle el primer término que aquel ocupó. Quinientos reales era la suma estipulada en el contrato, como retribucion del trabajo de José Delgado, y á la segunda corrida que con este carácter trabajó, ya le fué aumentada la cantidad por los mismo que tenian á su cargo las rentas de los hospitales, cuya corporacion no habia este año arrendado la plaza, y disponia por consiguiente de su administracion. Unas cuantas corridas restaban aun de la temporada, y en todas hubo justos motivos de que el público admirase al nuevo matador, lo cual le produjo á Delgado una reputacion tan aventajada como brevemente adquirida.

En el año siguiente ó sea el de 1775, debian cambiar los matadores, y aun existia una causa para ello: era la prevencion que recíprocamente abrigaban entre sí Juan Romero y Joaquin Rodriguez; el público tenia interés en conciliarlos, y los señores que componian la junta de Hospitales de Madrid, quisieron trabajar para conseguirlo, y como prueba de ello, juntaron á ambos, y dispusieron que el primer cartel fuese redactado en los términos siguientes:

«El rey nuestro Señor, etc., se ha servido señalar el lunes 24 de abril de 1775, para la primera fiesta de toros, etc., en la que se jugarán diez y ocho toros, que serán lidiados por las cuadrillas de á pié al cuidado de las primeras espadas, el famoso Juan Romero, de Ronda, y Joaquin Rodriguez Costillares, de Sevilla, *quienes con amistosa emulacion procurarán servir al público con el valor y destreza que tienen acreditado.*»

Infiérese que durante esta temporada de toros, demostraron ambos diestros sus grandes y profundos conocimientos en la lidia, y particularmente Costillares en quien la naturaleza habia prodigado todo género de habilidad, encontró ocasion de lucirlas de una manera digna, para que su nombre fuese considerado con respeto por todos los que le sucediesen en las posteriores generaciones. No se hizo menos digno de elogio el acreditado Juan Romero que con una emulacion honrosa practicó cuanto á un distinguido lidiador de aquella época debia exigirse: pero no era posible igualar por entonces al que por sus condiciones estaba llamado á verificar una revolucion en el toreo, como sucedió á Costillares, y no obstante, tal derrota debemos considerarla honrosa. Concluirémos la explicacion de este incidente, demostrando á nuestros lectores, que los interesados en la conciliacion de estos dos excelentes diestros, trabajaron en valde y nada pudieron conseguir, pues la rivalidad que sostenian se fomentó mas y mas, y aun continuaron despues tomando participacion en ella los matadores de toros que á estos relevaron en crédito y reputacion. Y es tan evidente la constancia que en el sostenimiento de semejante rivalidad ha habido, que por desgracia, hoy tambien se nota sin que hasta ahora se haya podido disipar. Esto nos mueve á detenernos en ciertas reflexiones que en obsequio á los lidiadores modernos queremos hacer.

Parece probable, que la disidencia de los lidiadores de Ronda y de Sevilla, está fundada en el método ó esencia que cada poblacion reconoce de mas entidad é importacia: si esto es cierto como suponemos, queremos manifestar nuestra opinion, no en el concepto de decidir la cuestion, lo cual es ageno de nuestros cortos conocimientos, sino en el de analizarla bajo el aspecto que mas se adapta á su natural carácter, con lo cual deseáramos quedasen disipadas esas rencillas, y desapareciese para siempre el punto principal que semejante particularidad ocasiona. Creemos, y no sin fundamento, que la invencion de matar toros pié á tierra y cara á cara, con la ayuda del estoque y muleta, se debe al estraordinario arrojo y

singular valentía del célebre Francisco Romero, como antes dejamos manifestado, y tambien convendrémos en que la notable invencion de las suertes, debida á Joaquin Rodriguez Costillares, produjeron el complemento de la metodizacion del arte: pues si esto es cierto, y tan exacto que no cabe duda, ¿por qué no concederse á las dos escuelas cierto mérito, cierta especialidad que constituyese igualdad en su importancia? No sabemos á qué atribuirlo, pero es lo cierto que de ello depende esa antipatía, que con mas ó menos vehemencia se profesan los lidiadores que pertenecen á estas dos distintas escuelas. El público admite á ambas con señaladas muestras de aceptacion; las aplaude asimismo con pronunciado entusiasmo, y últimamente las admira cual se debe, porque las dos poseen cualidades muy recomendables y dignas de especial aprecio. Para el convencimiento de lo que llevamos espuesto, nótese la influencia que sobre nosotros adquieren los aventajados diestros cuando ejecutan una suerte distinguida, y véase si en esos momentos hay alguno que fije la imaginacion en el método del que la practicó. La impresion del mérito en aquel momento embriaga la accion de la parcialidad, y deja libre al corazon para que pronuncie ó demuestre lo que siente, lo que le es agradable y satisfactorio.

Abandonamos esta cuestion al juicio de nuestros lectores, y omitamos todo comentario para no desvirtuar tan indestructible verdad.

Dijimos antes que José Delgado (Hillo) mereció en su estreno como matador de toros, una reputacion sin límites, que le obligaba progresivamente á hacerse acreedor á ella, y para conseguirlo se veia precisado á poner de su parte cuanto era dable para corresponder dignamente á los que por él se habian decidido. Así lo comprendió él mismo, y no desmintió las esperanzas de sus adictos. Al año siguiente ó sea el de 1776, se ocupó en torear por las diferentes plazas de Andalucía, y sus adelantos vinieron á demostrarlos bien pronto. En este citado año fuéron ajustados en la plaza de Madrid el famoso Juan Romero y su hijo Pedro, nuevo en la misma pla-

za, y en quien el público debia reconocer despues al digno nieto de Francisco. Otro espada los acompañaba este año llamado Juan Miguel Rodriguez, y ademas Julian Arocha y Francisco Herrera figuraban como medios espadas de la misma cuadrilla. Dos picadores de toros bastante conocidos del público eran los elegidos para primeras varas, á saber: Ignacio Nuñez y Juan Ortega, pero en cambio se presentaron dos banderilleros nuevos que llevaban los nombres de Tomas Fernandez y Vicente Ranilla. Tampoco pasó desapercibido del público el nuevo matador de toros Pedro Romero: sus dotes físicas prometian grandes cosas, y la aficion que demostraba, tambien hacia esperar un torero de consumados conocimientos, luego que la práctica le hiciera adquirir lo necesario para tan ventajoso título. Juan Romero no obstante procuraba cuanto era dable por el lucimiento de su hijo, y todas estas razones con más las buenas disposiciones de aquel, contribuyeron á que en el público de la corte dejase muy buenos recuerdos.

Bajo tan especial influencia llegó la temporada de toros del siguiente año de 1777, y en él fuéron ajustados Joaquin Rodriguez y José Delgado, por cantidades iguales. Ya en este tiempo se habian hecho notables algunos picadores de toros mas de los espresados, y entre estos, los mas dignos de crédito lo eran Antonio Molina, Francisco Jimenez y Pedro Rodriguez Montero: dos banderilleros tambien habia de punta, y llamábanse Cristobal Ruiz Pelaez y Gerónimo Luna, pues otro que asimismo se distinguia en esta suerte, se ajustó este año de media espada y era Ambrosio Valdivieso. Nada dejaron que desear este año los dos espadas de que hemos hecho mencion: el público no echó de menos á nadie, porque José Delgado ocupaba un lugar en su profesion que nadie hubiera creído sino se desengañasen con las difíciles suertes que á cada paso le veian ejecutar. Todos reconocian en Delgado al torero por excelencia, y todos le satisfacian con ese justo tributo que se paga al mérito, y que ocasiona el valor y la destreza. Nada notable se experimentó despues hasta el año de 1780, en cuya fecha se escriu-

raron Joaquin Rodriguez y Pedro Romero, por la cantidad de mil quinientos reales cada uno, ó sean trescientos mas de lo que en práctica habia estado hasta entonces. Buenas cosas presenciaron los aficionados á este jénero de espectáculos en la temporada á que aludimos; bien trabajaron ambos diestros: el uno escudado con la defensa que él propio habia inventado para mas seguridad de los mismos, el otro campeando sobre los elementos de sus poderosas facultades físicas: ambos merecieron distinguidos aplausos de aquellos que con dificultad se repiten frecuentemente, y los dos rivalizaban dignamente y cual se debe en este ejercicio.

Ya por entonces habia abandonado la profesion de lidiar el famoso Juan Romero, y como la temporada del año antes dicho llegaba á su término, preparábanse para la siguiente, en la cual el público ansiaba presenciar los adelantos de José Delgado en quien presagiaban al gran torero: en efecto, contratado para el año de 1781, en union de su maestro Joaquin Rodriguez Costillares, se calmaron los ánimos, y solo esperaban la llegada del dia de la primera funcion de toros. Nada se prometieron los aficionados á esta diversion que no fuera satisfecho cumplidamente, experimentando el público por ello las mas gratas sensaciones. Suertes nuevas y de una especial naturaleza se le vieron á José Delgado, que produjeron el mas extraordinario asombro: á todos llamaba la atencion, á todos gustaba tanta destreza, á todos en fin sorprendia su valor. Alternando de este modo con Joaquin Rodriguez, continuó toda la temporada, hasta que en la novena corrida, que tuvo lugar en 3 de setiembre, fué este herido de una buena cornada que le dió un toro castellano. El público se vió privado de verlo por algun tiempo, pero todos trataban de imponerse del estado de su salud; tal era el afecto y consideracion que á todas las clases merecia este distinguido diestro.

Esta época es en nuestro juicio la que podemos llamar la del apogeo de estas funciones despues de su regeneracion, por cuanso existian en ella tres hombres del mayor y mas especial mérito, que sostenian la aficion del público de una manera

sorprendente, y con sus créditos producian una revolucion contraria si se quiere á los instintos de muchos, que de adversarios decididos de estas funciones, se tornaron entusiastas y admiradores los mas pronunciados de las mismas.

Reducido es el número de los que á estos diestros podrian seguir en la carrera de la lidia; corto es tambien el número de los que se distinguieron, pero no obstante se conocieron varios banderilleros de punta; entre los cuales nombrábanse á Francisco Garcés, Alfonso Caraballo, Vicente Estrada y Francisco Maligno.

Hasta aquí las particularidades habidas hasta el fin del año de 1781, en que las fiestas de toros era una diversion de necesidad, porque con sus productos se sostenian establecimientos piadosos, cuyas atenciones no admitian dilacion, y al propio tiempo disfrutaba el público en la diversion que mas se adaptaba á sus instintos é inclinaciones. Esta era la preponderancia concedida á las corridas de toros, que la adquirieron por la destreza y perfectibilidad que reunian los hombres que abrazaron esta profesion.

Ya que nos ocupamos de una esplicacion tan minuciosa, justo será que hagamos presente al propio tiempo, las particularidades que contribuyeron á la elevacion de las fiestas de toros: es evidente que el ejercicio de la lidia habia hecho en breve tiempo infinitos progresos, y que aun existia el autor de su regeneracion, el cual habia demostrado con suficiente claridad cuáles eran los elementos necesarios que debian utilizarse para corresponder á la regularizacion que él practicó, y como todo se hallaba en proporcion conducente, nada desdecia del cuadro en general, y por el contrario contribuia muy mucho á baluarse con exactitud. La crianza del ganado que es una de las causas mas influyentes en el lucimiento y aun en la seguridad del diestro, así como los resabios que segun el método usado entonces por los ganaderos adquirian las reses, era el origen de grandes desventajas para estos antiguos lidiadores, pero en cambio poseian recursos para inutilizar la accion de este mal con inmensa ventaja: nótese la cualidad de los caballos de

aquella época, graduándose por la diferencia de coste que tenían, y veamos comparativamente con los de hoy qué distancia resulta: observemos el hierro de las antiguas varas de *detener*, que así se llamaban, y midamos el que hoy se permite, y nos persuadirémos que cuando una res pasaba del primer tercio de su lidia, ya se encontraba aplomada por el castigo sufrido, y en situacion la mas apropiada para que, tanto el banderillero como el matador, luciesen su destreza é inteligencia, si contaban para ello una regular defensa, en sus pies el primero, y en la muleta y brazo el segundo. Por ello podrémos conocer que el diestro que en esta época reunia estas cualidades, era eminentemente aventajado; siendo asimismo la defensa en la muleta el principal objeto sobre que debian fijar la atencion como en realidad sucedia: dígalos la de Joaquin Rodriguez (Costillares), á quien ninguna res pudo enganchar cuando con este escudo adornaba su mano izquierda.

Dicho esto, sigamos la historia de las vicisitudes de la lidia.

Costillares, como hemos dicho, era por la época á que nos referimos, el reconocido como el *non plus* del toreo, y cabeza por consecuencia de los que al arte pertenecian, pero en razon á haber aparecido Pedro Romero y José Delgado, notables á cual mas, segun deja deducirse por lo que llevamos espuesto, quedaron sus invenciones y las glorias que por ellas habia adquirido, disipadas hasta cierto punto, como así lo exigia la especialidad de estos dos últimos diestros: Pedro Romero no habia inventado nada con respecto al arte, su único esmero se reducía á seguir en todas sus partes el sistema de sus antepasados, y como para ello contaba con elementos físicos suficientes, y ademas un exacto conocimiento de las reses, que supo adquirir con menos práctica que otros, de ahí su bondad artística y el lucimiento con que sus hechos ivan envueltos. Siguió este su escuela, notable sin disputa, y llegó á reunir un crecido número de afectos y adictos que ocupándose de él constantemente, hicieron correr su fama por todos los ángulos de España, y la cual quedaba confirmada por los que presenciaban su trabajo siempre favorecido por la fortuna, en lo que no influia poco

sus naturales propiedades. En honor á la verdad, dirémos que nada se suponía en Romero con respecto á su mérito en la lidia; todo era justicia, y á todo se habia hecho acreedor este célebre torero. José Delgado (Hillo), era el otro jefe que figuraba á la cabeza de los diestros, y este no quiso concretarse á la rutina de su maestro; procuraba avanzar mas, demostrando al propio tiempo que poseia conocimientos muy profundos de los toros, y que contaba con un valor extraordinario para crear y aumentar las suertes conocidas hasta entonces. En efecto, su buen trabajo, la fuerza de voluntad con que lo ejecutaba, y los recursos que se le veían utilizar, unos pertenecientes á la escuela de su maestro Costillares, y otros propios y debidos á su invencion, le granjearon tambien un sin número de adictos que no permitían que Romero ni ningun otro le aventajase, y así lo defendían en cuantas cuestiones se presentaban sobre la materia. Esta rivalidad sostenida con calor por unos y otros parciales, ocasionaron que ambos diestros se mirasen con cierta prevencion, hija de la imprudente conducta de los afiliados en uno y otro bando: así continuaron por algun tiempo, hasta que por último, José Delgado sufrió el rigor de su desgracia, dejando de existir víctima de su valor y emulacion. Pero no por eso califiquemos á Romero de mas consumado diestro que á Delgado, no; Romero era ciertamente una especialidad, pero Delgado no lo era menos: cada uno reunia ciertas condiciones que los hacían colocarse en superior y privilegiada esfera: al primero no podia postergarse el segundo; á Delgado no debía anteponerse nadie. Las escuelas eran distintas, pero en la ejecucion los dos rivalizaban dignamente, los dos ocupaban un puesto en primer término; ambos causaban admiracion é inspiraban esas simpatías que generalmente produce lo perfecto y sublime. A pesar de todo ello, existían dos partidos tan fuertes y vigorosos, que jamás transigieron ni pudieron avenirse: el de Pedro Romero fundaba su opinion en la fortuna de su favorecido, el de José Delgado en la firmeza conque aquel volvía á presentarse ante los toros despues de curarse una herida grave recibida por una res. Y aquí se nos ofrece una

:

reflexion que no queremos pasar en silencio. ¿Qué conviccion no asistiria á Pepe (Hillo) de las superioridades que poseia sumé todo, cuando no permitió abandonarlo por otro de menos riesgo, á pesar de tantas y tan graves cogidas? Esto prueba esplicita y terminantemente, que su conducta era impulsada por una voz secreta del corazon, á la que él guardaba un acatamiento religioso, que no podia menos de estar fundado en alguna razon importante, y hasta exacta si se quiere. Así debe reconocerse por un procedimiento, lo cual constituye otra nueva cualidad en Delgado que no debe desatenderse y que recomienda tambien estraordinariamente.

Luego que José Delgado comprendió la lidia en todas sus partes y dió principio á invenciones particulares, con las que aumentó el catálogo de las suertes de capa que hasta esta época se conocian, se dedicó á la metodizacion de un plan de enseñanza que dió á luz por los años de 1796 con el título de «*Tauro-maquia ó arte de torear á caballo y á pié*», el cual despues fué corregido y aumentado con treinta láminas que representan las principales suertes. Nadie mas autorizado que José Delgado para la organizacion de una obra de esta naturaleza, y al repararla hoy, aun se nota la superioridad de conocimientos y el buen juicio de su autor. En ella esplica la entidad de cada una de las suertes, y la condicion de los toros conque deben practicarse, previniendo las dificultades que ofrece cuando no se tiene en cuenta esta circunstancia de todo punto perjudicial al diestro que prescinda de ella. Tales antecedentes aumentan la idea de la consideracion que debe haber merecido José Delgado, y el puesto que ocuparia en sus buenos tiempos de apogeo. Dificil nos seria decir más de lo que ellos mismos esplican, por lo tanto haciendo abstraccion de este personage, sigamos la ilacion de los hechos que sucedieron á estos tiempos de perfeccion para la lidia. Llegado que fué el año de 1782, continuó José Delgado en compañía de Joaquin Rodriguez (Costillares), y lo mismo ocurrió en 1783, siendo el asombro de cuantos presenciaban el trabajo de este último, que no solo procuraba cumplir á satisfaccion de todos, sino que con nota-

ble perjuicio de sí mismo, practicaba con los toros lo que es imposible en todos conceptos, porque la agilidad y la destreza de los hombres no alcanza á dominar las propiedades de este género de animales. Tal era el extremo á que el valor de Hillo le conducia. Al siguiente año de 1784, contratóse Joaquín Rodríguez solo, y con la única ayuda de un media espada, que lo era Francisco Herrera, y en virtud al excesivo trabajo que en las funciones se le ocasionaban, tuvo la asignacion de tres mil reales por corrida, continuando del mismo modo este año citado, y los siguientes de 1785 y 1786. Algunos lidiadores de los pertenecientes á la clase de picadores, hiciéronse notables en esta época, cuyos nombres eran Andrés Solis, Francisco Baca, Manuel Jimenez y Diego Molina Chamorro: tambien se aventajaron los banderilleros Manuel Rodríguez Nona y José Jimenez, siendo asimismo de algun crédito el media espada Nicolás Martínez, que á la sazón ayudaba por este tiempo á Costillares. Esta época pasó sin circunstancias especiales dignas de mencion, y por último, llegó el año de 1787, en el que fué contratado Costillares y José Delgado: el cumplimiento de estos dos matadores de toros fué tal, que fuéron ajustados por tres años consecutivos, aumentándoseles la retribucion á la cantidad de dos mil reales que disfrutaron estos célebres lidiadores.

Banderilleros distinguidos hubo por entonces: Manuel de la Vega, Francisco Claro, Antonio de los Santos, Mariano Aguilar, José Almanza y Manuel Bueno, lo probaron suficientemente: los picadores Juan Roque, Alberto Cordero y Juan Lopez, tambien merecieron buen crédito.

Esta época del toreo que correspondió por sus suertes extraordinarias á la reputacion que se le dispensaba, debia ser relevada por otros lidiadores que profesaban distinta escuela, á los cuales capitaneaba Pedro Romero, que poco antes habia merecido el título de famoso. Era llegada la primer temporada de toros del año 1791, y el torero de quien hablamos fué ajustado en Madrid con dos espadas mas en clase tambien de primeras, que eran José y Antonio Romero, hermanos de Pedro. Acompañábanlo en clase de banderilleros José Jimenez, Vicen-

te Estrada, Ambrosio Recuenco y Bartolomé Jimenez, que despues se supo adquirir un lugar entre los mas afamados matadores de toros. Pretensiones traia el acreditado Pedro Romero, y no permitió formalizar su ajuste sin que se le asignase la suma de tres mil reales para él, y mil quinientos para cada uno de sus hermanos, por cada corrida de toros que trabajasen. Así tuvo efecto, y el público los admitió con muestras de aprecio y consideracion, como no podia menos de suceder: se trataba de un lidiador consumado y de unas facultades físicas á cual mas especiales, y todo ello contribuyó á la aceptacion que disfrutaba, entablada ya para con muchas personas que habian visto á Romero en época anterior, y cuando con su padre trabajaba. José y Antonio eran tambien diestros de mérito, y en particular el primero que reunia mejores y mas escogidas cualidades que Antonio. Varias son las opiniones sobre cuál de los tres hermanos pudo llamarse mas torero: Pedro mereció siempre el concepto de privilegiado y superior á sus hermanos; José acreditó en distintas ocasiones que los afectos á él fundaban su opinion en justas y sólidas razones: y Antonio, que era ciertamente el que contaba con un número mas reducido de parciales, llegó á pasar desapercibido enteramente: claro se demuestra por estas particularidades, que Pedro Romero era el privilegiado, ya porque fué el que antes tuvo el público ocasion de conocer, bien porque sus conocimientos fueron mas profundos y su trabajo mas perfecto: José Romero se halló con este escollo para su crédito, y á pesar de ello hízose un lugar entre los matadores mas notables, correspondiendo á la opinion que se le concedia, pero Antonio Romero no pudo rivalizar jamás con sus hermanos, tanto porque estaba menos favorecido que aquellos por la naturaleza, cuanto porque sus instintos no eran los mas apropósito ni decididos por el ejercicio que se eligiera.

Despues de esta esplicacion, conviene demostrar la rivalidad que sostenian los jefes de escuela, ó sea Joaquin Rodriguez y Pedro Romero: el primero se apoyaba en los importantes descubrimientos que habia practicado en el arte de torear, y el

otro sostenia el mérito de la invencion de sus antepasados sin cejar ninguno un ápice del terreno que se habian trazado. Todo era disculpable en estos afamados diestros, pero lo que no tiene perdon bajo ningun aspecto, es que semejante rivalidad fuese alimentada por los aficionados que debian haber empleado toda su influencia en disipar y atenuar las causas que tan perjudicial resultado producian. Todos contribuian por el contrario, y cada dia se aumentaban razones figuradas que separaban mas y mas á estos dos diestros y á los discípulos de ambas escuelas. Así pasaron algunos años; así vinieron nuestros tiempos, y siempre ha continuado esta disidencia para perjuicio del arte de torear y de los que al mismo se dedican. Esta verdad se comprueba por desgracia con demasiada frecuencia, y quiera el cielo que no pase adelante y se conduzca á mas violento extremo, en cuyo caso tendríamos que lamentar considerables males que hasta producirán el olvido y la postracion completa de la lidia. Todos estamos interesados en contener esa discordia en bien del sosten de tales fiestas y en obsequio á la humanidad.

Dicho queda que la mayor culpabilidad de estas rivalidades resulta por parte de los aficionados que fomentaron las causas; pero al esplicarnos así, no pretendemos aludir á los que adictos á tal ó cual matador de toros, reconocen tambien las buenas propiedades de otros, sin compararlas, sin crear en su imaginacion una idea fantástica, y por último, sin separarse del buen juicio que dicta la imparcialidad; hablamos de los que adulan, de los que suponen, de los que buscan con sus indiscreciones esas enemistades injustas y perjudiciales: á esos como principales motores de tales desavenencias, no podemos menos que acusarlos y procurar por su descrédito, toda vez que en la continuacion de tales procedimientos originan males sin cuento, que despues habrá que lamentar.

Continuando la historia de las vicisitudes del toreo, dirémos algo respecto á José y Antonio Romero, hermanos del famoso Pedro: el primero consiguió al cabo de algun tiempo una distinguida reputacion, que ganó á costa de un buen trabajo, circunstancia difícil en esta época por las notabilidades que se

conocian; pero no era esto todo lo necesario para merecer un regular crédito, habia precision de satisfacer á un crecido número de personas que se conceptuaban sobradamente inteligentes en el arte de lidiar, y cuyas pretensiones eran tantas, que muy pocas veces confesaban la perfeccion en un torero: tambien creemos esta cualidad consiguiente á la preponderancia que estas fiestas habian adquirido. Antonio Romero no llegó nunca á merecer tan aventajada posicion, y por consecuencia podemos asegurar que su trabajo como matador de toros, estaba á mucha distancia del que se veia practicar á Pedro y José. No obstante, lidió este torero en la mayor parte de las plazas que por este tiempo habia habilitadas, y no en todas disgustaba: los diferentes públicos que á ellas concurrían, prodigaban aplausos á Antonio y justificaban las simpatías que les merecia, procurando su ajuste en los años posteriores.

Venidos los años de 1791 y 1792, ya descollaba otro matador de toros que en época anterior figuraba como media espada, pero un desgraciado incidente debia postergarlo á otro que tambien debia figurar en primer término, y que entonces era solo banderillero. Hablamos de Juan Garcés y de Bartolomé Jimenez: el primero pudo merecer un honroso título de sobresaliente, pero cuando se formaba y adquiria las cualidades de un buen torero, recibió una cornada que lo inhabilitó en mucho tiempo, de lo cual resultó una postracion en Garcés, que jamás volvió á denotar la natural agilidad de que antes hacia alarde con sobrado fundamento: Bartolomé Jimenez, fué avanzando terreno poco á poco en lo respectivo á su crédito, y como correspondiese este al trabajo que practicaba, de ahí resultó colocarse en una posicion envidiable á la verdad, para quien en algo tiene la fama. Dirémos algo sobre las facultades de este matador de toros: su destreza extraordinaria marchaba de acuerdo con excelentes facultades físicas, y á la vez reunia bastante conocimiento de las reses: la escuela de los toreros de Ronda era la misma de Jimenez, y como procurase observar todas las reglas establecidas por los antiguos, correspondia digna y cumplidamente; de modo que de este lidiador podrémos

decir que nada inventó, pero que con el aprovechamiento de las mejores suertes que á aquellos se debieron, fué el mas aventajado discípulo.

Con relacion á picadores, nada podemos mencionar, pues solo distinguíanse los que en años anteriores se habian acreditado y ninguno moderno daba esperanzas de gran cosa, mas que el cumplimiento que se les exige, en mi concepto bastante considerado y tolerante.

Acercábanse los años de 1793 y nada prometian de nuevo los dedicados á esta profesion, pues, si bien existía una coleccion de toreros á cuan mas perfectos, no se presentaba uno nuevo que despuntase en términos bastante avanzados: así pasó la época, justificándose en ella los matadores que absorbían el crédito tauromáquico, siempre que la ocasion se los proporcionaba, y demostrando que no en valde ni injustamente se les concedia la mas distinguida reputacion.

Llegamos á la época en que corrian los años de 1796, y ya por entonces no se desconocian ninguna de las suertes que aun hoy se ejecutan: los valerosos y entendidos diestros Joaquin Rodriguez (Costillares), Pedro Romero y José Delgado, las practicaban todas con un acierto y perfección que difícilmente pudieron imitar despues los numerosos lidiadores que á aquellos sucedieron. Conviene á la índole de nuestra obra, esplicarlas circunstanciadamente y con los títulos que eran conocidas, para que nuestros lectores formen de ellas el verdadero concepto que reclaman por su entidad.

Entre las distintas suertes de capa que se conocen, existe una que llamaban por la época á que aludimos, y aun hoy se le dá igual nombre, suerte de la *Verónica*: llámase así, á la que el diestro ejecuta situándose frente por frente á la res, echándola fuera con el capote cuando esta dá la embestida: esta suerte se utiliza frecuentemente con los toros reboltosos y de muchos piés, á quienes es necesario acortárselos para predisponerlos á las suertes de varas: comunmente se ejecutan tales con los toros francos, boyantes ó sencillos, porque siempre que el bicho reuna estas condiciones, resulta menos espo-

sicion para el diestro, que por el contrario queda airoso, si observa con rigidez las reglas establecidas en el arte. La combinacion que para este fin ha de tenerse en cuenta, es únicamente la mayor ó menor entereza y poder de la res, y con arreglo á ello establecer la distancia en que debe el diestro colocarse.

Suerte de *recorte* era otra de las inventadas, y esta se practicaba de dos modos distintos: concretábase el uno á presentarse al toro con una capa terciada por debajo del brazo, y así que la res arrancaba, se salia el diestro á su encuentro formando con el bicho una especie de semicírculo, en cuyo centro dejaba al toro completamente burlado, haciendo la misma operacion cuantas veces trataba de repetir la suerte: el otro consistia en reducirla á las mismas particularidades, con la única diferencia de que la capa habia de colocarse en la cabeza ó sobre los hombros, pero ejecutando iguales movimientos que los antes esplicados: á este género de suerte se llamó luego *gallada*, y despues se amplió á otras prácticas que se conservan en uso por nuestros modernos lidiadores.

De *espalda* se ha llamado á otra suerte, cuya invencion es debida á José Delgado (Hillo), segun se ha asegurado por muchas personas autorizadas; su práctica es sumamente sencilla, pero de estraordinario lucimiento; el diestro se situaba de espaldas, frente del toro, en cuya posicion se presentaba la capa por la parte posterior, cuidando de sacar los brazos para rematar la suerte, en términos de salvar el cuerpo de la embestida del toro, girando los piés al propio tiempo en medias vueltas, para quedar en actitud de repetir igual operacion si la res continúa embistiendo. El mismo José Delgado, á quien como hemos dicho, se le atribuye la invencion de esta vistosa suerte, aconsejaba que no se hiciera sino con los bichos claros y boyantes, siempre que estos tuviesen vigor y agilidad bastante, y de ningun modo con otros toros que careciesen de este elemento, porque en este último caso es comprometido y notablemente espuesto.

A la *navarra* era el título que se daba á otra suerte de fá-

cil ejecucion, conocida ya por los célebres lidiadores que hemos mencionado; esta tenia entre los espectadores mucha aceptacion, porque ciertamente es bonita y divertida, al paso que de poca esposicion si las condiciones de la res con que se ejecuta son á propósito, ó mejor dicho si posee los requisitos que se recomiendan para la anterior suerte. En cuanto á la manera como se practicaba, se reduce á colocarse el diestro frente á frente con el toro, sin olvidar la importante circunstancia de guardar la distancia que exija el estado de poder de la res, y en la posicion de esperar la embestida, permanecer dispuesto, para en el momento de arrancar esta, escupirla con el capote, dando á la suerte un remate seguro y lucido, lo que se practica con facilidad, sacando la capa por debajo del hocico y volviéndose el diestro rápidamente sobre los pies, sin perder una línea del terreno en que se colocó. Pocos han arrancado mas aplausos en la ejecucion de esta suerte, que el célebre José Delgado; pocos tambien la remataban con mayor desembarazo, y pocos eran los que sacaban de ella todo el lucimiento que este aventajado torero.

Otra suerte se conocia en este tiempo, aunque rara vez se ejecutaba, á la cual se llamaba de la *tijera*, porque al colocarse el diestro delante del bicho, cruzaba los brazos; mas esta no era otra que la conocida con el nombre de *Verónica*, sin mas diferencia que presentarse ante la res con los brazos cruzados segun hemos manifestado y en la forma siguiente: si el diestro queria despedir al toro por el lado derecho, ponía encima el brazo izquierdo, y vice-versa si trataba de hechárselo por el costado contrario: como hemos dicho, este género de suerte no mereció jamas la aceptacion del público en los términos que las demas, quizá porque la posicion del diestro era poco airosa y demasiado violenta; sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el público aun cuando no la reprochaba, la admitia con indiferencia.

Una vez esplicadas las clases de suertes que por la época de que hablamos se conocian, y ejecutaban los matadores de toros que mas se distinguian, justo parece que mencio-

nemos, las que enseñaron á sus banderilleros, que en breve tiempo quedaron completamente generalizadas, distinguiéndose muchos de ellos segun ya lo hemos insinuado y aun consignado sus nombres. Las de banderillas se dividian por entonces en dos clases ó sea bajo dos nombres, que eran: suerte de *cuarteo y á la media vuelta*; la primera se utilizaba por lo general con los toros claros y sencillos, y la segunda con los de sentido é intencionados. No obstante, habia lidiadores de alguna reputacion, que eludian la suerte de *media vuelta* aun para con las reses de peor condicion, porque creian rebajarse del concepto que de ellos tenia el público formado, y como contasen con elementos físicos suficientes á neutralizar la maldad de la res, de ahí la oposicion que á semejante suerte profesaban. Hasta aquí habian avanzado en la lidia los toreros de á pié, por el tiempo á que aludimos, sin que nos hagamos cargo de esplicar las diferentes suertes que practicaban los matadores para este período de la fiesta, en razon á que seria repetir lo que ya espusimos en los apuntes biográficos de cada uno de ellos: sin embargo, no escusarémos decir que se conocian dos suertes capitales, cuales eran la de *recibir* y la de *volapies*, debida esta última al acreditado y famoso torero Joaquín Rodríguez (Costillares). Los picadores de toros que por esta época existian, tambien cumplian con sus deberes, pues observaban rigurosamente las reglas establecidas para las suertes de vara segun la experiencia les habia demostrado, las utilidades que de ello les resultaban; analizarlas en todas sus partes seria objeto de suma detencion, por lo tanto escusamos de hacerlo minuciosamente, concretándonos á los tres puntos principales á que los picadores se atenian para emplear el método de picar y detener: el primero correspondia á la condicion de los toros levantados, el segundo á los que adquirian ó salian desde luego con la condicion de parados, y últimamente á los que consiguiente al castigo que recibian, estaban aplomados, cuya circunstancia era la que mas peligro ocasionaba, puesto que las reses que se encuentran en semejante estado, reunen ya cierta dosis de malicia para defenderse, y buscan con afan la

ocasion de realizar la venganza: en una palabra, podrémos asegurar, sin temor de equivocarnos, que los picadores de este tiempo remoto, denotaban de una manera positiva la inteligencia que poseian, y asimismo el estado de perfecta armonía que conservaban en los extremos que constituyen el buen resultado de estas suertes, completamente regularizadas. Por ello se distinguian algunos picadores de aquel tiempo, no obstante hallarse esta suerte en el estado de la infancia: la esposicion y dificultades que ofrece, contribuyeron en no pequeña parte á que en breve tiempo se regularizara cuanto posible era y adquiriese cierta perfectibilidad que por lo menos exigía mas tiempo de experiencia y meditacion.

Parécenos haber esplicado suficientemente los adelantos que la lidia habia experimentado á fines del último siglo, demostrando al propio tiempo los hombres que dirigian el arte por la senda de su mejoramiento, y que despues consiguieron elevarlo á la mas notable perfeccion: continuaremos ahora, la ilacion particular de la historia segun nuestro propósito, y como conviene á su entidad.

Eran los años de 1794 y merced á los hombres que representaban al arte de la lidia, y á la consumada destreza con que se les veia trabajar constantemente, el público se habia decidido por este género de espectáculos, á los cuales asistia con avidez, no solo por la razon que hemos dicho, sino porque reinando esa competencia de que antes hablamos entre los diestros, conducente parecia que los que la alimentaban, y otros que no eran llevados mas que por curiosidad, ó tal vez para examinar y dar su voto en la primer ocasion que se le presentára, hiciesen por asistir á unas funciones que eran las mas apreciadas, las mas simpáticas y las que con mas adictos contaban. Este es en nuestro juicio el tiempo del apojeio de las funciones de toros, y la época segunda de su engrandecimiento: así lo exigían los diestros que capitaneaban el arte de torear. Escaso tiempo habian de figurar ya algunos de ellos, la Providencia debia retirarles su proteccion para que fuesen víctimas del arrojo á que á uno de ellos lo conducia su temeraria

osadía de querer ejecutar y poner en práctica extremos que estaban vedados á la humana posibilidad. Esta consecuencia produjo el esceso de perfeccion á que el toreo se habia conducido. Ultimamente, venido el año de 1797, siguieron alternativamente toreando unidos los célebres Pedro Romero y José Delgado, sin que hubiera entre ambos ninguna desavenencia capaz de comprometer la existencia de alguno de ellos; por el contrario, observábase en estos diestros un buen entendido estímulo, y con semejante procedimiento demostraron suficientemente y de una manera explícita, que aventajaban en cordura á los apasionados de uno y otro lidiador: tambien es cierto que este género de afecciones tiene mucha mas influencia, y se conducen á mas extrema situacion en los lugares privados, que en el sitio del peligro y en el terreno de la práctica, donde á la mas insignificante indiscrecion produce un incidente desagradable que lamentar. Ninguna notabilidad se dió á conocer tampoco en este año ni en los siguientes hasta el de 1801, en que fuéron escriturados en la plaza de Madrid José Delgado (Hillo) y José Romero, de quien ya espusimos lo conducente para que nuestros lectores hayan podido formar idea de sus cualidades tauromáquicas; tambien manifestamos el fin desgraciado de aquel célebre matador de toros, y por ello escusamos su repeticion por ahora, reservándonos explicar ciertas particularidades ocurridas que merecen su revelacion, para cuando nos ocupen las noticias estadísticas y sucesos especiales, habidos en cada una de las plazas de toros de España. Solo dirémos que este incidente llenó de consternacion á los numerosos lidiadores que debian sus adelantos á José Delgado, los cuales quedaron sin jefe ni director, y como á quienes falta uno de los elementos mas importantes para la vida. Luto, disgusto, hastío é inquietud, era lo que se notaba en los discípulos de José Delgado: alabanzas, referencia de hechos grandiosos y dignos de immortalizar á todo hombre, era lo único que se escuchaba de la boca de aquellos diestros, cuando se referian á su maestro; en efecto, para esta conducta habia una razon poderosa, consistente en que no se presentaba accion

valerosa que se ejecutára con las reses, que no ocasionase el recuerdo de Hillo, quien las practicaba con el desembarazo y sin el temor que le inspiraba su extraordinario denuedo y singular bazarria. Este tributo al agradecimiento, y esta admiracion al mérito, eran las únicas particularidades que tenían lugar entre los muchos lidiadores que se titulaban dependientes de José Delgado: aun uno de ellos supo conducir su pasion á mayor extremo, encargándose de su enterramiento que dirigió de un modo acertado y digno de otro personaje de mas elevada esfera. Del mismo modo procedieron muchos de sus numerosos amigos y adictos; quisieron demostrar hasta el último momento las diferencias que á Hillo dispensaban, y con orgullo y satisfaccion formaban parte del acompañamiento que seguia el cadáver de José Delgado cuando se depositaron sus restos en el asilo que se le habia deparado para siempre. José Romero, que como ya hemos indicado, formaba este año al costado izquierdo de Hillo, y con quien no estaba unido con estrechos vínculos de amistad, por las diferencias que existian entre aquel y la familia de éste, se le vió melancólico y como agoviado por un gran pesar: todos sintieron este desgraciado acontecimiento, y así lo manifestaron por mucho tiempo, lo cual prueba la gran impresion que les causó.

Por muchos dias eludió una gran parte del público su asistencia á las fiestas de toros, temeroso quizá de presenciar otro acontecimiento de idéntica naturaleza, lo cual prueba asimismo lo sensible que á éste le habia sido aquella catástrofe, mas como quiera que existian lidiadores hábiles tambien, que con su destreza neutralizaban la accion ofensiva de los toros, resultó en breve el olvido de tan atroz desgracia, y la disipacion de las impresiones que la de José Delgado originase. Entonces se vieron concurridas como antes este género de funciones y nuevamente fué adquiriendo las mismas simpatías que disfrutaba en época que no habia que lamentar ningun suceso desgraciado.

Siguiendo nuestro principal relato, diremos algo relativamente á los lidiadores que ocuparon el puesto que tan dignamente habia dejado José Delgado.

En el año de 1802 se contrató en la plaza de la corte, considerada siempre como la primera de España, el conocido lidiador José Romero, el cual no pudo neutralizar la impresión que la muerte de Pepe (Hillo) había ocasionado, por lo cual se retiró al siguiente año ocupándose en trabajar por las plazas de Andalucía, las cuales empleaban muchos lidiadores porque las corridas de toros eran muchas y con sobrada frecuencia.

Bartolomé Jimenez reemplazó á José Romero al siguiente año, y el público aun no dió señales de afecto á estas fiestas puesto que tenían muy impresa en su imaginación la catástrofe caecida con el mas querido de los lidiadores.

Circunstancias particulares que tienen relación con las causas que influyeron en la adopción del ejercicio de torear por parte de uno de los diestros que mas se distinguieron, luego que llegaron á la clase de matador, nos ha movido á no hacer mención de él, hasta tanto que figurase como uno de los mas aventajados diestros de su época; este fué Gerónimo José Cándido, ajustado en la plaza de la corte, como bandarillero de Pedro Romero en el año de 1799, ó sea el último del siglo anterior. Este diestro, cuyas particularidades referimos antes en sus apuntes biográficos, disfrutó en el citado año la asignación de 500 rs. vn. por corrida de toros, como tal bandarillero, no obstante estar destinada esta cuota á los lidiadores que se ajustaban con el carácter de media espada; pero Cándido mereció desde luego este privilegio, quizá por el buen concepto que alcanzaba del público, ó bien porque su trabajo se conceptuó con especialidad en el acto de ser conocido. No obstante, poco debe llamar la atención este caso excepcional, si atendemos á que Gerónimo Cándido fué siempre protegido por el maestro Pedro Romero.

Habíamos dicho hace poco, que al llegar la temporada de toros del año de 1802 se conocía por parte del público cierta esquivéz en concurrir á tales funciones, que atribuimos á los disgustos que había ocasionado el desgraciado acontecimiento de José Delgado (Hillo). Consiguiente á todo ello, era

necesario no abandonar estos espectáculos porque su postracion habria sido segura, y por el contrario era indispensable dar á las fiestas el mayor impulso posible, buscando el interés que pudieran inspirar, ya en el concepto de escelentes diestros, ya tambien con la asistencia del mejor ganado para la lidia: asi debió practicarse, y no sabemos si sucedería; es lo cierto que en el año de 1803 fuéron ajustados en la plaza de Madrid los espadas Bartolomé Jimenez, notable hasta un extremo recomendable, á quien acompañaban en el mismo concepto Agustín Aroca y Leoncio Baden, segundos ambos matadores de tan aventajado y bien reputado diestro. Tampoco hubo descuido en contratar á los mas afamados picadores, y se vieron en este año reunidos lo mas escogido del ejercicio que por entonces lo eran, Francisco de Paula Rodriguez, Antonio Peinado, Antonio Herrera (Cano), Francisco Ortiz y Cristóbal Ortiz. No se consiguió á pesar de todo, que las funciones de toros fuesen muy concurridas, pero como en mucho tiempo no volvió á acontecer ningun lance lamentable, de aquí resultó que se fuese disipando la memoria del antes ocurrido, y el público tornase de nuevo á prestar su asistencia á semejantes espectáculos.

El año posterior al de que hemos aludido en nuestro anterior párrafo fué el de 1804, y en vista de lo que estos matadores de toros habian gustado y del interés y deferencias que los aficionados les dispensaban, fuéron ajustados nuevamente, con la única diferencia de que en lugar de Baden que quedó fuera, se contrató Juan Nuñez (Sentimientos), con el carácter de media espada. Ya hemos dicho á nuestros lectores los sujetos pertenecientes á este ejercicio que mas se distinguieron por esta época, tanto de los lidiadores que correspondian á las cuadrillas que trabajaban en Madrid, como de las que lo hacian en las distintas plazas de Andalucía, donde se situaron los hermanos Romeros, con los picadores y bandarilleros que los seguian. Ninguna circunstancia notable ocurrió por algun tiempo en el arte de torear en los años posteriores ni hasta el de 1808, en que ya se hicieron distinguir otra nueva

tanda de lidiadores principalmente de á caballo, cuales eran Luis Corchado y Bartolomé Manzano, y los banderilleros Silvestre Torres (el Fraile), Ramon García, Juan Ramos, Domingo del Corral y Francisco Hernandez, conocido por el *bolero*, que poco despues se dedicó á espada, en lo que tambien mereció cierta aceptacion aunque no en escala superior.

Estas fuéron las especialidades dignas de figurar en la presente obra por la época que dejamos designada, y las que por algun tiempo merecieron la aceptacion pública; poco debia durar este período para los que tal concepto disfrutaban, pues otra coleccion de hombres nuevamente introducidos en el ejercicio, ya descollaban en habilidad y destreza, y como es consiguiente no tardarian mucho en hacer llegar su crédito á la capital de la monarquía, para ser llamados á ella con el escesivo interés que inspira lo justificado y lo notable. En efecto, no se dilató mucho la asistencia de algunos de ellos, aunque en distintas temporadas, entre los cuales estaban los nombres de Manuel Alonso (el Castellano) que supo depararse un lugar reservado al mérito, y á poco Gerónimo José Cándido, hábil é inteligente lidiador Francisco Herrera Guillen mas tarde, tambien famoso y de especiales condiciones, y otros de quienes estos mismos se ayudaban para completar el lucimiento propio á las distintas suertes de que se compone el arte de torear. Joaquin Zapata y Manuel Diaz eran los dos picadores de crédito en aquel tiempo, cuyos nombres figuraban unidos al catálogo de los ya mencionados sin que nadie los repugnase ni pusiese en duda el derecho que les asistia para formar parte de los mas aventajados y de mayor reputacion.

Tal es el número de personas distinguidas que desde los años de 1808 á 1814 figuraron en primer término entre la clase de lidiadores de á pié y de á caballo. Ya la aficion del público se iba generalizando nuevamente con bastante rapidez, en razon á la perfeccion con que cada torero cumplia en la parte que tenia encomendada, y esta circunstancia contribuyó en gran parte para que la lidia fuese apreciada por la generalidad, si bien pudo influir asimismo la prohibicion que recayó sobre es-

tos espectáculos, el cual se limita á un cortísimo espacio, y mientras duró la privanza de un hombre para con la Magestad Real. Al cesar ésta volvieron á reclamarse tales funciones, y el rey don Fernando VII no titubeó en conceder lo que tan simpático era al carácter de los españoles, y lo que en no escasa cantidad aumentaba las rentas de los establecimientos piadosos. Natural parece que al concederse el permiso para celebrar funciones de toros, acudiese el público con mayor entusiasmo, siquiera por la privacion en que habia estado, y con este motivo creció la aficion otra vez, estragada en cierto modo hasta entonces. Este último período que principió por los años de 1814, se presentaron á la espectacion pública los hombres de quienes hemos hablado, y el público los admitió con entusiasmo, porque real y verdaderamente no se habian descuidado en sacar mas partido de su ejercicio, y en vez de abandonarlo mediante á las disposiciones que lo habia prohibido, se dedicaron en silencio unos, y públicamente en el extranjero otros, á cursar en la gran escuela de la práctica, para aparecer mas perfectos á sus conciudadanos, si una vez les era permitido ejercer su profesion. Inesplicable es el furor que Cándido y Guillen particularmente, causaron en esta época; para el primero habia pasado el tiempo de su poder y de sus facultades físicas, aunque en cambio se le veía mas aplomo é inteligencia; para el segundo era su edad floreciente, el tiempo de su apogeo, el propio para vencer todo género de dificultades. Con justicia recibian vítores y aplausos, y la especialidad de ambos introdujo de nuevo la desavenencia y prevencion, de que hemos hecho particular memoria poco hace. Cada uno de estos buenos diestros profesaba distinta escuela, y en esta razon que era la base de su competencia, se fundaba la enemistad. No obstante, las cosas se sujetaron algo mas, y no fuéron conducidas al extremo que antes, merced á la cordura de los lidiadores, circunstancia que los hizo doblemente recomendable á los ojos de los justos é imparciales. Rara vez hubo motivo de queja entre ambos matadores de toros, y sin embargo, no se hablaban con ingenuidad. Esta clase de pugnas que por lo general son

siempre perjudiciales; se originan por desgracia con frecuencia, aunque conocidos son los poco útiles resultados que producen. Ultimamente, en esta contienda llevaba ganada la partida el lidiador que mas favorecido se encontraba por la naturaleza, y este era Francisco Herrera Guillen; su esbelta presencia y natural gracejo, inspiraba ciertas simpatías tan difíciles de destruir, y tan marcadas en su favor, que hasta ocasionaban parcialidades en mas de una ocasion en que era preciso juzgar con conciencia y decidir sin coaccion. Guillen era favorecido siempre porque sobre él solo se fijaba la vista de los espectadores. Pero no eran solamente sus dotes físicas las que reclamaban estas simpatías hácia Guillen, era asimismo su valor, su destreza, su mérito, su carácter, la perfeccion y oportunidad con que ejecutaba las distintas suertes que caben en un torero consumado y de especial y recomendable condicion.

La suerte de descabellar, que era una de las que este célebre torero practicaba con mas frecuencia, la hacia lucir mas y mas porque no aguardaba para ejecutarla á los momentos de postracion de la res; lo ponía en práctica á los dos ó tres pases, y con una confianza sin igual se colocaba á corta distancia de la cabeza del toro y lo descabellaba en el momento, pero á costa de un eminente peligro como todos pueden conocer. Estas acciones tan demostrativas del valor de Guillen, le elevaban aun mas de lo conducente, y le colocaron en fin, en el lugar privilegiado que se reserva para el mas hábil y distinguido. Muchos discípulos contaba Guillen por la época á que aludimos, pero muy pocos fuéron los que consiguieron aventajarse: Antonio Ruiz (el Sombrerero), era uno de los que mas adelantaban en la lidia, porque la ejecucion de este marchaba de acuerdo con la inteligencia que á cada paso adquiria, y con semejantes elementos se iba perfeccionando, y organizóse por fin un torero que nada dejó que desear, si bien fué corto el tiempo de su apogeo. Mas adelante debia Guillen demostrar tambien el aprecio que de sí mismo tenia, y estableció una nueva tarifa de ajustes, que supo llevar á efecto con cuantas empresas le querian utilizar, precisándoles á que les designasen ma-

yor cuota que hasta entonces se habia señalado á ningun matador de toros. Esta conducta influyó asimismo en beneficio de los que se dedicaban al arte de torear, pues lejos de mendigar ajuste, veíase solicitarlo con interés, tanto á Guillen, como á otros de su clase que pasaban considerados como medianías, y que con semejante importancia por su parte, proporcionaba que aquellos trabajasen con el estímulo gradual á la remuneracion que percibian. Por lo que se deduce de semejantes antecedentes, bien podremos formar idea del estado esplendente y de preponderancia que la lidia habia adquirido en la época que Guillen fué considerado el jefe ó cabeza de ella y sin enemigo temible que le disputase el puesto. Algunos hombres de brillantes antecedentes en el ejercicio de torear vivian aun, pero retirados de esta profesion, y ajenos enteramente á ella, no le hacian sombra, ni menos le negaban su mérito, que por el contrario elogiaban. En una palabra, Francisco Herrera Guillen, fué uno de los hombres contra quien no luchó jamás ningun elemento que le perjudicase. Estas circunstancias le fuéron muy esenciales á un buen crédito y al desarrollo que á su antojo dió á la lidia, por lo cual se le concedió el título del primero en su época.

Demostradas las particularidades de este hombre célebre y de uno de sus discípulos, pasemos á hablar de sus banderilleros: los banderilleros que componian la cuadrilla de Curro Guillen, eran sin disputa los que mas ventajas tenian sobre los demas, pues reunian la particular circunstancia de ser muy finos y largos, así como ambidestros ó llámese de los dos lados, y aun hoy existen algunos de quienes despues hablaremos, los cuales durante el tiempo que pertenecieron á esta clase, hubo pocos que les igualasen. La razon que llevamos espuesta sobre la ninguna oposicion que á Guillen embarazaba su carrera artística, produjo tambien que torease en casi ó todas las plazas del reino, á donde asistia por crecidas sumas que por la remuneracion de su trabajo le eran satisfechas. Mas con todas estas circunstancias y del crédito general que habia llegado á merecer, aun no figuraba como primera espada en la plaza de

Madrid al atravesar los años de 1814, en cuya época señalamos las particularidades que nos ocupan.

Manuel Alonso (el Castellano) era por entonces la primera espada en la corte, y su segundo, Francisco Hernandez (el Bolero), hallándose de media espada el distinguido banderillero Alonso Alarcon, y encargado de auxiliar á los picadores y liberrar caballos, el buen capoteador Ramon García, por cuyo servicio tenia asignada la suma de quinientos reales por funcion, que era la cuota correspondiente á la media espada, segun antigua práctica en la referida plaza. Tres mil reales tenia de honorarios el espada Manuel Alonso por trabajar en las corridas de mañana y tarde, y mil quinientos Francisco Hernandez. Los picadores contratados en este mismo año, que eran los célebres Pedro Puyana, Antonio Herrera (Cano), Joaquin Zapata y Manuel Diaz; disfrutaban mil reales por funcion y cantidad duplicada si se disponian á trabajar por mañana y tarde, á lo que generalmente accedia el duro y bravo Antonio Herrera.

Hemos hecho mencion de estos pormenores para demostrar evidentemente el impulso que Guillen hubo de proporcionar á la diversion de las corridas de toros, cuando poco despues de esta época contratóse en Madrid como primera espada. Sus banderilleros como ya dijimos podian llamarse los mas diestros y ágiles, y tan subordinados á la voz de su jefe que ninguno era osado á desplegar su capote si no observaba una seña de su matador que así se lo previniese. Un profundo respeto que casi rayaba en fanatismo era el que todos profesaban á su maestro Curro Guillen, razon por la cual bastaba que éste dijese «vamos al toro» para que sus picadores se precipitasen á buscar la suerte á donde quiera que la reestuviese situada, sea cuales fuesen las condiciones del bicho con quien tenian necesidad de habérselas, porque la fé que inspiraba Guillen desvanecia toda idea de peligro y todo el temor que abrigan: los banderilleros que por descuido echaban un capote mal, y recibian de Curro una mirada severa, era lo bastante para que no volviesen á padecer ni la mas mínima distraccion.

Y preguntamos nosotros, al que se le dispensa tantas y tan desusadas consideraciones ¿es ó no acreedor á que se le suponga entendido y especial en la profesion que le ocupa? Creemos que sí, y nos persuadimos de que estamos suficientemente autorizados para contestarnos de que esta conducta es privativa al mérito y á la reconocida superioridad, ante cuya influencia todo se postra, todo se sujeta. Un solo hombre de sus subalternos fué el único que mereció su confianza privada y de familia, y en público jamas abusó de ella, pues en el *redondel* lo trataba con el mismo rigor que á los demás. De ahí ese respeto, esa veneracion y esa conducta por parte de sus subordinados; Juan Leon, distinguido lidiador y especial matador de toros despues, era el protegido de Guillen, y si bien le apreciaba y dispensó todo género de consideraciones, jamás le disimuló nada relativamente á su deber, una vez ocupado en el trabajo. Jamás alteró su sistema, y de él lo aprendieron otros de sus discípulos que despues de su desgraciada muerte les sucedieron.

A propósito de la muerte de Francisco Herrera Guillen, permítasenos una digresion para deshacer una equivocacion que al describir los apuntes biográficos de este hombre célebre en el arte de torear, cometimos contra nuestra voluntad ciertamente: consiste esta en que la cogida de Guillen que le ocasionó la muerte, no fué sino en los momentos de matar al toro y de ningun modo como la estampamos; pero en propia justificacion de esta falta de verdad, queremos decir las razones que para ello nos asistieron. En el año de 1848 y cuando publicábamos una obra de este mismo género, titulada: *Galería Tauromáquica*, nos precisó reunir antecedentes para ella, y apelamos para conseguirlo, á las mas allegadas personas de los lidiadores de quienes nos proponíamos tratar. Hallábase entonces en Madrid la madre del matador de toros Francisco Arjona Guillen, y este último que como sobrino de aquel, lo creíamos el mas apropiado para proveernos de las noticias que á nuestro objeto convenian, este buen diestro nos dió una contestacion franca y ra-

zonable concebida poco mas ó menos en estos términos: «Quien puede informar con mas exactitud sobre los antecedentes de mi tio, es mi madre que fué hermana suya y que precisamente la tenemos aquí:» llamóla en efecto, y aquella señora nos instruyó de cuanto fué preguntada, dando sus contestaciones el resultado que aparece de los apuntes biográficos de aquel. Esta fué nuestra conducta y la causa de que consignásemos una noticia inexacta, ya por una involuntaria equivocacion de la hermana de Curro Guillen, bien por efecto de mala inteligencia por nuestra parte.

Con semejante declaracion creemos cumplir un deber que pesaba sobre nosotros aprovechando la primer ocasion que se nos ha presentado para subsanar el error cometido.

Siguiendo nuestro anterior relato, dirémos que la desgracia ocurrida á Francisco Guillen, influyó tanto en la decadencia de las fiestas de toros, que por mucho tiempo fuéron inanimadas y desnudas del atractivo que este excelente diestro les proporcionaba con las gracias que le eran propias y con la destreza y buen arte que precedia á todas sus suertes.

Perdido este hombre en el toreo, no era fácil que se viera reemplazado por otro que mereciera igual crédito y tan justas simpatías, así es que durante el tiempo de la memoria de Guillen, las funciones de toros perdian cada dia mas su valimento que para con el público merecian. Merced á los ganaderos que por esta época se dedicaron á afinar sus castas, y que en este concepto inspiraban cierto interés en tales corridas, pues de otro modo hubiera perecido sin duda la aficion á los toros, ó por lo menos habria llegado á un extremo de decadencia que con dificultad se hubiese reanimado. Por último, un hombre á quien sus padecimientos lo habian inutilizado en cierto modo y casi privado de la agilidad necesaria para torear, se lanzó de nuevo á esta profesion, para en parte suplir la falta del desgraciado Guillen, como así debia suponerse si fijamos la consideracion en los antecedentes de Gerónimo José Cándido á quien aludimos. Este aventajado diestro no desconoció la obligacion que habia contrahido en virtud á su resolucion,

y cumplió en todas sus partes con los deberes que le eran respectivos. Entonces se constituyó jefe del toreo, mas bien debido á su consumada inteligencia que por razon del lucimiento de su trabajo, pues como en su correspondiente lugar dijimos, Gerónimo José Cándido era matador de muchas estocadas y estas cortas, por lo regular, lo cual era la consecuencia de su escaso valor. Al haber reunido Cándido esta cualidad no cabe duda que pocos ó ninguno, le hubiesen aventajado en el toreo, cuya profesion dominaba en teoría de una manera admirable.

Despues de lo espuesto, con referencia á este distinguido matador de toros, ¿qué nos resta que decir? Solo puede añadirse que Cándido disfrutó de una reputacion envidiable, y que su capacidad con relacion al toreo era tan especial, que todos estaban pendientes de una palabra de éste, para utilizarla en el momento que para ello se presentase ocasion oportuna. Su opinion se reputaba tan exacta que nadie osó jamás dudar de ella ni menos dejar de apreciarla en su justo valor. Esta circunstanciada narracion, es bastante en nuestro juicio para formar una idea exacta de las consideraciones que inteligentes y profanos dispensaban á Guillen, y la superioridad de inteligencia y destreza que le era concedida. No habia ocupado sin embargo el puesto de primera espada en la plaza de la córte, y por esta época ya su crédito casi general, lo llamaba á ello. No se dilató mucho el año de 1815, y en la corrida que se ejecutó en 10 de abril de dicho año que fué la primera del mismo, se presentó Francisco Herrera Guillen, siendo sus segundos, los tambien espadas Manuel Alonso (el Castellano) y Juan Nuñez (Sentimientos), y media espada Francisco Hernandez (el Bolero). Prestigio y valimiento tenian éstos tres últimos lidiadores con el público; el primero por sus conocimientos para con las reses y por las simpatías que ademas habia sabido inspirar: el segundo, porque sus acciones, tanto artísticas como particulares, le hacian recomendable á los ojos de todos, cuya posicion se conquistó á fuerza de generosidades, siendo una de ellas la de matar dos toros en varias novilladas, sin exi-

gir por tal trabajo retribucion alguna, y solo en obsequio á los establecimientos piadosos para quienes se destinaban los productos de estas funciones, y en justa recompensa á los obsequios que le habia dispensado el heróico público de Madrid; en tales términos estaban redactados los anuncios públicos, siempre que Sentimientos se prestaba á ejecutar semejante trabajo sin remuneracion alguna pecunaria. Esta conducta por parte de los diestros á quienes aludimos, y las consecuencias que producian, eran siempre un elemento de cierta consideracion, que pesaba sobre cualquiera estraño que se presentase, no solo á competir con estos lidiadores, sino en mas avanzada línea, y con todas las pretensiones de un hombre que solo aspiraba á ser juzgado por su trabajo, y que ademas deseaba justificar de una manera positiva la razon por que se habia conquistado un puesto distinguido entre los que al ejercicio del toreo se habian dedicado. Esta era la situacion de Guillen por entonces: quiso al mismo tiempo presentarse con otros nuevos diestros, los cuales deseaban tambien una prueba para acreditarse, y se presentó con su cuadrilla de banderilleros, cuyos mas sobresalientes ya mencionamos, y con los picadores Joaquin Zapata, José Orellana, Luis Corchado, Antonio Herrera Cano y Sebastian Miguez. Tan especial fué el cumplimiento de los picadores, de los banderilleros y mas particularmente el de Curro Guillen, que el público fué enteramente conquistado, y unánimes y sin ningun género de oposicion, se decidieron por el nuevo matador de toros, cuya supremacía nadie le disputaba: afortunado estuvo tambien en la primer corrida, en la cual mató con suma habilidad y maestría un toro de la acreditada ganadería de D. Alvaro Nuñez, y dos de D. Antonio Calleja, de Fuente Sauco.

Llegó la segunda funcion, que lo fué el 24 del mismo abril, y con el ganado lidiado aquel dia, que lo fué de los señores D. Bernabé del Aguila y Bolaños, procedente de los de Jijon y D. Diego Nuñez y Pereiro, no estuvo menos acertado segun era consiguiente. Otras corridas tuvieron lugar en los dias 8, 22 y 29 de mayo del citado año y en todas mereció las

mismas opiniones, el mismo privilegiado concepto, y por último las generales simpatías que desde luego se granjeó. Sus subalternos tambien consiguieron una reputacion aventajada, que despues sostuvieron hasta dejar de existir; dígalos los nombres de Corchado y Miguez, que aun se pronuncian con respeto por los mismos que abrazaron el ejercicio en época posterior á que aquellos lo abandonasen.

Descrito este primer año de estreno en Madrid, como primera espada, del famoso lidiador Francisco Herrera Guillen, ocupémonos del siguiente ó sea de el de 1816, en que tambien se le contrató en la misma, merced al aprecio que del público merecia. No era este año Guillen la primera espada, pero se le habia desafiado para medir sus fuerzas con un acreditado diestro, y cedió por ello para que no se le pudiera atribuir á temor ó desconfianza de sí propio, lo que no hubiera sido mas que sostener el carácter que una vez habia representado; mas ciertas consideraciones justamente apreciadas, le hicieron ceder, y el dia 6 de mayo de 1816, vióse á Guillen salir al saludo, formando al costado derecho de Gerónimo José Cándido, primera espada por la temporada á que nos referimos. En medio de ambos, tan escelentes diestros y tan bien reputados maestros, formaba otro matador nuevo en la plaza de la córte, al cual nombrábase Antonio Ruiz (el Sombrerero). Entre los picadores ó sea gente de á caballo, veianse algunos de los que en el año anterior habian conquistado aplausos, y otros que traian iguales pretensiones: entre los primeros se hallaban Herrera Cano, Orellana y Miguez, y en la clase de los últimos, Juan Mateo Castaño y José Pinto, nuevos ambos en la plaza de la córte.

Si descendiésemos al terreno de las comparaciones para que el mérito de Cándido y Guillen resaltase cual debe en una profesion tan de suyo particular, sería desvirtuar la especialidad de estos maestros del arte de torear; consiguiente á ello, imprimimos este extremo, tanto por la razon espuesta, como por el respeto que se debe guardar á las cenizas de ambos: baste decir que el público se presentaba ansioso siem-

pre que se anunciaba funcion, y al concluirse esta, no se mostraba saciado de la fiesta, porque la destreza y maestría con que ejecutaban las suertes, lejos de satisfacer, inspiraba mayor vehemencia en que se sucediesen repetidamente para mas admirar á los que con tan singular desembarazo las practicaban. A esto quedó reducida la competencia, si bien en ella debia quedar noblemente vencido el célebre Cándido, porque su estado de agilidad no le permitia lo que á Guillen, cuyas facultades físicas simbolizaban con las morales, para no poder ser aventajado por entonces. Antonio Ruiz (el Sombrerero) no podia competir con los dos maestros, pero auxiliado de sus buenas dotes y de un carácter naturalmente pundonoroso, correspondia cuanto era posible; con lo que consiguió no quedar desairado jamás, que fué bastante alcanzar en semejantes circunstancias.

Entre los picadores tambien hubo razon para conocer que Juan Mateo Castaño debia figurar mas adelante en primer término, como en efecto sucedió.

A propósito hemos querido dejar para final de lo notable que se reconoció este año con respecto á lidiadores, una de las dos medias espadas que se contrataron, porque es hombre que poco despues se distinguió de un modo tal, que llegó á merecer el concepto que se dispensa á lo bueno y escogido: hablamos de José Antonio Baden, acreditado diestro de esta época, y que con deseos de adelantar cuanto competente era á sus facultades y á su no escasa voluntad, se decidió por abrazar la muleta y llegar al apogeo de lo que en el arte se reconoce. En efecto, su corazon vaticinaba á Baden el porvenir, y luego se vió que fué uno de los toreros y matadores notables que se han conocido. Una desgracia le ocurrió empero en su carrera, y fué la de no poder jamás ocupar el primer puesto, de su época, porque algunos se lo disputaban á la vez, con no escasa razon por las simpatías que llegaron á merecer.

Ningun diestro de punta se conoció desde esta época hasta la de 1820, en que la desgraciada ocurrencia de Guillen dió fin con su existencia; por ello escusamos tratar de su

tiempo, que nada ofrece respecto al objeto de nuestra publicacion.

Referidas todas las particularidades concernientes á los años que hemos espresado, y practicada una minuciosa revista de los que mas se distinguieron en la lidia hasta el perecimiento de Francisco Herrera Guillen, justo parece seguir la ilacion de los diestros mas notables, habidos desde aquella aciaga ocurrencia hasta la que corresponde al último matador de toros de quien hablamos en la coleccion de biografías.

Nos hallamos en los años de 1821, ó sea el posterior á la muerte de Guillen: por entonces, como ya espusimos todos, los lidiadores lamentaban la desgracia del maestro, y aun menguaron en arrojo muchos de ellos por razon de lo que aquel incidente pudo prevenirles é influir en sus ánimos, cuya circunstancia originó que el toreo fuese adquiriendo cierta postracion, á que daba lugar el procedimiento de los lidiadores que quedaron, los cuales no pudieron cubrir la falta de tan distinguido torero, porque ni sus recursos eran tan colosales, ni su arrojo y valentía tan consumada. Verémos pues lo ocurrido: era el domingo 29 de abril del citado año de 1821, cuando se dispuso en Madrid la primer corrida de toros de esta temporada y todos aguardaban la salida de los diestros que en ella debian trabajar: no satisfizo en cierto modo á los espectadores la presentacion de Francisco Hernandez (el Bolero) como primera espada, ni tampoco la de su segundo Juan Leon, porque era desconocido en el concepto de matador, así como notablemente apreciado en el de banderillero; una media espada se presentó tambien de escasas simpatías, el cual era Manuel Lucas Blancó, de Sevilla. Los picadores fuéron mejor recibidos, segun las primeras impresiones; ya porque su trabajo se habia examinado en los años anteriores, bien porque merecian una buena reputacion, contándose entre ellos, además de Julian Diaz y Joaquin Zapata, de quienes ya tratamos en su lugar correspondiente, el despues célebre y acreditado Juan Pinto, de Utrera. La experiencia demostró en breve tiempo que Juan Leon prometia ser un distinguido matador de toros, y con su especial trabajo agradó sobre

manera, estimulando al propio tiempo á Hernandez (el Bolero), que en esta temporada tampoco disgustó. Así pasó este tiempo sin que ningun acontecimiento notable se ocurriese, ni hubiera extraordinarias particularidades, por cuanto los elementos de los que habian de proporcionarlos no estaban robustecidos por la práctica, que es uno de su mas poderoso valimiento; pero el público asistia á las fiestas y no salia enteramente descontento. Semejantes antecedentes denotaban con bastante claridad que para los años subsiguientes era necesario dar mas impulso á las funciones de toros, y por ello en el de 1823 fuéron ajustados, el conocido maestro Gerónimo José Cándido, y sus segundos José Antonio Baden y Juan Jimenez (el Morenillo), y con el carácter de media espada el conocido por el nombre de Lorenzo Baden. Algunos picadores figuraban asimismo de nombres desconocidos, unidos á los de Orellana, Corchado y Diaz, los cuales pronto demostraron que estaban autorizados para ello, y eran, Francisco Javier del Fuego, Juan Marchena (Clavellino) y Manuel Rivera.

La presencia de Gerónimo José Cándido inspiraba ciertos presentimientos favorables á la temporada que iba á empezar, porque este nombre merecia cierta consideracion y respeto, así como el concepto del mas entendido diestro de esta época, en lo cual no se aventuraba nada que no fuese positivo y exacto. La época del apogeo de Cándido era pasada, pero su asistencia en las fiestas de toros no dejaba de tener un valor bien fundado, respecto á que los conocimientos de este lidiador eran profundos y hasta necesarios para perfeccionar en el arte á otros que con mas poderosos recursos se sometiesen bajo su direccion. El crédito que poco despues adquirieron José Antonio Baden y Juan Jimenez, demostró bien presto la exactitud de tal verdad. Se nos podrá preguntar, ¿pues qué se vió en esta temporada que sea capaz de corroborar la necesidad que se supone de que Cándido saliese al redondel? Contestaremos lo que á nuestro juicio alcanza. Este acreditado lidiador, carecia de recursos físicos de bastante importancia para el toreo, pero en cambio estaba dotado de un particular conocimiento

de las reses, bajo cuya influencia regularizaba su accion y hasta la parte directiva que convenia emplear, lo cual producía unos escelentes resultados. Así es la verdad, y por ello con sobrada justicia ocupó Cándido el puesto del jefe de la lidia, no obstante haberse pasado el tiempo de su edad floreciente y de agilidad. Tambien adolecia de un padecimiento grave para su arte, que en distintas ocasiones le comprometió, y que á consecuencia de la defensa propia á su saber en la lidia, pudo salvar su existencia. Mas prescindamos de tales razones tan apreciabiles como de suma entidad; volvamos la vista á los resultados, y veamos cuáles fuéron: ¿quiénes eran los mas afamados diestros de esta época? Cuatro á nuestro parecer: Antonio Ruiz (el Sombrerero), discípulo del siempre célebre Guillen; Juan Leon, cuya enseñanza artística era debida al mismo Francisco Herrera; Juan Jimenez (el Morenillo) y José Antonio Baden, cuyas primeras nociones fuéron adquiridas de aquel mismo matador, pero perfeccionadas por Cándido porque les señaló la manera de aplicar las suertes que á cada res convenia. Su actitud no era apropiado para practicarlo, pero su capacidad é inteligencia bastaba para disponerlo. Este es el verdadero lugar que ocupó Cándido, no obstante su nulidad de accion, causa principal para que abandonase la profesion de torero como en su correspondiente lugar espusimos.

Pasemos al año de 1824. La primera funcion de toros que en este tuvo lugar, fué el dia diez de mayo, y los matadores de toros que en el cartel figuraron, fuéron José Antonio Baden y Juan Jimenez (el Morenillo), no notándose mas variacion del año anterior, que la de un picador á quien llamaban Cristobal Ortiz, á quien conocemos, y un media espada conocido por Manuel Romero (Carreto). Probable es que estos dos espadas dejasen el pabellon bien puesto, cuando no se les abandonó, y lejos de ello se contó con sus voluntades para ajustarlos en esta temporada. Así es de suponer, como tambien de que habian conquistado una posicion en la lidia bastante aventajada, lo cual nunca se debe á parcialidades ni afeciones, sino a la verdad y al positivo mérito. Nada especial

ocurrió por entonces, sino que la reputacion de estos diestros, se fuese aumentando de dia en dia hasta llegar á figurar en la línea que la opinion pública coloca en primer término: no estaba reservado el buen crédito en esta época á Jimenez y Baden; por las plazas de Andalucía y otras de España se ocupaba otro lidiador que no era por cierto menos reputado que estos ni con menos motivos: hablamos de Juan Leon que por momentos se le notaban adelantos de una particular entidad, y que estaba llamado á competir con todos los toreros de su época: su escuela era la misma de Guillen, y ademas contaba con un recurso en su brazo izquierdo, tan propio y particular suyo, que aun cuando muchos quisieron imitarlo, no lo consiguieron jamas. No desmerecian, sin embargo, sus contemporáneos Baden y Gimenez, y por éello fué tan dudosa siempre la ventaja, que ninguno pudo conseguir el punto avanzado que se reserva al mas distinguido. Todos eran buenos, ninguno era el mejor: esta es la verdadera clasificacion que podrémos dar á los tres buenos diestros de esta época, cuyos nombres hemos relatado.

Respecto á los banderilleros que de tales matadores dependian, nada podemos decir que sea capaz de corresponder á lo mucho que valian: diestros hasta un punto indeterminado, no vacilaban en clavarle al vicho los dos rehiletes sea cual fuese la posicion del toro. Consulten nuestros lectores el crédito de algunos nombres y comprenderán lo difícil que es, realmente hablando, el hacer una descripcion bastante á esplicar la especialidad de aquellos: preguntemos á los antiguos aficionados á toros, por Vicente Parolo, Gregorio Jordan, Luis Ruiz, Fernando Carreto, el fraile de Santa Lucía, el Panaderillo, Búrgos, el Negrito, Juan Yús y otros que por no molestar omitimos, y oigamos lo que de estos banderilleros refieren. A varios hemos escuchado estas notables palabras: «Los banderilleros de esa época, formaban una coleccion que no volverá á reunirse mas.» Todos se han desgraciado antes de llegado el tiempo de su inutilizacion, y si alguno pudo salvarse y llegar á nuestros dias, son respetados de sus sucesores, porque aun separados



GREGORIO JORDAN.



del ejercicio dan una idea de lo mucho que se distinguieron.

Respecto á los picadores, no podemos decir nada que el público no sepa: Luis Corchado, Cristóbal Ortiz, Juan Mateo Castaño y Juan Pinto, fuéron los mas favorecidos por la opinion pública; los demas que hemos relatado, tambien eran buenos en toda la significacion de la palabra, sin que nuestro encomio parezca erróneo, porque públicos son sus hechos y tan conocidos, que nadie se atreverá á dudarlos.

No parece sino que esta época era la llamada para que las fiestas de toros apareciesen como una diversion indiferente: la aficion desaparecia á pesar de todo, y marchaban á su postracion con paso acelerado, en lo cual no dejaron de influir en gran manera los acontecimientos políticos que por entonces tuvieron lugar: habia sin embargo una esperanza, y era la simpatía que este género de diversion disfrutaba con el natural carácter de los españoles; pero con todo, se necesitaba impulsarla y darla una animacion particular, para que estuviese en situacion de vencer los obstáculos que se presentaban en su marcha y progresiva existencia: á nadie se le ocurrió la idea de los recursos mas esenciales que para conseguirlo debian adoptarse, y así se pasaron algunos años, durante los cuales nada se practicó en obsequio á las fiestas de toros.

Los años de 1826 y 1827 pasaron las corridas de toros con el mayor desapercibimiento, pero fué llegado el de 1828, y en el dia 19 de mayo, se anunció la primer corrida, designándose los matadores, bien reputados en su mayor parte, y otros nuevos y enteramente desconocidos: eran Antonio Ruiz (el Sombrerero), mas autorizado que nadie para merecer títulos considerables en la profesion, y como segundo y terceros de éste, Francisco Gonzalez (Pauchon), Luis Ruiz, hermano de Antonio, y Manuel Parra. Los picadores se llamaban Sebastian Miguez y Juan Martin, que ciertamente eran los mas aventajados, á cuya inmediacion formaban otros de inferior concepto. Nada de extraordinario presencié el público, mas que mucho orden y compostura en la plaza respecto á los lidiadores; cui-

dadosos y dispuestos á la voz de su jefe, y siempre con la vista fija al trabajo sin cometer distraccion capaz de comprometer á otros. Luis Ruiz, era otra de las cosas especiales; anunciaban sus procedimientos que con el tiempo debia ser un gran torero y un distinguido matador de toros: no se consiguió formar en este último concepto porque dejó de existir antes de que sucediese, y en la mas apreciable edad del hombre. Parra no representaba mas que el simple carácter de media espada, y no le era lícito demostrar sus habilidades donde representaba la autoridad un Antonio Ruiz, tan rígido como apreciable. Concluida la temporada de toros correspondiente al año á que nos referimos, y llegada la del siguiente ó sea la de 1829, ya mudaron de aspecto las cosas porque el jefe de la cuadrilla de toreadores este año, era bullicioso, simpático, afecto á agradar al público y con otras cuantas cualidades bastante recomendables para no pasar desapercibido á los ojos de un público como el que por punto general concurre á estas fiestas, siempre exigente, y nunca satisfecho. Juan Leon, que es precisamente el matador de toros á quien aludimos, mostrábase siempre ansioso de llenar este deseo, y unida tal circunstancia á la notable perfeccion á que se habia elevado, con unos conocimientos tambien nada comunes, de ahí su prestigio. Al esplicarnos así, parece que atribuimos el crédito de Juan Leon, mas bien á su carácter que á su destreza y conocimientos: por eso queremos ampliar mas la explicacion cual conviene á la reputacion justamente adquirida de este especial diestro. Los recursos que siempre se concedieron á Leon como torero, fuéron infinitos, porque en efecto los poseía: nada prueba con mas claridad esta razon que las pocas cogidas que tuvo durante su vida artística, no obstante andar siempre bregando á muy corta distancia de las reses: tambien se distinguió en varias suertes de capa y muleta y en los *galleos*. Estamos conformes con los que opinan que Juan Leon fué un matador de toros de inagotables recursos para las reses, creados en su mayor parte por las circunstancias que él mismo se preparaba, y debidos á su invencion. Manuel Lucas Blanco era en este año la segun-

da espada de este, y con el mismo carácter del año anterior se hallaba ajustado Manuel Parra.

Acontecimientos hubo en este año que entorpecieron en cierto modo las fiestas de toros, y esta circunstancia no dejó de influir lo bastante para que el siguiente ó sea el de 1830 fuese deseado por los aficionados. Presentóse, y conseguimos llegar al 19 de abril; lo único que se nos ocurre al leer los carteles de esta temporada, es que Juan Leon fué nuevamente ajustado; lo cual prueba las simpatías y afecciones que ya merecia al público de la capital de España. Como segundo espada de aquel buen diestro, presentóse uno de los que habian sabido conquistar un puesto particular, cuando á la clase de banderillero pertenecia. Manuel Romero Carreto, era un torero con todos los atributos de tal, y nunca podia defraudar las esperanzas que de él se hubiesen creado sus amigos. Cumplió, y cumplió con la dignidad del que en algo tiene su honra. Un sobresaliente de espada y un media espada, hubo asimismo este año: llamábase el primero Pedro Sanchez y Antonio Calzadilla el último; notándose al paso otro picador nuevamente admitido, llamado José Cárdenas. Buenos recuerdos supo dejar Juan Leon el año anterior al de que tratamos, pero muchos mas fuéron en este, pues trabajó con gusto y confianza, al paso que bajo la influencia del mejor y mas bien entendido estímulo. Hasta el ganado parecia que estaba interesado en el lucimiento de Juan Leon y Manuel Romero Carreto. Con ello aseguraron su justo crédito, y casi terminó esta época.

Queremos tratar ahora de la revolucion que sufrió el ejercicio de la lidia y la proteccion que hasta por el mismo gobierno se le dispensó. Antes hicimos formar la idea á nuestros lectores de que el toreo caminaba á su destruccion, si una mano vigorosa no lo animaba y colocaba en buena senda: contábanse entonces aficionados, pero sin fé, exánimes de esperanza; á estos precisamente era necesario animar, y un decreto del gobierno disponiendo la creacion de una escuela de tauromaquia, bien pronto reorganizó lo que no pudieron

hacer grandes esfuerzos por parte de los mismos lidiadores. Escusado parece decir de la manera que el público recibió esta disposicion: es lo cierto que se estableció la escuela, que sus directores se presentaron en ella y que los alumnos empezaron á hacerse cargo de las dificultades que el arte de torear ofrecia. Con semejante disposicion adquirió importancia la lidia nuevamente, y se consiguió lo que no era posible de otro modo.

Veamos ahora los productos verdaderos de aquella revolucion: necesario parece analizarlos con detenimiento para no hacer formar un juicio inexacto y equivocado. La vida que el tiempo habia quitado á las fiestas de toros, era la principal causa de su postracion; pero no dejaba de producir algunos malos efectos los muchos adelantos que en el principio de la regeneracion del toreo se notaron, no volviéndose á inventar nada nuevo en tantos años, sino pequeñas suertes que no tenian una aplicacion general, como á las antiguas podian atribuírseles: una marcha rutinaria mejor ó peor entendida, y mas ó menos diestramente practicada, á esto se habia reducido la lidia: imposible parecia que se descubriese otra nueva invencion, y de este juicio que el público se formaba, nacia la indiferencia. Los años que sucedieron vinieron á corroborar este presentimiento del público, y la asistencia á estas fiestas perdió el carácter de interés que habia tenido, y de todas estas razones nació su abatimiento que era indispensable neutralizar á toda costa, puesto que no llevaba la diversion el solo objeto de sostenerla por instinto, ni conservar antiguas costumbres, sino porque con sus productos se auxiliaba á establecimientos piadosos del mas extraordinario interés. El pensamiento creado correspondió cumplidamente puesto se esperaban cosas nuevas, y en efecto, al poco tiempo se presentaron á la lidia de reses, hombres que aumentaron la aficion sosteniéndola hasta nuestros dias tal como la hemos visto y continúa.

Ningun favor hacemos con este relato á los hombres de quienes vamos á ocuparnos; tampoco vituperamos á los que

por este tiempo se habian conocido: era una consecuencia precisa y obligatoria de la ley de la naturaleza: unas vicisitudes relevan á otra, y atendiendo á esta razon, nada es sorprendente, nada debe estrañarse.

Ocupémonos de esta coleccion de personas, cuyas biografías estamparemos luego que hablemos de las épocas, como concerniente es á la índole y giro de la publicacion.

Pasado en relacion el célebre lidiador Juan Leon, y propuestos á mencionarle segunda vez cuando nos ocupen sus apuntes biográficos, veamos quién le sucedió. De Manuel Lucas Blanco nada referimos, porque la desgracia que experimentó, lo releva de toda censura, y por ello nos contentaremos con decir que fué un torero en su época de algunas facultades y que cumplia siempre del modo que podia exigirse.

Reconocidos los apuntes de los años posteriores, observamos que á este siempre desgraciado lidiador, lo relevó en categoría quien no le fué posible desvirtuarlo.

Una remota idea podia formarse en este tiempo que indicase porvenir; unos cuantos hombres se lanzaban al toreo; y algunos de ellos daban muestras de ser muy aventajados, y aun cuando no estaban en situacion de probarlo, no debia retardarse este período. Veamos lo ocurrido: Trascurre el año de 1832 cuando se anunció la primer corrida de toros, que daba principio á la temporada, para el 7 de mayo, apareciendo el escelente torero Antonio Ruiz, como en primer espada, y un hermano de este, llamado Luis, de quien ya digimos cuanto le concernia y habia demostrado de segundo. Eralo así mismo en esta clase, el que se anunciaba con el nombre de Francisco Montes. Hasta ahora este nombre pasaba desapercibido y nada hacia prometer, pues era oscuro en el concepto de lidiador, pero analicemos la funcion en que este diestro debia darse á conocer.

La corrida anunciada para este dia era entera y se lidiaban en ella doce toros de las ganaderías siguientes: cuatro de D. Fernando Freire, vecino de Alcalá del Rio (provincia de Sevilla), cuatro de D. Gaspar Montero, del Puerto de Santa

María, dos de D. Gil Flores, vecino de Vianos (Mancha), y dos de D. Antonio Pueyo y Rivas, de Cantillana (provincia de Sevilla): por la mañana debian picar Juan Martin y Manuel Gonzalez, ambos de algun crédito, y por la tarde, Francisco Hormigo y Francisco Sevilla, bien reputado el primero, y notable el segundo hasta el extremo de merecer una fama europea, por cierto bien adquirida.

Pocos momentos de oportunidad se presentaron á los matadores que bajo la direccion de Antonio Ruiz trabajaron esta tarde, pues habiendo explicado nosotros la práctica que seguia en la plaza, fácil es conocer que no estaria de opinion de abandonarla por probar á un lidiador que en otra ocasion podria acreditarse: no obstante, en algo demostró Montes que estaba llamado á ejecutar una revolucion en la diversion de toros, y con esta incertidumbre, entre dudas y esperanzas, terminó la temporada.

Remplazó al citado año el de 1833, y los lidiadores ajustados en la plaza de la córte, lo eran Francisco Montes, Manuel Lucas Blanco y Pedro Sanchez: tambien figuraba en los anuncios el nombre de un picador que en Andalucía se habia conquistado un buen crédito, y era Antonio Sanchez (Poquito Pan). Ya en esta época fué mucho mas experimentado el célebre matador de toros, y todos le dispensaban cierta proteccion, que unida á las simpatías que se granjease, aumentaron su fama de una manera particular.

Dos matadores, tambien justamente apreciados del público, se ocupaban por este tiempo en torear por las plazas de Andalucía, donde cada momento experimentaban las afecciones que á aquel público debian: eran Antonio Ruiz y Juan Leon. Llegó el año de 1834, y los diestros contratados para este, fuéron Roque Miranda, Francisco Montes y Manuel Lucas Blanco: un nuevo picador se presentó asimismo llamado Francisco Tapia, del cual habia los mejores antecedentes.

Las simpatías que el público profesaba á Francisco Montes eran demostradas á cada paso, y la fama de este crecia sin

obstáculo de ninguna especie, concluyendo la temporada correspondiente al espresado año, sin que ninguna ocurrencia notable nos haga detener en su análisis.

El año de 1835 se acercaba, y los aficionados estaban ansiosos de imponerse cuáles eran los lidiadores á quienes contrataban en la plaza de la corte: no tardó en saberse, así como los matadores que formaban las respectivas cuadrillas, pues en el *Diario* del 7 de abril se leía un anuncio que decia así. «En la tarde de este dia, se verificará la primera media corrida, ect. Se lidiarán seis toros de las ganaderías siguiente: dos de D. Diego Muñoz y Pereiro, vecino de Ciudad-Real; dos de D. Hermenegildo Diaz Hidalgo, de Villarrubia de los Ojos de Guadiana, y dos de D. Antonio Gil y Herrera, de la Rinconada (Sevilla): picarán Francisco Sevilla y Andres Hormigo; espadas: Francisco Montes, Roque Miranda y José de los Santos.» Tal era la cuadrilla correspondiente á este año, que ciertamente satisfacía á los aficionados, porque los nombres de Miranda y Montes, merecian buen crédito y excelentes simpatías ademas. Cuando en la fecha espresada se presentaron en el circo los lidiadores de quienes hemos hecho mencion, un robusto aplauso resonó por los ángulos del circo: la opinion del público se demostraba en aque'lla espontánea manifestacion, y este antecedente auguraba un buen porvenir á la diversion. A pesar de todo habia necesidad de adoptar otro método de ajuste para el próximo año, pues aquel dejaba saciado al público, al paso que tocaba á su término. Así lo comprendieron los que á su cargo tenian la comision de contratas, y para la primer temporada del siguiente año de 1836 fuéron ajustados, Juan Jimenez (el Morenillo), Roque Miranda, Francisco Montes y José de los Santos. Mucho esplica esta diversidad de opiniones por parte del público, que no contento un año y otro con un mismo espada, habia que estimularlo facilitándole otro que databa de mas fecha y que aun cuando de buenos antecedentes, no contaba con la agilidad de los pocos años: pero Juan Jimenez fué ajustado, y arrancó innumerables aplausos, porque su método,

su trabajo, su valor y sus conocimientos, le sostenian siempre á una altura, y no podia aparecer jamas su inferior escala á la que ocupase otro matador de toros cualquiera. Por ello el Morenillo satisfizo, gustó y aun supo corresponder á los deseos de muchos de sus amigos que estaban interesados en su lucimiento. No seguiremos en comentar bajo ningun concepto el resultado que dá por consecuencia la pública opinion. No es porque nos hayamos hecho acreedores á que se dude de la sinceridad de nuestras palabras, pero tememos que haya quien equivocadamente las atribuya á un juicio parcial ó intencionado, y deseando permanecer ilesos de este ú otro concepto que en verdad no merecemos, nos separaremos de esta senda para continuar la ilacion comenzada.

Reflexiones ocurren sin embargo que no pueden omitirse sin incurrir en falta de criterio, y por eso vamos á esplanarlas.

Sabido es que los matadores de toros habidos hasta esta época habian sostenido entre sí cierto crédito particular, mas ó menos aventajado, mas ó menos justo: tambien es cierto que aquellos mismos hombres no habian podido menos que sostenerse en la categoría á que pertenecian estimulados por la importancia que á cada matador de toros le daba el público. Pero á fuer de justos é imparciales queremos hacer una pregunta: ¿es cierto que el público consideraba y abrigaba mas simpatías por el que mas se distinguia? difícil es la contestacion si ha de ser verdadera. Algunos diestros han sido reputados como medianías en el arte de la lidia, sin que el público haya reconocido en ellos ningun género de privilegio, y á pesar de esta opinion han sido muy aventajados, como así lo han demostrado siempre que para ello ha habido una ocasion que lo exigiese. Y por el contrario, ¿no hemos visto muchas veces á lidiadores de escasos recursos poseer una buena reputacion? Esta es la verdad, y la marcha que se seguia en la época que, llevamos descrita. Ahora entramos en una nueva era que regenerada con el mayor acierto, producirá sin duda mejores y mas sabrosos efectos que si no hubiera

meditado y dado una regularizacion conforme á lo que la experiencia habia enseñado. Vamos al terreno de los hechos.

Hagámonos cargo de los sucesos tauromáquicos respectivos al año de 1837 que pertenece, y formemos de ellos prudentes deduciones para conocer la verdadera situacion de la lidia en esta época.

Desde el dia 17 de abril, en cuya fecha tuvieron principio las fiestas de toros por los años que relatamos, ya vimos mudada en cierto modo la opinion pública, ó por lo menos inspeccionado el asunto como objeto especulativo; parece que era mas conveniente mudar en parte al que en años anteriores habia sido el jefe de la lidia, por otro cuyo crédito en nada merecia de los demas distinguidos. Juan Leon, ese matador de toros, tan de su género especial como simpático, fué el contratado en esta temporada, así como Manuel Lucas Blanco y Pedro Sanchez en clase de segundos; tambien se leia en los carteles un nombre clasificado de picador, el cual se anunciaba en compañía del de Francisco Sevilla, era Francisco Briones: despues adquirió un buen crédito que supo conservar y aun hoy se le concede, no obstante haber tenido abandonado el ejercicio por algunos años, y mientras se dedicase á la crianza y cuidado de una ganadería. Hecha la reseña que antecede, veamos qué produjo la asistencia del primera espada que nuevamente se encargó de la direccion de la plaza de la corte. Las mismas simpatías que el público le habia demostrado en los años anteriores, disfrutó tambien en el de que hablamos: las mismas deferencias, idénticas demostraciones, igual entusiasmo, todo en fin manifestaba el aprecio y consideracion que habia llegado á merecer. ¿Y qué diremos de los individuos que componian su cuadrilla de banderilleros? Nombres hay que aun se recuerdan con cierto entusiasmo.

La temporada concluyó satisfactoriamente para el primer espada, en todo lo que tuvo relacion con la lidia, puesto que su reputacion quedó arraigada de una manera indestructible, consiguiendo al propio tiempo aumentar el número de sus adictos en la primer poblacion de España.

Aquí se nos ocurre hacer presente á nuestros lectores, que nos ha parecido muy conducente tomar por tipo la plaza de Madrid, tanto por la razon de ser la primera de España en cuanto á concurrencia, quanto porque habiendo mas funciones que en las demas, puede juzgarse á un lidiador con mas exactitud y prolijidad. Hecha esta esplicacion, pasemos á examinar el siguiente año, ó sea el de 1838.

El dia 23 de abril del referido año de 1838, anuncióse en Madrid una media corrida de toros, en la cual debian lidiarse seis toros de la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua, vecino de Madrid; de D. Gil Flores, vecino de Vianos (Mancha); y de D. Francisco Taviel Andradez, vecino de Sevilla. Los picadores serian Antonio Sanchez y Andrés Hormigo, y las espadas ó matadores, los conocidos Francisco Montes, Roque Miranda, y Rafael Perez de Guzman (si llegase á tiempo): en estos términos estaba redactado el anuncio de la funcion, pero en las posteriores solo figuraban Montes y Miranda, acompañados de Francisco de los Santos que asistia con el carácter de media espada.

Entusiasmo y aumento de aficion para el público, produjo la estada de Montes este año en la plaza de Madrid, á lo que no dejó de contribuir sin embargo el ganado que se utilizaba para la lidia, que en su mayor parte correspondia al mas escogido y acreditado del que se conocia. Toros de Veragua y Andradez, de la viuda de Cabrera, de la de Lesaca, de Arias, de Saavedra (el Barbero), y otros de no menos crédito constantemente justificado, tal eran las reses que en esta temporada fuéron elegidas para correrse. Unidos estos buenos elementos con el ventajoso antecedente de los diestros que se ocupaban en torearlos, produjo una sensacion tan especial, que regularizada la accion del gusto y del interés, vino á dar por consecuencia, la revolucion del toreo, que al paso que fué introducida en el arte de la lidia, se acomodó á la vez al gusto del público, eligiéndose al diestro que entonces hacia cabeza, como jefe universal del ejercicio.

Efectos de esta ó parecida naturaleza, son los que causan

ciertos procedimientos inesperados, pero que se vaticinan por un presentimiento particular de los que no hay mas antecedentes que el proporcionado por una idea vaga é infundada. Pero en esta ocasion vimos que en semejantes presentimientos existe algo de verdad, y que lejos de ser todo una suposicion, venimos á desengañarnos con realidades. Francisco Montes estaba llamado á motivar una revolucion en el arte de torear, acomodando el gusto del público á una práctica que se le concede las mayores afecciones, y la realizó formando en este año el cimientó del edificio. Por esta razon debia propagar su influencia por otras plazas de España, y así lo debió comprender el célebre torero por cuanto al siguiente año de 1839 fuéron anunciados como matadores el distinguido Juan Leon, y como su segundo, acompañábase Juan Pastor, el cual segun el anuncio de su salida, era nuevo en la plaza de Madrid, pero acreditado en otras de Andalucía, á juzgar por la aceptacion que habia merecido: de media espada continuaba Francisco Santos, y entre los picadores mencionados en los años anteriores leíase tambien el nombre de Manuel Carrera, natural de Sevilla.

Pomposos anuncios se esparcieron en este año para obligar al público á concurrir á las funciones de toros, no obstante figurar como primera espada el célebre Juan Leon. No nos estraña esta particularidad, pues antes nos hemos preparado á ello, y por eso antepusimos la digresion que ocupa uno de nuestros párrafos anteriores. Advertirémos no obstante, que no por esta circunstancia desmereció el lidiador Juan Leon, y como prueba inequívoca de esta verdad contesten los que en la época citada concurrieron á las corridas de toros. Leon no estaba destinado á organizar una revolucion en el toreo, pero sí á que no se le desairase jamás con justicia. Juan Leon no era ya jefe, pero tampoco era subalterno. No enseñaria, pero nada le restaba que aprender en el ejercicio: era un lidiador consumado, especial, de muchos recursos, pero no estaba destinado por el arbitrio de las combinaciones que la suerte ó la casualidad depara, para lo que

:

Montes habia sido elegido. Y no se crea que al esplicarnos así, es nuestro ánimo rebajar en lo mas mínimo la justa reputacion de Francisco Montes, de ningun modo: nosotros hemos sido los primeros en concederle esa singular serenidad que constituye la base de su acierto y perfeccion en cuantas suertes ejecuta, y los que mas pronto comprendimos que sus facultades físicas, unidas á su natural valor para las reses y á sus acertados conocimientos, eran los elementos que mas pronunciadamente demostraba, y que por estas cualidades estaba llamado á ser un gran torero y á ocupar un lugar importante, regularizando la lidia á su gusto y antojo. Esta fué nuestra opinion desde luego, que despues vimos realizada, aunque sufriendo las vicisitudes que la ley de la naturaleza impone por condicion á todas las cosas humanas.

Siguiendo nuestro relato anterior, dirémos que en la temporada á que nos referimos antes, nada ocurrió que fuese notable ni digno de llamar la pública atencion: Juan Leon cumplió en su cometido como era de esperar de sus buenos antecedentes, y Juan Pastor no desagradó tampoco respecto á que todas las facultades de su buena edad, las empleaba con acierto, y sacó el partido conveniente.

Otros sobresalientes de espada se vieron por entonces, entre los cuales trabajó en Madrid con tal carácter Isidro Santiago.

Tras este año, acercábase el de 1840 y con él la temporada de toros que seguia á la de que llevamos hecho relato: atendamos al primer anuncio, y veamos quiénes figuran en la línea de matadores. El anuncio inserto en el *Diario* del domingo 26 de abril, dice así:

«En la tarde de mañana lunes 27 del corriente, etc., se verificará la primera media corrida de toros de la temporada del presente año; lidiándose seis de las ganaderías siguientes: cuatro del Excmo. señor Duque de Veragua, vecino de Madrid, y dos de doña Manuela de la Dehesa y Angulo, de Villarrubia de los Ojos de Guadiana.—Picarán, Antonio Rodriguez, y Antonio Fernandez, natural de Sevilla y nuevo en

esta plaza.—Espadas: Juan Pastor y Francisco Arjona Guillen, natural de Madrid, nuevo en esta plaza, á cuyo cargo estarán las correspondientes cuadrillas de banderilleros.—Sobresaliente de espada: Isidro Santiago.»

De este modo dióse á conocer al público á los lidiadores que en esta época debian trabajar en la plaza de la corte, restándonos en este caso, demostrar el crédito que estos toreros disfrutaban para figurar en la primera plaza de España, como efectivamente se le concede con justicia, á la de Madrid. A Juan Pastor habia motivos para juzgarlo, puesto que habia trabajado en los años anteriores, y ya tenia organizada su reputacion mas ó menos brillante, y en proporcion á las simpatías que habia sabido inspirarse, pero Francisco Arjona Guillen, era enteramente desconocido, y su corta edad hacia creer que no pasaria de ser un torero de escasos conocimientos y limitadas facultades: no obstante, este matador de toros, habia asistido con tal carácter á varias funciones en distintas plazas de Andalucía, y su crédito entre los que componian aquel público era extraordinario y sobresaliente, no solo por lo que en él se veia, sino porque se vaticinaba por muchas personas entendidas, que en adelante debia abanzar mucho en el arte que con tan buenos auspicios empezára. En efecto: Francisco Arjona fué el abijado digámoslo así, de la autoridad á quien se encomendó por el gobierno de S. M. la organizacion de la escuela de tauromaquia establecida en Sevilla; fué por lo tanto el alumno mas mimado y atendido de los directores á cuyo cargo estaba la práctica de la enseñanza en aquel establecimiento, y por último, fué tambien por razones de agradecimiento el favorecido por el célebre Juan Leon: todos estos elementos habíanse desde luego declarado en favor de Arjona, y con ellos, su natural comprension, la aficion que demostraba, su destreza y vehementes deseos de aprender, fuéron suficientes motivos para en breve tiempo hacer grandes y rápidos adelantos en el toreo. El público de Andalucía á quien no eran desconocidas semejantes particularidades las apreciaba en su justo valor y las afeccio-

nes de Arjona Guillen eran numerosas y de la mejor y mas consecuente fé. Pero situóse este diestro en el circo de Madrid, y el acierto con que desempeñó su cometido le valió numerosos vítores que sirvieron para su estímulo y constante aplicacion por lo que cada dia se perfeccionaba mas y mas. ¿A qué demostrar ahora cuantos triunfos alcanzó este diestro por la época á que nos referimos, si posteriormente los multiplicó? Nuestro circunstanciado relato nos conducirá á todos, y cada uno de los incidentes mas notables de este distinguido lidiador, y en ellos irémos demostrando los justos motivos de la reputacion que ha conseguido.

En el año que relatamos diéronse tambien á conocer otros varios lidiadores que no fuéron bien admitidos del público, aun cuando de su parte ponian cuanto estaba á sus alcances. No harémos referencia de ellos, y concretándonos á la plaza de Madrid, nos harémos cargo del matador Pedro Mulas, natural de Salamanca, que mató tres toros en la cuarta media corrida que se jugó, no dejando de acreditar las buenas condiciones que reunia para ser un aventajado diestro. José Fabre no disgustó tampoco en este año que picó algunos toros, y principalmente en la quinta media corrida, que salió de primera. Otro matador que alternó en esta susodicha funcion con Isidro Santiago, y al cual llamaban Luis Rodriguez, tampoco fué desairado por el público.

Hemos descrito el año de 1840, y hechos cargo de sus particularidades, pasarémos al de 1841, mas fecundo sin duda en hechos tauromáquicos.

La temporada de este año, tuvo principio el 12 de abril, y los picadores anunciados para la primer corrida, lo fuéron: Francisco Sevilla y Antonio Sanchez; espadas: Francisco Montes y Francisco Arjona Guillen (si llegase á tiempo); de media espada, figuraba el nombre de Isidro Santiago. En la segunda corrida de esta temporada, habia cambiado en cierto modo la faz de los matadores, pues Isidro Santiago, pasó á ser segundo de Montes y en su lugar entró con igual carácter que aquel habia antes disfrutado, Antonio del Rio, que segun ofre-

cido al público, debía matar el último toro de la funcion.

La tercera funcion se ejecutó el lunes 26 del citado mes de abril, y volvió Santiago á su lugar de media espada, y José de los Santos figuró como segunda de Montes, primera espada por el año.

Tambien hubo variaciones en la cuarta corrida ó sea la siguiente á la de que llevamos hablado, pues anunciáronse como picadores Francisco Briones y Antonio Fernandez, y como espadas á Francisco Montes y Roque Miranda, volviendo á aparecer como media espada el mismo Antonio del Rio á que antes aludimos. Así concluyó la temporada de este año, continuando en igual alternativa los nombres de Rio y Santiago.

Gran entusiasmo supo inspirar este año el matador de toros Francisco Montes: el público reconocia en él á un regenerador del toreo, y las simpatías que llegó á merecer ya llegaron á llamar la atencion aun de los mas retirados de este género de espectáculos. Estimulado por ello el célebre torero, procuraba emplear todos sus recursos, y siempre conseguia por un nuevo motivo una nueva mencion. Buenas cosas se le vieron y difíciles suertes practicó: el público admitia su trabajo con admiracion y siempre causaba idénticos efectos. «Francisco Montes, decian, es el torero que ha habido.» No recordaban que habian existido otros; pero semejante desahogo, parece disculpable, siquiera por el esceso de entusiasmo que causa la ejecucion de una espuesta y difícil suerte en el toreo. Sigamos la ilacion de los sucesos y ocupémonos del año de 1841.

En este año se vieron grandes cosas, tanto en la lidia cuanto en la notable generosidad del matador de toros Roque Miranda. Ajustóse en esta temporada á un acreditado matador, que aun cuando nuevo en la plaza de Madrid, se habia hecho distinguir en las plazas de Andalucía, al cual llamaban Juan Yúst. Llegó la primera corrida designada para el 4 de abril del año que nos ocupa, y el cartel apareció en los términos siguientes: «Espadas: las dos primeras Juan Yúst, natural de Sevilla, nuevo en esta plaza, y Roque Miranda, quien voluntariamente cede á Yúst su antigüedad, durante toda la tempora-

da de este año: sobresaliente de espadas: Isidro Santiago.» La circunstancia fatal de que ninguno de los dos lidiadores mencionados existen, nos mueve á no detenernos en comentar lo que por entonces ocurrió, y el producto que dió la desinteresada y generosa conducta de Miranda para con Yúst, la cual conviene explicar.

No se debe apreciar esta ocasion de una manera cualquiera, no: es preciso considerar las circunstancias: Miranda usaba de esta generosidad con un lidiador nuevo en esta plaza, desconocido del público de Madrid, que no tenia por consiguiente afecciones creadas, ni simpatías á que atenerse: pero Yúst que comprendió en todo su valor la accion de su compañero, la satisfizo de dos distintas maneras: en primer lugar defendiendo de las reses á Miranda en cuyo auxilio se ocupaba constantemente, y en segundo demostrando cuánto vale un hombre que quiere y puede. Tan especial fué el trabajo de Yúst en las funciones de esta temporada que todos á una voz confesaban que aquel célebre matador, era el elegido por la naturaleza para la nueva regeneracion de la lidia. Quizá hubiérase probado esta verdad si su muerte no ocurriese; pero desgraciadamente el temprano fallecimiento de Juan Yúst, impidió que demostrase cuanto estaba llamado á practicar en obsequio de la profesion que adoptára. Tampoco esponemos este parecer por la imposibilidad de probarlo, no; todos los inteligentes y demas personas autorizadas para juzgar con el mayor acierto, aseguraban en tiempo hábil de que los elementos que Yúst reunia eran suficientes para elevarlo á un grado de perfeccion en la lidia tan especial, que pocos le habrian igualado: tambien opinaban de la misma manera los que provistos de las cualidades necesarias para juzgar con toda exactitud, lo habian visto trabajar, y notaban sus defectos, consistentes en poca práctica y fuerza de arte. Así se hablaba de este célebre lidiador, y claro es que el tiempo era el único elemento que contribuiría á su completa regularizacion.

El público que habia concurrido á las funciones de toros

para este año, se declaró asimismo libre y espontáneamente el mas decidido adicto de Yúst, y en breve se hizo con un numeroso partido, tan justo como entusiasta de su método y cualidades.

No dejó de ser este año fecundo como el que mas en notabilidades; tres picadores pisaron el redondel, que todos consiguieron granjearse una buena reputacion: José Trigo era uno de ellos que aun la conserva con sobrada justicia: Juan Gutierrez, conocido por el Montañés, natural de Madrid, tambien se distinguió, y hasta que dejó de existir disfrutó de un eminente concepto: Joaquin Coyto (Charpas) se estrenaba por entonces, y era el otro que consiguió ser aplaudido y crearse para despues un crédito que aun le conserva por cierto notablemente aventajado.

Estas ocurrencias habidas en el año á que nos referimos, presagiaban para el próximo una desanimacion completa por parte del público, á quien difícilmente podria saciársele, sin reunir lo mas selecto y escogido del ejercicio, lo cual presentaba infinitas dificultades que no parece ni aun probable que pudieran ser vencidas: por eso sin ningun género de comentarios pasaremos á hacernos cargo de lo ocurrido en la temporada correspondiente al año de 1843: estos antecedentes nos demostrarán cuanto conviene á nuestro objeto, sin la necesidad de predisponer á nuestros lectores en cosa que se nos pueda atribuir animosidad ni objeto determinado: los hechos hablarán con la claridad mas significativa.

Llegado este año y con él el dia 17 de abril en que principió la temporada de toros, se vió que el anuncio para la misma, estaba concebido en los siguientes términos: «Se lidiarán seis toros de las ganaderías siguientes: cuatro del señor marqués de Casa Gaviria, vecino de esta corte, y dos de D. Juan Sandoval, de Chozas de la Sierra.—Picadores: Francisco Briones y Antonio Fernandez.—Espadas: Juan Pastor, Francisco Espeleta y Manuel Diaz (Labi), naturales de Cádiz los dos últimos, y nuevos en la plaza de la corte.» Escusamos decir que lo ocurrido este año no llamó estraordinariamente la atencion del público, pues si bien en nada queremos man-

cillar á los diestros que dejamos mencionados , debemos reflexionar al mismo tiempo que los aficionados á toros estaban acostumbrados al trabajo de otros diestros de mas reputacion , y no era fácil satisfacerles con otros que volvemos á repetir que en nada desmerecerian , pero que estaban á cierta distancia del crédito que otros llegaron á merecer segun la voz de la opinion pública. El resultado que dió este procedimiento , considerado bajo el aspecto especulativo del negocio , tampoco fué muy satisfactorio , en razon á que el público exigia mas de lo que se le daba en el género de la fiesta.

Algunas corridas de toros tuvieron lugar en la corte antes que llegase la temporada de que hemos hablado , las cuales se realizaron con el carácter de extraordinarias , y á ellas asistieron como diestros , los espadas José Vazquez y Parra , nuevo en esta plaza , Pedro Sanchez y Francisco de los Santos. Tambien se estrenó en la misma por entonces el picador de toros José Muñoz , alternando con Juan Gutierrez (el Montañes) , quien por esta época demostraba el lugar que entre los de su clase estaba llamado á ocupar .

Con un particular desapercibimiento , por falta de notabilidades , pasó este año de 1843 , al cual debia relevar el de 1844 , y en efecto , al acercarse el tiempo de tales fiestas , se vió anunciar á estas para el 8 de abril , hallándose ajustados en la plaza de la corte como picadores de toros á Andres Hormigo , José Trigo , Joaquin Coito (Charpa) , José Alvarez y José Muñoz . Los espadas que para la primer funcion se indicaban , fuéron : Munuel Diaz (Labi) , Gaspar Diaz y Juan Martin . En las funciones sucesivas , vimos tambien el nombre de Juan Jimenez . En esta temporada conviene advertir que el ganado elegido para la lidia , se procuró que fuera escogido de las ganaderías mas acreditadas , y así es que no desmintiendo sus buenos antecedentes , dieron juego y no desagradaron á los concurrentes . Los diestros tambien procuraron por el cumplimiento de su deber , y todo contribuyó á que se viese mas animacion en unas fiestas que el público las deseaba ejecutadas con toda perfeccion .

Un incidente ocurrió este año con el matador de toros Gaspar Diaz, que ocupó por algun tiempo la atencion de los aficionados, referente á su ajuste con la empresa, que despues de dilucidado y esplicado por medio de un artículo comunicado del mismo Diaz, inserto en el *Diario* del 29 de abril del año espresado, quedó definitivamente arreglado el negocio, volviendo á trabajar en la funcion preparada para el domingo 5 de mayo del mismo, en cuyo anuncio tambien se hacia una salvedad que terminaba la cuestion de que eran objeto este diestro y la empresa.

Muy conocidos son del público los lidiadores de la época enunciada, para que nos detengamos en practicar una calificacion, de la que no conseguiríamos otra cosa que repetir lo que todos saben, y lo que cada uno en particular juzga. Estas razones nos mueven á pasar adelante en esta materia y á hacernos cargo de otros extremos de que dejamos de ocuparnos al hacer referencia de Francisco Montes.

Ya dijimos la fecha en que este célebre lidiador se dió á conocer como notable, y réstanos ahora manifestar la en que se constituyó, por la opinion pública, jefe de la lidia y de los toreadores sus contemporáneos.

Serian los años de 1840, cuando Montes se encontraba mas favorecido que nunca por la opinion del público, y sin embargo, otros acreditados diestros, tambien no permitian que les antepusiese ni en reputacion justamente adquirida, ni en el terreno de la práctica: por ello hubo algunas disidencias que terminaron la cuestion por entonces, la avanzada edad en que se hallaba uno de sus competidores. Merced á esta particularidad, no hubo desgracia alguna que lamentar, pues, en otro caso, fácil era comprender que de estas alternativas debian sobrevenir consecuencias fatales para aquel que estuviese mas interesado en demostrar su habilidad y conocimientos. El arte de torear es uno solo, y todo lo que se practique en él fuera de reglas, y avanzando mas de lo que naturalmente proporcione, ha de ser perjudicial y funesto á la vez. El famoso y mas distinguido de los toreros conocidos (José Delgado), re-

cibió repetidas veces el premio de sus abusos en la lidia. Nada se puede hacer que no pertenezca al arte y á su círculo, que en ocasiones y con determinadas reses, es bastante limitado. Así lo ha demostrado la experiencia mil y mas ocasiones. Pero los motivos que dejamos consignados, evitó que estos diestros midiesen sus fuerzas, y nos evitaron una contingencia de la naturaleza que hemos bosquejado.

Después de esta época apareció otro lidiador de cualidades especiales, pero que otra razón de igual concepto aunque en distinto sentido, evitó asimismo que otros dos antagonistas se disputasen el puesto. Aquí, sin embargo, hubo mas acierto, y las cosas se manejaron de distinto modo, por lo cual nada ocurrió que pueda llamarse intempestivo ni desagradable. Los años habian corrido sin que se pudiera acusar de egoismo á los lidiadores que habian figurado en su profesion, como notables y mas perfectos. Cada uno de ellos se ha contentado con que el público juzgue, y ellos, verdaderos inteligentes, saben mejor que otros el mérito que en cada uno concurre. Es imposible engañarse á sí propio: y los matadores de toros que en esta época brillaban, no padecian equivocacion en sus opiniones, que distaban muy mucho de las que los profanos atribuian.

Sigamos al año de 1845 y veamos los esfuerzos que para adquirirse una consumada reputacion, hicieron en su ejercicio los diestros de esta última época.

En la tarde del lunes 24 de marzo del año de 1845 á que hacemos referencia, se presentaron á dirigir las cuadrillas de los respectivos lidiadores, los conocidos espadas Juan Leon y Francisco Arjona Guillen, y á estos acompañaba José Redondo (el Chiclanero): los picadores eran José Trigo y Juan Gallardo, anunciándose al propio tiempo que Antonio Sanchez, estaba de descanso. Al primero de los diestros anunciados se le vió apelar á todos sus recursos, para equilibrar la falta de agilidad, que á sus años es negada, y el público halló ocasion de conocer toda la importancia que debe concederse á los recursos del arte siempre que estos se manejen con una regula-

ridad bien entendida, por una mano hábil y práctica. Si Juan Leon no hubiera sabido adquirirse una tan indudable como distinguida reputacion allá en sus buenos tiempos, bastaba habersele visto en esta ocasion para conservarle un respeto profundo como matador de toros. Francisco Arjona Guillen, ya contaba con ciertos conocimientos que lo habian perfeccionado mas, y esto no obstante, la destreza del arte estaba metodizada de una manera especial que debia á su maestro Juan Leon y á su creacion particular. José Redondo era el último de los matadores que figuraban, y aun cuando visó en el ejercicio prometia é interesaba cuanto cabe en el círculo de las afecciones. El ganado preparado para jugarse en esta funcion, tambien fué concienzudamente elegido, y considerada su procedencia; de modo que todo contribuyó al buen resultado de la lidia y al lucimiento de los diestros que en ella se ocuparon.

La segunda corrida de esta temporada puede considerarse en iguales términos que la anterior, por cuanto hubo idénticos elementos y un particular estímulo en los lidiadores, que produjo el mayor entusiasmo en el público, que con avidez concurría á este género de diversion. Unidos permanecieron estos diestros por esta época y cada uno de ellos ansiaba ocasion de distinguirse, que aprovechándola siempre que se le presentaba, daba una nueva prueba de su valor y recursos. Buena temporada podemos llamarla; grandes cosas se presenciaron; las cuales dieron por resultado el aprecio mas decidido hácia estos lidiadores. Ocasiones hubo para probarse y significar su capacidad: así lo hizo Juan Leon aunque exausto de recursos físicos: tambien Arjona Guillen con su destreza y recursos consiguió hacerse notable y ser reputado como tal, y últimamente Redondo (el Chiclanero) preparó al público en un buen sentido, demostrando su agilidad y buenos deseos, al paso que su ambicion de llegar á ser algun dia célebre en el ejercicio.

No aventuremos mas en este año: sigamos á los sucesivos y deduzcamos con detenimiento.

En la tarde del lunes 13 de abril de 1846, dió principio la temporada, y los diestros que figuraban eran, José Redondo (el Chiclanero), Manuel Diaz (Labi), y Juan Lucas Blanco, de Sevilla, nuevo en la plaza de Madrid: tambien figuraban los nombres de los picadores, Juan Gallardo, Manuel Sanchez, de Sevilla, nuevo asimismo en la referida plaza, y ademas José Alvarez, Pedro Romero (el Habanero), y Francisco Atalaya. Bien se portó Redondo: bien acreditó los títulos que le asistían para ocupar el puesto de primera espada en la plaza de toros de la corte: ademas era simpático, y el público le profesaba cierta estimacion que otros procuran inspirar y jamás lo consiguen. Manuel Diaz (Labi) y Juan Lucas Blanco, no pudieron igualar á Redondo á pesar de sus esfuerzos, circunstancia que influyó tambien en ventaja del crédito del Chiclanero.

Por entonces habíase retirado el célebre matador Francisco Montes, ó al menos habia limitado su trabajo á muy pocas funciones, porque así convenia quizá á sus circunstancias. Es lo cierto que los matadores de toros que mas distinguida reputacion habian conseguido, limitábanse en actual servicio á Francisco Arjona Guillen y José Redondo, puesto que el célebre Juan Leon tambien habia indicios de que abandonaba la profesion en razon á su avanzada edad.

Los demas matadores se creaban por entonces la reputacion que habian de disfrutar, como así nos lo demostrará la esplikacion de los años subsiguientes.

Antes de ocuparnos del año de 1847, que es el que corresponde á la historia de los sucesos que relatamos, conviene detenernos en los motivos que dieron al lidiador Juan Leon, el excelente crédito que disfrutó: hasta ahora no sabemos mas de este buen diestro, sino que poseyó una destreza bastante aventajada para eludirse de la agilidad y fiereza de los toros, y que ademas llegó á reunir un caudal de conocimientos de bastante exactitud de las reses, cuyos pormenores, respecto á sus instintos y circunstancias, adivinaba, quizá debido á su constante práctica: pero no es esto solo lo que á Leon le hizo crear esa reputacion, fué su valor tambien para los toros, y la manera

con que practicaba las distintas suertes que le eran mas adictas y que se le veian con frecuencia. Hablamos de los gallos y toreo de capa y muleta. Atribúyesele á este lidiador un método particular en el manejo de la muleta, que aseguran fué de su creacion; pero nosotros deducimos por la ilacion de los sucesos, que esta especialidad fué adquirida de las lecciones que Leon recibió de Francisco Herrera Guillen, así como despues supo trasmitirla á Francisco Arjona, su discípulo. Estos tres lidiadores han poseido igual manejo con muy escasa diferencia en este elemento del diestro, y esto prueba que su teoría es trasmisible y enseñable. Dúdase tambien de la defensa que posee el método á que aludimos, pero lo experiencia podrá convencernos con mas exactitud segun los resultados, demostrándonos que, tanto los matadores de toros correspondientes á la escuela de Sevilla, como los pertenecientes á la de los puertos, que han sabido combinar su agilidad con los medios de defensa que les proporcionaba la muleta, se han considerado notabilidades en el toreo, porque á no dudarlo es y ha sido una de las mas exactas recomendaciones de un matador de toros. Juan Leon poseia esta circunstancia y no por creacion suya como se asegura, sino por trasmision, por haberlo aprendido: luego el método puede generalizarse y ser propagado por los respectivos maestros, á los que á semejante categoría aspiran.

Hecha esta demostracion, y dilucidados los justos motivos del buen crédito del célebre matador Juan Leon, pasemos á ocuparnos del no menos memorable Francisco Montes.

Montes reunia, además de sus buenas dotes físicas para llegar á merecer un título privilegiado, un valor á toda prueba, y los buenos antecedentes que formaron sus primeras impresiones en la profesion. Los conocimientos profundos que los célebres y afamados Romero y Cándido poseian en la lidia á consecuencia de su larga y experimentada carrera tauromáquica, y que fuéron maestros de Montes, tenian necesariamente que producir maravillosos efectos en cualquiera que al toreo se dedicase; pero con mas razones podian esperarse

cosas extraordinarias, tratándose de un hombre al efecto, cuyas dotes eran escogidas. Ahora bien, tales antecedentes, y la buena disposicion fisica y moral, crearon á Montes el torero de la época, si bien pudo muy bien haber avanzado mas, ó mejor dicho haberse perfeccionado, si su carrera hubiese sido mas larga y menos embarazosa. Consultemos el tiempo que Montes ha toreado; deduzcamos el que sus heridas le han privado de ejercitarse en la lidia, y el que por razones de otra especie ha dejado algun tiempo de torear, y veamos el líquido que resulta. Dejó pasar sus años de poder sin que lo utilizase cual debia, y el resultado fué el mas perjudicial para él, pues contagiado por la torpeza que originó su quietud, fué despues víctima de una res, que en su destreza habitual de otro tiempo, se habria burlado de ella y de la situacion que la condicion de la misma le colocó. Y preguntamos ahora: ¿es esta conducta la que debió Montes haber observado, estando como estaba, llamado á organizar en el arte una completa revolucion? Que contesten por nosotros los que mas apasionados le sean, y verémos si su lógica nos convence. A Montes debe suponérsele un decidido amor al toreo, porque este le ha proporcionado su fortuna; pues por ese amor y por ese resultado beneficioso, debió haberse consagrado al toreo, si no esponiéndose á perecer, al menos explicando las combinaciones que en su período de felicidad artística aprendió y las que fuéron creadas en su imaginacion.

No le culpamos sin embargo: demasiado le hemos visto hacer aun cuando fuera de tiempo, y la Providencia lo ha salvado de una desgracia que habria sido doblemente lamentable si en ella hubiese perecido. Pero prescindiendo de todas estas consideraciones que de ningun modo constituyen la parte principal de nuestra mente, lo esencial es que Francisco Montes ha sido por algun tiempo jefe de la lidia, segun la opinion pública, y sin embargo, no ha estado jamás autorizado real y verdaderamente, por cuya razon ha limitado sus discípulos á José Redondo (el Chiclanero).

Ya que hemos hablado de los dos antagonistas que mas se

han disputado la victoria en el siglo XIX, ocupémonos también de los discípulos de estos, los cuales dan ciertamente un extraordinario crédito á los maestros, pues nada han dejado que desear. Francisco Arjona Guillen garantiza el crédito de Juan Leon; José Redondo (el Chiclanero) el de Francisco Montes. Pero volvamos al desenvolvimiento de eso que los aficionados llaman método y escuela. Por punto general dícese por los adictos á las funciones de toros que la escuela del toreo sevillana y la de los puertos, son distintas en la manera de ejecutar las diferentes suertes que en el mismo arte se practican. Nosotros mismos, si bien no podemos reconocer tal diferencia, hemos basado en ella algunas de nuestras razones, en el concepto de hacer mas inteligible las esplicaciones que de cada uno de los diestros llevamos hechas; mas es tiempo de que comprendamos que el arte de torear, es uno mismo, que sus reglas son siempre iguales, que no se reconoce mas método que el inventado por los célebres lidiadores que figuran entre la coleccion de las biografías que llevamos publicadas, y que por último nada se ha hecho nuevo despues que aquellos hombres dejaron de existir. Y si no, ¿habrá quien niegue con razon, que las suertes de capa y muleta que los espadas conocidos modernamente ejecutan, son las mismas de los regeneradores del toreo? No, ó al menos así lo creemos; y si alguna diferencia se nota es precisamente el manejo que cada lidiador dá á estos elementos, mas ó menos estensivo y en completa metodizacion con sus facultades físicas; pero ¿hemos de llamar á esta simple y natural regularizacion, método y escuela? Ese es el error en nuestro juicio. No cabe mas perfeccion que la inventada con la muleta por el inolvidable y siempre aventajado Joaquin Rodriguez (Costillares): este diestro, tan justamente considerado, dió á esta toda la defensa en su manejo que posible es para conseguir el principal objeto á que fué adoptada, el cual consiste en pura defensa para el diestro, y siendo esta toda la mision de la muleta no cabe mas método ni otra escuela. Pues supongamos que el nombre de escuela, se dé á la suerte de matar despues de arreglado el

toro y en los momentos de liar para estoquear á la res: cóncense dos maneras de matar toros: recibiendo, y yéndose á él ó á volapiés. ¿No se practica igualmente por todos los lidiadores esta suerte? La única diferencia consiste en embraguetarse mas ó menos, ó en parar los piés menos ó mas.

Y preguntamos ahora. ¿Quién ejecuta esta última suerte con mas perfeccion? El que mas confianza tiene en escupirse las reses al darle la estocada: pero esto no constituye escuela, y sí mas ó menos perfeccion en la regularidad que el diestro ha conseguido alcanzar entre el juego de la muleta y sus facultades físicas y morales.

Creemos haber dilucidado la cuestion que nos ocupa, de una manera que nada hará dudar á nuestros lectores, convenciéndolos á la vez que el arte de torear es uno solo, y que siendo las reglas unas mismas, es imposible pervertirlas ni darles otra aplicacion distinta á la de su creacion.

Despues de lo dicho pasemos á mencionar lo ocurrido en el año de 1847.

En este año, así como en los siguientes de 1848, y 1849 y el actual 1850, ocupáronse en la lidia de la plaza de Madrid, los mas acreditados diestros que hoy desempeñan la profesion; y entre ellos, no dejó de haber alguno que no correspondiese al cuadro, digámoslo así, que los mas hábiles formaban. Esta cuestion no debe ocuparnos por hoy, puesto que entre los lidiadores á que aludimos, y que nuestros lectores conocen suficientemente, existen algunos de muy escelentes dotes, que quizá algun dia sean acreedores á ocupar un puesto mas privilegiado que en el que hoy se sitúan, ya porque la experiencia les produzca mas instruccion, ya tambien porque en la práctica encuentren el punto principal de sus correcciones y perfeccionamiento. Pero ya que hemos hecho una esplikacion sucinta de estos años, permítasenos nombrar los que en este período han pisado el redondel de la plaza de toros de Madrid, en el concepto de diestros, cuya reputacion se aumenta cada dia. Los nombres de Juan Jimenez, Francisco Montes y Juan Pastor, son los únicos que yacen entre los de cosa juz-

gada: en tiempo que sus facultades eran á propósito para el arte, obtuvieron triunfos de mucha consideracion que no á todos es dado conseguir, y por lo tanto dignos hoy de mencionarlos en el término que á cada uno señala su antigüedad.

Francisco Arjona Guillen, y José Redondo (el Chiclanero), son las dos notabilidades modernas, ó sean las llamadas á constituirse jefes del toreo de nuestros dias; y el trabajo de ambos no lo debemos explicar, puesto que es bien conocido del público, y que por otra parte nada conseguiríamos al demostrar nuestra opinion para los que en su juicio tengan formada las suyas respectivas. Es lo cierto que la opinion pública los ha clasificado repetidas veces, colocándolos á la vez en el lugar en que se sitúan.

Barragan, Rios, Casas, el Camarada, Trigo, Sanz y otros, se están formando hoy su reputacion, y sería muy aventurado hablar de hombres cuyas situaciones son de suyo delicadas respecto á que hay en algunos sobrados elementos para distinguirse, aunque hasta ahora no lo hayan conseguido. Ellos sin embargo aumentan en aficion, y fácil es que algun dia merezcan un título de consideracion.

Respecto á picadores de toros, muchos hay que se disputan un término avanzado; José Trigo, Antonio Sanchez, Joaquin Coyto (Charpa), Pedro Romero, Juan Martin, Juan Alvarez (Chola), el Coriano, Muñoz, Carlos Puerto, Francisco Puerto, Francisco Atalaya, Juan Gallardo, Lorenzo Sanchez, Manuel Ceballos, Bruno Azaña, Jose Sevilla y otros varios cuyos nombres no estampamos por no incurrir en molestos, son precisamente los dispuestos á anteponerse, ó por lo menos á no permitir que nadie les aventaje. En tal concepto, y como hombres de valor y pundonorosos no dudamos que algun dia despunten varios de ellos, de los mas favorecidos por la naturaleza, y veamos en los mismos los sucesores de Ortiz, Castaños, Pinto, Corchado, Doblado, Hormigo, Martin y otros, que asistidos de la mejor reputacion, abandonaron el ejercicio, cuando ya les era imposible continuar, por falta de elementos físicos.

¿Y qué dirémos de la clase de banderilleros? Hoy existen

algunos muy distinguidos , pero tal vez al procurar avanzar á la categoría de matadores de toros , se hagan acreedores á que sean borrados sus triunfos adquiridos antes , y pasen á la posteridad como las mas insignificantes medianías. No obstante , en el círculo en que hoy se conocen son apreciados del público , que les aplaude constantemente , porque no hay vez que no denoten la habilidad y destreza con que practican las suertes que corresponden al cargo que están llamados á desempeñar.

Muchas y muy repetidas pruebas nos dá el público á cada paso de esas diferencias que reserva para el digno y acreedor , así como de igual manera denota , que al que no le causa esas agradables impresiones , no le dispensa favor , ni le inspira interés. No se nos podrá negar esta circunstancia tan consecuente á la ley de las cosas , y que por fortuna nuestra corrobora la experiencia en todos y cada uno de los seres que nos rodean y habitan en nuestro círculo.

Nicolás Baro , Lillo , Regatero , Periquillo , Muñiz y otros , tambien se presentarán al público , y aun cuando trabajen bajo la influencia de las mas adversas combinaciones , siempre disfrutarán simpatías , porque ya se han creado su reputacion , y nadie es capaz de dudar de la destreza y agilidad de estos toreros : pero hagamos la misma observacion en contrario sentido , y notemos la conducta del público en un banderillero sin crédito : ¿Qué ocurrirá , si por desgracia , y aun sabiendo cumplir con su deber , no clava los dos palos? Ya lo sabemos , y con nosotros nuestros lectores.

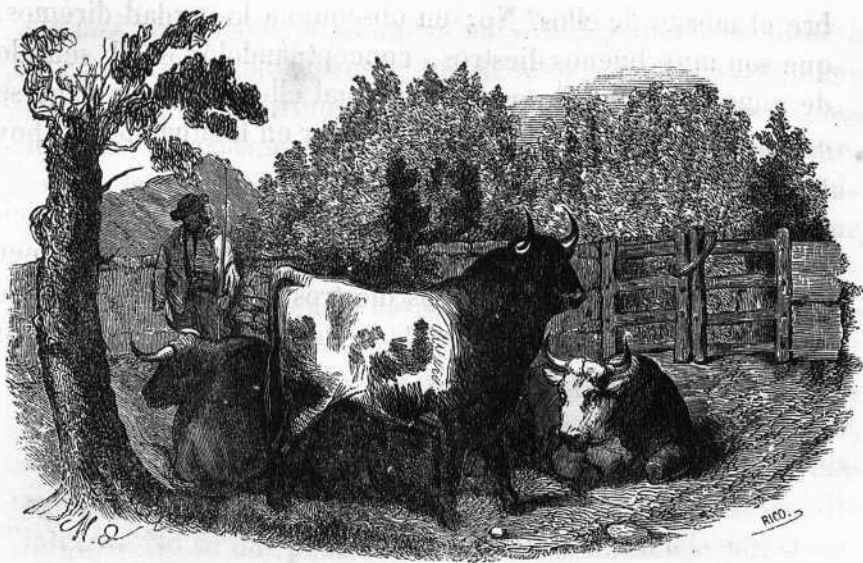
En esta suposicion , es evidente que contribuye mucho la aceptacion del público para conseguir adelantos en todo ejercicio de este género , pues el crédito que cada uno se consigue , aun por las primeras impresiones que motiva , descansa en cierto modo , y se coloca en posicion muy distinta del que se lanza sin este auxilio de poderoso valimiento.

Creemos haber demostrado suficientemente la influencia que ejerce en nuestros banderilleros de hoy el concepto que han sabido adquirirse , mas ¿dejarémos por esto de dudar so-

bre el mérito de ellos? No; en obsequio á la verdad dirémos, que son muy buenos diestros, conceptuándolos en el sentido de simples banderilleros, por lo cual ellos procuran hacerse aun mas notables, ya queno permanecer en la situacion que hoy ocupan.

Basta lo dicho, como esplicacion de la historia de las vicisitudes del toreo. Concretémonos ahora á formular el resúmen general de los mas acreditados diestros, y concienzudamente examinado, veamos qué resultado nos dá este trabajo, por naturaleza prolijo y delicado.





RESÚMEN.



No reconocer en los antiguos y afamados matadores de toros, Francisco Romero, Joaquin Rodriguez (Costillares), Pedro Romero, y José Delgado (Hillo), los regeneradores y metodizadores del arte de la lidia, apareceríamos completamente míopes y hasta faltos de discernimiento: es verdad que á nin-

guno conocimos, y que cuantas noticias hemos podido adquirir relativas á los mismos han llegado hasta nosotros tradicio-

nalmente y pasadas de boca en boca; mas esta circunstancia es precisamente la que dá mas valor en nuestro concepto á la elevada opinion que de estos célebres lidiadores tenemos formada, las cuales unidas á la especialidad de su trabajo y sistema que cada uno observaban, han hecho formar de ellos tan aventajadas ideas. Y si esto no es exacto en toda su significacion, ¿cómo ese respeto que por los lidiadores de hoy se conservan á los nombres de Costillares, Hillos y Romeros? No hay uno que no rinda completamente ese tributo de admiracion que se reserva á lo singular y sublime. Por eso damos nosotros tambien la preferencia á estos mismos hombres sin temor de incurrir en equivocacion, y trasmitimos á nuestros lectores.

Despues que estos hombres perecieron ó quedaron por sus años ó achaques imposibilitados para semejante ejercicio, relevóse su falta con José Romero, Bartolomé Jimenez, Gerónimo José Cándido y Francisco Herrera Guillen, dignos de figurar por su destreza en la línea mas avanzada del toreo: pero estas mismas notabilidades ya no crearon nada; cuanto estos practicaron, habíase visto ejecutar á sus antepasados quizá con mas perfeccion y aplomo que á los últimos, si bien á estos se les concedia mas gusto y acomodamiento.

Una era de escaso interés debia relevar á la de que hablamos, que aun cuando poco duradera, sirvió para amen-
guar el exceso de aficion que á tales funciones profesaba la generalidad del público. No obstante, pronto apareció un diestro, que á la inutilizacion de estos ansió colocarse en la situacion que los anteriores abandonaban, y por algun tiempo le fué conseguido: nos referimos á Antonio Ruiz (el Sombrero). Mas los triunfos que este se buscara no habian de serle muy consecuentes, pues el público eligió para su relevo á dos diestros, hijos de un mismo manantial; eran Juan Leon y Juan Jimenez: ¿Y la vida artística de estos habia de dilatarse mucho tiempo? La de Juan Leon ha llegado hasta nuestros dias, la de Jimenez pasó cual un rápido vuelo; pero dejó recuerdos de no escasa importancia.

Siguióse á esto la aparicion de Francisco Montes, y todo desapareció: nada se consideraba; ningun lidiador le daba caza. En esta parte la opinion pública puede llamarse un tanto parcial, pero es lo cierto que Montes promovió una completa revolucion en la lidia, que tocó á un extremo que no se esperaba, y que desde su encumbramiento llamó á muchas personas á la aficion de fiestas de toros que antes desconocian hasta lo mas importante de la lidia. Es innegable que Montes fué el motor de tan estraordinaria variacion; á él se debe mucha parte de adictos á estos espectáculos: su destreza, la agilidad con que al propio tiempo estaba dotado, y sus suertes oportunas, infundieron tal confianza en el público, que nadie pensaba en una desgracia si Montes se situaba en el redondel. Habia quien estaba persuadido de que los toros obedecian á la voz del distinguido diestro, como obedecer puede á la mano del ginete el mas arrendado caballo. Tal era la preocupacion que llegó á motivar. ¿Y cómo negar que para llegar á merecer este concepto no se necesita una habilidad? Nadie lo pondrá en duda, pues ese fanatismo jamas puede fomentarse sin una causa ó razon de poca valía. Lo conocemos así pero no podemos esplicarlo sino reconociendo una especialidad en el que produce semejantes resultados en una cosa tan de suyo eventual y difícil. «Montes es en la lidia el grande hombre,» dice el público en general. «Montes es el sublime,» contestamos nosotros.

Quédanos que tratar de los dos últimos vástagos del toreo, mas acreditados hoy: ¿y nos será permitido hacerlo? no: cada uno conserva una bien adquirida reputacion. Los que nos sucedan hablarán de Francisco Arjona Guillen, y de José Redondo. Mas por esta consideracion no hemos, sin embargo, de omitir el concepto que nos merecen, en lo cual estamos perfectamente de acuerdo con la generalidad de los aficionados.

Francisco Arjona Guillen, es un lidiador de arte, con una regularizacion acomodada á sus facultades, pero ademas es un torero de inteligencia que sabe aumentar ó disminuir los

recursos con proporcion á lo que exige la res con quien debe habérselas; ¿y podrá negarse que Cúchares gusta mas al público cuando sostiene una lucha de potencia á potencia, ó mejor dicho, cuando la res se defiende, y él, al propio tiempo procura destruirla? No; en estos casos es cuando debe vérsese y observarle con detenimiento. Los pases de muleta, lo defendido que se halla con este recurso creado por el arte, ¿no es tambien otro poderoso elemento del diestro de quien tratamos? Este es el mérito de Arjona. Pasando á Redondo, verémos á un torero de otro género, pero de la misma escuela, esencialmente hablando; pues como ya dijimos no existe mas que una. Este se presenta á la suerte de distinta manera, y por eso queda mas airoso con los toros celosos á la par que sencillos, consiguiendo que el público le conceda el título de lidiador franco. Tampoco comprendemos semejante clasificacion, pero la admitimos, si la acepcion de esta palabra se atempera á lo que llevamos explicado. Por todo ello, estos dos matadores de toros son los de punta hoy, y así se reconocen por cuantos inteligentes y profanos acuden á las fiestas de toros. Deseámosles á ambos menos resentimientos, pues declarados amigos, podrian llegar á mas alta consideracion del público, porque les veríamos ejecutar grandes cosas en el toreo.

Los demas matadores de toros de quien hemos hecho mencion, podrian tambien contentarse con sacar partido de su capacidad é instruccion actual, en el sentido del ejercicio, y economizar la consumacion de sus facultades físicas, pues al poseer el conocimiento que dá la práctica, es fácil que carezcan de lo que hoy poseen con abundancia: la notable agilidad de Julian Casas y Cayetano Sanz puede conducir á ambos á ocupar un sitio muy distinguido entre los mas privilegiados toreros. Lo mismo sucede á Trigo, limitado á torear en muy pocas plazas, cuando su destreza es tan consumada.

Hemos colocado á los picadores de toros en último término, porque queremos ampliar con ellos nuestro relato, explicando en lo que, segun nosotros, estriba la postracion en

que yacen, por falta de elementos bien combinados y tal como lo exige la parte de la lidia á que se concreta la suerte de picar.

Dijimos oportunamente que el mas principal apoyo de los lidiadores á caballo era el animal sobre que ejecutan las suertes, si este contaba con la fuerza necesaria para ayudar el empuje del picador, y si ademas estaba arrendado cual conviene para las mismas. Esto, por rara casualidad lo vemos en un caballo de los que se destinan para toros, y de ahí la dificultad de que los diestros que á picar se dedican, consigan adelantos ni distinciones de ninguna especie: pues cuando mas necesitan el auxilio de estos recursos, es cuando les faltan, con lo que abaten el lucimiento que de otro modo adquiririan. No es nuestro ánimo exigir que los caballos destinados á este objeto estén completamente provistos de esa escuela de equitacion que se reserva á los caballos maestros, ni menos que posean una salud á toda prueba, porque vemos que eso sería imposible y hasta perjudicial; pero sí con la fuerza y poder que necesario es para sufrir el violento empuje de una res, y arrendado de modo que con facilidad obedezca á la mano que lo dirige: esto influiria en beneficio de los picadores y en el de su crédito, pues se aventurarian á lo que de otro modo esquivan, aun cuando en perjuicio de su reputacion. Consultemos estas situaciones que llevamos relatadas con la que nos ofrecen los caballos utilizados para este objeto de mucho tiempo á esta parte, y notaremos los resultados que tal investigacion produce: hasta nos atreveríamos á asegurar que esta medida de elegir caballos de mas poder, redundaria en economías para los contratistas, pues con la defensa susceptible á las facultades de estos, atenuaria el golpe que la res diera, y aun quedaria notablemente reducido el número de los que muriesen. Ademas, en ello está interesada tambien la humanidad, y no podemos creer que cuando las cosas consiguen hoy en todos conceptos una nueva forma de regularizacion, no se fije en esta parte, tan esencial para la conservacion del individuo, y de tanta importancia para el

mejoramiento que las funciones de toros reclaman, ya que en los demas extremos se ha conseguido llegar al apogeo de la perfeccion.

Aunque ajeno de nuestra incumbencia, hemos llamado la atencion de nuestros lectores sobre esta materia tan interesante, con el doble objeto de que se ponga por quien corresponda el conducente remedio á este mal, y al mismo tiempo, no aventuren, respecto á los picadores, una opinion que puede ser inexacta por cuanto no se encuentren auxiliados en ciertos y determinados momentos de los recursos convenientes de que hemos hablado.

Con la antecedente esplicacion hemos cumplido el ofrecimiento de insertar en relacion las distintas vicisitudes de la historia del toreo, esponiendo los tiempos de su preponderancia y abatimiento, segun y como han ocurrido, denotando tambien los hombres que mas han conseguido distinguirse en cada una de las suertes á que se dedicaron. Una cosa sola nos resta, que no omitirémos en obsequio á los diestros de quien nada hemos dicho, y que ciertamente merecen que se mencionen siquiera por su buen crédito. Viven aun los aventajados José Calderon (Capita), título que mereció por su buen método de toreo de capa: Jimenez (el Cano), es asimismo uno de los que en distintas ocasiones se han distinguido, ya como toreador de capa, bien como banderillero; habiendo aspirado por último á ocupar un puesto entre los matadores de toros. Dificil nos será asegurar ahora si en esta última clase se elevará á la posicion de otros muchos; el tiempo lo dirá. Otro no menos célebre que los anteriores vive tambien. Gregorio Jordan, llegó á inspirar un interés que en la clase de banderillero, pocos han podido conseguirlo, y sin embargo, hoy no torearán estos hombres: permanecen pasivos, sin que un matador los llame á sí, no ya para que aumente el número de sus triunfos, sino para utilizar algunos de sus muchos conocimientos en ocasiones dadas en que una mano inesperta no consigue lo que un diestro de las cualidades de los que tratamos. ¿Qué se hubiera perdido con que José Calderon y Gregorio Jordan, hubiesen

sido contratados con la mision que á tales hombres compete? Lejos de habérseles mirado con indiferencia, habrian, por el contrario, causado efectos muy agradables, pues ambos han sabido dejar recuerdos que tarde se borrarán de la imaginacion de los aficionados.

No mas en este concepto que es cuanto cumple á nuestra mision.

Con lo antes espuesto, creemos haber consignado los hombres que mas justa reputacion adquirieron con sobrados títulos en el ejercicio del toreo; así lo demuestra la relacion de las vicisitudes de la lidia, en el largo período que hemos descrito, quedando obligados á continuar biografiando á los que nos ha sido posible exigir sus apuntes, para que de este modo sea mas difícil una equivocacion que nos haga aparecer menos exactos de lo que en realidad lo somos, tratándose de una obra que la posteridad examinará con la detencion que inspira la curiosidad de los que por cualquier título han conseguido hacerse memorables. No pretendemos significar con esta explicacion que los lidiadores podrán ser mas considerados que los héroes cuyas biografías denotan siempre sus valerosos hechos, no; solo queremos decir que este género de hombres siempre disfrutará de un recuerdo por parte de los aficionados á una diversion como la de toros, que segun prudentes deducciones, la debemos conceptuar perpetuada en nuestra nacion, y quizá propagada mas adelante en otros paises, que aun hoy nos atribuyen por ella un instinto bárbaro é incivilizado. Véase sino las simpatías que ha merecido de nuestros convecinos los franceses; obsérvese tambien el afecto que le demuestran los flemáticos ingleses que pisan nuestro territorio; fíjese la atencion sobre la conducta de los meditaundos alemanes que visitan nuestro suelo, y de todo ello será prudente que formemos un juicio acertado, diciendo; que con facilidad puede trasmitirse el deseo de que tales fiestas se generalicen en todos estos paises, si posible es en ellos la conservacion del ganado bravo y lidiabile. Estas justas reflexiones nos han conducido al estremo de conocer la importancia progresiva que estas funciones me-

recerán constantemente, una vez disipada la idea desventajosa que de ellas se tiene formada, lo cual se verificará con el conocimiento que de la misma se adquiera, por los que hoy las consideran equivocadamente y bajo el prisma de impresiones repugnantes.

El giro que en el final del resúmen, hemos dado á la historia del toreo, nos mueve á concluir esta relacion con el juicio crítico que las fiestas de toros exigen, para lo cual hemos tenido muy en cuenta lo escrito ya por manos infinitamente mas hábiles que las nuestras.

JUICIO CRITICO DE LAS FIESTAS DE TOROS.

Ninguna de cuantas invenciones se deben á los hombres, han tenido mas enemigos que las funciones de toros: y ninguna ha sido mas combatida en el ventajoso terreno que ofrecia la preocupacion dominante en la época de la regeneracion de estas fiestas, y ninguna por último ha sufrido mas ataques por las distintas causas de que se le suponía origen, que la diversion conocida por fiesta de toros. Esto no obstante, continuó mereciendo cada dia mas aceptacion entre muchas ó la mayor parte de las personas que componian el público imparcial, y las que se aparecian interesadas en su destruccion en vista de lo que se ocupaban en desacreditarla, nada pudieron conseguir relativamente al objeto que se proponian. Para que así sucediese habia una razon fundada, y era la apropiacion que el pueblo practicaba, de una fiesta privativa hasta entonces de los mas ilustres y esclarecidos vástagos de la nobleza castellana. Interesados estos en que sus funciones no fuesen profanadas por los que debian su nacimiento á cunas menos elevadas, debióse-

les ocurrir este medio de intriga para privar á aquellos de la facultad que se abrogaban, mas ni por eso pudieron conseguirlo: el público lo comprendió de distinto modo, y en valde empleaban todos los medios que al descrédito de la diversion tendian. Así se esplica la opinion pública cuando se pretende hacerla variar del rumbo que ella misma se traza. Posteriormente se quiso interesar á cierta clase de la sociedad para conseguir la destruccion de las fiestas, y uniéndose á la intriga de los nobles; el celo de los eclesiásticos: pudo hacerse que á título de piedad religiosa se prohibiesen por el monarca tales espectáculos, y fundándose esta disposicion en que las consecuencias de aquellas eran de todo punto funestas. Tambien se imponia entre otros castigos los de negar el enterramiento de la víctima que resultase; en lugar sagrado, y otras de no menos importancia para el concepto de nuestros principios religiosos. Al fin produjo sus efectos semejantes determinaciones, y como se abstuviesen los pecheros de continuar en la practicaion de estas funciones, volvieron los nobles á apoderarse de ellas, haciéndolas objeto del mas frecuente pasatiempo. Conocióse despues por la plebe todo lo que la nobleza habia trabajado por separarlos de aquella diversion, y como denotase síntomas de abrazarla segunda vez y adoptarla como propia, pareció muy prudente en semejantes circunstancias apelar á una capitulacion honrosa, que sin duda debió la plebe proponer, por cuanto fuéron los que de ella sacaron el peor partido. La nobleza alanceaba los toros á caballo, y concluido este primer período de la lucha, los del pueblo se precipitaban á torearla pié á tierra sin concierto órden, ni inteligencia, por lo cual resultaba la mas horrorosa confusion. De este modo continuaron las fiestas hasta que fuéron abandonadas por la grandeza de España, en cuyo caso los del pueblo se apoderaron completamente de ella para manejarla á su placer. Hasta aquí la primer regeneracion de la lidia de reses bravas: ocupémonos de su segunda época ó sea de la regeneracion que conocemos.

A consecuencia de la retirada que la nobleza ejecutó, procedióse por la plebe á regularizar la diversion á su antojo, sin

que por algun tiempo consiguiesen progresos en ella, hasta la aparicion de Francisco Romero y Joaquin Rodriguez (Costillares), en cuya época ya se vieron con la mayor perfeccion, de cuyos pormenores hicimos la esplicacion conducente en su lugar oportuno. Réstanos ahora formar el juicio crítico de este género de espectáculos para colocarlos en su verdadero terreno y poder defender á la diversion del carácter bestial que por algunos se le supone.

Es probado que el toreo tiene establecidas sus reglas generales, las cuales fielmente observadas por los diestros que se ocupan en la lidia, son capaces de librar en todas ocasiones de cuantos peligros ocasione á aquellos, siempre que no padezcan distraccion ni se separen de los principios que las mismas reglas establecen: al mismo tiempo cuenta el arte de torear con todos los medios de defensa que se pueden exigir para precaver una desgracia; de modo que tales recursos alejan toda idea de barbaridad respecto al espectáculo, pues de ningun modo se entregan los lidiadores á ser sacrificados, sino á precaverse de la fiereza de las reses, con los auxilios que le proporciona su agilidad y el arte. A los que de tal modo proceden y á la profesion que ejercen, así como á la diversion que por ellos se sostiene, ¿pueden llamarse estúpidos ni bárbaros? Creemos que no; y si el público les dá tal título, no lo consideramos autorizado para ello, y así nos lo demuestra la experiencia. Consúltense sino las desgracias ocurridas en cualquiera otra profesion de las consideradas como menos peligrosas y en las de lidiadores, y véase como es notable la diferencia entre este y aquellos existe. Pero ni por ese resultado se confiesa que la diversion deja de ser bárbara en todas sus partes. No negamos que lo fué en su creacion, y cuando en sus primeros tiempos se lanzaban á este género de luchas varios hombres que carecian de todo conocimiento sobre los recursos para eludir el peligro, pero despues de buscados los medios de defensa, y adquiridos hasta el punto que se ha conseguido por medio de las suertes inventadas, no podemos admitir esa calificacion que algunos le dan injustamente. Tampoco

defenderémos el absurdo de que en la lidia, existe para los diestros una completa seguridad; esto sería, aunque en contrario sentido, tan erróneo como la idea que del toreo tienen formada los que lo consideran como una de las profesiones mas bárbaras y atroces, atendiendo á su esposicion; mucho podríamos decir en obsequio al juicio que nos ocupa, y corroborarlo con infinitos sucesos que acreditarían mas y mas al espíritu y habilidad que brilla en las fiestas de toros, tan distante de la barbaridad que se le atribuye, por un efecto sin duda de preocupacion. No falta quien asegure que esta sola diversion prueba hasta la evidencia, nuestro estado de civilización, que gradúan con notable atraso de la de otros países casi nuestros vecinos. Tampoco negarémos que esta opinion esté completamente desprovista de verdad, pero sí que se comprenda por la aficion que conservamos á este género de espectáculos y no por otras causas mas de primer orden y de mayor entidad. Los que así opinen pueden tener presente nuestros adelantos en ciencias y artes, pero de ningun modo en esta simple diversion en que no se prueba otra cosa que mucho esceso de valor, hasta que no llega el que á torero se dedica, al estado de seguridad que por la práctica adquiere; y cuando en esta se halla, ¿se permite nadie esponerse con reses que lo sacrificquen? No: aprenden en los establecimientos llamados *mataderos*, libres de ese gran riesgo que constituye la barbaridad que se supone.

En vista de lo espuesto, debemos asegurar, que la profesion de lidiador no es bárbara, así como tampoco lo es la diversion en general como la experiencia nos lo tiene demostrado tantas y tantas veces. Dígase que no es ejercicio para el que carezca de agilidad y firmeza en sus movimientos, y convendrémos; pero no se le dé un título que rechaza el sentido comun.

No queremos concluir este juicio sin consignar, que la perfeccion con que algunos diestros de este siglo han ejecutado las suertes de la lidia, ha producido que aun despues de pasada la época de sus facultades, los hayamos visto sin gráve

esposicion, ocupados en el mismo ejercicio, consiguiendo por ello particulares triunfos del público que los ha visto luchar casi incapacitados y con la sola defensa de sus muchos conocimientos y la habitualidad que la práctica les dió en sus florecientes edades. Esta es la verdad, esplanada con la franqueza que nos es propia, que ningun temor haya producido en nosotros la mínima coaccion. Pensamos así, porque encontramos razones para ello, fundadas todas en el mas sensato raciocinio. Una sola enmienda reclama el estado actual de estas fiestas, que versa sobre los toreros de á caballo, y esta consiste en cuidar de que aquellos sean provistos de animales á propósito, y no sobrados de vigor, ni escasos de poder: en uno y otro caso puede ser muy perjudicial al picador, porque en el primer extremo, será posible que esta circunstancia comprometa al diestro en ocasiones dadas en que no le sea posible sujetarle, ni dominar su vigor, y en el segundo porque lo abandone en el mayor peligro por carecer de la robustez indispensable para sufrir los violentos choques del enemigo con quien se lucha. Pero una vez regularizado esto, no comprendemos mas perfeccion en este género de funciones. Tal es nuestro parecer.

Hemos dado fin á este juicio, despues de procurar por el crédito de las corridas de toros, hasta donde nuestras fuerzas han alcanzado y sin mengua de verdad, ni con el auxilio de suposiciones viciosas. Tambien hemos atendido muy particularmente á la reputacion de cada torero, para no rebajar en lo mas mínimo sus glorias adquiridas, y en consideracion siempre al respeto que todo escritor debe á la opinion pública: ahora pasaremos á tratar de los apuntes biográficos de cierto número de matadores de toros que siguen en antigüedad á los de que llevamos biografiados, y de cuyos antecedentes nos haya sido permitido hacer la indagacion que concierne á este género de trabajo.



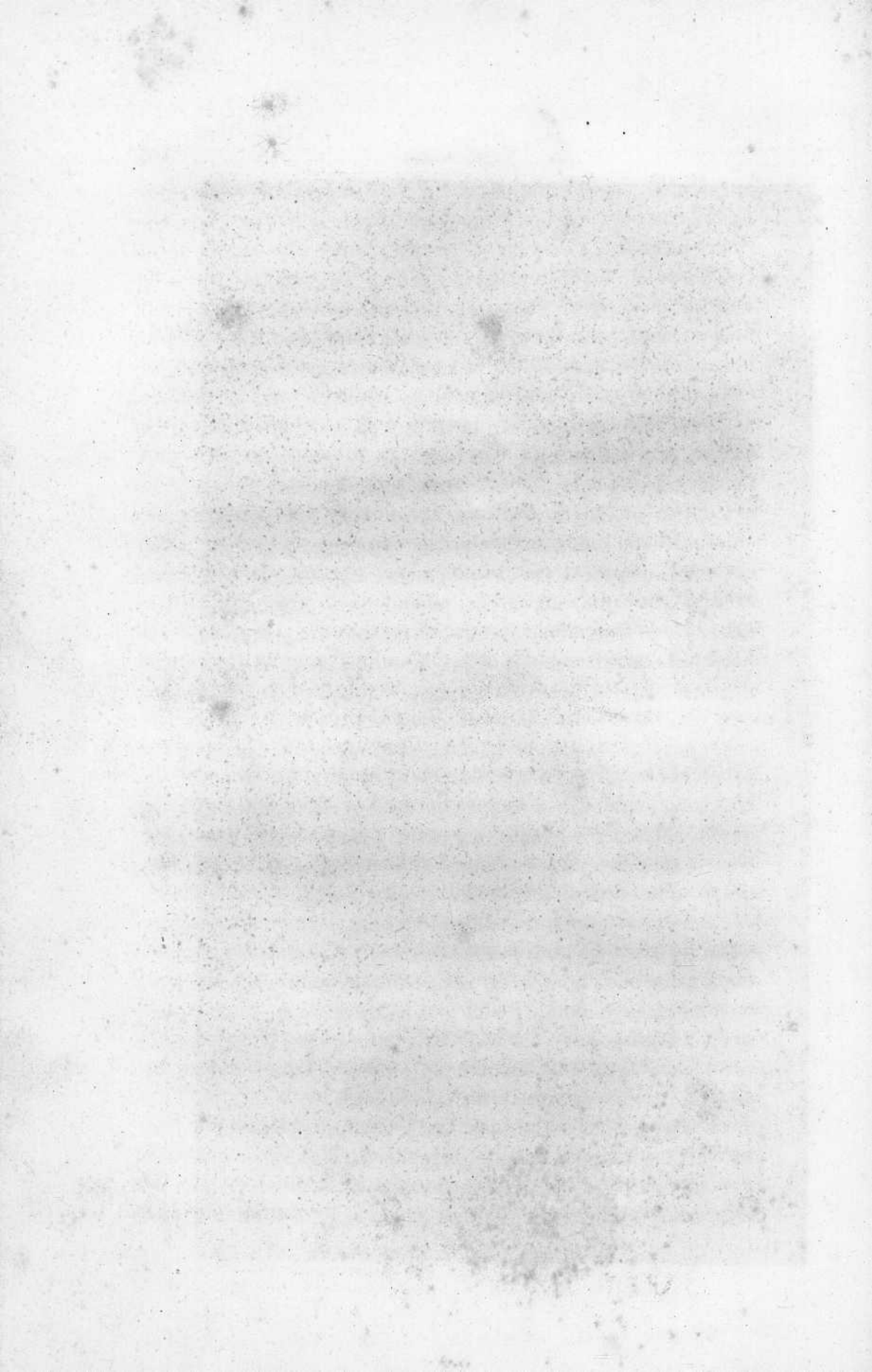
Juan Leon.



TRISTE es en verdad la confesion que vamos á hacer, pero precisa para conseguir nuestra justificacion: decimos triste en el concepto de que por causas que nos son enteramente ajenas, no podemos trasmitir á nuestros lectores, los apuntes biográficos del lidiador de quien vamos á tratar, con toda la latitud y certeza que deseáramos, por la razon de que cuantas diligencias hemos practicado, tanto en esta córte como en Sevilla, para corresponder á nuestro intento, todo ha sido inútil y de ningun resultado. Las causas que para ello ha habido, no las podemos averiguar, porque se ocultan cual corresponde á un infundado origen; mas


$$\frac{N(\mathbf{u})}{N(\mathbf{v})} = \frac{N(\mathbf{u})}{N(\mathbf{v})} \frac{N(\mathbf{v})}{N(\mathbf{u})} = 1$$

(dado un cambio en la cabeza.)



es lo cierto, que los apuntes relativos á los antecedentes de Juan Leon, si bien no se nos han negado, tampoco nos han sido otorgados. Conviene al mismo tiempo advertir, que no culpamos de ello al interesado, pues le hacemos la justicia de conceptuarlo ageno enteramente á esta oposicion que nace de otro manantial. En tanto que descubrimos las razones que en este punto hayan influido, en una publicacion á propósito, de cuya organizacion nos ocupamos, diremos todo lo que del matador de toros Juan Leon hemos podido adquirir, respecto á su carrera artística, que es lo que en este lugar se nos permite, abandonando lo demas, y concretándonos al juicio crítico del mérito de este diestro, tan reconocido del público como consignado en todos sus hechos; por lo cual se hizo un lugar entre los lidiadores mas aventajados, sosteniendo este buen crédito hasta que por su edad abandonó la profesion. No es una necia presuncion la nuestra, ni menos un espíritu de parcialidad en favor del matador de toros á quien hacemos referencia: dígalo la historia de sus vicisitudes, dígalo tambien la voz pública y general; consultemos los competidores de su época y nos convencerémos de que Juan Leon era uno de los toreros mas privilegiados, mas favorecido por la opinion pública y el que reunia mas simpatías y mejor concepto. Esta es una verdad inquestionable, por cuanto se justifica por medio del exámen de cosas y tiempos, y á este género de pruebas no alcanza la oposicion ni la parcialidad.

Repetimos que hubiéramos tenido suma complacencia en tratar de este lidiador, con la latitud y especialidad que su distincion merece, porque en él existen elementos artísticamente considerados, donde poder fijar la atencion, y que tratándose cual su importancia reclaman, hubiéramos trabajado con provecho y satisfactoriamente para nuestros lectores. Pasemos al juicio crítico de este diestro.

El célebre lidiador Juan Leon debe su nacimiento tambien, á esa populosa capital llamada Sevilla, cuya particular descripcion hemos hecho anteriormente. Tambien merece á la misma los primeros años de su crianza, y el principio de su

profesion. En el matadero de aquella ciudad se practicaron sus primeros ensayos, y bajo la direccion y auspicios del célebre Francisco Herrera Guillen continuó despues, hasta conseguir una distincion, en que algo debió contribuir las instrucciones que de su maestro recibiera, pero no poco influiria sus dotes y cualidades las mas adecuadas para la profesion. Así se deja conocer por la historia artística de este matador de toros, que siempre supo sostenerse á una altura digna del nombre que adquirió, elevándose si cabe, hasta que por razon de su avanzada edad, abandonó el ejercicio: y aun en este caso, debemos confesar que Juan Leon nunca ha sido viejo para su profesion: la falta de agilidad ha sido siempre suplida eu este diestro por el arte que tan habilmente poseia. Su defensa con la muleta fué sin límites, y en manejarla estraordinaria. Jamás le vimos en situaciones violentas cuando una res se defendia, y por el contrario, siempre se le notaban nuevos recursos que le evadian del peligro que ocasionarle pudiera la mas mala condicion de los toros, que al rigor de su espada perecian.

Atendamos al primer tercio de su vida tauromáquica y veamos el crédito que en este tiempo disfrutó.

Juan Leon debió las primeras instrucciones á Francisco Herrera Guillen, que acogiéndolo desde luego bajo su proteccion, sacó de él un distinguido banderillero: no era en el tiempo á que aludimos muy general, el que los diestros que ocupaban un lugar en esta clase, fuesen aplaudidos con entusiasmo por los espectadores, pero Leon con algun otro de esta época, alcanzó este triunfo, disputándose á la vez con sus contemporáneos el lugar mas preferente que á semejante situacion era dada. Por ello mereció el nombre de sobresaliente, que ninguno le disputó jamás.

Llegó una época para Leon en que dominaba las suertes concernientes á su clase, y en la que era preciso ocuparlo en otras mas difíciles, y se le propuso la de matar toros. Aceptó como era de suponer, y bien pronto se confirmó la idea de que esta elevada situacion, era la mas compatible á la inteligencia de este diestro, y á la fuerza de voluntad con que al toreo se

lanzase. Pocas advertencias fuéron necesarias para imponer á Leon de lo que debia practicar; una inteligencia consumada demostró bien en breve, y esta reunida á su agilidad y á la especialidad de sus recursos, lo elevaron en un corto tiempo, organizándose unas simpatías casi generales en cuantas plazas se presentaba.

Negar que las consideraciones que el público dispensaba á Leon, no eran remuneradas por éste, sería faltar á la verdad, y no discurrir sobre el aprecio que este buen diestro mereció de cuantos observaban su método en el toreo. Dificilmente puede hallarse mas completa uniformidad de pareceres entre los espectadores, cuando se trata de un lidiador; y en Juan Leon era esto una consecuencia de las simpatías que inspiraba. Inteligentes y profanos, se declaraban por este célebre torero, porque á los primeros no molestaba con esposiciones, que siempre son repugnantes, y á los segundos complacia por la manera oportuna de aplicar el arte á las difíciles suertes que la res le presentaba. Tal concepto mereció en sus buenos tiempos, y desde poco despues de lanzarse á ocupar un puesto entre los matadores. Nuestros lectores al leer estos compendiosos apuntes sobre el juicio del lidiador que nos ocupa, conocerán la imparcialidad que nos guia al tratar de un hombre, que cual este, dejó en su larga carrera tauromáquica consignados los hechos mas notables que ofrecerse pueden á la vista del mas ageno á la comun inteligencia de estos espectáculos. ¿Cómo negar á este célebre torero una superioridad á los demás que existieron en sus buenos tiempos? Sin competidor notable que lo estimulase, sin elementos capaces de prestar alguna idea, y sin mas recursos que los antecedentes adquiridos del inolvidable Francisco Herrera Guillen, supo crearse un método, que á la vez metodizaba y conducia á su perfeccion: pero no digamos que este era forzado, no; era el mas á propósito para la lidia, puesto que á todos agradaba y á todos satisfacía. Las notabilidades que en los primeros tiempos de Leon alcanzó este á ver, y el buen trabajo que otros antiguos diestros prac-

ticaron, en época que este pudo adquirir igual método, en razon á que se formaba su sistema, no sirvió de nada; tal era la conviccion que abrigaba de que el adquirido de su maestro, y regularizado despues con proporcion á sus dotes físicas, era el mas útil y beneficioso. La experiencia demostró mas tarde que su opinion en esta parte fué acertadísima, puesto que bajo ningun concepto hubiera disfrutado jamás otra reputacion mas distinguida que la adquirida en su carrera, conservada íntegra en su larga vida artística, y aun despues en el retiro.

Se ha dicho por algunos de que Juan Leon fué siempre un matador de sorpresa, y vamos á combatir esta opinion en lo que posible es en el círculo de nuestra publicacion. Será preciso que al manifestar nuestro parecer, contrario al que dejamos espuesto, aduzcamos razones fundadas y de un género sumamente claro, para persuadir á los que así opinan. En tal concepto esplanarémos la causa fundamental que debe haber motivado tan equívoco parecer.

Juan Leon ha sido siempre uno de esos matadores, que ya escudado con su agilidad, bien por la natural defensa que desde luego se creó con la muleta, y últimamente por su valor para con las reses, se contentaba con muy escaso número de pases para liar y estoquear; si la res resultaba muerta de la estocada, su triunfo estaba ya conseguido, puesto que á la prontitud iba unido el lucimiento; pero si en contrario caso el toro necesitaba otra ó mas estocadas, Leon no titubeaba en darlas con la mayor precipitacion, porque sin duda obraba en él la conviccion, de que este período en la lidia debe ser breve y pasajero. Otra causa existe, y es, de que este aventajado diestro utilizaba la suerte de volapies con mas frecuencia, y la anteponia á las demas que se han conocido. ¿Y es esta una razon para juzgarle así? Los que de tal modo opinan, ¿no conocen las cualidades físicas de Leon? En su talla, en sus elementos físicos y en todas las demás particularidades de este diestro; ¿cabe otro sistema que proporcione mayor seguridad y lucimien-

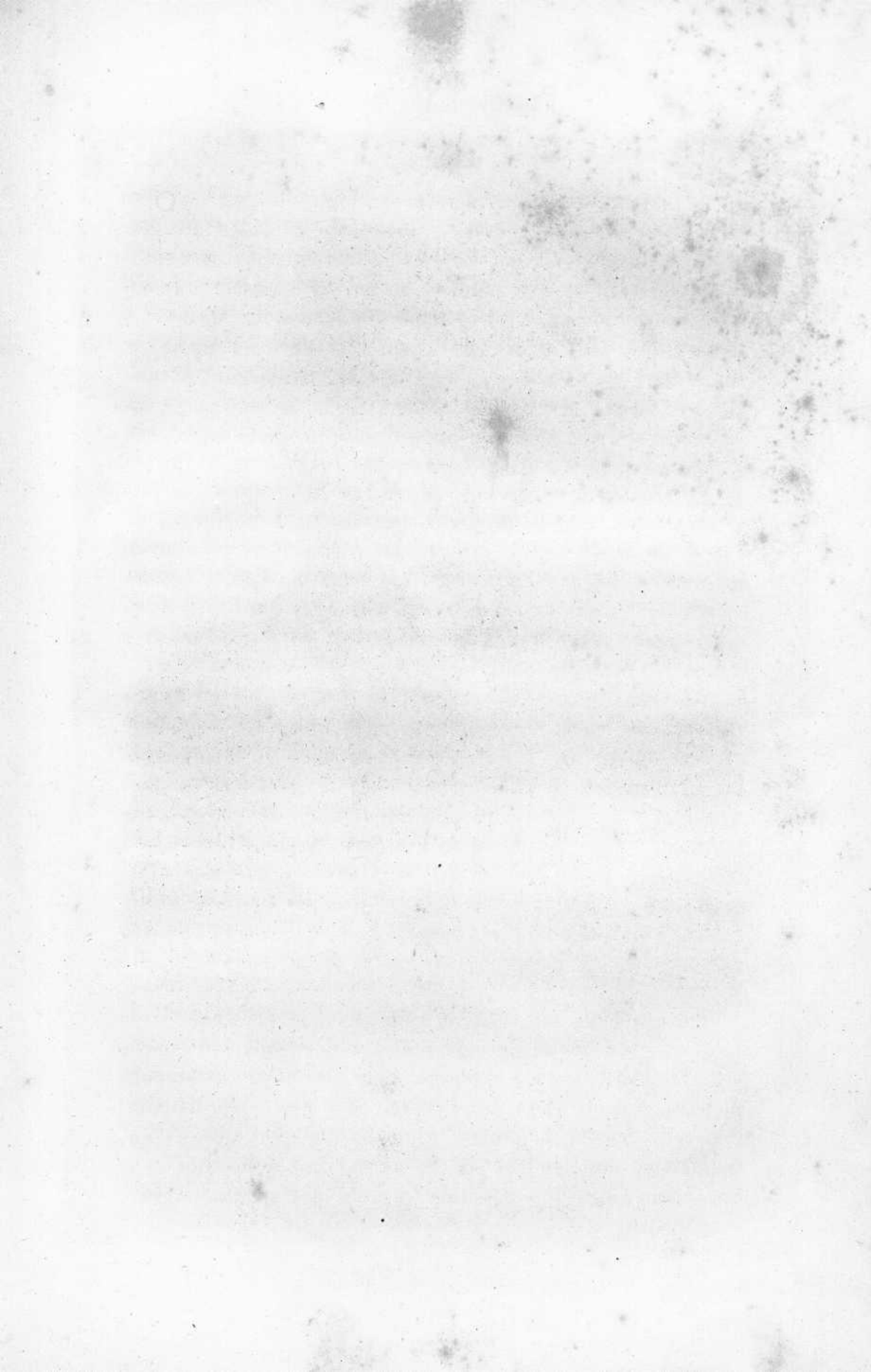
to? Contesten los que lo vieron, y dígnanos si es posible que Leon diese preferencia á otro método, cuando este satisfacía á los espectadores, y aun á él mismo. Pero no se diga por eso, que esos arbitrios son ajenos del arte: por el contrario, son necesarias muchas cualidades artísticas, y poseerlas con sobrada perfeccion, para adquirir un dilatadísimo período, el crédito y justa fama que siempre mereció el matador de toros cuyo juicio nos ocupa. Llamar matador de sorpresa al diestro que con el auxilio de su muleta arregla la cabeza de los toros en menos tiempo que otros; que ha sabido regularizar su accion y manejo para adquirir una completa defensa; que sin eludir ninguna de las reglas establecidas en el arte de torear, consiguen matar considerable número de reses, y que siempre se hallan ocasiones de aplaudirle y victoriarle, no puede con justicia censurársele ni darle otro título, que distinguido matador de toros y consumado diestro. Tal es nuestro parecer y el de cuantas personas reflexionen antes de aventurar una espresion, que sin duda alguna es ajena al mérito que reconocidamente poseyó el lidiador Juan Leon. Recordemos su manera de trastejar á los toros, su defensa con la muleta para con todas las situaciones en que las reses se le colocaban, y esto solo bastará para que lo aclamemos con entusiasmo, porque tal es el efecto que produce, lo bien entendido, lo útil, lo provechoso, y lo que se adopta al gusto y capacidad de todos.

Sentimos doblemente que la falta de apuntes de este aventajado diestro, no nos permita decir de él cuanto se merece ciertamente en el concepto de los imparciales: un hombre cual el de que tratamos, es siempre apreciable para los que en algo tienen las especialidades de su pais, y para los que aprecian el mérito donde quiera que lo hallen. Quisiéramos por lo tanto dejar consignados sus hechos mas notables, para que se immortalizen cual el de otros muchos que esponemos; y si sentimos esta circunstancia, nos consuela al menos, que en la parte estadística de cada una de las plazas que nos pro-

ponemos dar, hallaremos algunos incidentes de este matador de toros, que revelarán mas y mas sus cualidades con mas exactitud de lo que nos ha sido posible en estos momentos por falta de lo que si bien no se nos ha negado, tampoco lo otorgaron cuando á su reclamacion acudimos. ¡Miseria, y solo miseria denota este procedimiento! Pero en medio de tan particular aislamiento, nos cabe la satisfaccion de que siempre fijamos la atencion en nuestro deber, desentendiendonos de la influencia que otras causas proporcionan. Juan Leon nos parece, artísticamente considerado, un distinguido lidiador y un diestro consumado; así lo decimos: no poseemos de él cuanto deseáramos, para que auxiliados de datos, hiciéramos su descripcion tal cual por su reputacion se merece; así lo esponemos: en lo demás no fijamos nuestra atencion, porque lo conceptuamos indigno del lugar. Sirva no obstante nuestra franca manifestacion, para que nuestros lectores la aprecien en lo que valga.

Réstanos decir de este aventajado diestro, que en la actualidad vive en la mas completa tranquilidad, disfrutando el aprecio de sus mas caros amigos, que jamás lo olvidaron ni menos abandonaron en la incapacidad que ocasionan los años. Al lado de estos, exalará su último suspiro, enteramente satisfecho de que su discípulo Francisco Arjona Guillén hará recordar el mérito que en la lidia poseyó, y que tan hábilmente supo trasmitir á este último, que por su parte honra extraordinariamente á su maestro, de quien adquirió tan esenciales conocimientos y tan diestras ejecuciones en el arte de torear.

No queremos descender á extremos que pertenecen á la vida privada ó particular del hombre, aun cuando estos hagan favor á la persona de quien se trata, en cuyo caso mucho podriamos decir que recomendára mas y mas á este lidiador: concretémonos á lo dicho, supuesto que por falta de antecedentes nos han privado la satisfaccion de relatar otras particularidades que nos eran propias por su naturaleza y condicion.





ROQUE MIRANDA.



Rogue Miranda.



Usto es que nos ocupemos de la biografía de un lidiador, que por muchas simpatías que abrigase para con los hijos de la corte, no son menos las que siempre nos mereció: cualidades demostró en distintas ocasiones, que lo hacen acreedor al mas pronunciado afecto, y á que nos lastime la suerte de la familia que abandonó á su muerte, cuya situacion es ciertamente deplorable desde aquella vicisitud fatal. A Roque Miranda antes de considerarlo como á lidiador, hay precision de juzgarlo como á hombre, puesto que sus condiciones sumamente recomendables en este concepto, lo elevan á una altura sin límites que las mas veces se tienen pre-

sente para dispensar mas ó menos consideraciones en la sociedad, á cualquiera que las posea. Antes de la época presente, y antes tambien de que nos ocupásemos de esta obra y de la adquisicion de los apuntes biográficos de los mas aventajados diestros, ya el nombre de Roque Miranda habia llegado á nuestros oidos, no como una notabilidad en el arte de torear, sino como un nombre á quien se debia cierto respeto, cierta veneracion. Las causas que á ello influian, nos llamaban en algun tanto la atencion, y procurando averiguar antecedentes, nos persuadimos de que en este personaje resaltaban mas sus buenas cualidades como hombre, que su mérito como tauromaco. Tuvimos poco despues la satisfaccion de verle trabajar en su profesion, y aun cuando no reconocimos en Miranda una especialidad, vimos á un diestro de buenos deseos, de bastante pundonor y de extraordinarias simpatías: cualidades eran estas por cierto que proporcionan la distincion de un hombre para con el público, aunque en la profesion que se elija, sea en parte limitado: no sucedia así sin embargo, respecto al lidiador que nos ocupa, como resultará de los antecedentes que á nuestras manos han llegado y que relatarémos seguidamente. Dando principio á ellos dirémos algo sobre el primer tercio de la vida de este diestro.

Roque Miranda, nació en la villa y córte de Madrid, quizá en el año que daba término al siglo XVIII último: fuéron sus padres Antonio y Isabel Conde, que por demasiada pasion á su hijo, no pensaron en incomodarlo para que adquiriese una regular educacion como probabilidades habia para ello, si atendemos á los elementos que en esta parte siempre tuvo la córte. Prefirieron abandonarlo, á la que el párvulo se proporcionase, limitando sus pretensiones á la crianza que de tan absurdo y criminal abandono se desprende. El niño, no obstante era llamado por buenas inclinaciones, y como su imaginacion le dejase vislumbrar la suerte que le está deparada al que se abandona á la olganza, y á las consecuencias que esta produce, ansió una profesion donde ejercitarse y hallar en ella su porvenir. Algunos dias tardó en decidirse para optar por la

ocupacion á que debia aplicarse , mirando á todas las que conocemos , con una indiferencia glacial. Finalmente, llegó Miranda á cumplir diez y seis años , y con el motivo de haberse acercado al matadero en varias ocasiones , buscando distraccion que lo sacara de la fluctuacion de ideas que le preocupaba , tuvo el impulso de abrazar el ejercicio de torero , aunque en sus propias convicciones notaba que le era necesario algun elemento de que carecia. Volvió despues á la misma inaccion y de ella le habria sido difícil salir, si por entonces no se hubiera presentado á su vista un célebre matador de toros como Gerónimo José Cándido. Otro no menos célebre que el de que hemos hecho mencion, contribuyó no poco á la decision de Miranda por la profesion de lidiador, pues, en él reconoció las distintas particularidades defensivas del arte: este lidiador tan célebre como el que mas, era el distinguido Francisco Herrera Guillen , y su escuela airosa y preservativa , fué la que contribuyó á que Roque Miranda se decidiese enteramente por el ejercicio de lidiador. Pero ya contaba diez y siete años segun hemos dicho anteriormente, y á esta edad, principia la reflexion del hombre y se fija en cierto modo el pensamiento sobre el porvenir, y Miranda nada veia en el suyo que le fuera beneficioso: abandonado en su educacion, sin aplicacion á cosa que le fuera productiva, errante digámoslo así en el círculo de la alianza, y víctima del hastío que resulta de semejante conducta , no vaciló en abrazar una determinacion que diese fin á su estado y situacion violenta, y en consecuencia á todo ello adoptó la profesion de lidiador. En tal virtud necesitaba Roque, como ya dijimos, un maestro del ejercicio á que se aplicaba, para bajo su direccion conseguir los necesarios conocimientos. Por algun tiempo no se presentó persona adornada de tal título que se hiciese cargo del aprendizaje de Miranda , hasta que al cabo , el espresado Gerónimo José Cándido, lo tomó á su cargo, formando desde esta época, que sería la en que corrian los años de 1814, parte de la cuadrilla que á tan aventajado matador pertenecia. Nada ofrecen de notables los primeros tiempos de Roque Miranda,

relativamente á su vida artística, pues le faltaba lo mas esencial para merecer en este género de ejercicio, la distincion que llega á adquirirse, luego que los conocimientos y la práctica forman al diestro y lo presentan en su verdadera apreciacion. Roque Miranda podia solo hacerse acreedor á mas ó menos simpatías del público por sus buenas disposiciones y el deseo que abrigase de practicar adelantos en su profesion, pero no á otra cosa, respecto á que del ejercicio que habia abrazado, no poseia sino esos conocimientos muy superficiales que aun no constituyen mérito ni lugar de reputacion. El maestro Cándido le dispensaba algunas consideraciones, y aun le daba preferencias que Miranda aprovechaba, correspondiendo siempre del mejor modo posible, lo cual le servia de mucha utilidad para ir paulatinamente organizándose, hasta llegar al punto que por último consiguió en el concepto tauromáquico que con justicia se le concede. No decimos por esto que el lidiador á quien aludimos en estos apuntes biográficos, fuese una notabilidad especial, no; no lo conceptuamos así, pero tampoco fué uno de esos matadores de toros que pasan desapercibidos del público, ni de los que transitan la carrera de su vida artística, sin pruebas de aceptacion ni simpatías. Roque no se halló en ninguno de estos dos casos: fué por el contrario un torero á quien el público consideraba mucho, distinguiéndole sobre manera, y apreciándole hasta un extremo que otros no han conseguido jamás. Su partido entre los concurrentes á las fiestas de toros, era numeroso y á cada momento le daba pruebas inequívocas del afecto que le profesaba. Y no digamos que en esta oposicion quepa ninguna parcialidad; el público siempre es justo y clasifica con acierto. Para demostrar esta verdad, entraremos en el análisis de la vida artística de este diestro. Es como sigue:

Dijimos que Roque Miranda tuvo entrada en la profesion de lidiador, por los años de 1814, bajo la direccion del siempre célebre Gerónimo José Cándido, cuyos conocimientos en la lidia eran infinitos, y dignos en realidad de tomar á su cargo la enseñanza de cualquiera que á este arte se

dedicára; pero réstanos esponer la causa principal y mas influyente en la adopcion de Miranda por el ejercicio de torear. Los padres de Roque se hallaban colocados en Palacio, y formaban parte de la servidumbre del Rey D. Fernando VII, cuando las huestes francesas penetraron en España á título de su buen deseo en proporcionarnos la instruccion necesaria para alcanzar la felicidad, y tambien en los momentos en que el monarca español fué conducido al extranjero, sustituyéndole el que conocióse por José I: este rey intruso hubo de respetar las disposiciones de el en propiedad, puesto que fué compendiosa la variacion que hizo en las personas que componian la servidumbre de Palacio, formando parte de los inamovibles los padres del lidiador de quien tratamos. Este, aunque jóven y sin edad suficiente para tomar ningun género de resolucion, ni menos formar juicio sobre los hechos debidos á la política francesa, determinó no volver á pisar los umbrales de la real casa, mientras en ella no habitase su legítimo señor: en esta conducta dejó el niño demostrado la fijeza y sanidad de sus principios y opiniones, y el carácter con que á su mayor edad debía estar adornado. Un hermano mayor tenia Roque, que marchó á Francia en seguimiento del legítimo Rey, y á su vuelta fué invitado para tomar parte en unas cuantas fiestas de toros, que tuvieron lugar en varias plazas subalternas, en celebridad del regreso y libertad del monarca español.

De resultas de estos antecedentes, decidióse Juan Miranda, que tal era el nombre del diestro á quien aludimos, por la lidia, y á lo que contribuyó especialmente la decision absoluta de Roque por la misma profesion: una sola diferencia hubo no obstante, y fué, de que Juan se aplicó á la clase de banderillero, y Roque aspiró desde luego á la de matador de toros, pues en su grandeza de alma no cabian términos medios en la carrera que emprendiera. Así lo conoció bien pronto su digno maestro Cándido, que luego de imponerlo en los primeros rudimentos tauromáquicos, gestionó para colocarlo de media espada, y como no pudiese conse-

guirlo por entonces, le dispuso Roque á matar en algunas funciones de las ejecutadas en varios pueblos, en las cuales se acreditó lo bastante para que el siguiente año se le tuviera presente y fuera ajustado con el carácter que antes se le habia negado en la plaza de Madrid. No digamos que Roque supo adquirirse desde luego el buen crédito que el mérito inspira, pero sí reconoceremos las simpatías que se grangeó, puesto que á ellas debió el mismo ajuste en años posteriores con aprobacion del público que lo victoreaba frecuentemente: estos antecedentes y la regularidad y buen giro que á su educacion artística le diera su maestro, debió despues consideraciones que no se tributan jamás al que no las merece. La poca edad de Roque y su carácter simpático, no dejó de influir tambien en la creacion de un partido que decidióse por Miranda, el cual era tan numeroso como escogido, y que en breve hicieron correr su nombre por toda España, inspirando á todos el deseo de ver á tan novel lidiador. Miranda, como hombre pundonoroso, comprendió la obligacion que este proceder de sus amigos le imponia, y quiso corresponder dignamente precipitando los períodos de su carrera: por eso le vimos alternar poco despues con matadores de gran fama y justamente adquirida, ante los cuales se le veia esforzarse para no aparecer en inferior escala, aunque esto le era bien difícil en atencion á sus cortos conocimientos; pero lo que á Miranda faltaba en este concepto, sobrávale de pundonor y vergüenza; y nunca quedó rezagado ante aquellos que bien podian oscurecer sus triunfos por la superioridad de elementos.

Corrian por esta época que Miranda se dió á conocer como otro matador, los años de 1822, y aunque desde los de 1814, habia aparecido como media espada, no habia podido perfeccionarse, por dos razones de mucha importancia; a primera porque los acontecimientos políticos llamaban extraordinariamente la atencion del público, y anteponíase todo á lo demas que perteneciese á distinto círculo, menguándose el número de funciones de esta especie; y la segunda porque Miranda siguiendo al gobierno á Cádiz habia abandonado su

profesion por obedecer á la obligacion que contrajo al ingresar en las filas de la milicia nacional de caballería, á las cuales pertenecia. Solo una vez ejerció en este tiempo su profesion, y esta á peticion del público; salió en Sevilla á banderillar y matar un toro con el traje impropio del cuerpo de que dependia. Mas no por esta circunstancia, retrasó su carrera, y aunque en algun tiempo despues no trabajó, á consecuencia de las persecuciones que sufrieron los que á este extremo condujeron su patriotismo, tampoco fué causa influyente en su empeoramiento, pues en silencio, y desde el rincon del escondite que lo ponía á cubierto del furor de sus enemigos meditada la manera de adelantar; y organizando en su fantástica imaginacion una completa funcion de toros, veia los instintos y propiedades de las reses, y evadia á su modo el peligro que aquellas le ocasionaban. De este modo trabajó algun tiempo, y sus meditaciones no dejaron de servirle en adelante, por cuanto él mismo confesaba que de ellas habia sacado siempre un excelente partido. Despues quedó probada esta verdad puesto que en nada decayó del crédito que el público le concedia. Su partido crecia y las afecciones que habia antes inspirado, no le retiraron jamas su proteccion. ¿Y cómo negar á Miranda esa general simpatía, hija en todos conceptos de su natural carácter tan noble como pundonoroso? ¿Es acaso proverbial la dispensacion de consideraciones á un hombre, que cual el que hablamos, reuna todas las condiciones que se exigen para merecer bien del público? No, y mil veces no; el público las reconoce siempre, y nunca deja de satisfacer con su aprecio las buenas cualidades. Así aconteció con Roque Miranda, y así sucede con todos los que se hallan en el caso de este. Però abandonemos estas reflexiones, y sigamos el curso de la historia de la vida artística de este lidiador. Una vez dedicado al toreo y bajo unos auspicios los mas favorables que exigirse podian, adquirió adelantos de bastante consideracion hasta llegar á organizarse un matador de número, digámoslo así. Hasta que llegó este caso, ocupóse Miranda en torear por los pueblos, grangeándose cierta

consideracion de no escaso interés para el que en algo estima su crédito: pasó despues á torear en algunas plazas de provincias subalternas, y para estas se le buscaba ya como cabeza ó gefe de una cuadrilla, y con ella prestaba su asistencia á las funciones, donde por punto general dejaba satisfecho á los espectadores, tanto en su trabajo como en el trato que le era tan natural. Despues de estos acontecimientos y de haber trabajado en casi todas las plazas del reino de las correspondientes á segundo y tercer orden, aspiró solo á pisar el redondel de la plaza de Madrid, su pais natal, donde además de conservar muchas simpatías, tenia el convencimiento de que alternando en ella con los mas afamados diestros que por entonces se conocian, se perfeccionaria mas y mas; único modo de ocupar despues un lugar eminente entre los de su clase y profesion. No le fué fácil cumplir este deseo por algun tiempo, pues á ello se oponia tanto los compromisos que los contratistas tenian contraido con otros espadas de excelente reputacion, como asimismo los antecedentes de Roque Miranda, contrarios enteramente á los que por entonces disponian en todo, en razon á su igualdad de opiniones con los que tenian á su cargo todas las dependencias del Estado.

Difícil situacion prometia estas circunstancias á Roque, pero este estaba decidido á sufrir sus rigores antes que faltar á sus convicciones, y por ello lamentaba su posicion, pero no se arrepentia de las causas que la originaban. Pasaron los primeros ímpetus de las odiosidades y de las horribles venganzas que ocasionan estos extremos, y unida esta particularidad á la reclamacion de infinito número de personas, hubieron de permitir de que Roque Miranda, fuese escriturado y saliese á torear en la plaza de la córte, cuya poblacion le vió nacer. Efectuó su salida pero ocupando un puesto inferior en la escala de matadores, y por eso nos abstenemos de mencionar los hechos que produjo en aquella época el lidiador de quien tratamos. Pero el tiempo corrió velozmente, y concluida la temporada á que aludimos, ya se consideraba á Ro-

que de distinto modo, y á consecuencia de ello pasó á torear despues á las plazas de Andalucía, y entre ellas la de Sevilla, considerada bajo todos conceptos una de las mas principales de España, tanto por la inteligencia de los espectadores, como por la cualidad del ganado que en ella se lidia, y demás condiciones de esta naturaleza, todas á cual mas esenciales para merecer este título. Ultimamente, llegó el año 1834, y en la temporada de este, fué Miranda ajustado de primera espada, siendo su segundo el luego célebre Francisco Montes, que tan numeroso era el partido de sus amigos y adictos. Ya por esta época es lícito que nos detengamos de cierta manera para formular el juicio crítico de este matador, puesto que ya no se trata de un visón en el arte, sino por el contrario, de un primera espada con todas las prerrogativas de tal, y alternando con uno de los mejores toreros de la época, en el concepto general. Roque Miranda, no desmerecia del punto que ocupaba: esta es la manera de juzgarle en globo; pero analizando sus particularidades, debemos confesar que además poseia cierto conocimiento y práctica que le recomendaba muy mucho y lo dejaba airoso en casi todas las situaciones difíciles que la casualidad le proporcionaba. Y á pesar de esPLICARNOS así, tambien diremos que á Roque faltaba algo, que en este momento nos es difícil definir, pero que á su debido tiempo lo hecharémos de ver. No se mostraba cobarde ante las reses, y sin embargo, faltábale valor: tenia práctica en las distintas suertes que constituyen el arte de la lidia, y con especialidad en algunas que le eran mas favoritas, y que por lo tanto ejecutaba frecuentemente; y no obstante dejaba que desear en su desempeño: comprendia perfectamente su mision como gefe de una cuadrilla, y sus disposiciones no eran por lo regular las mas atinadas: sus conocimientos en las reses no dejaban de ser grandes y cual puede apetecerse en un espada, y á pesar de esta circunstancia no correspondia en ocasiones á lo que de todo ello se esperaba; y en conclusion tenia excelentes dotes y inspiraba una general simpatía, y no entusiasmaba á los espectadores. Difícilmente podrá hacerse la clasifi-

cacion conducente de un diestro de semejante naturaleza, pero creemos que la única posible y que en nada rebaje la justa reputacion que dejó á su muerte, es la de que siendo buen torero, no era oportuno. El arte, debe en nuestro juicio, hallarse adornado de esta última cualidad, para merecer el título de excelente, la persona á quien se refiera. Pero no es esto solo lo notable en Roque Miranda: lo que mas llama la atencion en este diestro, es que tenia adquirido el mas intenso convencimiento de sí propio, lo cual es muy natural que todos conozcamos, así como difícil que lo confesemos; éste aventajado lidiador no cedió jamás el puesto que por su antigüedad debia ocupar en la plaza de Madrid, y sin embargo, tuvo la condescendencia de permitir el ajuste en una ocasion, con la cláusula de que se le antepusiese otro matador de toros mas moderno, al cual generosamente cedió su puesto, porque sin duda reconocia en él cierta superioridad, ó por lo menos quiso de que el público de la corte viese trabajar á uno de los mas consumados lidiadores de la época moderna, aun á costa de un sacrificio por su parte. El matador de toros á quien aludimos, fué el célebre y aventajadísimo Juan Yust, que á no haber ocurrido su muerte, se habria antepuesto á todos, porque á sus buenas cualidades morales, reunia las físicas mas recomendables que elegirse pudieran; Miranda le cedió el puesto; y con ello, segun nuestro modo de pensar, ganó mas de lo que á primera vista aparece, y acreditó con esa accion las buenas prendas que le atribuian sus amigos.

Distintas son las versiones de que Roque Miranda fué motor que referirémos por su orden de antigüedad, y en los términos que puedan apreciarse en su justo valor.

Nos harémos cargo de lo ocurrido en el año de 1828: anuncióse la corrida que debia verificarse en la tarde del lunes 13 de octubre del referido año, y los carteles expresaban los nombres de los matadores que en ella debian trabajar, los cuales eran Antonio Ruiz, Luis Ruiz y Manuel Parra: estos espadas merecian ciertas deferencias de la autoridad encargada en la direccion de este género de espectáculos, y por ello se les preferia en los

ajustes, aunque el público reclamase á otros lidiadores. No diremos por esto, que los aludidos, fuesen menos acreedores que los demás; convencidos estamos de lo contrario, y así lo prueba el juicio crítico que de Ruiz (el Sombrerero), hicimos al tratar de él en su respectivo lugar: nuestro deberse concreta á referir los hechos y á desentendernos de las causas. Siguiendo pues en la descripción de este acontecimiento, diremos que por razones de la adversion de esta autoridad hácia Roque Miranda, éste estaba privado de trabajar, y pospuesto á otros mas modernos y menos simpáticos para el público. Esta circunstancia produjo que muchas personas criticasen la parcialidad de que hemos hecho mencion, y la desaprobasen en todas sus partes, llegando hasta el punto de que se hiciera cuestion pública y casi general. No dejó de animar á Roque Miranda el giro que este negocio habia tomado, y por ello permitió á su mujer que se presentase á S. M. el rey Don Fernando VII, mediante á que á esta no le era difícil, en virtud á la proteccion que la dispensaban muchas personas de suposicion en palacio, y le refiriese al monarca el espíritu de intolerancia de que era victima: la esposa del lidiador á que nos referimos, utilizó sus relaciones para el mejor éxito de la pretension, y como fuese presentada á S. M., y le refiriese el interés que el público tenia en que Roque Miranda saliese á torear, y la oposicion que para ello se presentaba por la autoridad que entendia en el permiso para ello, ofreciósele por el rey la reparacion de semejante injusticia. En efecto, el dia 11 de octubre del citado año de 1828, que fué el cuarto posterior á la presentacion de esta señora á S. M., se fijó con la mayor precipitacion un aviso que copiado á la letra es como sigue:

«Aviso al público.—Habiendo mandando S. M. en su Real órden de 7 del corriente, que se permita trabajar en la plaza de toros de esta córte, al espada Roque Miranda, lo verificará éste en la corrida de la tarde del 13 del corriente, en cumplimiento de dicha soberana resolucion, y matará los toros que le cedan sus compañeros. Madrid 11 de octubre de 1828.»

Dos cosas se notan en la redaccion del anuncio que íntegro dejamos copiado; la primera en nada favorece á su autor, porque deja conocer el disgusto con que cumplimentaba la Real resolucion que en él mismo se alude; y la segunda, la generosidad del Monarca, que cedia á simples instancias, por la satisfaccion de reparar una injusticia, que aun no siéndolo, se consideraba como tal por cierta parte del público que era decidido apasionado del lidiador de que hacemos mencion.

Ocupémonos de la conducta de los compañeros de Miranda en esta tarde: Antonio Ruiz le cedió el primer toro con el mayor gusto; Luis Ruiz tambien practicó otro tanto, y últimamente, Manuel Parra siguió la conducta de sus compañeros. Roque, no olvidó la obligacion que este proceder le imponia, y supo corresponder de un modo que dejó enteramente satisfechos á los espectadores. En esta ocasion lució Roque su destreza, y el público se congratuló consiguiendo ver en el redondel á un lidiador á quien tantas simpatías profesaba. No queremos omitir tampoco, ya que de este incidente nos hemos ocupado, ni aun las ganaderías, á las cuales correspondian las reses que en esta funcion perecieron á manos del diestro que motiva esta biografía. El primer toro que mató Miranda la tarde en cuestion, era procedente de la ganadería de D. Diego Muñoz y Pereira, vecino de Ciudad-Real; el segundo de la correspondiente á D. Joaquin de Gueindulain, vecino de Tudela de Navarra, y el tercero de la respectiva á D. Juan Zapata, de Arcos de la Frontera. Los picadores que trabajaron tambien debieron á Roque muy excelentes quites: eran estos los aventajados Alonso Perez y Juan Martin.

Ya hemos manifestado el júbilo que el público recibió al leer el anuncio de que insertamos copia, y ahora dirémos que algunos de los aficionados al toreo y de los adictos á Roque, condugeron su entusiasmo á un extremo, que suficientemente dejaba manifestado el aprecio que le dispensaban. Muchos celebraron el permiso que á este diestro le fué concedido de Real órden, y cada uno lo practicó á su manera, siendo una de ellas la composicion de unos cuantos versos que con profusion cor-

rieron de mano en mano: pocos nos ha sido posible reunir de los conservados desde aquella época, pero entre ellos harémos mención de unos que expresan la situación de Miranda, y la oposición que había existido para que ejerciese su profesión en la plaza de la corte. Son como sigue:

A ROQUE MIRANDA (RIGORES).

He visto con gran placer
que ya te busca la suerte,
pues que para dar la muerte
la Real orden te dió el sér:
No dejes de conocer
que el público te ha obsequiado,
sírvele bien; mas cuidado
que al momento de lidiar,
en lugar de ir á matar,
no te veamos matado.

Es suerte que hayas triunfado
de quien tan mal te ha querido,
y tanto te ha perseguido
hasta haberte perdonado;
si quieres seguir amado
de todo Madrid entero,
acuérdate de un Romero;
del muy diestro Costillares;
y si á aquellos imitares
serás siempre un buen torero.

No nos ha movido, al insertar estos versos, la idea sublime que de ellos hayamos formado, tanto de su mérito literario como de la originalidad del pensamiento; ambos extremos son bastante limitados, y no es ciertamente la consideración á ello

lo que hemos tenido presente, es solo demostrar la importancia del personaje de quien tratamos en su esfera taurómaca, la que deseamos hacer valer para que nuestros lectores formen idea del numeroso partido con que este diestro contaba, y el poderoso elemento que por esta razon estaba declarado en su favor. No supo utilizarlo, sin embargo, pues en este caso ya habria sacado de ello mucho mas partido del que en realidad consiguió; en lo que debemos culpar mas á sus cualidades morales que á las físicas. A pesar de ello, este incidente que hemos relatado, contribuyó extraordinariamente á que Roque Miranda adquiriese una popularidad sin límites; y á que en los años siguientes fuese buscado con avidez, para escribirlo en la plaza de la corte, con el carácter que le pertenecia, lo cual sucedió en efecto como se deduce de la relacion que antes hicimos, de las vicisitudes de las funciones de toros en la plaza de Madrid.

Desde esta época continuó Roque Miranda en el ejercicio de su profesion, tanto en la plaza de Madrid como en algunas de las de provincia para que era llamado, hasta que en la temporada de novillos del año de 1830, fué invitado por cierto número de aficionados, para picar los dos toros de muerte que en la funcion correspondiente al 25 de diciembre de dicho año debia tener lugar. En efecto, en los carteles que sirvieron de anuncio para la misma, leíase lo siguiente: «Agradecido el espada Roque Miranda á los beneficios que le dispensa este respetable público, se ha propuesto picar en esta funcion los dos toros que su hermano Juan ha de matar por primera vez en esta plaza.» Después decia: «Seguirán dos toros de muerte de la acreditada ganadería de don Mariano García, que anteriormente perteneció á D. Ramon Zapater, vecino del Colmenar, con divisa azul turquí, los que picará Roque Miranda y estoqueará Juan Miranda, acompañado de la correspondiente cuadrilla de bandarilleros, etc.» El público que á la fiesta anunciada concurrió, estaba dispuesto á perdonar algo al improvisado picador de toros, puesto que no era aquella su verdadera profesion; pero nada en-

contró que le estrañase, y por el contrario muchos motivos de aplaudir la perfeccion con que ejecutaba unas suertes ajenas enteramente para Roque. Sus adictos repetian y prolongaban los aplausos que la generalidad de los concurrentes tributaban á Miranda, y con la mayor aceptacion de todos terminó la fiesta en que este diestro alcanzó muy señalados triunfos.

No es esta, sin embargo, la única vez que demostró sus disposiciones en el arte de la lidia, generalmente considerada, pues ejecutó en varias ocasiones otras suertes tambien ajenas á él, y que en su practicaion mereció infinitos aplausos é inequívocas muestras de completa aprobacion. ¿Pero debemos por ello formar el juicio crítico de Roque? No; debemos reconocer por estos hechos sus muchas disposiciones para la lidia, y su fuerza de aficion y voluntad, pero esta circunstancia no nos debe evitar el conocimiento de su verdadero análisis como torero y matador.

Antes manifestamos las cualidades que en él reconocimos, y en ellas aparece cierta discordancia, que despues de esplotarlas cual es conducente, verémos de dónde dimana la falta de perfeccion del diestro, cuyos apuntes biográficos nos ocupa. Roque Miranda, nació para ser un escelente torero, si á su costado hubiera tenido un buen maestro que haciéndole comprender los extremos del arte en todos los casos difíciles que se presentan, le dirigiese hasta perfeccionarlo; mas este le faltó en el primer tercio de su aprendizaje, y necesitado á girar por sí, no pudo nunca adquirir lo que de otro modo le habria sido bien fácil. Un ejemplo de ello tenemos en varias suertes que se le veia practicar con el mayor acierto, porque á otro matador de su época se las habia visto y aprendido con la mas consumada perfeccion. Hablamos de los volapies: los que recuerden este género de suertes en Roque Miranda, y hayan visto al célebre Juan Leon, no nos negarán nuestro tino en discurrir. Mas aunque en el sentido de matador de toros faltábale á Miranda esa generalidad, ¿habrémos de negarle celebridad? No lo creemos justo: nadie lo es-

plica mejor que el crédito y reputacion que supo adquirirse, por cierto bastante distinguida. Y no digamos que esta reputacion se limitaba á determinados puntos; en Madrid es conocido el que disfrutaba, y si la circunstancia de ser hijo del pais, y de reunir muchas simpatías, la consideramos causa principal de ese buen crédito, tambien podemos citar otras ciudades y capitales, en que el público lo admitia con entusiasmo que no disipaba despues de verlo trabajar. Díganlo Sevilla, Valencia, Reus, Brihuega, Albacete, Almagro, Ciudad-Real, Murcia, Haro, Bilbao, Pamplona y otras plazas, en que repetidas veces fué ajustado. Esta es la mejor prueba de su indisputable mérito. A un público puede asistir razones que nada tienen que ver con el arte, para que dispense aprecio á un torador, pero á mayor número, no solo lo creemos difícil, sino que la experiencia nos ha demostrado, que es absolutamente imposible como no se sostenga este aprecio por la perfeccion y el buen gusto.

Hasta aquí podemos avanzar en la definicion tauromáquica de Roque Miranda; hasta aquí tambien lo que arrojan los apuntes y antecedentes que de este diestro hemos podido adquirir en el concepto de su verdadera posicion; pasémos á otros de los incidentes que lo elevaron mas, y por qué á su fallecimiento lo igualaron á los de mas nombre en la lidia.

Serían los años de 1816 cuando Miranda era uno de los que contaban con la mas decidida proteccion del distinguidísimo Gerónimo José Cándido, lidiador de infinitos conocimientos y de una consumada maestría. Ansióso este de que su discípulo se luciera, y de que diese á conocer sus superiores disposiciones para la lidia, preparó en una funcion de toros la salida de uno, que por su estraordinaria configuracion le llamaban el toro *Enano*, el cual debia ser picado, banderilleado y matado por Miranda; este no repugnó aquella especie de prueba, y llegada la hora de la corrida y la salida de la res en cuestion, apareció Miranda á caballo vestido de picador, y con un desembarazo mas propio de un acreditado caballista, que de un simple lidiador de á pié, ejecutó la suerte de varas hasta que

la autoridad dispuso la de banderillas: Roque se apeó en este momento , y despojándose con la mayor prontitud del pesado traje de picador , que cubria al de banderillero , practicó las suertes que á este período competen , pasando últimamente á estoquear al toro con el mayor acierto y aprobacion del público , que sin cesar le aplaudia y colmaba de vítores y aclamaciones. No fué en esta ocasion su maestro Cándido quien menos satisfaccion recibió al escuchar las significativas muestras que el público prodigaba á su protegido , tanto mas cuanto que él mismo conocia la justicia con que obraba. Tambien este buen torero , dió parabienes á su ahijado , y le anunció una ventajosa posicion en el arte , si continuaba en los términos que habia principiado.

Otros muchos hechos notables se refieren de este diestro que tuvieron lugar en varias plazas de provincias , los cuales no enumeramos por no molestar la atencion de nuestros lectores: baste lo dicho, que sin duda es suficiente para formar de él un verdadero conocimiento.

Progresando con bastante rapidez continuó Miranda hasta el año de 1828 , cuya época fué en la que estuvo mas feliz en su carrera artística ; pues consiguió ribalizar con cuántos matadores de toros se conocian por entonces. Antes hemos hecho mencion de todos ellos , y por lo tanto creemos inútil recordar sus nombres. Limitándonos pues á la relacion del lidiador que nos ocupa , y habiendo demostrado lo mas principal de cuanto se le ha concedido , pasaremos á hablar de los últimos años de su vida , no sin consignar antes , que como nuestros lectores habrán conocido , pasó de este diestro la mas perfecta época de su lucimiento , en razon á que sus opiniones le privaron de ser admitido entre sus compañeros : hasta tal extremo era conducida por entonces la aversion á los que no profesaban ideas del género de las que triunfaban.

Nos hallamos en el año 1841 , cuando Roque Miranda fué empleado por el ayuntamiento de Madrid , nombrándole administrador del *matadero*, mas este cargo debia durarle poco , pues no era el mas á propósito para sus instintos: no obstante, sir-

vió el destino hasta la temporada de toros del siguiente año de 1842, en que por razones de compromiso que él mismo buscó, fué escriturado como matador de toros en la plaza de la corte, sin fijar su consideracion en que este extremo estaba precisamente en oposicion á su calidad. Anuncióse públicamente su salida á torear, y los concejales hubieron de pedirle esplicaciones que él satisfizo cumplidamente toda vez que aquellos señores le concedieron permiso para torear cuatro corridas. Trabajó en estas y en otras posteriores, como no podia menos de suceder, atendiendo á su contrata, y entonces el Ayuntamiento se vió precisado á disponer la separacion de Roque del establecimiento á que aludimos, la cual tuvo lugar seguidamente, quedándose Miranda reducido á su principal profesion. No queremos calificar esta conducta, pero á nuestro modo de ver, no fué por cierto la mas atinada en quien como él hallábase ya en una edad, en la que ha pasado la agilidad que se reclama para el ejercicio de la lidia. Bien pronto debió conocer los resultados de su indiscrecion: el día 6 de junio del mismo año de 1842 sufrió una cogida terrible en la plaza de Madrid, de la cual sacó tres cornadas del mayor peligro, por un toro de la conocida ganadería del duque de Veragua. Mucho necesitaba para su completa curacion; pero Miranda no atendia á esta importante circunstancia, y como fuese llamado á torear en Bilbao, emprendió su marcha para aquella poblacion, donde ya se hallaba Montes, que fundándose en que aun no tenia sus heridas cicatrizadas, no permitió que trabajase. Regresó á Madrid, y mejorado en cierto modo, trabajó dos funciones en esta última plaza; que fuéron las últimas en que dejó verse de un público que tanto le apreciaba.

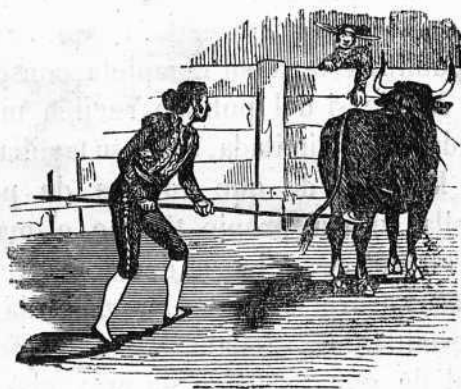
Achacóso ya, y constantemente ocupado en una vida tan agitada como la de un diestro, formósele una fistula en el trasero: los facultativos que fuéron buscados para su curacion, eran quizá de sus mas apasionados, y tal vez el deseo de sacarlo cuanto antes de la situacion que le ocasionaban sus padecimientos, fuéron causa de que equivocasen el método y

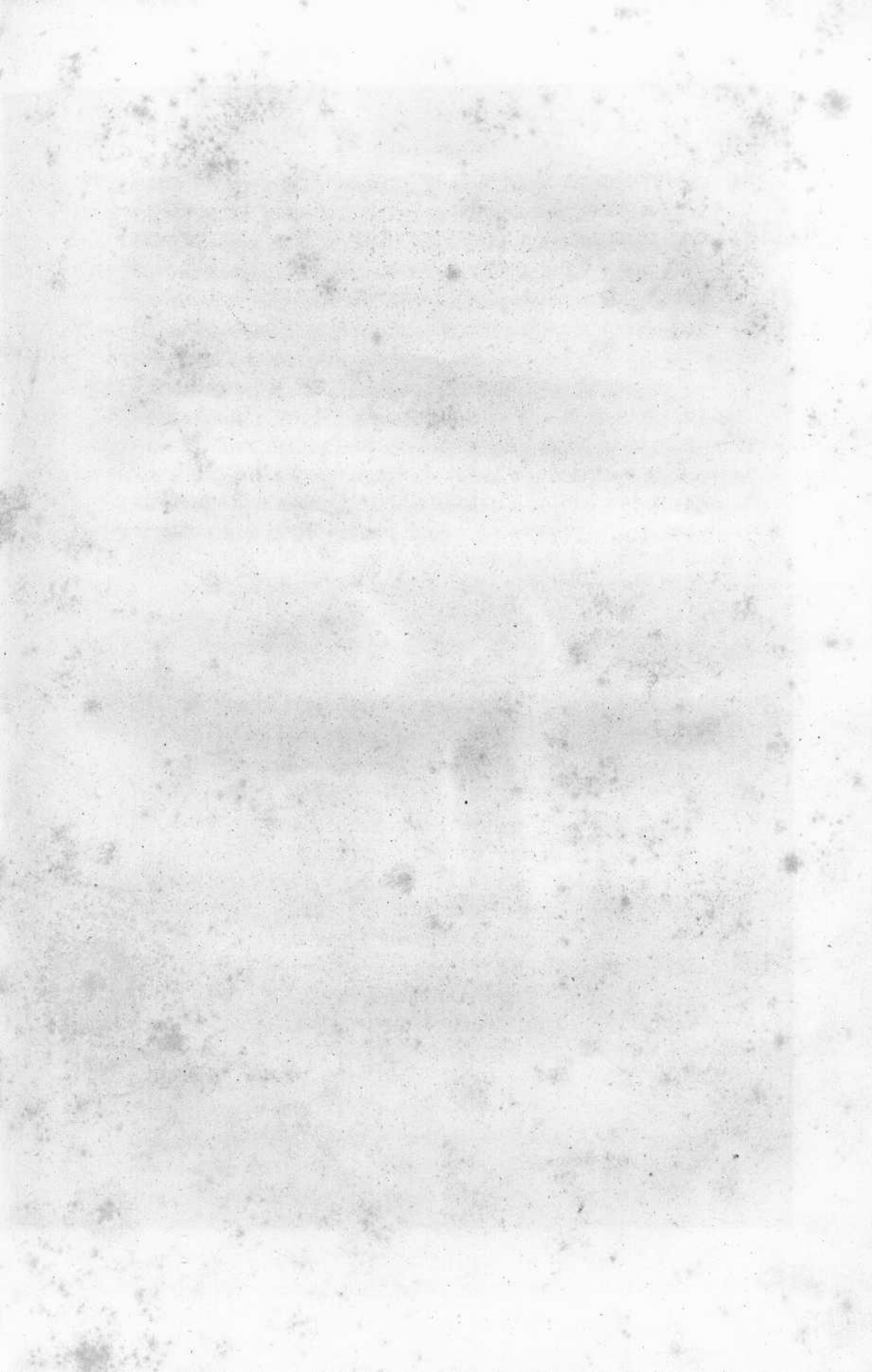
contribuyesen á su muerte. Por último, despues de graves sufrimientos y de tres operaciones crueles que sufrió, exaló Miranda su alma en la noche del 14 de febrero de 1843, en los brazos de su tierna esposa que aun lo llora sin consuelo, y se ocupa en pedir al Todopoderoso el perdon de sus culpas. Favorecida esta señora hoy por su propia familia, no hecha de menos otra cosa que la falta de esposo, cuya imagen mira retratada en una tierna hija que alivia su pesar en cierto modo.

Tales son los antecedentes de Roque Miranda, á quien fáltanos juzgarlo como hombre privado, en cuyo análisis no entraríamos positivamente, si temiéramos no quedar completamente airosos en la relacion descriptiva de sus costumbres particulares.

A ser posible que á Roque Miranda le hubiésemos visto ocupar una eminente posicion social, ya por la fortuna que se adquiriese, ya tambien porque perteneciendo á otra carrera, su suerte le llamara á ocupar cargos especiales, para los que son necesarias ciertas propiedades á propósito; es seguro que jamás lo pudiéramos estrañar. Su conducta pública estaba en completa consonancia con la privada, y así es que si del público recibia muestras de un aprecio y consideracion ilimitada, entre su familia no era menos querido, por la razon de que ademas de poder titularse buen gefe de ella, era al propio tiempo el mas amable esposo y razonado padre, y el mas decidido protector de los demás parientes. Favorecia á estos aun mas allá de lo que sus facultades le permitian; no vacilaba nunca en sacrificar sus intereses, con tal de que resultase en provecho de aquella, y últimamente, podia llamarse el mediador y conciliador de la misma. ¿Y qué dirémos de su conducta pública? ¿Qué de sus tratos, de su formalidad, de su buena fé y de las demás cualidades que recomiendan al hombre en sociedad? Nadie se ha lamentado aun de perjuicios, que por el procedimiento de Roque se le hayan ocasionado en ningun tiempo; todos le conceden estos dotes, y nadie pronuncia su nombre sino para

hacerle en esta parte la debida justicia. Jamás se vió amonestado por autoridad alguna, y habria seguramente pasado á la eterna mansion sin conocer los rigores, ni aun de la persecucion, si no hubieran mediado las circunstancias políticas que tanto influyeron en perjuicio de sus intereses y bien estar. Podemos decir sin incurrir en equivocacion que Roque Miranda, era uno de esos hombres de instintos los mas benignos y excelentes, y que al paso, tenia formado un verdadero concepto de lo que vale un hombre de bien, y dándose este aprecio, no se separó en ninguna época ni estacion de la senda que está marcada por la ley de la sociedad á los que á semejante título aspiran. Por todo ello se nombra á Roque Miranda con cierto respeto, que será conducido con su nombre á la mas remota posteridad.







FRANCISCO MONTES.



Francisco Montes (Paquiro).



CIRCUNSTANCIAS escepcionales hacen que no siempre pueda un escritor presentar sus trabajos al público con la exactitud que deseára, y todo lo nutrida de antecedentes que fuera de su agrado; para satisfacer cumplidamente á los lectores; pero por la misma razon de que en ello hay un especial interés, pocas veces se consigue sin descender en cierto modo y determinadas particularidades: hoy no es esta nuestra posicion en un concepto, mas quisiéramos al tratar del lidiador de quien hemos de hacer mencion, demostrar minuciosamente todas y cada una de las causas que hayan podido influir en la revolucion que en el torreo causó y en todas las demas que contribuyeron á su sobresaliente

crédito. No obstante, el buen deseo que nos asiste subsanará mucha parte del inconveniente contra quien luchamos.

Nos vamos á ocupar de la biografía del lidiador que mas reputacion ha conseguido en los tiempos modernos: esta circunstancia ocasiona naturalmente que sea en realidad la que mas meditacion necesite, puesto que ademas de la importancia que á este diestro se le concede, y que ciertamente tiene, cuenta tambien con un indestructible apoyo en la opinion pública; que á fuer del afecto que se le profesa, suele en ocasiones aparecer parcial, hasta el punto de negar ó conceder todo y no parte. Resbaladizo es el terreno por donde debemos transitar para fundarnos en el juicio crítico que del matador de toros cuyo nombre figura por cabeza de estos apuntes, debemos hacer, con la franqueza é imparcialidad que acostumbramos, pero por mas delicada que esta mision parezca, no desistiremos de continuar nuestra marcha, basada en profundas convicciones y en el resultado que la experiencia nos ha proporcionado.

Al tratar de este célebre lidiador, quisiéramos haber podido reunir todos los datos mas esenciales de su vida artística, para consignarlos en nuestra publicacion; pero esto, que con tan buena fé hemos ansiado y procurado poseer, no nos ha sido posible adquirir bien á nuestro pesar. Ni buscando la mediacion de los mas íntimos amigos de Francisco Montes, ni las reclamaciones que directamente hicimos al mismo, ni ninguna otra diligencia de las practicadas, fuéron suficientes para que se nos dieran los antecedentes de su vida pública y artística: es verdad que jamás nos fuéron negadás, pero es tambien exacto que no se concedieron. Sin ellas, ¿qué recurso quedaba al biógrafo? Recurrir á muchas de las personas que con su amistad se honran, desde que abrazó la profesion de lidiador, y que estos nos facilitarán lo limitado que les era dado y posible, y contentarnos con esta simple adquisicion. Dudamos al propio tiempo que semejante conducta sea hija de la voluntad de Montes, que nada habia de temer de nuestra pluma, toda vez que su reputacion está á mayor altura de la que pueden alcanzar los dardos de un juicio crítico siempre fundado y nunca par-

cial, como se nos debe suponer. Repetimos que por ello abrigamos un sentimiento, siquiera, porque no nos es posible complacer á nuestros lectores, dándoles una biografía nutrida de las noticias de todos los acontecimientos mas esenciales é importantes de un lidiador tan acreditado como Montes; pero en medio de esta imposibilidad, procuraremos cumplir en el concepto de críticos, de modo que poco dejemos que desear.

Es indudable que Francisco Montes nació para lidiador de toros, si atendemos á las dotes físicas con que la naturaleza lo adornó, pero tambien es cierto que si estas facultades no se hubieran hermanado con algunas cualidades morales, tampoco se habria distinguido tanto, ni merecido el crédito que ha llegado á disfrutar. Puede atribuírsele así mismo la cualidad de afortunado, porque en los tiempos de su agilidad, hubo una decidida proteccion por el arte de la lidia, la cual se condujo hasta el extremo de haber creado una escuela de tauromáquia, y colocado en ella para la enseñanza de los alumnos á este ejercicio, á dos hombres eminentes en el arte, que no economizaban sus lecciones y que supieron dar á la escuela la forma mas conducente para el aprovechamiento de los que á la misma asistian para seguir despues la profesion de torero. Importante fué para Montes este elemento de educacion artística, pues sin él, tal vez no habria jamás llegado á la altura que ocupó. Esenciales eran á la verdad para un aprendiz de lidia, las lecciones que recibia en el terreno de la práctica, bajo la direccion de los dos maestros Pedro Romero y Gerónimo José Cándido, los dos á cuan mas dignos para un cargo de semejante naturaleza. Consultemos los resultados, y estos nos demostrarán la exactitud de lo que encomiamos. Estas particularidades reunidas, parece que indicaban la oportunidad para abrazar la profesion de lidiador á todo el que tuviese disposiciones para ello. Así era en efecto: ni un solo alumno de aquella época ha dejado de manifestar el aprovechamiento de que le sirvieron aquellas lecciones, que le fuéron dadas en los primeros ensayos de tareas artísticas. Y es así: los dos antiguos diestros que utilizaron para la direc-

cion de aquel establecimiento, fueron sin duda alguna los mas autorizados de los existentes ; sus vastos y profundos conocimientos en las reses y en el arte de lidiar, garantizaba la eleccion del nombramiento, porque á ellos nadie igualaba, nadie llegaba tampoco.

Despues de los conocimientos mas ó menos latos, mas ó menos exactos que Montes adquirió en la escuela de tauromaquia, hubo de cesar aquella, y verse nuestro hombre precisado á continuar por sí en el ejercicio, tanto porque ya habria formado la intencion de abrazar la profesion de torero cuanto por que su situacion parecia exigirlo, en razon á sus inclinaciones y situacion particular : en este caso parecia prudente que Montes se proporcionase un matador acreditado, para á su lado y bajo su direccion perfeccionarse lo mas posible, y poder seguir luego adelantando en el terreno de la práctica ; pero si tal era la obligacion que tenia, la desentendió sin duda segun la distinta conducta que siguió, si el relato que de estos sucesos nos han hecho, no es todo lo verídico que lo conceptuamos.

Creyó sin duda que se encontraba en camino de adquirirse por sí propio lo que para su perfeccionamiento faltaba, y aun opinamos de que sus deseos fuesen los de no merecer nada á ningun otro matador de los que actuaban por la época de su aparicion. Dificil le fué á Montes la particularidad de que fijasen la consideracion sobre él, como así parece consiguiente, atendiendo á las ningunas noticias que el público tenia de este hombre, oscuro todavía en el concepto de lidiador, pero antes de estacionarse bajo la tutela de otro, quiso sufrir los rigores de la suerte, por mas contraria que esta se le presentase. Tales parecen ser los primeros acontecimientos que hubieron de tener lugar en la historia de las vicisitudes del matador de toros á quien aludimos, despues que figuraba como uno de tantos en el gremio tauromáquico.

Francisco Montes debia su nacimiento y crianza á la villa de Chiclana, y á esta poblacion se retiró para en ella aguardar la ocasion de manifestar su importancia en el arte de la lidia:

algun tiempo pasó sin que utilizado fuera en este concepto; mas él sufría esta postergacion tan resignado como el que mas, ocupándose una que otra ocasion en torear reses bravas que á aquel matadero eran conducidas. Asegúrase tambien por personas regularmente autorizadas, que Francisco Montes era por entonces buscado con avidez para conducir á su terreno á las reses extraviadas, lo cual practicaba con el auxilio de una capa ó manta, consiguiéndolo en todas ocasiones de una manera sorprendente, por cuya razon, se le atribuye de estas causas, la procedencia de su acierto en el toreo de capa, que fué sin duda al que mas aficion le tuvo desde que á la lidia se dedicó. Todos estos antecedentes y algunos que otros tambien de interés, dieron una idea á muchas personas de que Francisco Montes estaba llamado á figurar entre los matadores, y á ocupar un puesto bastante aventajado entre los mismos. Por espíritu de inclinacion quizá, hicieron mencion de este diestro, y la voz circulaba de boca en boca, comentada hasta el punto que suele acontecer; y aquí tuvo origen el principio del conocimiento del lidiador á que nos referimos. Un cierto número de funciones se le proporcionaron por las mismas razones que llevamos espuestas, y en ellas demostró que no era favor que se le dispensaba, lo que se referia entre sus adictos, sino justicia y verdad deducida de sus hechos. Parecia muy natural que segun se aumentaba la reputacion de Montes, fuese este tambien adquiriendo posicion, avanzando por consecuencia en categoría, y ocupando asimismo otras plazas de las de primer orden y mayor importancia: se oponia á todo ello la circunstancia de que tres muy acreditados matadores de toros, eran reconocidos como lo mas sublime del ejercicio, y los públicos preferian estos conocidos á otros cuyo mérito fuese problemático; pero habia un término medio que adoptar, y este era prestarse á trabajar sin pretensiones, y solo con el objeto de darse á conocer; mas tambien á la realizacion de este medio se ocurrían inconvenientes que vencer, los cuales, si bien no eran de entidad, podian no ser valederos, pues pendian en el aprecio mas ó menos positivo de personas cuya situacion lo alejaban de toda

influencia presente, sino de anteriores consideraciones. Francisco Montes determinó pasar á la córte despues de proveerse de una recomendacion para el conocido y simpático matador Roque Miranda, la cual procedia del distinguido Gerónimo José Cándido, que en efecto no dejó de servirle de inmensa utilidad. En unas funciones de toros que debian verificarse en la plaza de Aranjuez, practicó Montes su primera salida, para ser reconocido por el público de estos paises, y no puede lamentarse seguramente de haber pasado desapercibido. Infinitos aplausos se le prodigaron en aquella tarde, en la cual no estuvo por cierto desatinado. Regresó á la córte nuevamente, y como se dispusiesen distintas corridas, fué Montes escriturado por las funciones de aquella temporada, haciendo su primera salida en la misma, la tarde del siete de mayo de 1832. El primer espada Antonio Ruiz (el Sombrerero), bajo cuya direccion estaba la plaza, no dejó tambien de influir en favor del diestro que ños ocupa, para su ajuste, y desde entonces, nada podrémos decir que iguale á la velocidad con que Montes consiguió crearse la mas distinguida de las reputaciones, aumentando en la misma proporcion el número de sus amigos y adictos.

Antonio Ruiz dejó de llamar la atencion al público de Madrid, y al siguiente año, Francisco Montes fué ajustado con Roque Miranda, á quien asimismo se antepuso. Los que hasta esta época lo habian mirado con una glacial indiferencia, ya aspiraban á un simple saludo del nuevo matador de toros; los que antes de su crédito negaban sus buenas cualidades, ya se ocupaban en elogiar hasta la mas insignificante de sus acciones en el redondel, y todos á una voz encomiaban á Francisco Montes donde quiera que al mismo se mencionaba. No es extraño que el matador de toros, cuyos apuntes biográficos relatamos, ó mejor dicho del matador de quien hablamos, metodizase su conducta en tamañas circunstancias, pues se le presentaba la ocasion mas favorable de utilizar y hacer valer la habilidad, destreza y maestría debida á su inteligencia. No queremos dejar abandonada la senda de imparcialidad que nos

hemos trazado desde luego, y por lo tanto debemos decir, que no obstante lo merecido por Montes en aquella época, aun le restaba algo que observar en las reses, para titularse un completo lidiador. Despues avanzó á este último extremo, y unidos sus conocimientos al valor y serenidad, cuyas dotes tan características le fuéron siempre, llegó al apogeo que podia aspirar. Su nombre corrió por todos los ángulos de España y del extranjero; todos ansiaban la ocasion de conocerle, y este deseo fué tan vehemente hasta para las clases mas elevadas, que procuraron una ocasion para admirarle; y tuvo su realizacion en una de las poblaciones mas inmediatas al confín de España, donde concurrieron príncipes y dignatarios que se disputaban la ocasion de prodigar obsequios al lidiador español.

Notable revolucion causó Francisco Montes en el arte de torear; notable tambien fué siempre su sistema que jamás alteró por ningun motivo, pero mas notable y extraordinario fué el furor que causó en el público de España, generalmente hablando, durante los buenos tiempos de su carrera artística. Ni un solo hombre de los que aficion profesan á este género de espectáculos, ha dejado de desear la amistad de Montes, por preocupado que fuese en las rancias ideas de los antepasados. ¿Y no esplica esta parcialidad mucho mas de lo que nosotros pudiéramos decir de este diestro, en abultados volúmenes? Ciertamente que sí: nada mas expresivo que el lenguaje de los hechos; y nada mas significativo que la observacion de los resultados. Francisco Montes supo adquirirse un crédito casi general; tambien supo sostener la apreciacion que el público le habia una vez dispensado; y de este modo las cosas, optó por retirarse, cuya conducta debió haber seguido sin alteracion, puesto que nada le restaba que aumentar á su corona triunfal. Algo debemos dispensar tambien al que nunca se deslizó del terreno que debia ocupar, y por lo tanto, no queremos censurarle este último mal paso de su vida taurómaca:

Volviendo pues á tratar sobre las consideraciones que Fran-

cisco Montes ha merecido por razon del perfeccionamiento que dió á la lidia, dirémos al propio tiempo, que juzgado bajo este solo aspecto, no habria seguramente alcanzado tan señalados triunfos, como la experiencia nos lo demuestra al consultar la de otros diestros tan acrehedores como el de que tratamos, si la época no le hubiera favorecido tanto: en los años de la aparicion de Francisco Montes, yacía la aficion á toros en un estado particular de postracion, que reducia considerablemente el número de los adictos á este género de espectáculos, y aun reinaba tambien un estragamiento en el gusto de los concurrentes á tales fiestas, que no parecia sino que era llegado el tiempo de que las corridas de toros tocaban á su término. En este caso, parece natural que á la simple presentacion de un diestro desconocido, podia ser fácil una completa revolucion en estas funciones, así como la reaccion del gusto antes perdido por los aficionados, siempre que el nuevo campeon mereciese alguna distincion ó algun valor de extraordinaria especie: por lo tanto, el tiempo en cierto modo favorecia á este diestro en el concepto de oportunidad para constituirse el regenerador, si de su cosecha tenia cualidades á propósito. Montes no dejó de comprender su situacion, y aun cuando su estado de adelantos por entonces no era el mas distinguido, tenia sin embargo muy excelentes condiciones, para quedar airoso en el cometido que en tal caso se habia impuesto: las utilizó como debia, y todos conocen el crédito que supo adquirir por esto á que damos el nombre de cuestion de oportunidad.

Pasando ahora á la cuestion de habilidad y maestría, ¿qué dirémos de Francisco Montes? Diversas son las opiniones que existen sobre el fundamento de su reputacion: unos la atribuyen á las muchas facultades físicas de que siempre hizo alarde; otros á este elemento y á su mucho corazon para las reses; y los mas, últimamente, á su método y otras diferentes particularidades. Nosotros tenemos tambien formada nuestra opinion, y en nuestro concepto acertada, porque es hija de la observacion mas justa y desinteresada, la cual emitirémos mas ade-

ante; pero entre tanto quede consignado que Francisco Montes nos merece el juicio de un buen torero en toda la significacion de la palabra, para cuyo convencimiento no hay mas que fijar la atencion sobre determinadas operaciones que practica en infinitos casos, á las cuales adorna siempre una serenidad á toda prueba, hija del mas excelente y consumado valor. Ya hemos dicho en mas de una vez, que no queremos bajo ningun concepto que se nos considere parciales en la clasificacion de ninguno de los lidiadores cuyos apuntes nos ocupen ó hayan de ocuparnos, y aunque si bien es cierto que no estamos completamente de acuerdo con las opiniones mas generales, relativamente al lidiador de quien tratamos, no por eso habrémos de desconocer su excesivo mérito, á la verdad de bastante consideracion. Se nos podrá decir que somos incompetentes y desautorizados para clasificar á Francisco Montes, puesto que hasta carecerémos de la inteligencia necesaria para conocer el verdadero valor de muchos de los procedimientos de Montes ante una res; y que podrá ser tal vez de suma importancia lo que á nuestra vista pase enteramente desapercibido. Muchas contestaciones ventajosas se ocurren para desvanecer esta reprobacion, toda vez que el arte en cuestion es ya bien conocido; y aunque esa circunstancia no existiera, baste que esté sujeto á reglas para formarse de sus operaciones, un juicio exacto y verdadero. No creemos tampoco que ni aun los mas decididos amigos de Francisco Montes, se opongan á nuestro juicio crítico, cuando desde luego confesamos su importancia y reconocemos sus vastos y profundos conocimientos.

Siguiendo pues en la descripcion de la historia del lidiador de quien tratamos, diremos algo sobre su particular mérito en la direccion de una plaza, en la parte concerniente á un primer espada. Francisco Montes no desconoció jamás las obligaciones que como gefe de lidiadores tenia en el redondel, y siempre se le vió fijo en su correspondiente lugar, sin abandonar por eso la atencion de que sus subordinados ocupasen así mismo el lugar correspondiente. Este cuidado que el célebre

Montes ha antepuesto y dado una preferente importancia, ha pasado, sino en deshuso por muchos de sus antepasados, al menos olvidado hasta un extremo que en cierto modo haya podido afectar hasta á su buen crédito, si lo merecian y se lo habian granjeado: Montes sin duda hubo de comprenderlo bajo su verdadero punto de vista, y aplicó el remedio mas eficaz, siendo esta causa una de las primeras que llamaron la atencion del público, y le inclinaron en favor del lidiador á quien nos referimos. Sus banderilleros, sus picadores, todos sus dependientes en fin, se encuentran siempre en su puesto, porque á cada uno de ellos sabe marcárselo con la debida anticipacion, señalándoles al propio tiempo sus bien entendidos deberes. Analizado este extremo, pasemos á considerar á Francisco Montes en otras particularidades. La capa de este célebre lidiador, es sin disputa una de las mas eficaces para los quites á los picadores, en cuyas suertes manifestó siempre una distincion especial, pues en no pocas ocasiones se le ha visto que no siendo suficiente su capote y sus oportunas llamadas á las reses para hacerla separar del picador y el caballo, agarraba al toro y lo sujetaba por el rabo, antes que ocasionase una desgracia. Cuando no era necesario conducir á tanto extremo sus cuidados, se concretaba á la practicacion de estos quites, de la manera ordinaria que todos conocen, pero siempre con el cuidado de despedir al toro por el costado que proporcionase su fácil salida, y dejando en completa seguridad á los que de otro modo pudieran temer una desgracia. Y es bien seguro que por esta razon mejoraban de condicion muchos de los picadores que con él trabajaban: ese elemento de confianza para el diestro de á caballo, influye muy poderosamente en su mejoramiento, pues se lanza sin temor de peligro, hasta el extremo que no es fácil discurrir. Tambien aprovecharemos esta ocasion para prevenir á quien corresponda, de los buenos efectos que produce en favor de los diestros, estos y otros extremos de cuidadosa conducta, que tanto sirve para adquirirse una buena reputacion.

Hemos reconocido en Francisco Montes estas recomenda-

bles cualidades , que á la verdad no dejan de ser de la mayor consideracion , y ahora nos ocuparemos de su mérito particular en el capeo. Francisco Montes ha sido objeto de numerosos y nutridos aplausos de cuantos públicos le han visto trabajar con la capa , pero conviene hacer su justa clasificacion en esta parte. Hay suertes favoritas, digámoslo así, del diestro en cuestion , las cuales son ejecutadas por él de una manera admirable y una perfeccion poco comun , pero otras se han practicado con el mayor arte , por diferentes diestros de su época, y en razon á ello no le encomiamos como en otro caso haríamos: mas en las suertes llamadas al natural , está Montes sin disputa á la altura de su reputacion. Mucho se necesita para igualarle y aparecer con el desembarazo que en Montes se nota. Su capote entretiene á la res y aun la sujeta segun á la voluntad del torero cumple , y esto es una de las cosas que no debemos desentendernos para juzgarlo con acierto y en toda su estension. Pasemos á tratar del matador de toros y veamos lo que del análisis resulta.

Francisco Montes considerado como matador de toros, deja algo que desear en los primeros momentos de este período; y nos esplicamos así, porque un hombre que dispone de una reputacion tan considerable , justo parece que se exija de él cuanto cabe de ejecucion á quien tanto se le tributa. Fundando nuestra opinion , diremos que una de las primeras circunstancias del diestro , es reconocer el terreno que la res prefiere durante la lidia , porque como á él conserva mas queren- cia, en él debe tambien dársele la muerte , lo cual proporciona en muchas ocasiones el mayor lucimiento de la operacion: pero Montes á mayor altura que este principio de arte quizá, y con sobrado valor para no fijar su consideracion en esta parte, pocas veces obedece á sus conocimientos, y aun con exposicion las trastea y las obliga con su mano izquierda, á que perezcan en donde quiera que á sus deseos cumple. Ignoramos si esta circunstancia le ha producido algunas cogidas que pudie- ra haber evitado ; mas es lo cierto que tal es su sistema, y que ni la experiencia le ha dado motivo á la correccion de tal de-

fecto. Juzgada despues la defensa de su muleta, nos parece asimismo excelente; ¿pero qué hemos notado en ella? Lo diremos: la muleta de Montes por muy perfecta y defendible que aparezca, necesita el auxilio de su antigua agilidad para su completo lucimiento: es franca, sencilla, inmejorable en estos conceptos, pero que por sus mismas condiciones ha de menester de mayor agilidad, y tal como la poseia este célebre lidiador, en sus buenos tiempos de lijereza. Y para probar esta verdad, consúltese la esposicion en que se situaria otro lidiador cualquiera, que profesando el mismo método ó manejo de este elemento, no tuviera la serenidad que á Francisco Montes le es tan propia. La experiencia nos demostraria que á su solo valor corresponde aquella, puesto que con la oportunidad que solamente permite el escésivo valor, es el único medio de precaver los peligros que origina su método en trastear. ¿Y podrá negarse que los muchos conocimientos que Montes tiene en la condicion de las reses, es quizá una razon de mucha entidad para que no haya sido antes víctima al furor de un toro? Contesten todos si en el concepto de muleta de defensa, es la de Montes cual puede desearse. Asimismo diremos en obsequio á la justicia, que no por eso la conceptuamos indigna, ni falta de un mérito especial; por el contrario, la creemos tan digna de un buen reputado lidiador y á tanta altura, que creemos tambien que para quien no posea profundos conocimientos en las reses y en la lidia, y no tenga una gran serenidad, un escésivo valor y muchas facultades físicas, es incompetente, espuestísima, comprometida en fin, y sin resultado de utilidad.

Ocupándonos de Montes como estoqueador, nada podremos decir que le favorezca: en nuestro juicio y en el de muchos de sus mas entusiastas apasionados, no parece el mismo hombre que ha trasteado la res; mas claro, no corresponde á sus otros antecedentes. Si nos detuviésemos aquí, y no hiciésemos una esplicacion mas lata, y cual exige nuestro juicio en esta parte, podríamos aparecer parciales, y aun interesados en el descrédito de Francisco Montes; pero con el fin

de salvar toda inculpacion, daremos todas las razones que nos asisten en apoyo de nuestra opinion y con el fin de demostrar en el concepto que este célebre torero nos parece inferior á su buena reputacion. Como hemos dicho antes, Francisco Montes es un torero de valor, de conocimientos, de serenidad, de buenas suertes y de todas las demás condiciones estimables para singularizarse; pero ¿este lidiador aparece siempre que estoquea á la altura del que posee tantas y tan distinguidas cualidades? Creemos que no: el que como él estuvo tan ayudado de la naturaleza, no debió dar jamás estocadas atravesadas. Pero hay mas, y en esta parte nos confunden nuestras observaciones y el resultado de aquellas. Este mismo diestro cuyo procedimiento en ocasiones, y aun las mas veces, nos deja tanto que desear, en otras se nos presenta á mayor altura si se quiere que lo que exige su buen crédito. Le hemos visto recibir toros á la muerte de una manera que causaria envidia al mismo Pedro Romero, perfeccionador de esta suerte: le hemos visto consentir al toro, de que iba á dejarse coger, y cuando la res persuadida enseñaba el sitio de su muerte, Montes le acertaba una magnífica estocada *por todo lo alto*, y sin moverse ni una línea del sitio que ocupara. Muchas veces le hemos visto practicar esta misma operacion de una manera especial, pero infinitas tambien lo ha ejecutado como el matador de toros mas adocenado, comparativamente á la extraordinaria reputacion de que goza. Dificilmente podrán deducirse las razones que influyen en semejante inconsecuencia por parte del diestro cuyo juicio crítico describimos; y nos esplicamos así, porque hemos notado que la casualidad de ciertas y determinadas reses no toman participacion en esta conducta, toda vez que le hemos observado estar mucho mas oportuno é inspirado en los recursos á que ha apelado en no pocas ocasiones, para triunfar de un toro de pésimas condiciones, durante el período de la muerte. Y entonces, ¿qué causas pueden motivar tales procedimientos? Delicada es la materia; pero decididos á no omitir esplicacion alguna, diremos lo que alcanza á nuestra pobre inteligencia. Francisco Montes fué siempre un torero de

genio mas que de arte, generalmente hablando, y como el público debe conocer, sus facultades físicas fué el mas poderoso elemento con que este lidiador contaba al dedicarse á este ejercicio, y el que mas eficazmente contribuye á que se distinguiera desde luego y adquiriese ese crédito colosal que disfrutaba. Así considerado, podrémos asegurar que al torero de genio que estaba dotado de los elementos mas eficaces que necesarios le eran, fácil le sería encumbrarse en un tiempo limitado, puesto que nada arrebató al público como los hechos inesperados que á la vez proporcionan el mas consumado lucimiento: su misma condicion de lidiador de génio le ha proporcionado la oportunidad en utilizar esos mismos recursos con que la naturaleza le favoreció, y de utilizarlos con el aprovechamiento que todos ó la mayor parte de nuestros lectores habrán tenido lugar de observar, pero no precisamente en todos los momentos, sino en los que obraban los efectos de esa cualidad sola y de mas poder de todas cuantas cabe á la humanidad.

En justificacion de nuestro aserto, fijemos una mirada sobre el último período de la época de Francisco Montes, y veamos qué resultado nos dan las mas prudentes observaciones.

Despues de haberse dedicado este célebre lidiador por algun tiempo al cuidado de los intereses que supo adquirirse durante su vida tauromáquica, volvió otra vez á la activa de su ejercicio, ¿y qué encontró en ella? El desengaño que era consiguiente: halló la falta de sus facultades físicas que tan oportuna y hábilmente habia antes combinado con el génio, producto de su anterior celebridad, y desnudo del mérito que ambos extremos le proporcionaban, apareció en inferior escala, no obstante sus buenos deseos y lo que de su parte puso para no desmentir la razon de su buena reputacion. Sacrificios son estos, que á la verdad tienen un mérito especial, dignos de que Montes no desmerezca de lo que una vez se le tributó; pero con relacion al juicio que estos antecedentes reclaman, solo dirémos que queda justificada la opinion que antes emitimos. Sin que nuestro ánimo sea el de rebajar en lo mas mínimo la justa cele-

bridad de Montes, ni menos presentarlo á los ojos de nuestros lectores con el carácter de un usurpador del crédito que no le pertenece, dirémos tambien que en este diestro no hemos observado otra cosa en esta última ocasion de su vida artística, que al lidiador de experiencia y conocimientos, y al de valor y buenos deseos, interesado á la vez en sostener la posicion que antes se habia adquirido. Estos buenos deseos fuéron conducidos hasta un extremo que no hay necesidad de recomendar, porque nadie ignora que los antepuso hasta á su existencia.

Sentiríamos sobre manera que se nos pudiera atribuir parcialidad en la esplicacion del juicio crítico que de Francisco Montes llevamos hecho; le concedemos esa especialidad que todos sus mas decididos amigos; reconocemos la importancia de sus cualidades, y aun confesamos, que dedicado con mas asiduidad al arte de torear desde su mas tierna edad, quizá habríamos visto reproducidos en él á aquellos perfectos diestros cuyos nombres se han immortalizado y llegarán á la mas remota posteridad, siendo siempre respetados de cuantos adopten ó pertenezcan al ejercicio de la lidia.

Volvemos á repetir lo que al principiar estos apuntes dijimos del célebre torero Francisco Montes: quisiéramos ser dueños de todos los antecedentes de su vida pública, para haber hecho de ellos una amplia narracion, y para referirlos los que tienen relacion con su vida artística, con la imparcialidad que nos guia: de este modo tendríamos lugar de tratarlo cual sus buenos antecedentes reclaman, y haciéndole la justicia que ellos deben merecer. Este diestro para nosotros tiene el mérito particular de aprecio que tributamos á todos los que se distinguen en la profesion á que se hayan dedicado, porque entusiastas de las glorias de nuestro pais, no podemos menos que tener afeciones á cuantos las consigan, sea cualquiera el concepto en que merezcan la celebridad. El lidiador que nos ocupa ha merecido por su aventajamiento en el toreo, distinciones y obsequios de personas de muy alta gerarquía, y otras muy notables por su posicion social, y de consiguiente, para nosotros tiene este atractivo y motivo de simpatías; pero ni aun esta razon tan de

suyó poderosa y de una extremada importancia, nos hace separarnos ni un ápice de la senda del deber. El concepto que Montes nos merece desde que tuvimos el gusto de verlo trabajar la primera vez, y que despues la experiencia nos ha confirmado en repetidas ocasiones, es el mismo que hemos emitido, reservándonos muchas y muy poderosas pruebas que testimonien la verdad de la opinion sentada. Al propio tiempo que así nos esplicamos, conviene hacer una aclaracion que nos ponga á cubierto de toda idea que nuestros lectores puedan formarse, la cual influya en perjuicio del concepto que hasta ahora hayamos podido merecerle. No es una necia pretension la nuestra al decir que Francisco Montes es y ha sido mas torero de genio y facultades que de arte; no es tampoco el deseo de figurar en el bando opuesto al que pertenecen tan crecido número de personas, como el célebre lidiador cuenta en sus mas decididos apasionados; no es tampoco el efecto de una condicion díscola, ni nos mueve el ánimo de pugnar contra la pública opinion: nada de esto influye en la clasificacion que de este diestro llevamos hecha: es solo la conviccion de que su verdadero análisis es, el de que la celebridad de que disfruta y ha merecido siempre, fué producto de su genio. Antes no queda duda que lo habriamos callado, porque en nuestro apoyo no era fácil encontrar razon de importancia que nos dejara aiosos; pero despues que el mismo Montes lo ha demostrado en distintas funciones que le hemos visto trabajar, ¿por qué no emitir con toda franqueza, lo que parece y es realmente verdad? Es evidente que el célebre lidiador no debió lanzarse al redondel en este último tercio de su vida, porque así habria conservado el crédito de torero de genio y arte, que ahora se pone en duda hasta por los mismos que siempre le han prodigado sus afectos y dispensado las mas significativas consideraciones. Mas al conducir nuestras aclaraciones hasta este extremo, y confesar al mismo tiempo que la reputacion de Montes es justa y su celebridad dignamente adquirida, ¿se nos puede apellidar parciales? No y mil veces no: con semejante conducta no merecemos otro título que el de

justos é imparciales , porque tratando cada cosa en su verdadero terreno , procuramos por su valor y nada mas. ¿Se negará quizá que un artista de genio es menos sublime que otro de arte? No. Por eso no creemos rebajar en lo mas mínimo la buena reputacion del célebre Francisco Montes, colocándolo en su puesto y no concediéndole ni negándole mas que lo suyo y lo que le pertenece. Algunos entusiastas de su opinion , mal avenidos con la agena y esclavos de la que le transmiten otros , nos acusarán de parciales por lo menos , pero el lector que medite y consulte , nos concederá la razon que es cuanto apeteecemos y á todo lo que procuramos aspirar. Al hablar de otros lidiadores contemporáneos de Francisco Montes , hemos elogiado el arte con que han practicado las distintas suertes que constituyen el toreo, y de su genio nada hemos relatado , porque no reconocíamos en ellos esa cualidad ; pero ahora, sin entrar en comparaciones , porque ademas de la odiosidad que inspiran, son agenas del lugar, ¿qué se desprende de todo ello? El único resultado que facilita la consulta de antecedentes y propiedades es , que la única diferencia que existe entre un torero de arte y otro de genio , consiste en que la vida artística de los que poseen la primera cualidad es mucho mas larga , mucho mas duradera, y bastante menos espuesta que la de los dueños de esta última propiedad. ¿Se nos podrá negar la verdad que encierra esta opinion? La experiencia contestará por nosotros; fíjese aunque de paso la imaginacion en la historia de los tiempos , y esta podrá asegurarnos de la exactitud que encierran nuestras palabras.

Emitida nuestra franca opinion relativamente al mérito tauromáquico particular del célebre lidiador Francisco Montes, y de repetir una y mil veces, que nuestro ánimo está muy distante de perjudicar en lo mas mínimo la reputacion bien adquirida de este diestro, por cuanto reconocemos en él las mejores propiedades que deben apreciarse para distinguirse en la lidia, réstanos manifestar algunas particularidades de este acreditado diestro, que queremos dejar consignadas, como justo tributo á la razon y la notable fama que llegó á dis-

frutar. Estas tienen relacion á los numerosos obsequios prodigados á Montes, por la mayor parte de los públicos de las plazas que en sus buenos tiempos ha recorrido, que son las de toda España, con muy cortas escepciones: esto es indudablemente una satisfaccion para el mismo Montes, que ha encontrado una general simpatía entre sus conciudadanos, y para nosotros á la vez que hallamos ocasion de reconocer los triunfos que constantemente ha sabido adquirirse. Además de esta circunstancia, Montes puede gloriarse de que pocos lidiadores han sido tan favorecidos como él, tratándose de amistades, pues las sostiene en no escaso número de personas de suposicion y valimiento; y tanto de estos como de otros de elevada posicion y alta gerarquía, conserva recuerdos de inequívocas pruebas de consideracion y afecto que ostenta con satisfaccion.

Hasta aquí la vida artística de Francisco Montes, juzgado, no con severidad, sino con el detenimiento que exige su distinguida reputacion, y á la altura de su crédito, en cuya situacion hemos debido considerarlo para formar el juicio crítico de este diestro: más tolerantes seríamos con otro cuyo crédito fuese mas inferior para el concepto del público en general, porque en semejantes circunstancias no estaba tan marcada la mision del escritor que consigna los hechos para todas épocas, y los mas remotos tiempos: en tal virtud hemos creido como un deber nuestro la clasificacion de Montes como lidiador, que segun hemos insinuado tenemos pruebas solemnes para reconocerlo como un diestro aventajadísimo en determinadas cosas, pero no por eso habrémos de abandonar nuestras convicciones, y conceptuarlo acertadísimo y perfecto cuando su cualidad de torero de genio, no lo eleva á tanta altura.

Baste lo dicho; y ocupémonos de este mismo hombre fuera del círculo artístico.

Persuadidos hasta la evidencia de que Francisco Montes ha desaparecido para siempre del redondel, se nos permitirá juzgarlo como hombre, en lo que este célebre lidiador no deja

tambien de ser digno del mayor aprecio. La vida privada de Montes, es de todo punto justificada y altamente recomendable, siquiera por la preferencia con que atiende al mejoramiento de su familia, á la cual presta cuanta proteccion es posible á su situacion: pero no parece esta conducta lo mas especial de Francisco Montes, ni es en efecto extraño que así proceda en virtud á su situacion, constituyéndose en el mas firme apoyo de aquella, sino que prodiga tambien sus favores á los extraños, que necesitados, imploran su compasion, sin que tales generosidades las mencione jamás. Acciones son estas que exigen una esmerada educacion, ó al menos unos instintos sumamente bondadosos para la observancia de semejante conducta. Y no se crea que en esta parte comentamos los hechos en favor del diestro que nos ocupa. Su generoso y delicado comportamiento en esta parte no necesita comentarse para aumentar su importancia. Así nos lo han asegurado muchas personas que nos merecen entera fé y crédito, y no dudamos de su exactitud.

Otras cualidades no menos recomendables en sociedad, lo adornan tambien, y como prueba infalible de ello, queda demostrado en las amistades que conserva con personas, cuya honradez y virtudes son notorias.

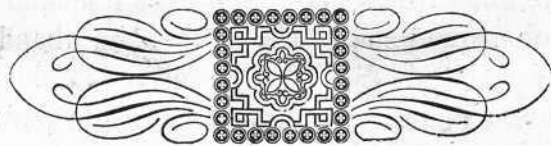
Concluirémos los apuntes de este célebre diestro, esponiendo nuestro parecer sobre la ulterior conducta que debe seguir relativamente á su profesion.

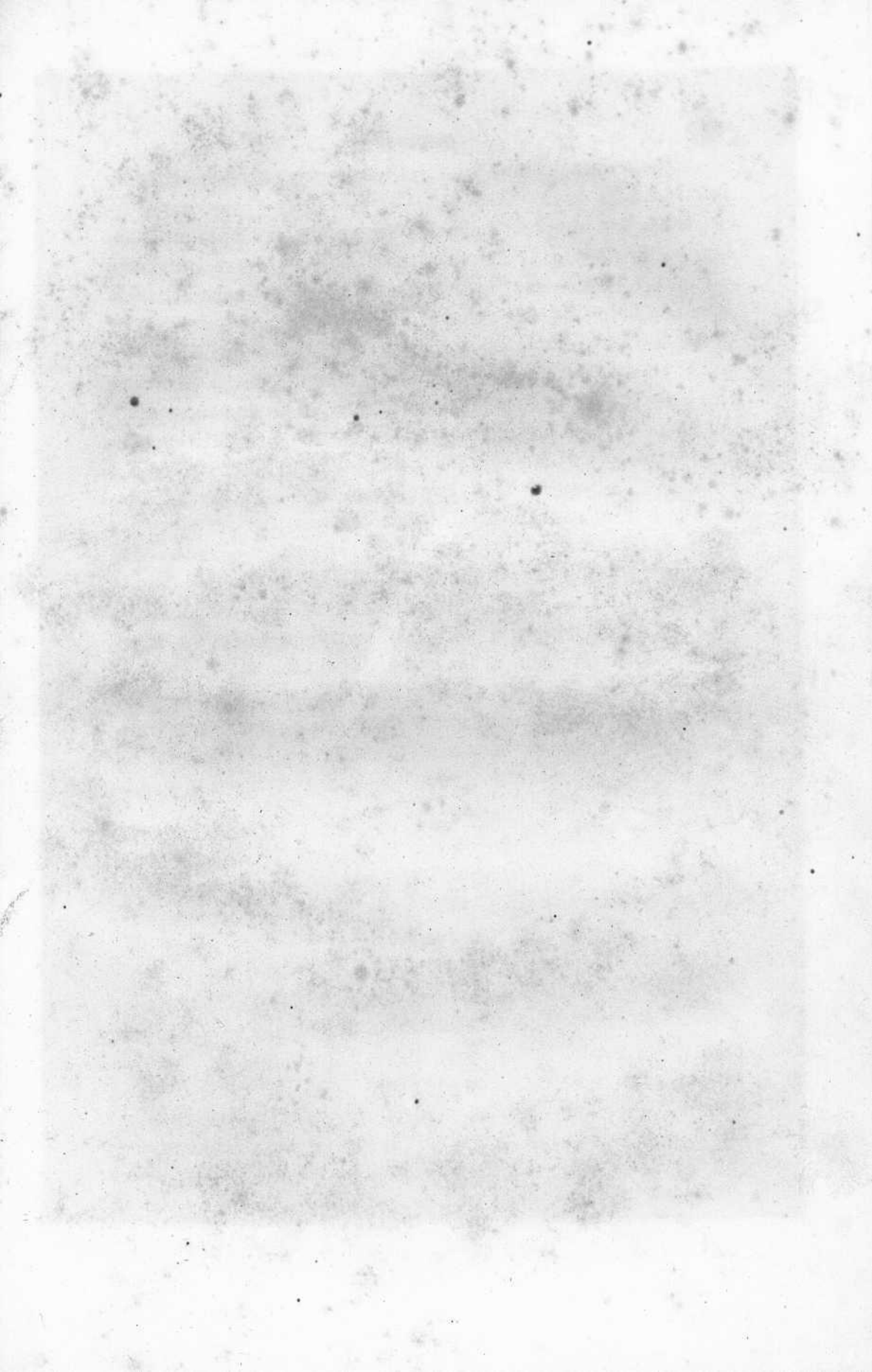
Una vez ensayada en esta última época de su vida artística, la posibilidad física á que Montes ha quedado reducido, nos parece oportuno aconsejarle, que debe abandonar para siempre el ejercicio de la lidia; en ello cumple con el deber de su conservacion, y tratándose de que para su sostenimiento no necesita de los productos que este arte pueda facilitarle, es una doble obligacion de la que no creemos se desentienda el célebre torero. Su especial condicion de lidiador de genio lo releva asimismo de dedicarse á enseñar el arte de torear, porque Montes ejecuta en la lidia lo que no es fácil pueda transmitir á otros. Las creaciones del genio son

hijas de la imaginacion que las crea, y por consecuencia intrasmitibles.

Tales son nuestras pobres é insignificantes opiniones sobre las cualidades y demas circunstancias de este diestro á quien profesamos sin embargo un afecto particular, por la sola condicion de ser español, y haberse dado á reconocer como una notabilidad en la ocupacion á que se dedicó.

Y no se nos suponga interes de ningun género en oscurecer las glorias de este afamado diestro, ni menos conveniencia ni espíritu de especie alguna. Volvemos á repetir que reconocemos sus triunfos, y los conceptuamos bien merecidos por cuanto en esto está de acuerdo la opinion general; mas de esto á reconocer á Montes como el *non plus* del ejercicio de torear, hay y existe una notable diferencia, y para lo cual, en nuestro juicio no son bastantes títulos los de el lidiador de quien tratamos. Ya dijimos anteriormente que escusábamos odiables comparaciones, porque no son aceptables en lugares de esta naturaleza, ni las admitimos tampoco por innecesarias para nuestro objeto. El público las practicará segun á cada cual convenga, mientras nosotros descansamos en la tranquilidad que ocasiona la mas consumada conviccion. Tal ha sido nuestro ánimo desde que adquirimos la obligacion de escribir la obra de la *Historia del Toreo*.







FRANCISCO ARJÓNA GUILLEN (CÚCHARÉS)



Francisco Arjona Guillen (Cúchares.)



NINGUNA influencia es mas poderosa para el porvenir del hombre, que la mayor ó menor simpatía que desde luego sabe inspirar. La experiencia nos ha acreditado en mas de una ocasion, que este elemento depara á cada uno, con corto número de escepciones, la suerte que le ha de caber, y la posicion que en el círculo que le corresponda debe ocupar. ¿Pero si esto sucede con un hombre cuya ocupacion privada, digámoslo así, no lo hace pertenecer sino á sí propio, cuánto mas no se reconocerá en otro,

que corresponda al dominio del público, ya por su ejercicio ó bien por su situacion? Para resolver esta cuestion, no es indispensable otra cosa mas que tener sentido comun, y fijar la imaginacion en el fondo de la proposicion sentada: por eso no nos detenemos en presentarla con mas claridad, abandonándola en tal estado al juicio de nuestros lectores. Siguiendo el objeto principal que nos mueve á semejantes reflexiones, con lo que tiene relacion al lidiador de quien debemos ocuparnos en la presente biografía, diremos tambien que esta misma particularidad, estiende su influencia, aun mas allá de los límites que parecen concernientes á la consecuencia de las cosas; porque hasta proporciona una distincion al objeto que produce la simpatía. En prueba de ello, notemos á los hombres simpáticos, y con breves y sencillas observaciones que se hagan, verémos en todos ellos una especialidad, que sin duda alguna no encontraremos en los que no lo sean: Así se comprende esa voz secreta que nos inclina á determinadas personas, sin que exista razon suficiente para autorizar semejante inclinacion. No parece sino que los instintos humanos predican la disposicion y cualidades de tal ó cual sugeto. Con tal explicacion entraremos en el terreno que constituye nuestra mision. Francisco Arjona Guillen, es un hombre simpático, y lo fué desde bien pequeño; y por esta circunstancia siempre se creyeron de él grandes adelantos en la profesion que se eligiera, la cual por razon que se desprende del ejercicio de casi toda su familia, debia ser la de lidiador. Es verdad que para ello tuvo poderosos elementos que contribuyeron á que se considerase así, pero sin las simpatías que siempre inspiró, quizá jamás se hubiera colocado en situacion de poder aprovecharse de ellas: mas obraba aquella causa, y debia producir beneficiosos resultados. Veamos la historia de las vicisitudes de este diestro, con relacion á las utilidades que le resultaron de su carácter simpático.

No daremos principio á nuestra narracion, esponiendo la situacion social de los padres de Francisco Arjona Guillen,

porque naturalmente se desprenderá esta particularidad de nuestro relato, luego que nos ocupe este extremo: limitaremos por ahora la imaginacion á un solo objeto, que sea previamente el que demuestre las razones que existian para que este diestro se dedicase á la profesion de lidiador, antes que á alguna otra.

Es corriente en la mayor parte de las familias, que los hijos adopten sin repugnancia los mismos ejercicios ú ocupaciones que los padres ejercieron; pero esta regla se generaliza con menos escepciones, en aquellas que figuran en la profesion, con alguna especialidad: la familia de Francisco Arjona Guillen, perteneció en su mayor parte al ejercicio de la lidia, ocupando respectivamente un buen concepto en la clase que á cada uno le era correspondiente: entre los que á esta familia correspondian, hubo notables matadores de toros; los hubo tambien aventajados bandarilleros, y finalmente todos ó la mayor parte se dedicaron desde luego á este ejercicio, ya por una costumbre hereditaria, ya tambien por una afeccion instintiva. Así corrieron los tiempos por espacio de cuatro generaciones por lo menos, hasta el nacimiento del lidiador, de cuyos apuntes biográficos debemos ocuparnos; esta misma consecuencia no parece habia de sufrir alteracion en la persona de Arjona Guillen, cuando desde sus primeros años ya denotaba una decidida aficion al toreo, quizá mas espontánea y pronunciada que la de sus antepasados. En virtud á semejantes antecedentes, tambien podian esperarse de este niño grandes adelantos en la profesion, toda vez que su inclinacion y las dotes que reunia, lo daban así á conocer. No fueron defraudadas las esperanzas de los que así opinaban, ni tampoco falsa la suposicion, de que estos antecedentes producian aquel convencimiento, como su legítima consecuencia. Pero no es únicamente este extremo del que deseamos tratar; nuestra intencion es la de probar que Francisco Arjona Guillen, llamado por los antecedentes de familia, y por los suyos propios á ejercer la profesion de lidiador, estaba asimismo designado para no desmerecer del

crédito de sus antepasados, sino por el contrario, á robustecer el renombre y concepto que á aquellos se le dispensó.

Escusadas son en verdad todas las razones que antes de tiempo aduzcamos en favor del justo crédito de este diestro, porque parecerán mas bien dictadas por afecciones particulares, que merecidas por el verdadero mérito que lo caracterice: abandonemos este propósito para cuando la historia de sus vicisitudes lo exija, y sigamos en la descripción de las causas que influyeron en los adelantos de sus primeros años en el ejercicio de la lidia.

Habiendo sentado los motivos que existían para que Francisco Arjona, fuese torero antes que adoptar otra ocupacion, veamos ahora los favores que desde luego mereció por razon de su carácter.

Existia en la capital de ese fecundo suelo de Andalucía, una autoridad que toma el nombre de *asistente de Sevilla*, la cual se representaba en la persona del Excmo. Sr. D. José Manuel de Arjona, hombre infatigable en proporcionar á aquella ciudad, cuantas mejoras eran susceptibles á su posicion topográfica: realizó muchas de inmensa importancia, que aun se conservan hoy para recordar su memoria con satisfaccion: entre ellas merecen particular mencion, y permítasenos esta parte digresiva, el delicioso *paseo de Cristina*, los *jardines de las delicias*, llamados así por su fertilidad y hermosura, y otras cuantas veneficiosas creaciones, donde los habitantes del pais disfrutaban los goces tan sencillos como positivos que ofrecen los cultivados terrenos del medio dia. Este mismo señor fué tambien elegido para velar en el éxito de la escuela taumática que de real orden se estableció en Sevilla; y aquí tuvo principio la vida artística de Francisco Arjona. De corta edad todavía, y en situacion no la mas próspera, tuvo necesidad de procurar por una aplicacion que le proporcionase su sustento, y al mismo tiempo ayudase á su pobre madre, que á consecuencia de su viudez, tambien ocupaba una situacion lamentable: la mas apropiado, como hemos dicho, atendiendo á los antecedentes de familia, era la de aspirar á hacerse

lidiador; y ninguna ocasion mas favorable y propicia que aquella para la consecucion de sus intentos, con un buen éxito. Solicitó la madre de Arjona Guillen una plaza para su hijo en calidad de alumno de la citada escuela, y como le fuese concedida, presentóse el nuevo diestro á recibir lecciones, bajo la direccion y maestria de los siempre entendidos toreadores, Pedro Romero y Gerónimo José Cándido. Desde luego les inspiró Arjona Guillen á estos célebres directores, una particular estimacion, ya fuese por el aprecio que les merecieran los antepasados de aquel, bien porque su corta edad y el atrevido deseo de aprender que Arjona demostraba, así lo ocasionase: es lo cierto, que sin temor de incurrir en falsedad, podemos asegurar que Francisco Arjona Guillen (conocido por Cúchares), era el alumno mas favorecido y considerado de cuantos existian en la escuela de tauromáquia, por aquellos que mas influian en ella por razon de sus destinos ó circunstancias. Así permaneció Arjona Guillen por algun tiempo continuando en su aprendizaje con notable aprovechamiento, relativamente á los primeros conocimientos que para el buen lidiador son necesarios; tanto de las reses como de las suertes. Esto no parecia extraño para un niño, que no obstante sus cortos años, no se le escuchaba otra palabra que las que tendian á sus grandes deseos de aprender para ganar dineros y subvenir con ellos á las necesidades de su madre. No dejaba de influir esta máxima de Arjona, para que se aumentase la inclinacion que le profesaban todos, y así se comprendia el lugar preferente de que era merecedor. Muchas otras personas de suposicion y valia, se decidieron tambien por entonces en favor de este diestro, y de todas, con cortas escepciones, recibió muestras de aprecio.

Pasó la época en que el gobierno estimó la existencia de la escuela tauromáquica, y ordenada que fué su disolucion, quedó Francisco Arjona sin otros medios de aprender que el que proporciona un matador de toros recibiendo en su cuadrilla al que lo desee: le faltaban muchas circunstancias para apellidarse torero, y no era fácil por esta razon, encontrar quien

le permitiese formar parte de su gente, pero en Cúchares estaba vencida esta dificultad, pues existia Juan Leon que era uno de los matadores de toros mas acreditados, y merced á la amistad que constantemente habia conservado con la familia de Arjona, y muy principalmente con el siempre célebre Curro Guillen, tio á la sazón de Arjona, solo aguardaba saber la resolucíon del niño para manifestar sus deseos en llevarlo á su lado, y no solo de enseñarle la profesion de lidiador, sino de concluir su educacion artística, perfeccionándolo en la suerte de matar y conduciéndolo de este modo al extremo que formaban las ilusiones de Cúchares. ¡Llor eterno al agradecimiento! Esta conducta del célebre Juan Leon estaba fundada en el agradecimiento que tenia á Curro Guillen, de quien habia recibido la instruccion taurómaca que despues le elevó al puesto que supo ocupar. No bien habia formado Francisco Arjona parte de los que componian la cuadrilla de lidiadores del aventajado Juan Leon, ya le asignó á este una cantidad igual á la de otros banderilleros, en cuyo concepto figuraba Cúchares, para que con ella atendiera á sus urgencias y á las de su madre; pero hecho cargo aquel advertido diestro de que su nuevo discípulo ansiaba llegar á matador, que es realmente la cúspide de esta carrera, no omitió medio de adiestrarlo y facilitarle los conocimientos oportunos é indispensables á este objeto; así fué que estos elementos de tan trascendental utilidad y los buenos deseos del discípulo, produjeron bien pronto que Francisco Arjona figurase como segundo de su perfeccionador y maestro Juan Leon, en cuantas plazas se le buscaba á este para trabajar. Mas no se limitó á esto solo el distinguido aprecio que Leon hacía de su discípulo; quiso conducir su generosa accion á mayor altura, y convencido de que el nuevo diestro reunia ya condiciones para presentarse por sí en una plaza de toros, y lidiar con las seguridades que proporciona el arte y los conocimientos, practicó diligencias para que Arjona saliese á torear sin su auxilio, con lo cual podia reunir mas brevemente recursos que le proporcionasen aumento de fortuna, y el crédito que resulta del carácter de

único en tales conceptos. No fueron en valde las intenciones del agradecido Leon, pues que en el año de 1838, ya vimos á Arjona toreando y matando toros en un corto número de funciones que se dieron en una plaza de toros que con esta fecha se habilitó en la ciudad de Cádiz. En iguales términos practicó Arjona al siguiente año otras cuantas salidas, por diferentes puntos de España, y de este modo fué adquiriéndose la reputacion y el nombre que despues ha sabido justificar y sostener de la manera que todos conocemos. Así podemos asegurar que tuvo principio la vida artística de Francisco Arjona Guillen, si bien con la diferencia de algunos otros incidentes de otro género y condicion, pero que en resúmen produjeron el mismo resultado.

Por lo que llevamos relatado, es evidente que Arjona no se lanzó al toreo sin un auxilio de bastante entidad, pero que necesitaba tambien, el poderoso que constituye la buena aceptacion por parte del público. Esta circunstancia no se desdeñaba de Arjona, toda vez que antes de hacerse un lidiador consumado, y de que el tiempo y la práctica lo condujese á la clase de tal, ya los diferentes públicos ante quienes se presentaba, lo admitian con señaladas muestras de simpatías aun antes de que los hechos probasen el extremo de perfeccion en que rayaba. Quizá esta razon abonaba á la conducta del matador, porque su influencia alcanza hasta mas allá de lo que muchos nos figuramos. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que Arjona aumentaba su crédito de una manera extraordinaria, y tan ventajosamente, que ya se le deseaba por todos, para admirar su destreza.

Podria contar Arjona Guillen, cuando tales cosas ocurrian la edad de veinte y dos años lo mas, y la reputacion que se habia conquistado era tal, que lo hacian alternar con los mas afamados lidiadores de aquella época. Una cosa se observaba sin embargo en el método mas favorito de Cúchares, y era que no copiaba nada de lo que veia practicar á sus contemporáneos, si se esceptua al célebre Juan Leon, y esto daba á conocer que estaba enteramente conforme con su

sistema, al cual debia inclinarlo alguna particular convicción.

Despues de lo espuesto, que parece á primera vista el juicio crítico del lidiador de quien tratamos, aunque considerado vaga y confusamente, pasaremos á decir algo sobre su nacimiento, para despues hacer en los distintos períodos de su vida artística, las aclaraciones conducentes que nos proporciona el verdadero conocimiento del mérito de Francisco Arjona.

Ya hemos dicho que su familia, perteneció, generalmente hablando, al arte de torear, y que por esta causa era mas probable que su aplicacion fuese á este ejercicio antes que á otro alguno: veamos ahora quiénes fueron sus padres y de dónde proceden.

Existia en la ciudad de Sevilla un banderillero, y media espada en determinadas ocasiones, á quien conocian por su apodo especial, mejor que por su verdadero nombre; este era *Costura*, y padre tambien del lidiador de quien tratamos: en su esfera de banderillero no desmerecia en su opinion y buen crédito, pero considerado como espada, dejaba mucho que desear, quizá por la particular circunstancia de no haberse dedicado con asiduidad á este género de suertes. Casado este diestro con María de la Salud Herrera Guillen, hermana del siempre memorable Curro Guillen, tuvieron varios hijos, y entre ellos el Francisco Arjona á que aludimos en estos apuntes biográficos. Ya dijimos que este niño emprendió su carrera tauromáquica bajo los mas excelentes auspicios, y ahora nos resta manifestar que al emprenderla contaba apenas doce años, edad tierna é insuficiente para tan espuesto ejercicio; pero Francisco Arjona, merced á sus buenas dotes y á la notable perfeccion con que lo dirigian en su enseñanza, pudo vencer este obstáculo de suma importancia para quien no hubiere reunido tantos elementos en su favor. Muestras inequívocas de su aprovechamiento se notaron en Cúchares, y por ello tambien se le guardaba cierta deferencia aun por sus mismos maestros, que sabian distinguirlo de los demas que componian el número de alumnos de aquel establecimiento.

Parécenos haber cumplido con lo espuesto, en la parte que constituye nuestro deber, con relacion á la descripcion del primer tercio de la vida de Francisco Arjona, si esplicamos el punto de su nacimiento, que lo fué en Madrid por los años 15 ó 16 próximamente. Aunque nacido en la Corte pasó con sus padres á Sevilla, y en esta capital, que siempre adoptó como pais natal, fué donde adquirió su enseñanza y aun la idea de pertenecer al arte de la lidia. No nos estrañan las inclinaciones que profesa Arjona á aquella ciudad, pues de ella conservará siempre recuerdos que jamas se borran de la imaginacion del hombre agradecido.

Ocupándonos ahora del juicio crítico que este diestro nos merece con relacion á su profesion, diremos lo que á nuestra mision cumple, y nuestra conciencia exige. A Francisco Arjona Guillen, puede considerarse bajo dos distintos aspectos: primero, como hombre de destreza y habilidad; segundo, como de método y arte. Al esplicarnos así, estamos persuadidos hasta la evidencia que contraemos la obligacion de justificar esta opinion de una manera razonada y concluyente para que no sea dudada ni aun de aquellos que puedan mostrarse contrarios á ella: por lo tanto emprenderemos esta tarea con la satisfaccion que proporciona la seguridad de la victoria.

Juzgado este diestro como matador de toros, y como torero en general, no se necesita recomendar su destreza, pues es bien notoria de cuantos lo han visto en el redondel, que es sin disputa la mayoría de los españoles: recuérdese por estos su procedimiento ante las reses en los distintos períodos de la lidia, sea cuales fuesen las condiciones de aquellas, y esta sola observacion por parte de inteligentes y profanos, dará el resultado de que Cúchar es aventajado en habilidad y digno de figurar en un término privilegiado. Pero considerémoslo como lidiador de arte, y procuremos averiguar sus perfecciones y sus defectos. ¿Qué es en Francisco Arjona la *maleta*? Un elemento de defensa, tan exacto como el que mas, y un recurso de inmensa utilidad para arreglar á las reses,

preparándolas á la muerte y colocándolas en su verdadera sazón para esta suerte. ¿Y este elemento constituye mucha defensa en el diestro de quien tratamos? No creemos deber dar mas razón, sino la de que los hechos y nada mas que los hechos facilitarán la mas espresiva contestación. Francisco Arjona es superior á sí mismo y á su inteligencia de arte con este mueble en la mano, que por instinto aplica como recurso, á cuantos lances peligrosos se le presentan. Tal es en resumen la calificación de este lidiador, generalmente juzgado, pero esta no nos satisface, y vamos á hacer su verdadero análisis. En el trasteo de las reses aparece Arjona inmejorable y á una altura inmensa; así continúa ostentando su fuerza de arte hasta el momento de *liar*. Alguna variación se nota entonces en el diestro cuyo juicio crítico describimos: no está en este caso tan perfecto, pero siempre perfectamente colocado; y aun puede disculparse esta circunstancia si se atiende á su escasa talla. Llámánle algunos á este lidiador, matador de toros de sorpresa, y en esto descúbrese una equivocación que tiene su origen en la misma maestría y perfección que se le nota en el primer período de la suerte de matar: no obstante, dirémos en honor á la justicia, que Cúchares es de los espadas que mas consienten á los toros, y por esa razón le presentan el sitio de la muerte con mas confianza; sin cuya particularidad este torero no conduciría sus triunfos al estremo que vemos á cada paso. Públicas son tambien otras especialidades de Arjona relativamente á las suertes de vuelapies, la cual prodiga con una consecuencia que esplica por lo menos la demasiada confianza con que la ejecuta. Sentado este precedente como el punto mas principal para la comprobación de nuestro juicio, pasamos á juzgar á este distinguido diestro bajo el verdadero mérito que realmente tiene, sin aventurar mas que lo que se desprenda de las mas justas deducciones. Reconocido es de todos el mérito que Francisco Arjona posee con la muleta, el cual tiene ciertamente una especialidad acomodada á sus facultades, pero de un inmenso provecho, que alcanza á conocer hasta el mas

consumado profano al arte; tambien es público su método en el *trasteo*, que no es como se asegura de *sui generi*, pues ya hemos notado la misma particularidad en Juan Leon, de cuyo matador de toros hemos hablado en su correspondiente lugar; cuya circunstancia nos denota que este método es enseñable y trasmisible de unos á otros, y que por consecuencia constituye arte y regularizacion. No puede acusarse á Francisco Arjona de hombre afortunado solo, sino de diestro de defensa, y de consumada habilidad para preparar las reses á la muerte. Ahora bien: acúsasele á Cúchares de que sus estocadas son de una sola manera, es decir, dadas en su mayor parte en la suerte de vuelapiés; y nosotros que estamos muy lejos de negar lo que es exacto y verídico, diremos á la vez, que si bien adopta esta suerte para estoquear, ¿parece en ella mas inferior de lo que su buen crédito lo eleva? No; de este modo rivaliza con cuantos matadores de toros existen, porque en esta suerte está á la altura de la reputacion que ha sabido adquirirse, y ademas alterna con sus compañeros sin que los triunfos de ellos puedan oscurecer los suyos. Esta es la verdad, y lo que la experiencia nos tiene acreditado. Mas prescindiendo de todo ello, ¿qué se nos contestará de este distinguido diestro cuando se le vea trabajar con un toro de condicion *celoso*, y se le examine en los *cambios en la cabeza* que con tanta frecuencia dá á toda res, sea cualquiera su condicion? Muchas veces le hemos admirado en estas suertes que ejecuta á la perfeccion: pero no es tampoco aquí donde Francisco Arjona Guillen demuestra todos sus recursos de defensa; donde los ostenta con satisfaccion de los que lo ven trabajar es en toda ocasion que se le presenta una res pinchada, digámoslo así, y que *aconchada á los tableros* se defiende á su vez del diestro que le ataca. En estos momentos presenta Cúchares un espectáculo interesante, y adictos y no afectos se precipitan á aplaudirle, sin que obre otra causa en ellos mas que la que produce la satisfaccion que se experimenta en la vista de la lucha. Se le acusa asimismo á Arjona Guillen de prodigar otra de las suertes que le son muy favoritas, cual es la de des-

cabellar, pero á fuer de justos é imparciales, debemos confesar la injusticia que para ello existe: á las reses que no dan juego para ninguna suerte, y que lejos de ello pueden en su último período de lidiar, originar una desgracia, parece hasta necesario el descabellado: en otras mas vigorosas aun y con casi toda su agilidad, es sin disputa una suerte de mérito, porque para practicarla sin un eminente riesgo, es indispensable toda la seguridad que Francisco Arjona tiene de acertar: por ello nos merece esta suerte la mayor consideracion y le damos la importancia que en nuestro concepto tiene.

Tal es el juicio crítico que de este aventajado lidiador tenemos formado, y á quien consideramos de los mas dignos de figurar en nuestra publicacion, por que es un gran torero bajo cualquier punto de vista que se le examine. Y no es nuestra opinion, como hemos dicho antes, hija de espíritu de parcialidad, no; es la que reclama sus buenos antecedentes y lo que en él mismo se observa constantemente. Plácenos de que continúe en el ejercicio de la lidia mientras sus facultades físicas se lo permitan.

Concretándonos ahora al hombre, ¿qué diremos de Arjona Guillen? Aprovechado en la buena y cristiana crianza que sus padres le dieron, es humano, caritativo, honrado, buen amigo y agradecido: pruebas tiene dadas de estas y otras bellas cualidades que le adornan, las cuales no pueden negársele por nadie. Dedicado, en las estaciones del año que no son admitidas las funciones de toros, al cuido de sus intereses, y al de su familia, pasa la vida en medio de los que componen aquella, siendo el amparo de todos y disfrutando las satisfacciones que produce una vida justa y tranquila. De sus amigos, que son numerosos, recibe constantemente pruebas de deferencias, y consideraciones, que son remuneradas por su parte con la mejor entendida buena fé.

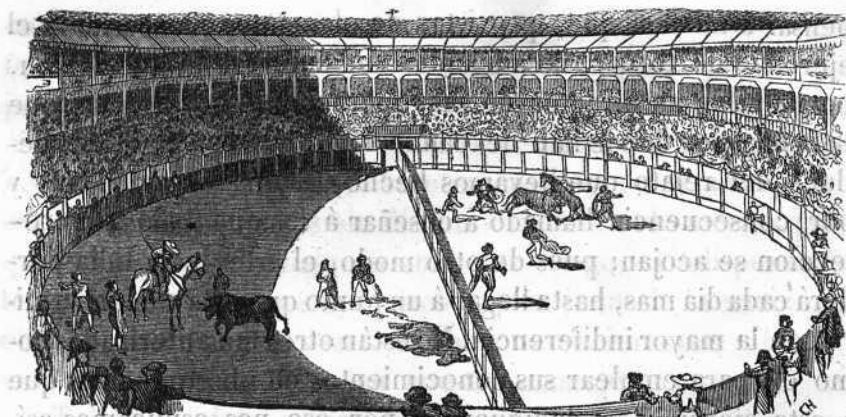
Estas son en sumo las particularidades que caracterizan á este diestro, de todo punto aventajadísimo en el arte de torear, y merecedor del mas distinguido aprecio.

Solo nos resta recomendarle la proteccion que debe dis-

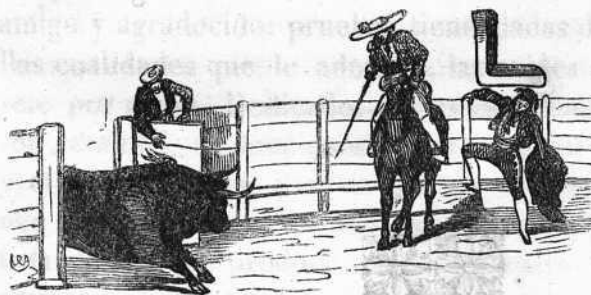
pensar á muchos que, provistos de elementos eficaces para el ejercicio de torear, no adelantan sin embargo lo que debian, por falta de un director de sus operaciones que les marque la senda por donde han de caminar: Cúchares, como se deduce del relato que llevamos hecho, es una especialidad, y por consecuencia llamado á enseñar á los que bajo su proteccion se acojan; pues de otro modo, el arte de la lidia perderá cada dia mas, hasta llegar á un punto que esta aficion se mire con la mayor indiferencia. No están otros tan autorizados como él, para emplear sus conocimientos en obsequio á los que á este ejercicio se dediquen, y por eso nos esplicamos así, por que este es el único medio de que aumente el concepto que justamente disfruta hoy.

Concluirémos esta superficial narracion, manifestando, que Francisco Arjona Guillen permanece en la deliciosa ciudad de Sevilla, donde se ha establecido desde la época en que dependia de sus padres, siendo el consuelo de su anciana madre que solo aspira existir para rogar al Todo-poderoso por la conservacion de sus hijos. Allí probablemente terminará tambien sus dias, si algun desgraciado acontecimiento no lo trastorna, en lo que se interesa todo el que comprende las particularidades de la vida doméstica de este distinguido matador de toros.





Isidro Santiago (Barragan.)



A populosa villa y córte de Madrid, ha sido tambien la cuna de muchos hombres, que con mas ó menos aceptación, han segui-

do la profesion de lidiadores, adelantando algunos de ellos hasta el punto de figurar como espadas en las principales plazas de la Nacion. Entre estos debemos hacer mencion del que figura por cabeza de estos apuntes, que por sus condiciones supo adquirirse un crecido número de adictos, que con satisfaccion concurren á las funciones en que



Urrabieta dib. y lit.

Lit. de J. Donon.

ISIDRO SANTIAGO



este toma parte. Principiemos los apuntes biográficos de este diestro, para continuar despues con el juicio crítico que nos merece.

Isidro Santiago, conocido vulgarmente por Barragan, nació en Madrid, el día 23 de Febrero de 1811, de padres, que aun cuando opuestos á que el niño se dedicára á la lidia, no demostraron una tenacidad extraordinaria, que produjese el desistimiento por parte de Isidro: concurría este al matadero casi diariamente, y en este establecimiento se ocupaba en torear á las reses bravas que á él eran conducidas, en lo que demostraba cierto tino y perfeccion que los espectadores le aplaudian. Estimulado por las demostraciones de aprobacion que Isidro notaba á cada paso, crecieron sus deseos de dedicarse á la lidia, aunque para ello pugnaba con el inconveniente de no tener persona á quien agregarse para recibir las conducentes instrucciones que un diestro necesita en el primer período de su vida artística. Algo retrajo á Santiago de su intento esta circunstancia, mas ya habia tomado su aficion demasiado incremento, y no era fácil que desistiera de lo que en su imaginacion formaba una ventura ideal. Se le ocurrió por ello la adopcion de un término medio, como único recurso al logro de sus deseos, y no tardó en ponerlo en ejecucion: esta era, que la práctica supliese á la teoría; y desde entonces no perdonó ocasion de torear constantemente, tanto en el matadero como en los pueblos pequeños, donde para amenizar sus fiestas y hacerlas mas variadas, ejecutaban tambien funciones de toros ó novillos. Así continuó Isidro por algun tiempo progresando rápidamente en las primeras nociones de la lidia, segun lo exigia la decidida aficion que habia adquirido. No por ello negarémos que este diestro recibiera su primera educacion taurómaca en el matadero de Madrid, pero como debe considerarse, esto no sería bastante á perfeccionarlo, para poder figurar despues entre otros lidiadores de mas consumados principios en el toreo. Pero el aprovechamiento de Isidro fué tal, que en breve se le vió contratarse de banderillero, y alternar con los mas acreditados, sin des-

merecer en la buena reputación que desde luego supo conseguirse. Tras esta época, habia otra de mayores triunfos para Santiago, pues los conocimientos prácticos que adquirió le colocaron en primer término y al nivel del mas distinguido de los banderilleros de su época.

Luego que Isidro se vió á esta altura, no se contentó con su situación, y aspiraba á mas: trató de elevarse á la clase de matador de toros, y aunque luchó con algunos inconvenientes, al fin pudo conseguirlo, mereciendo una regular aprobacion. Con dificultad podrá verse en el curso de la vida artística de este diestro, rasgos de protección hacia él, y por ello podremos asegurar sin temor de padecer equivocacion, que Isidro Santiago, se lo debe todo á sí propio, ya lo conceptuemos como una notabilidad, ya tambien como una modesta medianía. No nos detenemos en minuciosas esplicaciones sobre lo que se desprende de esta particularidad, porque todos conocen la falta de apoyo, que para todas operaciones ocasiona el aislamiento de un hombre á quien nada se le dispensa. Situación lamentable es por cierto, y preciso tambien para determinadas profesiones en que hay una imperiosa necesidad de ser hábilmente dirigido, para llegar algún dia á figurar en un término honroso y aventajado. Recorramos la vista por todas las notabilidades de los pasados y presentes tiempos, y en casi todos hallaremos que el origen de sus triunfos es mas bien debido á una mano protectora, que al mérito material de cada uno de los que han carecido de este elemento.

— Por último, Isidro Santiago, á pesar de esta circunstancia, ha alternado como espada con los mas distinguidos diestros de nuestra época; así es que puede llamar compañeros á Juan Jimenez, Francisco Montes, Francisco Arjona Guillén y José Redondo. Ha trabajado asimismo en las principales plazas de España, y en algunas ha sido bastante considerado, merced á su trabajo: ansioso de conquistar triunfos, Santiago es celoso en las operaciones arriesgadas y cuidadoso con los picadores: briega bastante en la plaza, y su muleta no carece de importancia, principalmente en ciertas condiciones de to-

ros en que se necesitan precauciones ilimitadas. Los público de Madrid, Sevilla, Cádiz, Puerto de Santa María, Jerez, Córdoba, Beja, Zaragoza, Valencia, Calatayud, Albacete, San Felipe, Murcia, Valladolid, Teruel y Tudela, le conservan algunas simpatías.

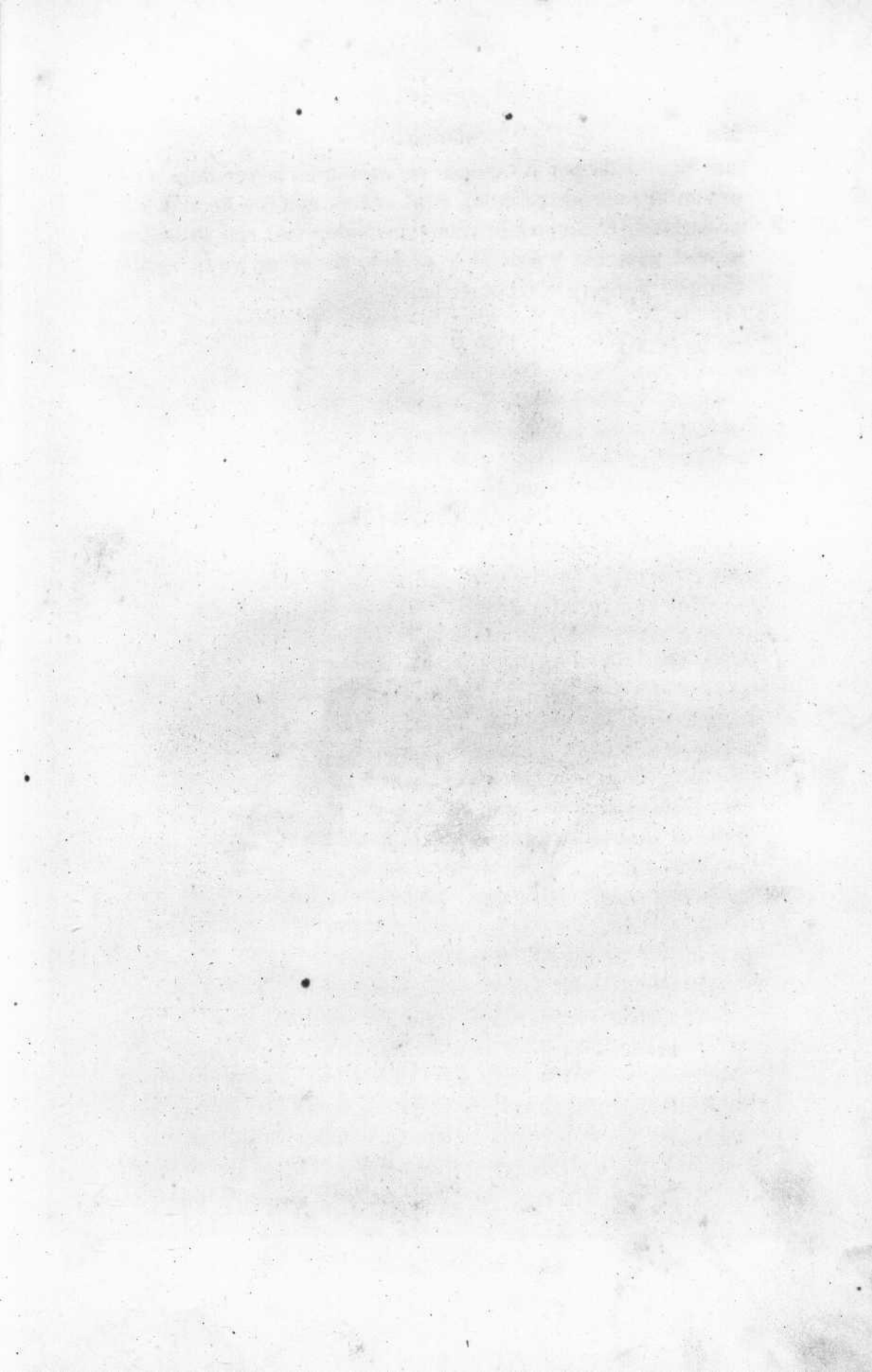
Nos abstenemos de toda clasificacion respectivamente á este diestro, porque es uno de aquellos que aun ansían por perfeccionarse mas y mas, y este buen deseo exige por nuestra parte las mas cumplidas consideraciones en obsequio al grado de perfeccion á que sus cualidades puedan conducirle. Pero no por ello, dejaremos de formular nuestra opinion, en lo cual no creemos mancillar al que por las razones indicadas, nos merece un privilegiado aprecio. Isidro Santiago que á la vez de sus buenos deseos reúne ciertas cualidades físicas, de no escasa importancia para su profesion, debia en nuestro juicio seguir un constante sistema, y no saltar cual lo practica, sin fijacion en sus operaciones: quisiéramos verlo constituido en la escuela que mas se adaptase á la agilidad de que puede disponer, y de este modo quizá lograría lo que anhela. Por otra parte sus conocimientos no son enteramente nulos; discierne las cualidades de las reses, y las discierne con acierto, y por ello es fácil sacar mucho partido en la suerte de matar. Comprende tambien las buenas máximas sostenidas en todo tiempo por los mas distinguidos lidiadores, y últimamente es acreedor á que se le dispense consideracion por que no es antipático, y procura agradar al público, hasta el punto que le es posible.

Todas estas beneficiosas cualidades reúne el lidiador Isidro Santiago, de quien hemos procurado tratar lo mas acertadamente posible en el anterior juicio crítico que concluimos; firmemente persuadidos de que no puede dejarse correr la pluma con toda libertad, tratándose de un hombre que cual este, se halla en situacion de aumentar su reputacion, porque su edad se lo permite y sus facultades le prestan apoyo.

Concluimos nuestra narracion manifestando á nuestros lectores, que el lidiador de quien tratamos, es acreedor á ser

mas favorecido por la fortuna, en cuyo caso le veríamos crecer en el arte que profesa, y tal vez su nombre llegaría á la posteridad, conceptuado ventajosamente: mas esta se inclina caprichosamente y á nadie le es dado hacer variar su rumbo siempre inseguro é inconsecuente.







JOSE REDONDO (EL CHICLANERO.)



Jose Redondo (Chiclanero.)



RECISAMENTE vamos á ocuparnos de un aventajado lidiador, con quien nos unen relaciones de franca y sincera amistad, pero que no por esa circunstancia nos saldremos del círculo que desde luego nos trazamos al emprender la publicacion de la *Historia del Toreo*. No seremos si se quiere, demasiado severos en el juicio crítico de José Redondo, pero tampoco parciales: procuraremos sí censurarle lo que en nuestro juicio merezca reprobarse, y asimismo elogiaremos, lo que en este diestro es bueno y notable, sin prescindir tampoco de la rigidez que reclama la distinguida

reputacion que merece del público, justamente adquirida en verdad. Con semejante declaracion, y esponiendo desde luego por base, que las dos notabilidades tauromáquicas que, en estado hábil existen hoy en nuestra España, son Francisco Arjona Guillen y José Redondo, parécenos que nuestros lectores podrán formar una idea bastante aproximada, de lo que de este último dirémos, en lo concerniente al mérito que con justicia nos merece. Pero abandonando esta parte digresiva y agena de este lugar, entraremos de lleno en los apuntes biográficos del matador de toros que nos ocupa, que segun los antecedentes de que somos dueños, son los siguientes:

En la biografía de otro distinguido lidiador de quien tratamos en el lugar que su antigüedad reclamó, dijimos que á tres leguas de la ciudad de Hércules, existe una pequeña poblacion conocida con el nombre de *Chiclana*, de cuya situacion topográfica no tratamos, por considerarlo ageno de nuestro proposito, y de la índole de la publicacion que nos ocupa. En esta villa y por los años de 1819, abrió los ojos á la luz del mundo José Redondo, hijo de otro y de Dolores Dominguez, los cuales poco favorecidos por la fortuna, pasaban su vida llenos de privaciones y penalidades; pero esta circunstancia no impedia de que procurasen dar al niño una educacion en lo que era compatible con sus escasos medios. Aprendió Redondo los primeros rudimentos de la enseñanza primaria, y á pesar del respeto que tenia á su padre, ya daba á entender la aficion que profesaba á la lidia, pues siempre que le brindaba la ocasion, se ocupaba en sortear aun á las reses mansas que eran conducidas al pueblo, para las faenas en que regularmente se ocupa á este género de ganado. No habia en el niño esos síntomas de propiedad, ó perfeccion, que inspira el instinto natural, en determinadas operaciones, pero en cambio se observaban en él arranques de condiciones especiales, que denotaban clara y terminantemente la decidida inclinacion que tenia á la lidia. Por espacio de algunos años, fué reprimida esta aficion, merced al temor y respeto de Redondo hácia su padre, la cual fomen-

tándose en silencio, adquiría cada momento mas fuerza en el ánimo de aquel. Difícilmente podría asegurarse que hubiera otra idea mas dominante en José, que la de ser lidiador; pero encadenado por la veneracion á los mandatos de su padre, no podia nunca saciar su deseo. Crecido que hubo en edad, lo disponian á seguir otro ejercicio, en época que la muerte le arrebató á su padre: pasaban los años de 1836, y aquel desgraciado acontecimiento empeoró considerablemente la situacion de su familia, que no tenian otro amparo que los auxilios de la Providencia. ¡Triste posicion por cierto! La Madre de este jóven huérfano, procuraba sacrificarse por sus hijos, pero esta resolucion no era bastante para satisfacer las necesidades de aquellos, ni podia impedir la esposicion en que un jóven está situado cuando yace en tan angustiosa situacion: temia ademas la facilidad con que sus hijos podian abismarse en precipicios mas hondos que el en que transitaban, y sentia á la vez, las desgracias que de todo ello pudiera sobrevenirles. Luchaba por último esta pobre viuda con el infortunio, de la manera mas admirable, y aun cuando es grandioso para un observador este género de espectáculos, en esta ocasion lo era mas bien heróico; porque en una mujer desamparada, que no conoce sino muy limitados medios para defenderse de enemigos de esta naturaleza, pronto faltan las fuerzas, y el abatimiento sustituye á todo infructuoso proceder. Su hijo José, que es precisamente el que motiva estos apuntes, hubo de fijar su imaginacion en el triste y lamentable estado de la que le habia dado el ser, y pronto se le ocurrió una determinacion capaz de imponer un eficaz remedio, á cuanto por su casa y familia pasaba. Meditó en un momento su incapacidad para toda ocupacion, respecto á que su aficion por la lidia lo habia distraido completamente de aplicacion á cosa alguna. Pues bien, discurrió Redondo, «si mi vehemente inclinacion al toreo, me ha privado de que me dedique á otra ocupacion, ¿por qué no decidirme á seguir este ejercicio?» En efecto, desde entonces dió rienda suelta á sus deseos, y adquirió cierta práctica que

poco despues debia acreditar. Se hizo en Chiclana una funcion de toros en el año de 1838, y Redondo debia presentarse á lidiar en clase de aficionado: tuvieron efecto ambos extremos, y fué tal la aceptacion que este mereció por su acierto en las distintas suertes que le vieron ejecutar, que el mismo Francisco Montes, se declaró su protector, eligiéndolo desde luego para banderillero de su cuadrilla. La escasa edad que Redondo contaba, su carácter especial, y sus condiciones apreciables, hicieron que Montes hiciese de *Jose-lito*, que tal nombre le daba, una particular deferencia, y aun se dedicase á perfeccionarlo, siempre que se presentaba ocasion oportuna. Desde el año de 1838, en cuya época se dió á conocer Redondo, como lidiador asalariado, ó torero de profesion, hasta el de 1842, en que Montes lo declaró como espada ó matador de toros, son incalculables los triunfos que este diestro adquirió en cuantas plazas se presentaba, en la suerte de banderillas principalmente. Animado este torero con las inequívocas muestras de aprobacion que del público recibia á cada paso, y en vista de la poca utilidad que proporcionaba su ajuste en la clase de banderillero, de la que no podia apenas dedicar suma alguna al mantenimiento de su familia, no vaciló en aceptar la categoría de matador, por mas espuestas que para él fuesen las suertes que á esta clase corresponden. La primera temporada del citado año de 1842, apareció Redondo con el carácter de media espada, de la cuadrilla de Francisco Montes, y tales fueron sus trazas, que su mismo maestro quedó absorto de la notable habilidad del discípulo. No fué efecto de la casualidad el acierto con que Redondo desempeñó su cometido de matador; era un tino instintivo, de imposible definicion, pero que de cuya existencia no puede dudarse, segun nos lo enseña la experiencia en diferentes ocasiones. Los hechos posteriores convencieron tambien á Montes, de que su discípulo practicaba por impulsos de su natural discernimiento, y en este caso no tuvo duda en colocarlo á su costado, para que en la clase de tal matador de toros, alternase con él, lo cual tuvo efecto la se-

gunda temporada del mismo año, siendo la plaza de Bilbao donde se estrenó con semejante carácter. Un incidente desgraciado debia señalar la época del ascenso de Redondo, y lo realizó, recibiendo una cornada en la misma plaza á que hemos aludido, la cual ofrecia tanto peligro, que puso en cuidado á su familia y amigos. Por fortuna, esta no fué tan grave como pudieron figurarse, y en breve curó, si no completamente, al menos lo bastante á permitirle la continuacion del ejercicio en aquel año. Concluidas las funciones de toros en esta poblacion, pasó la cuadrilla de lidiadores á las de Vitoria y Tudela, y Redondo continuaba formando su segundo gefe de la misma, y desempeñando sus atribuciones con la misma aceptacion que hasta entonces, y aun algo mas si se puede decir, en razon á que cada dia se notaban progresos y adelantos considerables en el moderno matador de toros. Desde este último punto, pasó Redondo á Madrid, y el público de la Côte tuvo ocasion de admirarlo y de prodigarle sus consideraciones. Concluyó la temporada de estas fiestas, y nuestro hombre regresó á Chiclana, para consuelo de su afligida madre, que sin cesar temia un acontecimiento desgraciado para su hijo, como consecuencia de la constante esposicion y riesgo que tal ejercicio proporciona. A la vista de Redondo, desaparecieron para su madre y familia, todos los fundados temores abrigados hasta entonces, y todo fué júbilo y alegría. Redondo no era ya aquel jóven imposibilitado de favorecer la situacion de su casa, era el gefe de la familia, que provisto de recursos, aunque á gran precio adquiridos, venia á mejorar la posicion angustiosa de su madre, y á trastornar bajo un aspecto de buena especie, el carácter detestable de la pobreza. Hasta aquí la primera época de la historia de este distinguido lidiador: pasemos á la segunda ó última, que nos facilitará los verdaderos antecedentes, para juzgarlo con acierto en el juicio que su mérito reclama.

El último tercio de la vida artística de José Redondo, es bien examinado; uno de aquellos fenómenos que la naturaleza dá á conocer bien de tarde en tarde, como se dejará

conocer por nuestro relato. Este aventajado diestro, demostró sus excelentes propiedades para matar toros en la primera temporada de este género de funciones del año de 1842. En la segunda del mismo año, ascendió á alternar con su maestro, y en la primera del siguiente de 1843, ya hacía ajustes por sí, y sin más director, que sus conocimientos y facultades, trabajaba en plazas de primer orden, á satisfacción completa de los concurrentes. Esta velocidad con que el visón matador de toros, comprendió todos los secretos del arte, hasta el punto de ser considerado desde luego, como una notabilidad, y para crearse una reputación en cierto modo justificada, es á todo juicio, un caso especial de que no creemos se conozca otro ejemplar. Por esta razón quizá, creció también su fama con la mayor rapidez, y en tal concepto, fué reclamado para torear en la plaza de la Corte, donde su triunfo fué completo, puesto que unánimes le concedían una distinción y aventajamiento extraordinarios. Creóse en la Corte un numeroso partido, que se disputaban la amistad de Redondo, y por esta causa, le envió el público de la misma, por tres años consecutivos, trabajando en las funciones que tuvieron lugar, mereciendo siempre aprecio y consideraciones. Un incidente, que algunos officiosos prepararon sin saberlo, vino á alterar la estancia de Redondo en Madrid, que en vista de algunos disgustos, determinó trasladarse á Andalucía, donde permaneció dos años consecutivos: en aquel país fué también aplaudido y aumentó sus triunfos de una manera considerable. El año último ó sea el de 1850, se le volvió á ver en la Corte, ajustado con su maestro Francisco Montes, hácia quien se le notó un afecto particular, debido sin duda al agradecimiento que le profesaba, y este ha sido conducido por Redondo, hasta el extremo de haber espuesto su existencia, en más de una ocasión, por salvar á la de Montes, en momentos de excesivo compromiso, y peligrosas particularidades. Una herida recibió por ello en la temporada á que aludimos, que pudo muy bien haber dado fin con su vida, pero en cambio tiene la satisfacción de

haber llegado el caso de poder dispensar servicios á quien todo lo debe.

Redondo es ágil y de excelente figura en le plaza; por esta circunstancia, sabe atraerse las simpatías del público, las que conserva y experimenta aumento, siempre que en los quites á los picadores, practica la suerte de *galleos*, en lo que está todo lo en situacion, que puede atribuirsele al más distinguido de los diestros pasados y presentes. La suerte de matar, la ejecuta Redondo, bien *recibiendo*, bien á *volapié*, pero de cualquier modo, siempre en su terreno: dá muy buenas estocadas, generalmente hablando, y es de los que mas *paran los piés* cuando la situacion de la res lo permite.

Ultimamente, este aventajado diestro es, como hemos manifestado en un principio, uno de los mas notables de la presente época, y esta posicion que Redondo ha conquistado, la sostiene constantemente y á satisfaccion de sus adictos y apasionados.

Su residencia es en la misma poblacion que lo vió nacer, y en ella, reunido con su familia, vive feliz y disfrutando de las caricias de una madre anciana, y los cuidados del resto de su familia de quien es único y esclusivo protector.

Nuestros deseos en su favor se reducen, á que Redondo complete su fortuna, y conseguido este extremo, se retire de la profesion, cediendo el puesto á otro que sepa sustituirlo mientras él disfruta de lo que á costa de tantos riesgos ha sabido adquirirse: este deseo, es hijo del temor que abrigamos de que uno de los animales de la raza que tantos han perecido al rigor de su estoque, venga el agravio de los suyos, privando de la existencia á quien tanta utilidad reportaba para su desamparada familia. Mírese tambien Redondo en el espejo de la experiencia, que le proporciona el resultado de la temeridad de otros distinguidos diestros, y no descuide que puede ocurrirle lo mismo que á aquellos, si pasada la época de su agilidad, insiste en la continuacion de su profesion, que por mas que se examine, es siempre peligrosa y de exigencias particulares. Podrá tener este diestro una

confianza mas ó menos grande en sus medios de defensa para las reses; pero tal convencimiento, no releva del peligro en determinadas ocasiones, y por tanto, esta razon debe desatenderse, por mucha influencia que ejerza en el ánimo del individuo. Tal consejo por nuestra parte, es ajeno de toda intencion siniestra, mucho mas cuando al principiar estos apuntes dijimos, que estábamos unido á este aventajado lidiador con lazos de buena y sincera amistad,

ninguno de los diestros, bien recibiendo, bien volapie, pero tar, la ejecución Redondo, siempre en su terreno: dá muy buenas estocadas, generalmente hablando, y es de los que mas pasan los pies cuando la situación de la res lo permite.

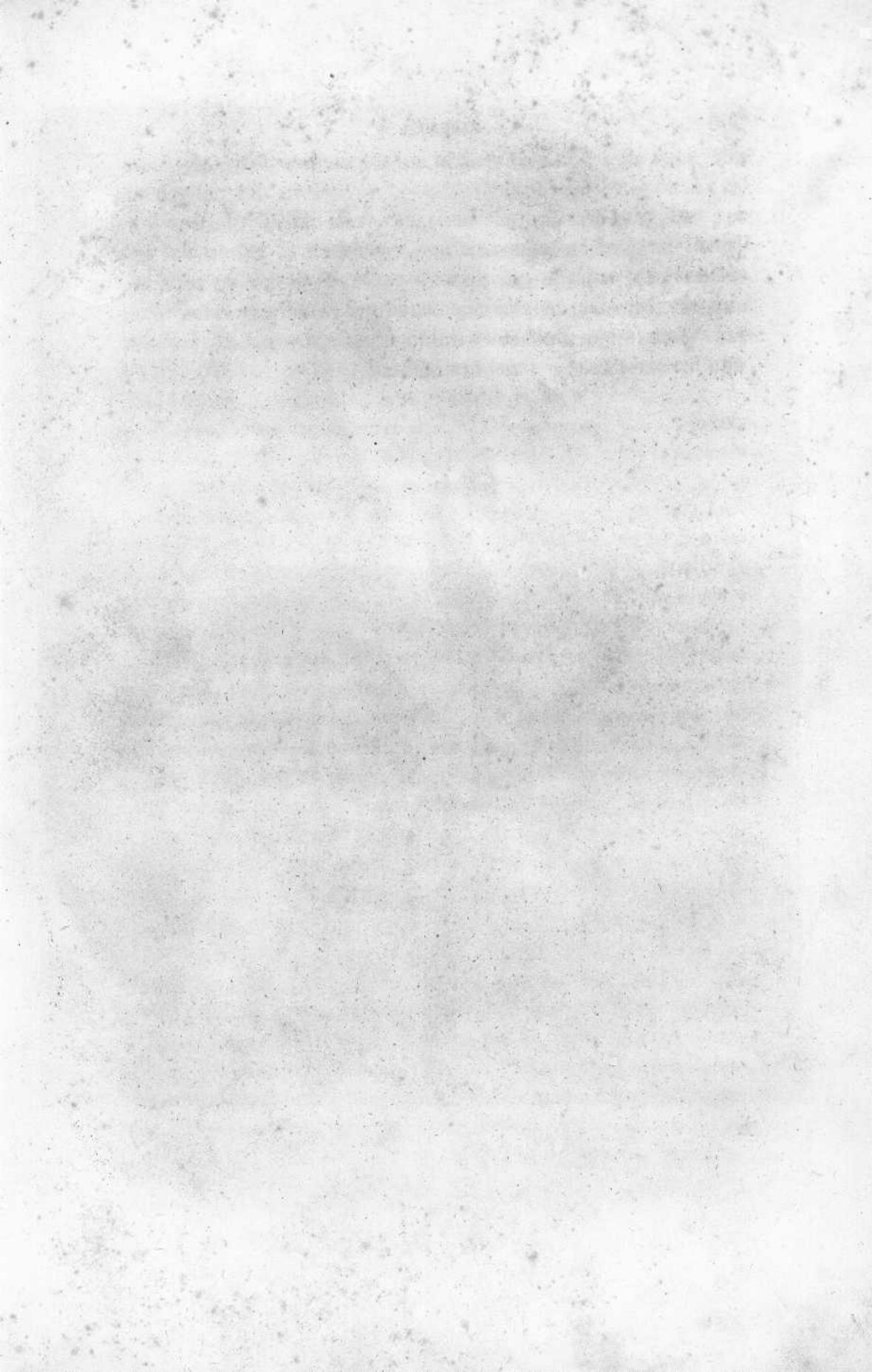
Ultimamente, este aventajado diestro es, como hemos manifestado en un principio, uno de los mas notables de la presente época, y esta posición que Redondo ha conquistado, la sostiene constantemente y á satisfacción de sus adictos y apasionados.

Su residencia en la misma población que lo vio nacer, y en ella, reunió una familia, vive feliz y disfrutando de las caricias de sus hijos, y de los cuidados del resto de su familia de que es el jefe.

Nuestros deseos son, que Redondo complete su fortuna, y se retire de la profesión, para que sus hijos no corran los riesgos que á veces se adquieren al lidiar.

mos de que uno de los animales de la raza que tantos han perdido al rigor de su estocada, venga el agravo de los suyos, privando de la existencia á quien tanta utilidad reporta para su desamparada familia. Mírese tambien Redondo en el espejo de la experiencia, que le proporciona el resultado de la temeridad de otros distinguidos diestros, y no descuide que puede ocurrirle lo mismo que á aquellos, si pasa la época de su agilidad, insiste en la continuación de su profesión, que por mas que se examine, es siempre peligrosa y de exigencias particulares. Podrá tener este diestro una







Urrabieta dib. y lit.

Lit. de J. Donon

MANUEL DIAZ LÁVI.